



PAUL DOHERTY

ALEJANDRO MAGNO
EN LA CASA DE LA MUERTE



LOS MISTERIOS DE ALEJANDRO MAGNO

1

Lectulandia

Alejandro Magno se dispone a iniciar la invasión de Persia, una vez muerto Filipo de Macedonia, para derrotar a Darío III en la que será conocida como la batalla de Gránico. Sin embargo, empiezan a sucederse entre las avanzadillas enviadas por Alejandro diversos asesinatos misteriosos e incluso empiezan a aparecer cadáveres entre los colaboradores más próximos a Alejandro Magno, por lo que éste empieza a investigar las circunstancias de estas muertes. Para la resolución de este misterio, Alejandro Magno deberá aplicar toda la instrucción recibida durante su infancia y juventud en todas las materias de ciencias y letras.

Lectulandia

Paul Doherty

Alejandro Magno en la casa de la muerte

Los misterios de Alejandro Magno - I

ePub r1.0
pepitogrillo 19.01.16

Título original: *The House of Death*
Paul Doherty, 2001
Traducción: Alberto Coscarelli Guaschino

Editor digital: pepitogrillo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para el capitán Frank y Phyllis McKenzie
de Arlington, Virginia

Amantes de Grecia

EL MUNDO GRIEGO

334 a.C.



Nota del autor

Los episodios ocurridos en el año 334 a. C. son tal como aparecen descritos en esta novela. Darío, Arsites y Memnón mantenían un profundo desacuerdo respecto a la estrategia y las tácticas que había que seguir para controlar y vencer a Alejandro de Macedonia. Las fuentes históricas —Arriano, Diodoro Sículo, Plutarco, Quinto Curcio Rufo y Justino— describen con mucho detalle lo que pasaba en el campo persa. Al final, prevaleció la opinión de Arsites y la consecuencia fue la gran victoria de Alejandro. Según Arriano, el sátrapa de Frigia escapó del campo de batalla y sin que se volviera a saber más de él; quizá se suicidara. No obstante, a la vista de que después Darío confirió el mando de las tropas al rodio, le he dado otra interpretación: que Arsites, tal como era la costumbre que se aplicaba a un sátrapa persa que era derrotado tan estrepitosamente, fue ejecutado por su fracaso.

La batalla del Gránico ha sido con frecuencia tema de debate entre los historiadores. Algunos afirman que Alejandro en realidad esperó hasta el día siguiente para lanzar el ataque, pero me he atenido a las fuentes originales que hablan de la rapidez, la ferocidad, y el elemento sorpresa en el ataque de Alejandro. La mejor prueba para esta interpretación es la suerte corrida por los mercenarios griegos, que literalmente fueron sorprendidos a contrapié y que, imposibilitados de cualquier retirada, tuvieron que plantar cara y luchar. Alejandro ordenó la masacre, un hecho que después lamentó. Aquellos que sobrevivieron fueron encadenados y enviados a trabajar en las minas de Macedonia. Los arqueólogos han encontrado recientemente sus esqueletos, todavía con los grilletos puestos.

Las tácticas de Alejandro en el Gránico fueron tal como se relatan en la novela. La repentina acometida a través del río, la distracción de los comandantes persas y la gran ambición personal de reclamar el honor de haber dado muerte al rey macedonio produjeron la ruptura de la cadena de mandos, el debilitamiento del centro y la consiguiente derrota total del ejército persa.

Las tropas y las tácticas de Alejandro también están fielmente registradas: la utilización de las falanges, protegidas por los escuderos, y también el ingenioso empleo de los rápidos ataques de la caballería para asestar golpes demoledores en los flancos del enemigo. Es cierto que las descripciones respecto a las tácticas de Alejandro son en ocasiones confusas. Disponemos de múltiples fuentes primarias, mencionadas antes, pero también sabemos que el rey llevaba un diario, mientras que el general Ptolomeo, quien más tarde se convertiría en faraón de Egipto, también publicó su propia versión de los acontecimientos. Los otros generales de Alejandro, al igual que sucede en la actualidad, quisieron destacar su propia grandeza mientras servían a las órdenes del macedonio; los fragmentos que quedan de estas biografías y de los tratados militares ofrecen una lectura muy interesante.

He reflejado fielmente el humor de los compañeros de Alejandro: Ptolomeo, Seleuco, Amintas y Parmenio. Aristandro el nigromante es un personaje histórico

real: un servidor de Olimpia, pero por algún extraño motivo muy próximo al consejo de Alejandro. Ptolomeo fue quizás el más brillante de los generales de Alejandro. Tenía ideas de grandeza y se consideraba a sí mismo como hermanastro de Alejandro. En algunos momentos, la rivalidad entre ellos fue considerable.

El físico Telamón está basado en otra figura histórica: el médico de Filipo, que aparece mencionado en las obras de Arriano y otros autores.

La historia de las vírgenes tesalias enviadas a Troya se menciona en dos antiguas fuentes: en la obra de Eneas el Táctico y en *Alejandra*, el poema de Licofón. Robin Lañe Fox, en su brillante biografía {*Alexander the Great*, Penguin Books, 1986), afirma que el rey, a su llegada a Troya, ordenó que cesara dicha práctica. Tanto Eneas como Licofón mencionan un pasadizo secreto que pasaba por debajo de las antiguas ruinas de Troya.

Mi trama está basada en el estudio de los movimientos de Alejandro en Sestos, Troya y el Gránico. En los meses previos, el rey había actuado con gran velocidad, cuando sometió a las tribus norteñas y unificó toda Grecia bajo su mando; sin embargo, en Sestos, Alejandro se mostró repentinamente vacilante y supersticioso. Ofreció sacrificios aquí y en Elaeum para aplacar a los dioses, así como en el momento de cruzar el Helesponto. Mi descripción del desembarco en Troya está basada en viejas fuentes. Cuando llegó a las ruinas, Alejandro se comportó como si estuviese maravillado. Ofreció sacrificios en diferentes partes de la ciudad y manifestó su gran amor y admiración por Aquiles cuando organizó una carrera hasta el túmulo funerario de su héroe, donde él, Hefestión y los demás depositaron flores e hicieron libaciones.

La historia de las armas de Aquiles también es verídica. De acuerdo con Diodoro Sículo: «Alejandro... ofreció un espléndido sacrificio a Atenea y dedicó sus propias armas a la diosa. Luego cogió las más finas armas depositadas en el templo, se las puso y las empleó en su primera batalla [la del río Gránico]» (*Biblioteca histórica*, libro 17, capítulo 17, verso 18). Arriano dice que «llevaban las armas delante de él en la batalla». (*Las campañas de Alejandro*, libro 1, capítulo 11). No hay ninguna duda de que las armas de Alejandro lo hicieron claramente visible a las miradas del alto mando persa. Tanto Arriano como Diodoro Sículo, al igual que otras fuentes, describen cómo los comandantes de Darío abandonaron sus puestos para ir a enfrentarse en feroces combates cuerpo a cuerpo con Alejandro y sus compañeros.

Las teorías médicas mencionadas en la novela también están basadas en pruebas reales, en particular la utilización del vino de mucha graduación mezclado con miel y sal. Los físicos griegos quizá no comprendían del todo la gran complejidad del cuerpo humano, pero eran agudos observadores. Los físicos recorrían el mundo conocido para adquirir conocimientos, como hace Telamón. Una buena descripción de la medicina en la Antigüedad está disponible en el espléndido libro *A History of Military Medicines* de Richard A. Gabriel y Karen Metz (The Greenwood Press, Nueva York, 1992). Tenemos la tendencia a pensar en la medicina como un largo y

constante avance, pero no fue así. Por ejemplo, algunas autoridades en la materia afirman que un soldado romano en la Britania del año 90 d. C. tenía más probabilidades de recuperarse de una herida de lanza que un soldado británico que sirviera en África durante el siglo XIX. La práctica de apretar los vendajes al máximo en las heridas de guerra se mantuvo en los hospitales hasta después de la Primera Guerra Mundial.

Alejandro es una figura camaleónica, una de las grandes figuras de la historia que menciona Hegel, una «estrella fugaz» cuya vida y hazañas todavía nos fascinan miles de años después de su muerte. Estaba fuertemente influido por sus padres: su relación filial se puede describir brevemente como de amor y odio. Adoraba a Filipo y a Olimpia, y sus constantes peleas tuvieron un gran impacto psicológico en su personalidad.

Alejandro era un griego que quería ser persa. Un hombre que creía en la democracia y, al mismo tiempo, era tan autocrático como cualquier emperador. Podía ser generoso hasta la exageración, magnánimo y compasivo, pero, cuando cambiaba de humor, atacaba de una manera absolutamente salvaje y despiadada. El destino de Tebas y el de los mercenarios después de la batalla del Gránico ilustran el lado oscuro de Alejandro. En ocasiones, podía comportarse de una manera infantil, como ocurrió en su visita a Troya. Confiado e inocente, interpretaba la vida como una gran aventura y luego cambiaba para ser tan astuto como Filipo o tan vengativo como Olimpia.

Era un fiel amigo y compañero. Cuando daba su palabra, la mantenía contra viento y marea. Sentía una gran pasión por la poesía, sobre todo por la *Ilíada* de Homero, y, gracias a su tutor Aristóteles, un profundo interés por el mundo natural. Era un neurótico en lo que a la superstición se refiere, pero, como en el Gránico, siempre mostró una valentía y un arrojo impresionantes. Su genio como militar y líder quizás aún no ha sido superado por nadie y, sin embargo, era capaz de reírse de sí mismo y de demostrar incluso humildad.

Su afición a la bebida también ha sido un tema de acaloradas discusiones. Algunas autoridades, como Quinto Curcio Rufo, afirman que era un borracho dado a arranques homicidas. Aristóbulo, su amigo íntimo, citado por Arriano, sostiene que la participación de Alejandro en aquellas juergas no se debía tanto a su afición al vino, sino al deseo de compartir todo con sus amigos. En cualquier caso, Alejandro tenía sus fallos y defectos, como todos, y el vino los sacaba a flote. Quizás esto explique la fascinación que Alejandro ejerce sobre nosotros: no sólo por sus grandes victorias y hazañas, sino también por su personalidad, que, a veces, resume lo mejor y lo peor de los seres humanos.

«Πράξεις δὲ μεγίστας κατεγρασόμενος οὐ μόνον τῶν
πρὸ αὐτοῦ βασιλευσάντων, ἀλλὰ καὶ τῶν οὐστερον
ἔσομένων μέχρι τοῦ καθ' ἡμᾶς βίου.»

«Él llevó a cabo más asombrosas empresas
que cualquiera de los reyes que vivieron antes que él
y que cualquiera de los que siguieron tras él
hasta nuestro propio tiempo».

Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, libro 17, capítulo 117

Personajes históricos mencionados en el texto

La Casa de Macedonia

FILIPO:	Rey de Macedonia hasta su asesinato en el año 336 a. C. Padre de Alejandro.
OLIMPIA DE MOLOSSUS (Nacida en Mirtale):	Esposa de Filipo, madre de Alejandro. Corregente de Macedonia durante la conquista de Persia por Alejandro.
ALEJANDRO:	Hijo de Filipo y Olimpia.
EURÍDICE:	Esposa de Filipo después de que él se divorciara de Olimpia. Era sobrina del general favorito del rey, Attalo. Eurídice, su bebé y Attalo fueron ejecutados después de la muerte de Filipo.
ARRIDEO:	Hijo de Filipo y una de sus concubinas, envenenado por Olimpia. Sobrevivió, pero discapacitado psíquico durante el resto de su vida.

La corte de Macedonia

CLEITO EL NEGRO:	Hermano del ama de cría de Alejandro. Guardaespaldas personal de Alejandro.
HEFESTIÓN:	Compañero inseparable de Alejandro.
ARISTANDRO:	Nigromante de la corte y consejero de Alejandro.
ARISTÓTELES:	Tutor de Alejandro en los olivares

SÓCRATES: Filósofo ateniense. Acusado de «impiedad», fue obligado a beber veneno.

PAUSANIAS: Asesino de Filipo de Macedonia.

Los generales de Alejandro

PARMENIO

PTOLOMEO

SELEUCO

AMINTAS

ANTÍPATRO: (nombrado corregente en Macedonia)

NEARCO.

La corte de Persia

DARÍO III: Rey de Reyes.

ARSITES: Sátrapa de Frigia. Comandante en jefe del ejército persa en el río Gránico.

MITRÍDATES Y
NIFRATES: Comandantes persas.

MEMNÓN DE
RODAS: Un mercenario griego al servicio de Persia, uno de los pocos generales que derrotó a las tropas macedonias.

CIRO Y
JERJES: Antiguos grandes emperadores persas.

Los escritores

ESQUILO,
ARISTÓFANES, Dramaturgos griegos.

EURÍPIDES Y
SÓFOCLES:

HOMERO: Celebérrimo autor de la *Ilíada* y la *Odisea*.

DEMÓSTENES: Demagogo griego, ardiente opositor de Alejandro.

HIPÓCRATES
DE COS: Médico y escritor griego, considerado el padre de la medicina.

La mitología griega

ZEUS: Dios supremo.

HERA: Su esposa.

APOLO: Dios del Sol.

ARTEMISA: Diosa de la Caza.

ATENEA: Diosa de la Guerra.

HÉRCULES: Semidiós. Uno de los famosos antepasados de Alejandro.

ESCULAPIO: Semidiós. Un gran sanador.

EDIPO: Trágico héroe y rey de Tebas.

DIONISIO: Dios del vino.

ENYALIOS: Antiguo dios de la Guerra macedonio.

La guerra de Troya

PRÍAMO: Rey de Troya.

HÉCTOR: Hijo de Príamo y gran general troyano.

PARÍS: Hermano de Héctor que provocó la guerra de Troya al secuestrar a la bella Helena.

AGAMENÓN:	Líder de los griegos en la guerra de Troya.
AQUILES:	Héroe griego y guerrero en la guerra de Troya que mató a Héctor. Murió al ser alcanzado por una flecha disparada por Paris. Alejandro lo consideraba un antepasado directo.
PATROCLO:	Amante de Aquiles; su muerte en la guerra de Troya causó la furia asesina de Aquiles.
ULISES:	Rey de Ítaca; luchó contra Troya y su viaje de regreso se convirtió en el tema del poema homérico.
AYAX:	Comandante griego en la guerra de Troya; su violación de la sacerdotisa y profetisa Casandra lo llevó a la muerte.

Prefacio

En el año 336 a. C., Filipo de Macedonia murió bruscamente en su momento de máxima gloria, asesinado por un antiguo amante cuando iba a recibir las aclamaciones de los Estados clientes. Grecia y Persia se complacieron con ello; había que frenar la creciente supremacía de Macedonia. El dedo de la sospecha por el asesinato de Filipo señaló directamente a su artera esposa —Olimpia, la «Reina Bruja»— y a su único hijo, el joven Alejandro, a quien Demóstenes de Atenas despreció por «mocososo». Los enemigos de Macedonia se ilusionaban con la perspectiva de una guerra civil que destruiría a Alejandro y a su madre y acabaría con cualquier amenaza a los Estados griegos y con la expansión del imperio persa de Darío III. Alejandro no tardaría en desengañar a todos. Alejandro, que resultó un actor Consumado, un astuto político, un despiadado guerrero y un brillante general, en el plazo de dos años aplastó cualquier oposición en su reino, venció a las tribus salvajes del norte y se autoproclamó capitán general de Grecia. Sería el líder de una nueva cruzada contra Persia, un justo castigo por los ataques a Grecia por parte de Ciro el Grande y sus sucesores un siglo antes.

Alejandro demostró, con la total destrucción de la gran ciudad de Tebas, el hogar de Edipo, que no toleraría ninguna oposición. Luego se volvió hacia el este. Asumió la misión de vengar las afrentas sufridas por los griegos. En secreto, Alejandro deseaba satisfacer sus ansias de conquista, de marchar hasta el fin del mundo, de demostrar que era más hombre que Filipo, de ganar el favor divino y, también, de confirmar los susurros de su madre: que su concepción se debía a la intervención divina.

En la primavera del año 334 a. C., Alejandro reunió a su ejército en Sestos mientras, al otro lado del Helesponto, Darío III, su siniestro jefe de espías Mitra y sus generales planeaban la destrucción total de este advenedizo macedonio. Alejandro, sin embargo, estaba dispuesto a una guerra total, a llevar a sus tropas a través del Helesponto, a conquistar Persia y a marchar hasta el fin del mundo.

Prólogo I

«Darío se convirtió en rey antes de la muerte de Filipo [...] pero cuando Filipo murió, Darío se libró de su ansiedad y despreció la juventud de Alejandro».

Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, libro 17, capítulo 7.

Antaño había sido una solitaria llanura, envuelta en silencio, limitada por las montañas y cubierta de campos de hierba y álamos brumosos. Un lugar donde en verano se agitaban los remolinos de polvo, la guarida de los gatos monteses y los lobos salvajes. Ciro el Grande había cambiado todo esto. Lo había convertido en el santuario del Fuego Sagrado, el Tesoro del Cielo, el Santuario y la Gloria de Ahura-Mazda, el dios de la luz, el Señor de la Llama Oculta, del Disco Solar, el Ojo Omnipotente que cabalgaba en las alas de las águilas. Persépolis, la casa del representante de dios en la tierra, Darío III; Rey de Reyes, Señor de Señores, propietario de la vida de los hombres. Persépolis, una ciudad dispuesta como el centro de una inmensa rueda, el centro del imperio, se levantaba sobre terrazas artificiales generosamente bañadas entre la montaña de la Misericordia y el río Araxes [Aras]. Los muros de adobe de los palacios tenían una altura de más de seis metros y estaban recubiertos con oro. Las galerías y los pórticos se vanagloriaban de sus columnas de mármol y las vigas de maderas preciosas para soportar los techos de cedro del Líbano.

En el corazón del palacio real, rodeada por tres enormes muros y defendida por puertas revestidas con planchas de bronce y flanqueadas por mástiles, estaba la Apanda, la Casa de la Adoración en la Sala de las Columnas. El más sagrado entre los sagrados era vigilado por los inmortales, la guardia personal del Rey de Reyes, vestidos con corazas tachonadas en bronce sobre faldas de tela roja y polainas a rayas: se cubrían la cabeza con gorros que tenían unos largos protectores faciales; éstos se podían anudar sobre la boca y la nariz para proteger al usuario cuando marchaba y se tragaba el polvo del Señor de Señores. Los inmortales permanecían en silencioso despliegue en los pórticos, a lo largo de las columnatas, en los patios y los jardines. Inmóviles como estatuas, sostenían en sus manos las rodelas y las largas lanzas, valiéndoles como contrapeso las manzanas doradas que habían dado origen a su apodo: los «imperiales portadores de manzanas».

Había anochecido. La corte persa, los oficiales y los chambelanes, el portador del abanico y el matamoscas imperial, los medos y los magos, todos sabían que, esta noche, su Señor de Señores mostraría su rostro: había accedido a conceder una audiencia a su favorito, el renegado griego, el general Memnón de Rodas. Habían estado murmurando al respecto durante todo el día. Se habían congregado en las salas

para saborear la noticia. Algunos más precavidos de la legión de espías de su amo se reunieron en los perfumados huertos de los fértiles paraísos, los elegantes jardines donde cada flor y cada planta del imperio crecían en la ubérrima tierra negra importada especialmente desde Canaán. Todos y cada uno de los que susurraban coincidían en una cosa: el Rey de Reyes estaba preocupado. Una sombra oscura había aparecido en los confines de su imperio. La noticia estaba en boca de todos: ¡venía Alejandro de Macedonia! Alejandro, hijo de Filipo el Tirano y Olimpia la Reina Bruja. Alejandro, a quien Demóstenes de Atenas había despreciado por ser un «mozalbeta», «un niñoato». Alejandro parecía contar con todo el apoyo del mundo subterráneo. Se había abierto paso hasta la cumbre, había aplastado a los conspiradores, había crucificado a los rebeldes y había extendido su dominio sobre aquellas tribus salvajes que Darío había sobornado generosamente para que asaltaran las fronteras de Macedonia. Ahora estos mismos bárbaros habían agachado la cabeza, habían aceptado el pan y la sal, y habían hecho grandes y solemnes juramentos de lealtad a Alejandro de Macedonia. Todo el mundo le había dado por muerto en los sombríos y helados bosques de Tesalia, pero había vuelto como un lobo hambriento para destrozarse a sus enemigos. Atenas había sido aplastada. Sus principales ciudadanos, a quienes el Rey de Reyes había sostenido con dardos de oro, se escondían en lugares desiertos o se refugiaban como perros apaleados en cualquier aldea que aceptara acogerlos. Incluso Tebas, la ciudad de Edipo, no era más que una ruina devastada, un lugar sangriento donde cazaban los carroñeros y las nubes de moscas negras zumbaban alrededor de los cadáveres insepultos.

Ahora Alejandro de Macedonia había dirigido su mirada al este. Capitán general de Grecia, había hecho sagrados juramentos de librar una guerra eterna, con el fuego y la espada, por mar y tierra, contra el Rey de Reyes. Los espías ya habían llegado a todo galope. Alejandro había dejado Pella y marchaba hacia el este. Alejandro estaba en el Helesponto y miraba hambriento a través de las rápidas y azules aguas a las glorias de Persépolis. Algunos decían que marchaba a la cabeza de un gran ejército. Personas más sensatas sostenían que no podían ser más de treinta o cuarenta mil hombres y, sin duda, el gran Rey de Reyes podía derrotar a semejante chusma. Desde luego la armonía de Darío estaba perturbada. Había intentado mantener a raya a Macedonia con oro, pero ahora el lobo olisqueaba delante de su puerta. Darío había mandado a llamar a Memnón de Roda, convencido de que hacía falta un lobo para combatir a otro lobo. Memnón había sido rehén en la corte macedónica; había estudiado las almas de Filipo y su hijo; había visto como las falanges macedónicas, con sus escudos cortos y lanzas largas, destrozaban un ejército griego tras otro. Memnón había logrado escapar de Macedonia y ahora contaba con el favor del Rey de Reyes. Memnón lo sabía todo de aquellos lobos. Había luchado valerosamente contra Parmenio, el veterano general macedónico que había cruzado el Helesponto para establecer una *cabeza* de puente.

Sin embargo, en aquella noche particular, mientras aguardaba en la antecámara al

pie de las escaleras que conducían al Apanda, Memnón no se sentía especialmente favorecido. Esperaba con su sirviente mudo Diocles y su general de la caballería, Lisias, y golpeaba el suelo nerviosamente con su sandalia como muestra de su impaciencia por la demora. El calor en la antecámara era agobiante, abarrotada como estaba por los «portadores de manzanas», cortesanos y chambelanes, medos —no persas—, con sus brillantemente decoradas túnicas y pantalones bombachos, los rostros con una gruesa capa de cosméticos y pendientes en los lóbulos de las orejas. Ellos también percibían la inquietud de este bárbaro y se movían nerviosos, y el ruido de los tacones de sus botas era como un martilleo. Se detenían una y otra vez para mirar de soslayo y con profunda desconfianza a Memnón. No les gustaban los griegos, cualesquiera que fuesen, pero en especial Memnón, con su cabeza calva brillante de aceite, el rostro esculpido a cincel, curtido por los elementos, quemado por el sol, la nariz chata, quebrada, y un tanto torcida, los labios exangües y la mirada cruel.

«Nunca confíes en un griego», decía el proverbio persa. ¡No había excepciones!

—¿Cuánto tiempo más? —preguntó Memnón en griego, con un tono de voz duro y discordante, que perturbó a las aves canoras en sus jaulas de oro colgadas con cadenas de plata de las vigas de cedro.

—Tened paciencia, mi señor.

El compañero de Memnón, el príncipe persa Arsites, sátrapa de Frigia occidental, sonrió discretamente y se inclinó al tiempo que levantaba una mano para taparse la boca como si estuviera rascándose su bien aceitada barba y bigote. Si hubieran permitido que Aristes se saliera con la suya, ya hubieran arrojado a Memnón, al estúpido Diocles y al ladino Lisias al estanque de los cocodrilos; sin embargo, Memnón era el favorito. Había sido agasajado con grandes honores cuando llegó la noche anterior. Mientras lo escoltaban en su recorrido por las lujosas y perfumadas habitaciones del harén de Darío, Memnón había sido anunciado como «amigo del Rey de Reyes» y saludado solemnemente por las mujeres de Darío, que iban vestidas de sedas y telas magníficas y brillaban como luciérnagas, con los cuellos, los tobillos y las muñecas resplandecientes con preciosas joyas. Habían hundido platos en sus sacos de oro y llenado el cofre que un eunuco había cargado junto a Memnón. El griego debía llevárselo como muestra de la amistad y el placer del emperador. Memnón también había contemplado el tesoro imperial, la Casa Roja, con las paredes y los techos de piedra color rojo sangre, donde decenas y decenas de miles de talentos de oro se amontonaban en baúles, cofres y cestos.

Arsites volvió su rostro cetrino y se secó elegantemente la gota de sudor caída sobre el duro borde del cuello de su casaca. Darío había sido demasiado generoso. El sátrapa jugó con la cadena de oro que llevaba alrededor del cuello. Se acercó a la pared como si le interesara el grabado de un cortesano meda que olía una flor de loto. Arsites recordó las palabras de Darío: «Muestra a Memnón mi favor. Muestra a Memnón mi poder y, por encima de todo, muéstrale mi terror». Arsites bajó la

cabeza. Había hecho las tres cosas. Había llevado a Memnón a los paraísos, con sus fuentes y sus umbrías grutas, para disfrutar de la fresca sombra de los tamarindos, los sicómoros y los terebintos, y saborear la fragancia de los huertos de pomelos, manzanos y cerezos. De pronto, sin previo aviso, había entrado en un jardín que se encontraba directamente debajo del Apanda, una larga extensión de césped, pero no bordeada por flores o hierbas aromáticas, sino por una hilera de cruces en las que Darío crucificaba a aquellos que habían provocado su ira. En esta ocasión, una unidad de caballería, culpables de cobardía y traición; cada uno de los soldados había sido desnudado, castrado y después crucificado en los maderos. Unos pocos habían muerto inmediatamente; otros agonizarían durante días. ¡Oh sí, Memnón había visto el terror!

Arsites se acercó a la ventana. Habían encendido linternas y faroles en los jardines. Disfrutó con el perfume de las flores en la brisa vespertina, pero en el fondo era un soldado. Permanecía con sus cinco sentidos atentos, hasta que finalmente captó el olor acre de la sangre y los débiles gemidos de aquellos que aún estaban vivos.

—¿El Gran Rey escuchará mi plan?

Arsites suspiró; miró rápidamente a uno de los chambelanes y apenas sacudió la cabeza para advertirle secretamente que no reprochara a Memnón. Después de todo, el odio era un bárbaro. No conocía el protocolo y la etiqueta de la corte del Divino: que se debía respetar el silencio para que uno pudiera preparar el corazón y el espíritu para el gran favor del que pronto sería objeto.

—No sé lo que hay en la mente de mi señor —replicó Arsites, que se apartó de la ventana—. Sin embargo, cuando abra su corazón a nosotros, verás su sabiduría —al decir esto, la mirada de Arsites se fijó en Lisias—. ¡Y su justicia!

Memnón sintió el pinchazo de la inquietud. Había estado de campaña, ocupado en reunir tropas, en contratar mercenarios. Lo había hecho bien: tenía a miles de hoplitas dispuestos a empuñar las armas; veteranos de mil y una guerras, una horda guerrera bien entrenada... Sin embargo, algo fallaba. Si sólo pudiera actuar por su cuenta... Pero, allí donde iba, los espías del Rey de Reyes le seguían. Memnón había escuchado los rumores y las habladurías. Sus oficiales persas sostenían que los traidores acechaban en el campamento griego. Memnón se negaba a creerlo. Ahora, sin embargo, mientras esperaba en esta cámara sombría, rodeado por guardias silenciosos y cortesanos de mirada aviesa, se preguntaba si había algo que no iba bien. Memnón sabía que no era querido. Contaba con el favor de Darío por dos razones. Primero, había demostrado su lealtad. Segundo, había derrotado a los macedonios. Así y todo, ¡el propio Darío era un demonio! Volátil y a veces cruel hasta lo indecible, se había abierto paso hasta el trono imperial. Había matado a todos sus rivales y luego había hecho lo mismo con quienes le habían ayudado: había cortado nances, arrancado ojos, amputado pies y manos. Darío no había matado a todos. Había permitido que algunas de sus víctimas deambularan como horribles

fantasmas por el palacio: una advertencia para todos aquellos que quizá quisieran aspirar al trono dorado. Darío podía ser gentil y bondadoso, incluso generoso como el que más, pero, para mantener controlado a este gran imperio, se embarcaba en súbitas orgías de terror, como el rayo en el cielo de verano. ¡Que los dioses se apiadaran de aquellos que Darío había señalado para la destrucción!

—¡Él espera!

La voz de un chambelán resonó en la habitación. Memnón inspiró profundamente y se secó las manos sudorosas en la túnica blanca, el vestido obligatorio para la ocasión. Arsites caminó a su lado y los chambelanes detrás. Los inmortales se volvieron formando una silenciosa fila a cada lado mientras subían las empinadas escaleras que conducían a la sala de audiencias. Memnón tenía la sensación de estar subiendo al Olimpo, la montaña sagrada, para ir a la corte de los dioses. Centenares de antorchas, sujetas a los muros, chisporroteaban y bailaban con la corriente de aire y daban vida a los impresionantes frisos que adornaban las paredes. Las pinturas mostraban a Darío y sus antepasados en victoriosas batallas contra los enemigos extranjeros; aparecían incluso los demonios del mundo subterráneo, sobre todo el grifo de cabeza de león y la salvaje esfinge. Memnón resbaló y maldijo en voz baja. Olió las flores de loto que cubrían los escalones sagrados. Miró a su izquierda. El rostro de Diocles estaba sudoroso y el mudo miró rápidamente a su amo con la mirada furtiva de una gacela acorralada. Memnón mostró una sonrisa forzada. Tenía dos grandes amores: su esposa Barsine y este sirviente que daría la vida por él. Memnón estiró la mano y tocó suavemente la muñeca de Diocles, un gesto para que éste mantuviera la calma. Lisias, a su derecha, mantenía la cabeza, sin demostrar la menor emoción y limitándose, de vez en cuando, a rascarse la bien recortada barba blanca o, más subrepticamente, a enjugarse una gota de sudor de la frente.

—Nos aguarda una gran gloria —susurró Memnón—. ¡No mostréis vuestro temor!

Llegaron a lo alto de las escaleras. Se abrieron las puertas forradas con placas de bronce y Memnón entró en la sala de audiencia, que resplandecía por la luz. Recordó el protocolo. En el suelo de mármol, casi tocando el umbral, comenzaba una ancha alfombra color rojo sangre que conducía hasta el hogar donde se alzaba la llama sagrada de su base de troncos. Éste era el fuego sagrado de Ahura-Mazda, el dios de los persas. Lo atendían los sacerdotes y había de arder continuamente durante la vida del rey: no se extinguiría hasta su muerte. La alfombra era sagrada y sólo podía pisarla Darío. Memnón y su grupo se arrodillaron a un lado. Más allá, pasado el fuego sagrado, debajo de un estandarte plata y rojo con el emblema del ala de águila y el disco solar, se encontraba Darío sentado en su trono de oro. Bebía agua hervida, comía tortas de cebada y tomaba vino de una copa de oro con forma de huevo, vigilado por los ministros y miembros de su familia. El recinto real estaba ahora cerrado por un grueso velo blanco; delante había tres filas de inmortales en uniforme de combate. Memnón esperó. Centenares de cestos de flores colocados junto a las

paredes perfumaban el aire. Desde uno de los pasillos que desembocaban en la sala, llegaban los suaves acordes de las melodías interpretadas por los músicos de la corte.

—¡Agachad las cabezas! —tronó la voz de un chambelán—. ¡Mirad ahora! ¡Darío, Rey de Reyes, Señor de Señores, amado de Ahura-Mazda el poseedor de los cuellos de los hombres!

Memnón levantó la mirada. Los inmortales habían desaparecido. El velo de gasa blanca había sido descorrido. Darío estaba sentado en su trono de oro, con la vara blanca del cargo en una mano y en la otra el matamoscas con el mango cubierto de joyas. Vestía túnicas de plata y púrpura debajo de una pesada capa bordada con hilos de oro; sus tobillos y la garganta resplandecían con las gemas que reflejaban la luz de la llama sagrada. Un sombrero alto rojo y sin alas cubría la cabeza del rey, y sus pies, que descansaban en un reposapiés de plata, estaban calzados con sandalias acolchadas de satén rojo.

—¡Adoradle! —ordenó el chambelán detrás de Memnón.

Memnón agachó la cabeza. El tiempo pasó lentamente. Cesó la música y Memnón escuchó el suave rumor de las zapatillas. Desde el paraíso que había debajo, llegó un grito de agonía como el de un animal atrapado entre las zarzas.

—¡Podéis acercaros!

Memnón exhaló un suspiro y se puso de pie. Darío había ahora prescindido de la ceremonia. Ya no sostenía la vara blanca y el matamoscas. Le habían quitado la capa bordada. Ahora estaba sentado en un diván de cojines casi junto a la llama sagrada. Precedidos por Arsites, Memnón y sus dos compañeros se acercaron, presentaron sus respetos y se sentaron en los cojines que les indicaron. Una pequeña mesa los separaba del rey. En la mesa, había tres copas de vino y platos con frutas y trozos de ganso asado. Memnón tenía la garganta seca, pero, de acuerdo con la etiqueta de la carne, no probaría nada hasta que Darío diera la señal. La sala parecía vacía; los inmortales permanecían en las sombras, en los huecos de las ventanas y en los largos pasillos, preparados para actuar a la menor señal de peligro para su amo.

—Amigo mío —dijo Darío con su voz profunda y sonora—, puedes mirar mi rostro.

Memnón así lo hizo. Darío parecía sereno: su cabello ensortijado negro, el bigote y la barba estaban empapados del más exquisito perfume; su piel morena relucía con el aceite facial. El odio suspiró aliviado. Había ocasiones en las que los ojos de Darío eran dos rajadas de obsidiana, pero ahora brillaban en una cordial bienvenida.

—¡Mi halcón, mi gavilán, mi león de Rodas! —exclamó sonriente Darío—. Puede que no gustes a mis cortesanos, Memnón, pero yo te quiero como a un hermano —añadió Darío alargando su sonrisa y pensando que éste era el griego que defendería su imperio, que rechazaría al bárbaro macedonio.

—Mi señor, ¿por qué estoy aquí? —preguntó Memnón en la lengua de su amo.

—Para mirar mi rostro. Para ver la vida. Para recibir honores —proclamó Darío antes de hacer una pausa—. Y mi justicia.

Memnón contuvo entonces el aliento. Darío levantó una mano.

—Así que viene —apuntó mirando fijamente a Memnón—. Alejandro de Macedonia cruzará el Helesponto. ¿Cuántos hombres traerá?

—Algunos dicen que no son más que treinta mil; otros, cuarenta mil.

Darío miró a Arsites.

—Podrías aplastarlo como a una mosca.

—Mi señor —interrumpió Memnón—. He visto a la falange macedonia. Piensa en un muro en movimiento, en un bloque o una cuña. Los escudos enlazados, las largas sarisas bajadas.

—Tenemos la caballería —señaló Arsites.

—Acabarán ensartados en las lanzas macedonias —replicó Memnón.

—¿Por qué? —preguntó Darío cogiendo una uva y sosteniéndola entre el pulgar y el índice—. ¿Por qué no podemos coger y comernos un ejército tan pequeño?

Memnón cerró los ojos. Pensó en los macedonios: una resistente y recia pared asesina en movimiento, que apuntaba al centro mientras su caballería se lanzaba sobre los flancos enemigos como el fuego celestial. Abrió los ojos.

—Mi señor, tenéis que verlo para creerlo. Tiene poder, astucia y una ferocidad salvaje. Poco les importa el número. Les interesa la astucia, la velocidad, el poder y la fuerza. Alejandro se ha comprometido con la guerra total. ¿Habéis escuchado los rumores, mi señor?

Darío sacudió la cabeza.

—Alejandro no tiene dinero. Ha dado todas sus tierras. Uno de sus generales le preguntó qué le quedaba. Alejandro le respondió: «Mis sueños» —apuntó Memnón, sin poder reprimir la sonrisa al pensar en el coraje de su joven y próximo oponente.

—¿Y? —preguntó Darío en voz baja.

—«¿Qué hay del futuro?», quiso saber el mismo general. Alejandro contestó: «Mis esperanzas».

—¿Cuántos años tiene?

Memnón extendió las manos con todos los dedos separados.

—Veinte, veintiún veranos.

—¿Qué aspecto tiene este mosquito macedonio que quiere picar mi reino?

Memnón acudió a sus propios recuerdos y los informes de sus espías.

—Es un hombre pequeño que parece alto —respondió con voz pausada—. Alejandro es fornido, con el cuerpo de un atleta. Camina con una leve cojera.

—¿Sus cabellos?

Memnón se tocó la calva y sonrió.

—Algunos dicen que son rubios, del color del trigo, rizados en la nuca y sobre la frente. Los aduladores dicen que tiene la piel dorada. Su rostro es agradable y bien proporcionado. No tiene la nariz respingona de su padre, aunque sí ha heredado su boca risueña.

—¿Los ojos?

Memnón observó al monarca.

—Siempre se mencionan sus ojos, mi señor; son de diferente color, uno azul, el otro castaño. Alejandro posee todas las habilidades de un actor: una mirada dulce, casi femenina dicen, sonriente y burlona, pero, cuando es necesario, dura como el hierro, tan firme como el más frío de los mármoles. Tiende a mantener —Memnón imitó el gesto— la cabeza, baja, la barbilla casi tocándole el pecho. Algunas veces mueve la cabeza ligeramente a un lado. Cuando habla contigo, Alejandro te trata como si fueras la única persona que importa.

—Impresionante —murmuró Darío—. ¿Qué otras cualidades tiene este supuesto mozalbete?

—Es generoso, valiente, Un soberbio jinete. Le interesan todas las cosas, ya sean plantas...

—¿O los escritos de Aristóteles?

—Aristóteles era su tutor —admitió Memnón—. Alejandro y sus compañeros fueron educados por el afectado ateniense en los huertos de Mieza.

—¡Ah! —exclamó Darío balanceándose en los cojines con una mirada distante en sus ojos—. ¿Cómo está la señora Barsine?

—Tan hermosa como la noche, mi señor.

Memnón sintió la punzada del miedo. Darío aún no le había invitado a comer y beber. Arsites parecía tenso, con la cabeza gacha, y no dejaba de acariciarse la muy aceitada barba como si estuviese escuchando atentamente o distraído por alguna otra cosa.

—¿Y cómo general? —preguntó Darío endureciendo su tono de voz—. ¿Qué tal este Alejandro...?

—Tiene mercenarios, escuadrones de caballería ligera tesalios, aunque no son más que paja en el viento comparados con sus propias tropas.

También Memnón estaba distraído. En su mente veía las apretadas filas de la falange macedonia: las largas sarisas que bajaban, el estruendo de miles de pies calzados con recias sandalias, los planes de batalla, el trueno de la caballería...

—Si ellos son la paja —replicó Darío, burlón—, ¿cuál es la planta?

—Es más, toda una cosecha —susurró Memnón—. Un campo de trigo en movimiento, mi señor; pero sus tallos son madera y hierro. ¿Os lo podéis imaginar? —preguntó Memnón levantando una mano—. Golpean a sus oponentes en el flanco o incluso de frente. La sarisa tiene unos doce codos. Puede clavar y atravesar antes de que el enemigo llegue al cuerpo a cuerpo.

—Puedes utilizar a los arqueros —le interrumpió entonces Arsites.

—La falange se mueve demasiado rápido; puede formar un muro de escudos.

—Podemos tumbarlos —afirmó Arsites.

Desde el paraíso de abajo, llegó el canto de un ruiseñor, con sus notas claras, lúcidas, un sonido incongruente en este salón helado, con su silenciosa y lúgubre atmósfera amenazante.

—Los lanceros de Macedonia nacen y crecen como guerreros —declaró Memnón—. No sólo hay que temer el poder de sus brazos, sino también su velocidad, su fuerza y su confianza.

—Enséñame sus tácticas —ordenó Darío señalando las pequeñas barritas de incienso que había sobre la mesa.

Memnón las dispuso en paralelo sobre la mesa.

—Este es el enemigo, mi señor —dijo sonriendo, como si quisiera disculparse—. ¿Quizá deba decir nuestros oponentes macedonios? La infantería marcha en el centro y la caballería en las alas... ¿Lo veis? El peligro planteado por los macedonios tiene tres vertientes. La primera, la caballería al mando de Alejandro. Él estará en el ala derecha. La segunda, en el centro, donde se disponen las brigadas de infantería divididas en dos: los escuderos y la infantería ligera, tan rápida como letal...

—¿La tercera la representan los lanceros? —interrumpió Darío.

—Las tácticas de Alejandro se basan en la rapidez y la movilidad —continuó Memnón—. Concentrará el ataque sobre el ala enemiga que se despliegue para salirle al encuentro. Las brigadas se acercan, cortan la línea enemiga y, después, sólo les queda cerrar el cerco y matar.

—¡Ah! —exclamó Darío—. ¿Así que rompe y divide; rodea y mata?

—Es algo que requiere una gran fuerza de voluntad —admitió Memnón—. Mucha decisión y un férreo control. Hasta ahora siempre ha demostrado ser efectivo.

—Así pues, ¿cuál es tu consejo? —preguntó Darío.

Memnón hizo una inspiración muy profunda.

—Nunca enfrentarse a él en combate.

—¿Qué?

La exclamación de Arsites vino seguida de la de Darío. Memnón vio por el rabillo del ojo unas sombras que se movían, pero el emperador levantó una mano en un gesto casi imperceptible.

—Dejadle entrar —manifestó Memnón—. Quemad las tierras, las cosechas, las ciudades. Atraedlo cada vez más al laberinto. Esperad a que tenga hambre y sed, a que sus hombres estén desmoralizados.

—¿Propones que quememos nuestras cosechas? —preguntó Arsites.

—No, no, escucha —apuntó Darío haciéndole callar con un ademán—. Ese mozalbete macedonio, como le llama Demóstenes...

—Demóstenes puede que sea un gran orador, mi señor, pero cada vez que se ha enfrentado al macedonio en combate, ha tenido que huir.

—Lo sé —contestó Darío cogiendo una uva, metiéndosela en la boca y masticándola lentamente—. Has hablado de los puntos fuertes de Alejandro. ¿Cuáles son las debilidades?

—Tendrá que dejar Macedonia y Grecia —contestó Memnón— gobernadas por la corregencia de Olimpia...

—¡Ah, esa perra enloquecida! —exclamó Darío.

—... y el viejo general Antípatro.

—¡Pero si se odian el uno al otro! —señaló Arsites.

—¡Precisamente! —replicó Memnón. Darío se llevó una mano a la cara y se echó a reír—. Cuanto más escucho hablar de Alejandro, más me gusta. ¿Así que Antípatro y Olimpia se vigilarán mutuamente? —apuntó mientras su rostro adoptaba una expresión grave—. ¿Qué otras debilidades tiene?

—Tendrá que dejar parte de sus tropas en casa —respondió Memnón apresuradamente—. Cuando cruce el Helesponto, Alejandro se encontrará aislado de su tierra. Su tesorería está vacía y los griegos arden en resentimiento. Alejandro es capitán general, pero Atenas lo detesta. Nadie ha olvidado la destrucción de Tebas. Grecia tiene dos ojos: uno, Atenas, está velado; el otro, Tebas, ha sido extinguido para siempre.

Darío se mordió el labio inferior mientras escuchaba con mucha atención.

—Por lo tanto, ¿Alejandro tendrá que vivir de la tierra? —preguntó Arsites.

Memnón se sintió más confiado al ver la mirada calculadora en los ojos de Darío; estaba explicando una estrategia que el Rey de Reyes comprendía.

—¿Qué otras debilidades tiene este hombre? —insistió Darío.

—La reputación de un tirano sangriento: treinta mil tebanos fueron vendidos como esclavos...

—¡No! —le cortó Darío—. Debilidades como hombre.

Memnón desvió la mirada. Podía mencionar la traición. Sin embargo, eso era algo tan común en Macedonia como lo era en Atenas y Persépolis.

—Tiene dos debilidades —contestó Memnón con voz pausada—. Primero, sus padres. Se odiaban el uno al otro. El propio Alejandro ha comentado que su madre le cobra un alquiler cada vez más alto por los nueve meses que pasó en su vientre. Olimpia se considera a ella misma como una mística. No dejaba de provocar a Filipo con la historia de que Alejandro había sido concebido por un dios. Dicen que el propio Filipo llegó a espiarla durante la celebración de ciertos ritos misteriosos.

—Fue así como perdió un ojo, ¿no? —preguntó Darío con un tono socarrón—. Me contaron la historia.

—Filipo y Olimpia se detestaban —continuó Memnón—. Llegó el momento en que se divorció de ella y se casó con la hija de uno de sus generales. Durante el banquete de boda, este general, Attalo, hizo un brindis. «Por fin Macedonia tendrá a un legítimo heredero, un verdadero macedonio». Alejandro, que salió en defensa de Olimpia, lo maldijo. Filipo, borracho como de costumbre, intentó atacar a su hijo. Desenvainó la daga, saltó del diván, pero cayó de bruces al suelo. «Mirad», se burló Alejandro, «aquí tenéis al hombre que quiere cruzar de Europa a Asia cuando ni siquiera tiene la fuerza y la habilidad para pasar de un diván a otro».

—¿Qué pasó después? —quiso saber Darío.

—Alejandro marchó al exilio. Cuando regresó, la nueva esposa de Filipo había dado a luz a un niño.

—¿Fue entonces cuando asesinaron a Filippo?

—Sí, estaba celebrando una gran fiesta, un encuentro con todos los Estados griegos, cuando un antiguo amante, Pausanias, que había sido sodomizado por algunos de los amigos de Filippo, se abalanzó sobre él y le clavó una daga alada céltica en el corazón.

—¿Mataron al tal Pausanias?

—Intentó escapar, pero tropezó en unos matorrales. Los guardaespaldas de Filippo lo mataron. El cadáver fue crucificado.

—¿Qué pasó con el verdadero asesino? —preguntó Arsites.

—Corrieron infinidad de rumores referentes a que Olimpia estaba detrás de Pausanias. También se insinuó que el propio Alejandro conocía el plan para el regicidio.

—¿Él proclamó su inocencia? —preguntó Darío.

—Por supuesto, mi señor. Olimpia, sin embargo, colocó una corona de laureles en la *cabeza*, decapitada de Pausanias, quemó el cadáver y desparramó las cenizas sobre la tumba de Filippo.

—¿Nadie avisó a Filippo de lo que se tramaba?

—Recibió un enigmático aviso del oráculo de Delfos —añadió Memnón moviéndose inquieto.

—¡El toro está preparado para el sacrificio! —exclamó Darío—. Todo está listo. ¡El verdugo espera!

—Sí, mi señor. Filippo creyó que el toro eras tú.

Darío se echó a reír con grandes carcajadas.

—Continúa, Memnón.

—Alejandro está confuso. Quiere a Olimpia. Afirma que una sola de sus lágrimas vale más que un millar de cartas, pero se siente repelido por ella. Olimpia arrojó al hijo recién nacido de Filippo a las brasas e hizo que la madre mirara como se quemaba el bebé hasta que la joven, enloquecida, se ahorcó. Olimpia ha llenado la mente de Alejandro con las dudas sobre su propia paternidad y también con los vagos sueños de que él es hijo de un dios. Le recuerda constantemente a Alejandro que Aquiles es uno de sus antepasados.

—Ah sí, lo he escuchado decir —intervino Arsites—. Alejandro guarda una copia de la *Ilíada* de Hornero junto a la daga debajo de la almohada.

—Su frase favorita es —añadió Memnón citando la *Ilíada*— «Aquiles nació de una madre inmortal». Se ve a sí mismo como la reencarnación del mayor héroe de Grecia.

—Has mencionado una segunda debilidad —insistió Darío.

—Dada su estirpe —respondió Memnón, incapaz de resistirse al reto—, Alejandro está dividido entre una profunda superstición y el deseo casi irreprimible de enfrentarse a los dioses, de demostrar que es uno de ellos.

—¿Le gusta el oro?

—Lo reparte como si fuera la arena de la playa.

—¿Las mujeres?

—Las respeta.

—Mis espías —afirmó Darío— dicen que tiene un amante, Hefestión.

Memnón estaba a punto de asentir cuando recordó un viejo proverbio: «Conoce a tu enemigo de verdad». El rodio se enorgullecía de una cosa: la verdad.

—Es lo que susurran sus enemigos —confesó—. Otros dicen que Hefestión es una figura paterna, el consejero íntimo de Alejandro.

—¿Entonces? —preguntó Darío reclinándose en los cojines—. ¿Por qué viene? ¿En busca de gloria? Memnón se encogió de hombros.

—Viene con sed de conquista. Para cumplir el sueño de su madre de que él es Aquiles redivivo. Para librar una guerra santa contra el imperio persa de Jerjes y Ciro, para demostrar que es un dios...

—O para demostrar —le interrumpió el emperador con un tono desabrido— que es más hombre que su padre. Por lo tanto, sabemos que vendrá —añadió, casi como si hablara consigo mismo—. ¿Cómo?

—Su flota es escasa —replicó Memnón—. Cuando cruce el Helesponto, podrás...

—No, no —saltó Darío sacudiendo la cabeza—. Quiero que venga con su ridícula tropa para abrazarlo contra mi pecho y estrangularle hasta la última gota de vida. Quiero mostrar a toda Grecia lo que pasará. Cuando haya derrotado a Alejandro, visitaré el Partenón en Atenas para enseñarles quién es su verdadero amo.

—Hay venenos, asesinos —dijo Lisias inesperadamente.

Darío no hizo caso de la interrupción; se pasó un dedo por los labios manchados de vino, mientras que con la otra mano jugaba con las borlas de un cojín.

—Tengo traidores en la corte macedonia —apuntó Darío chasqueando los dedos—. Podría acabar con la vida de Alejandro con la misma facilidad que puedo apagar la mecha de una lámpara de aceite. Sin embargo, si lo hago, quizá no evitaría la llegada de los macedonios. No, no, atraparé a Alejandro: Le haré desfilar cargado con cadenas por las calles de Persépolis y después —se señaló los pies— mis «encapuchados» se lo llevarán para que se pudra en una torre de silencio. Rajaré su cuerpo desde el cuello a la entrepierna y lo llenaré con polvo de oro de mi tesorería y lo utilizaré de escabel.

El Rey de Reyes agachó la cabeza. Memnón, a pesar del perfumado calor, sintió un escalofrío. Darío había urdido y planeado algo.

—¡Mencionaste a un espía! —exclamó Memnón—. ¿Cómo se llama?

—Naihat. —Darío acercó un dedo a los labios como una advertencia de silencio—. Alejandro —murmuró el Rey de Reyes— cruzará el Helesponto. Hará sus ofrendas en la antigua ciudad de Troya. Tendrá guías y avanzará por la costa occidental del imperio. Tropezará como un hombre en la niebla. Entonces le mataremos.

—¿Cómo? —preguntó Memnón.

Darío permaneció en silencio. Memnón miró con nostalgia el vino y la copa. De pronto se dio cuenta de cuál era el motivo de su inquietud. Comer y beber en presencia del gran rey era un gran honor. Ellos eran cuatro, pero sólo había tres copas —de plata, aflautadas, y con gemas incrustadas—; faltaba la cuarta. Alzó la mirada. Darío le observaba con una expresión curiosa. Luego el rey persa miró a un punto detrás de Memnón. El griego mantuvo el rostro impassible. Escuchó una pisada muy suave y supo que los «encapuchados» de Darío, los asesinos vestidos de negro de la corte persa, no estaban muy lejos.

—¿Todo está preparado? —preguntó el emperador.

Memnón no escuchó ninguna respuesta. Darío se levantó bruscamente. Cogió el matamoscas con el mango enjovado y lo golpeó contra el muslo.

—Mi señor —exclamó Arsites, que se levantó en el acto—. ¿Qué sucede?

Darío ya se alejaba. Hizo un gesto con el matamoscas para que lo siguieran. Cuando pasó junto a una ventana que daba a los jardines, hizo una pausa y se volvió.

—Memnón, amigo mío, ¿sabes qué es una torre de silencio?

Memnón miró al monarca.

—Adelante —le urgió el rey persa—. ¡Díselo a tus compañeros!

—Es una tradición de tu pueblo, señor. Llevan a sus muertos a una de esas torres y los cuelgan de las vigas.

—¿Qué más? —insistió Darío—. ¿Qué pasa entonces, Memnón?

—Dejan que el cadáver se pudra, que se desprenda la carne; se pudre y no puede contaminar a ninguna cosa viva.

—¿Para que los vivos permanezcan limpios? —murmuró Darío.

Memnón miró rápidamente hacia la ventana, atraído por unos débiles sonidos y el resplandor de las antorchas.

—Todos debemos mantenernos limpios —añadió Darío regresando a paso lento—. Mencioné espías. ¿Sabías, general Memnón, que tengo a un espía muy cerca de Alejandro?

—¿La persona que llamas Naihpat?

—La persona que llamo Naihpat —asintió Darío—. Naihpat es siervo de Mitra, el amo de mis secretos.

Memnón no reaccionó. Sabía algo de esto por los rumores y los cotilleos. Nunca había conocido al tal Mitra. Sin embargo, Darío confiaba plenamente en él y la gente llamaba a este misterioso guardián de los secretos con el apodo de *La Sombra del Rey*.

—¿Sabías, Memnón, mi amigo, que Alejandro tiene a un espía cerca de ti? ¿Quizás a dos, o incluso a tres?

Memnón notó la boca seca. Se le tensaron los músculos de las piernas.

—Mi señor, eso...

El general se mordió la lengua; llamar mentiroso a cualquier persa era el mayor de los insultos.

—Tengo ojos y oídos —replicó Darío—. Soy el gran rey. ¡Ven!

Se acercaron a la ventana. Memnón miró al exterior. Abajo en el jardín había erigido una gran cruz de madera. Un hombre, totalmente desnudo excepto por la mordaza, había sido crucificado y su cuerpo era una masa de morados de la cabeza a los pies. Memnón notó como si un puño le apretara el estómago cuando se dio cuenta de que el reo también había sido castrado; había una masa sanguinolenta donde habían estado los genitales. Oyó un suave gemido y se volvió en el acto. Lisias estaba pálido como un fantasma y gruesas gotas de sudor empapaban su frente.

—¿Reconoces a aquel hombre, general Memnón? Quizá no sepas quién es. En cambio, tu buen amigo Lisias sí lo sabe.

Memnón miró al hombre crucificado; le habían cortado los cabellos como a cualquier otro convicto.

—¡Es Cleandro! —exclamó Memnón mirando horrorizado a Lisias—. ¡Es uno de tus comandantes! Un tebano, ¿no es así?

—También es el mensajero de Lisias —declaró Darío.

Lisias, con la espalda contra la pared, temblaba como si tuviera fiebre.

—¡Lo puedo explicar todo! —tartamudeó.

Memnón se enfrentó con él, con su rostro apenas separado de la cara de su subordinado.

—Lisias, ¿qué significa esto?

—Envié a Cleandro con un mensaje para Alejandro. Me reuniría con él en Troya. Me ofrecía a traicionarte.

—¡Tú! —exclamó Memnón apartándose y alzando una mano.

Lisias sacudió la cabeza.

—No era una traición. Tú lo sabes.

—Entonces, ¿por qué?

—Soy tebano —contestó Lisias con dificultad—. Mi esposa, mi familia, todos murieron en Tebas. Tengo una deuda de sangre con el macedonio. No te traicionaría a ti, mi señor. Quería encontrarme con Alejandro y matarlo.

—No es eso lo que nos dijo Cleandro —apuntó Arsites.

Lisias se volvió con su rostro desfigurado por la rabia.

—¡Por supuesto, diría cualquier cosa sometido a la tortura! Mi señor rey. ¿Es esto obra de Arsites? —preguntó Lisias mirando a Memnón con una expresión de súplica y habiendo hincado una rodilla en el suelo—. ¡Tú sabes cuánto nos odian! ¡Te odian! Cuando vayamos al combate, se saldrán con la suya y te pondrán todas las trabas. La única manera de detener a Alejandro es matándolo. Lo iba a hacer por ti. Por mí. ¡Por todos nosotros! —concluyó mirando al resto.

—Si es así —dijo Arsites con un tono casi amable—, ¿por qué Alejandro aceptó? Pido disculpas, mi señor —añadió con una sonrisa presuntuosa—, pero nuestros exploradores capturaron a Cleandro a su regreso a través del Helesponto.

—¿Sabías que se había marchado? —preguntó Darío.

Memnón sacudió la cabeza.

—¿Por qué Lisias no te habló de este plan?

—Lo hubiese hecho —farfulló Lisias—, pero necesitaba estar seguro. Creí que Cleandro se había demorado.

Memnón miró a su comandante de caballería. Por un lado, Memnón le creía, pero por el otro... ¿Enviar a un emisario al campamento enemigo sin siquiera pedir su permiso?

—¿Sabías que Alejandro se encontraba de visita en Troya? —preguntó Darío con una voz que era poco más que un susurro.

El general volvió a sacudir la cabeza.

—Yo tampoco —continuó el Rey de Reyes—. No hasta que Cleandro cayó en las garras de Arsites —precisó tocando suavemente la muñeca de Memnón—. Incluso si fuese cierto —añadió—, ¿quién es Lisias para decidir la estrategia? No quiero ver asesinado a Alejandro y que se convierta en un héroe, en un mártir, para toda Grecia. Eso sería sencillamente demorar lo inevitable durante unos meses, o quizás años. Dejemos que Alejandro cruce. Dejemos que se encuentre con el destino que le tengo preparado.

Lisias intentó coger la túnica blanca de Memnón, pero el general se apartó. Miró por encima del hombro a Diocles; su sirviente le devolvió la mirada, aterrorizado.

—No hay nada que puedas hacer, mi señor —declaró Darío levantando una mano.

Unas figuras vestidas de negro salieron de las sombras. Rodearon a Lisias, lo sujetaron por los brazos y lo obligaron a levantarse.

—Tú estabas a mi servicio —le acusó Darío—. Eres mío en cuerpo y alma. Soy el Rey de Reyes, el dueño de tu cuello. No eres más que una piedra debajo de mi sandalia. ¡Llevalo a la torre de silencio! —ordenó—. Atadlo a una jaula. ¡Dejadlo colgado entre el cielo y la tierra!

Lisias gritó y pataleó. Los guardias encapuchados se lo llevaron.

—¡Mientras estés allí —gritó Darío—, y esperas la muerte, que tardará en llegar, reflexiona sobre el justo destino de un traidor!

Prólogo II

«El cuerpo de Pausanias fue colgado inmediatamente en una picota, pero por la mañana, apareció coronado con una diadema de oro, un regalo de Olimpia para demostrar su odio implacable hacia Filippo».

Quinto Curcio Rufo, *Historia*, libro 1, capítulo 9.

— **B**ienvenido, Telamón, hijo de Margolis!
—Mi señora, ¿por qué estoy aquí?
—Porque tienes el don de la vida —contestó Olimpia levantando la cabeza—, mientras que yo tengo el don de la muerte.

—Mi señora, ambos estamos en las manos de los dioses.

—¡Tú no crees en los dioses, Telamón!

—¡Mi señora, creo en lo mismo que tú!

La pelirroja Olimpia, viuda de Filippo, madre de Alejandro, se rió sonoramente, un sonido infantil que no encajaba con su humor y apariencia. Llevaba un vestido color verde mar sujeto al hombro con un broche de oro que reproducía la cabeza de Medusa. Sus cabellos y su largo rostro de tez muy morena estaban enmarcados por la capucha de su capa azul cielo; sus pies, incongruentemente, estaban calzados con sandalias de marcha de los soldados. En la pequeña mesa de acacia dispuesta a su lado, había una copa y todas las joyas que se había quitado —los anillos, los collares y los brazaletes— como si su contacto le resultara desagradable. Dio golpecitos con los pies y miró el techo, distraída por una pintura de Baco cabalgando una pantera.

«Tú no has cambiado», pensó Telamón. De todas las mujeres que había conocido, mejor dicho, de todas las personas que había conocido, Olimpia, de la tribu de Molossus, era la única que le asustaba de verdad. Observó su rostro sin arrugas y con la nariz afilada y los carnosos labios rojos, pero eran los ojos lo que le atraía, como los de un gato salvaje, brillantes, inquietos; te miraban como si quisieran arrebatarte la vida de tu alma. Telamón tragó saliva y escuchó su respiración. Conocía las reglas del juego: nunca mostrar tu miedo a Olimpia. Se engrandecía con el miedo de los demás. Ahora estaba interpretando el papel que había escogido: provocadora y coqueta, pero, por debajo, un aire de terrible amenaza. Telamón tuvo la sensación de estar actuando en una de las obras de Sófocles. Cuando le sacaron sin más de la casa de su madre, el capitán de la guardia de Olimpia se mostró cortés, pero firme: era un invitado de la corregente de Macedonia.

«¿Por qué?», le *había*, preguntado Telamón. El oficial se había quitado el casco y, después de enjugarse el sudor de la frente, le había respondido con la mirada puesta en la fuente del pequeño patio: «Porque es así como ella lo quiere».

Telamón se había lavado la cara y las manos, se había cambiado la túnica, se había echado una capa sobre los hombros, se había despedido de su madre con un

beso y, escoltado por los Compañeros de a pie, se había dirigido a la residencia real. Primero le habían llevado a la Casa de los Muertos y, tal como le ordenaron, estudió el cadáver tendido sobre una mesa de madera. Después le habían servido vino, pan y queso, y a continuación le habían traído aquí, al corazón del palacio, al centro de la telaraña de Olimpia.

Telamón se movió inquieto en la silla. Olimpia continuaba mirando el techo, un tanto reclinada en el trono con adornos de plata. A cada lado de la tarima, montaban guardia los oficiales de los Compañeros de a pie vestidos con el uniforme de gala: cascos azules con plumas rojas a los lados y viseras de oro que daban sombra a los ojos; más abajo, los grandes cuellos rojos que les cubrían los hombros como pañoletas. Permanecían inmóviles como estatuas con sus corazas labradas y las faldas y las espinilleras de plata con los bordes rojos, sujetando las lanzas en una mano y las rodela en la otra, adornadas con una ménade de ojos salvajes y rostro feroz, el símbolo personal de Olimpia.

Telamón tosió. Olimpia siguió contemplando el techo y el médico, para distraerse, echó una ojeada por la sombría cámara, calentada sólo por un brasero que crepitaba y platos de bronce llenos de ascuas. «¿Habían rociado las brasas con alguna sustancia?», se preguntó Telamón. ¿Algún extraño perfume? ¿Hojas de laurel o mirto? Desde luego, no era incienso; ¿quizás hojas de roble o pétalos de loto machacados? El perfume agrídulce irritó la nariz de Telamón y estimuló su memoria. ¿Qué era? Entonces lo recordó, incluso mientras Olimpia apartaba sus ojos del techo para mirarle directamente. Una mirada de los ojos verde oscuro de esta mujer serpiente, la Reina Bruja, y Telamón recordó sus visitas a la academia en Mieza. ¡Era su olor! Recordó a Olimpia en cuclillas delante de él, que le pasaba un dedo por la mejilla mientras le preguntaba si quería de verdad a su precioso Alejandro.

Una frase de las Bacantes de Eurípides llamó la atención de Telamón: estaba escrita en la pared directamente detrás del trono: «Dionisio merece ser honrado por todos los hombres. No quiere a nadie que no le adore». Olimpia se giró en su trono para mirar la pared.

—Mandé que los pintores la pusieran allí. ¿Crees lo que dice, Telamón? ¿No te parece que todos deberían beber el vino sagrado? —preguntó volviéndose para mirarle a la cara—. La sagrada sangre de los dioses, el zumo de la gorda uva aplastada. ¿Eres un seguidor de Eurípides, Telamón? ¿O sólo un admirador de sus obras?

—Prefiero mucho más el tratado sobre la embriaguez de Aristóteles.

—¡Ah, Aristóteles! —exclamó Olimpia echándose a reír—. ¡Ese elegante y zanquilargo afectado! ¿Así que no te gusta el vino?

—No he dicho tal cosa, mi señora.

La reina continuó con sus provocaciones.

—En el canto VI de la *Ilíada*, Hornero afirma que el vino revitaliza el cuerpo.

—En el mismo canto, también dice que consume tus fuerzas.

—No me agrada —murmuró Olimpia, en otra cita de la *Ilíada*, mientras repicaba con los dedos en el brazo del trono— continuar protestando implacablemente.

—En ese caso, mi señora, quizá quieras decirme por qué estoy aquí.

La sonrisa desapareció del rostro de la reina. Golpeó el suelo con la punta de la sandalia y cogió un brazaletes que comenzó a deslizar arriba y abajo por la muñeca.

—¿Echas de menos los huertos de Mieza, Telamón?

—Echo de menos a mis amigos.

—¿Echas de menos a mi hijo?

—Mi señora, ya tienes la respuesta. Echo de menos a mis amigos.

Olimpia se echó a reír bruscamente. Telamón se sobresaltó cuando una de las antorchas, sujeta en la pared a su izquierda, hizo un último chisporroteo y se apagó. La reina le señaló con un dedo.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Porque tú me has llamado.

—No, ¿por qué estás en Pella?

—Lo estoy desde el otoño.

Olimpia, como si se aburriera con esta conversación, se levantó, bajó de la tarima y caminó hacia él.

—Filipo está muerto. Mi marido, el rey.

—Lo sé, mi señora.

—Coroné a su asesino.

—Lo sé, mi señora.

—No estoy diciendo que lo maté —apuntó Olimpia yendo a situarse tras de Telamón.

—Por supuesto que no, mi señora. Tú serías incapaz de matar a una mosca.

Olimpia rió de nuevo y golpeó a Telamón en el hombro. Él se movió inquieto. El asiento de la silla estaba hecho de tiras de cuero entrelazadas que se marcaban a través del delgado cojín. Miró el mosaico del suelo; no era muy bueno, mostraba a un Dionisio pelirrojo montado en un ganso. El dios le recordó a un borracho que había intentado atacarle en un callejón. ¿Dónde había sido? ¿En Menfis o Abidos? Telamón no lo recordaba. Le preocupaba mucho más controlar su miedo. Olimpia era como un gato que había cazado a un pájaro. Ella no le deseaba ningún mal, al menos por ahora. Quería algo. Casi sospechaba la verdad. Sólo si se negaba emergería el peligro. Si Olimpia lo quería muerto, su cabeza se hubiera visto separada de los hombros tan pronto como puso un pie en Pella. Por supuesto, su querido Alejandro había dejado estrictas instrucciones; en algún lugar de los perfumados aposentos de Olimpia, había un cofre con herrajes de plata cerrado con tres cerraduras; sólo Olimpia tenía las llaves. En aquel cofre, había un rollo de pergamino con los nombres de aquellos que Alejandro había advertido a su madre que no debía tocar. Estaba seguro de que su nombre estaba allí escrito. Alejandro nunca olvidaba a sus amigos, ni siquiera a aquellos que no estaban de acuerdo con él o habían decidido seguir por caminos

diferentes.

—Te recuerdo, Telamón. Tú y Alejandro cazando liebres entre las tumbas de Mieza. ¿Las recuerdas? ¿Las lápidas grises, los hierbajos...? ¿Las nubes de moscas, el silencio roto sólo por el zumbido de las abejas...? ¡Siempre calzabas unas sandalias demasiado grandes! Parecías nadar en ellas.

Olimpia se agachó para susurrarle algo al oído. Telamón olió su extraño perfume.

—Telamón, de rostro moreno y cabellos oscuros, siempre tan estudioso. Recuerdo cuando recogiste un hueso que un perro había sacado de una tumba. Tú y Alejandro discutisteis si era de una pierna o de un brazo.

—Era de una pierna, mi señora: un fémur. Yo tenía razón; tu hijo estaba equivocado.

—No te gusta que maten, ¿verdad? Recuerda cuando Ptolomeo encontró un pichón y dijo que lo sacrificaría sobre una piedra; tú te echaste a llorar con tanta desesperación que Ptolomeo soltó el pichón.

—Tu memoria te ha vuelto a fallar, mi señora —dijo Telamón, consciente de que Olimpia se había apartado—. Tu hijo Alejandro intervino. Le dio un puñetazo en la nariz a Ptolomeo y él soltó el pájaro, que escapó volando.

—Ah sí. Ahora mírate, Telamón —ordenó Olimpia dándose la vuelta y deteniéndose ante él, con los dedos en la barbilla; entonces chasqueó la lengua—. Telamón ataviado con la túnica y el manto del físico. Déjame que estudie tus síntomas. Déjame juzgar tu apariencia.

La reina retrocedió como si juzgara su valía. Telamón sostuvo su mirada.

—Eres más alto de lo que esperaba —confesó en un susurro—. El pelo negro rizado —hizo una pausa—. ¿Qué edad tienes, Telamón?

—Veintiséis años.

—Ya tienes cabellos grises. Sólo unos pocos, pero te dan un aspecto distinguido. ¿No dice Hipócrates en su *Corpus* que un físico debe inspirar confianza en sus pacientes? Tu rostro es moreno, melancólico, con los ojos muy hundidos. ¿De qué color son? —preguntó mientras se acercaba un poco para verlos mejor—. Verde claro, un poco como los míos. Tienes la nariz pequeña de tu madre. Tu labio superior es delgado, pero el inferior es más carnoso. La barba y el bigote están bien recortados —apuntó inclinando la cabeza a un lado, un gesto que a Telamón le recordó mucho a Alejandro—. El rostro de un erudito, reservado pero no ladino. De expresión solemne, aunque, creo, Telamón sabe reír. Gustas a las damas. Dime, Telamón, ¿cuál es tu vida?

—La medicina, mi señora.

—¿Y tu esposa?

—La medicina, mi señora.

—¿Y tus aficiones? La medicina, mi señora —dijo Olimpia respondiendo por él con una muy buena imitación de su voz.

Se acercó hasta dominarlo con su estatura. Telamón advirtió que uno de los

Compañeros de a pie se movía ligeramente a un costado para no perderle de vista.

—Has estado en todas partes, Telamón. Déjame recordarlo: Cos, Samos, Chios, Atenas, Menfis, Abidos, Tebas en Egipto...

—Incluso en Tarento, en el sur de Italia —precisó Telamón acabando la lista por ella.

Olimpia tocó el anillo en la mano izquierda del físico, que mostraba en su sello a Esculapio y a Apolo, el sanador.

—¿Así que de verdad crees en los dioses, Telamón?

—Si los dioses cometen actos vergonzosos, menos dioses son.

—¿Es uno de tus aforismos?

—No, mi señora. Eurípides.

—Ah, el que habla de la consciencia inmortal. ¿Crees en la vida después de la muerte, Telamón?

—La otra vida es una fuente sellada —respondió Telamón con otra cita de Eurípides—. Esta vida ya tiene bastantes problemas.

Olimpia abrió mucho los ojos en un gesto de sorpresa.

—¿A ti, un físico, no te gusta la vida? ¿No tienes nada más allá de la medicina? ¿Ninguna ambición? ¿A ningún protector? ¿Ningún deseo de mejorar tu posición? ¿Por qué eres tan triste, Telamón?

—Como dice el poeta, mi señora: «Nuestros versos más dulces son aquellos que relatan nuestros pensamientos más tristes».

—Te gusta Eurípides —observó Olimpia sentándose en el borde de la tarima con las manos apoyadas en las rodillas—. De todos los compañeros de mi hijo, Telamón, tú eres el que más me gusta. ¿Sabes por qué? Porque no representas ninguna amenaza. No quieres ser un general. No quieres ser un soldado. No quieres pavonearte. Diría que eres un rompecorazones. ¿Tenías una esposa en Egipto?

—Sólo una amante.

—¿Murió?

—Era una muchacha del templo de Isis. Una sacerdotisa, mi señora. Un soldado abusó de ella, cayó enferma y murió. Yo estaba ausente cuando pasó.

—¿Quién era el soldado?

—Un oficial persa. Lo maté.

—¿Cómo hiciste tal cosa? —quiso saber Olimpia desviando el rostro con una sonrisa en los labios—. ¿Envenenaste su vino? ¿Le apuñalaste por la espalda? ¿Alquilaste a un asesino?

Telamón mantuvo una expresión impasible. Olimpia dio un golpe en el suelo.

—¿Vas a decírmelo? ¿Cómo le mataste?

—Lo encontré en una taberna cerca de la Avenida de las Esfinges en Tebas. Lo maldije. Él desenvainó la espada y me atacó. Aprendí muchas cosas en los huertos de Mieza.

—Ah sí, Cleito el Negro, el maestro de esgrima de mi hijo.

—El oficial no era muy bueno. Erró el golpe. Mi daga acertó en la diana. Un corte limpio y directo al corazón.

Olimpia exhaló un suspiro y se puso de pie.

—¿Así que regresaste a casa?

—No tuve otra elección. Los persas me hubieran crucificado en las murallas de Tebas.

—Por cierto, ¿cómo está tu madre? ¿Y la viuda de tu hermano y su hijo? Un niño muy vivaz, según me han contado.

Olimpia tenía aquella mirada sombría, helada. Telamón notó el sudor en las palmas de las manos. La reina acababa de proferir su amenaza. Sólo las palabras, la manera como había recalcado «vivaz» con una mirada despiadada.

—¡Bien! —exclamó Olimpia aplaudiendo y acercándose al trono—. Tienes la reputación de ser un gran físico, Telamón —sentenció mientras se sentaba—. Dime, ¿cuál es la diferencia entre la cicuta acuática y la virosa?

—Ambas son venenos letales. La cicuta virosa provoca la parálisis. La acuática provoca convulsiones. Ambas producen la muerte.

—¿Es algo que sabes a través de la observación?

—No, está en el relato que hace Platón de la muerte de Sócrates. Le dieron cicuta virosa con el vino.

Olimpia, con los labios fruncidos, asintió como si fuera un estudiante que escucha a su maestro.

—¿Has visto el cadáver?

Telamón recordó la espantosa Casa de la Muerte: el cuerpo blanco del anciano que yacía desnudo como un trozo de carne encima de una fuente. Olimpia miró al oficial que se encontraba a su lado.

—¿Estudió el cadáver? ¿Bien de cerca como se le dijo?

—Tal como se le dijo, mi señora.

—Bien —manifestó Olimpia dirigiéndose de nuevo a Telamón.

—Dime lo que sabes del cadáver.

—Era uno de vuestros sirvientes, mi señora. Trabajaba en el palacio.

—¡Por supuesto!

—Diría que era zapatero.

Olimpia sonrió.

—Lo descubrí por las manos —prosiguió Telamón—. Olían a cuero y tanino. Tenía unas pequeñas durezas en los dedos donde sujetaba la aguja. Tenía la columna un tanto curvada de inclinarse sobre su banco de trabajo. Los músculos de las muñecas y los brazos estaban bien desarrollados, pero la barriga y la delgadez de las piernas indicaban que era un hombre que habitualmente estaba sentado.

—¡Muy bien! —exclamó Olimpia.

—El cadáver estaba ligeramente hinchado —apuntó Telamón; se animaba cada vez más—. Ya había comenzado la putrefacción.

—¿Qué me dices de la causa de la muerte?

—¡Veneno!

Olimpia echó la cabeza hacia atrás y soltó una estruendosa carcajada.

—¡No pensarás acusarme!

Telamón la miró tranquilamente. «No —pensó—, no haré tal cosa». ¡Olimpia, la Reina Bruja! ¡Señora del veneno! Se preguntó cuántas pociones, elixires y antídotos habría en sus cofres secretos. Recordó la historia de cómo el hermanastro de Alejandro había nacido sano y robusto y fue un serio rival para su hijo hasta que Olimpia decidió servirle una comida especial. El chico se había recuperado, pero condenado a vagar por el palacio, convertido en un idiota que sólo servía como una poderosa advertencia a cualquiera que pensara en desafiar los derechos de Olimpia y su amado hijo.

—Rastreé el veneno —afirmó Telamón—. La pierna derecha estaba hinchada: la sangre se había convertido en pus.

—¿Cómo murió? —insistió Olimpia.

—Había escuchado hablar de algo similar. Una aguja clavada en la pierna. La herida era muy pequeña y se cerró inmediatamente. El pobre zapatero creyó que estaba a salvo, pero la aguja estaba infectada y le envenenó la sangre. Seguramente sufrió dolores de cabeza, rigidez en las mandíbulas, fiebre muy alta, delirios. La muerte no debió tardar mucho en llegar.

—¿Qué hubieras hecho tú?

—Mi señora, hubiera abierto la herida, sacado la aguja y, después, hubiese hecho una incisión en la pierna.

—¿Para qué?

—Para volcar una mezcla de miel, sal y vino. Cuanto más fuerte el vino, mejor. No el vino ligero de Olimpo o Atenas, sino el vino más fuerte que pudiera encontrar: un vino recio, rojo oscuro. Tal infusión hubiese limpiado la herida.

—¿Cómo? —quiso saber Olimpia inclinándose hacia adelante. Su curiosidad era sincera.

—No lo sé, ni tampoco lo sabe nadie. El vino, la miel y la sal tienen unas propiedades que purifican la carne y eliminan el pus.

—Habré de recordarlo. Por lo tanto, ¿no crees que la producción de pus es buena? Hipócrates lo creía, y también mis físicos.

—Están equivocados —respondió Telamón, muy seguro de sí mismo—. Hay que limpiar el pus y no permitir que se asiente en el cuerpo. Siempre hay que drenar las heridas.

—¿Tú puedes hacerlo? —preguntó Olimpia.

—Es posible. Lo he visto hacer en Egipto, no sólo con las heridas, mi señora, sino incluso con el pus en un pulmón.

—¿Qué me dices del vendaje?

—De lino limpio, y nunca demasiado apretado. Esto permite que la herida respire.

Aprietas el vendaje y la putrefacción queda encerrada dentro.

—¿Qué hubieras hecho si eso no funcionara? —Entonces, mi señora, hubiese amputado la pierna, unos cinco dedos por encima de la rodilla. Hubiese dado a beber al hombre un vino fuerte mezclado con un opiáceo; eso previene las convulsiones y los temblores.

—Se hubiera desangrado hasta morir.

—En Italia, mi señora, vi cómo lo hacía un cirujano con la pierna de un soldado. Había sido alcanzado por una flecha envenenada en una emboscada. Utilizaron unas lañas muy pequeñas para cortar el flujo de sangre; luego cauterizaron y vendaron el muñón.

—A mi hijo le parecerá muy interesante —susurró Olimpia casi para sí misma.

—¿Tu hijo, mi señora? Ha marchado rumbo a Asia; sus ejércitos están acampados en el Helesponto.

Olimpia aplaudió la respuesta.

—Eres un muchacho muy espabilado, Telamón. Tú te unirás a él.

Telamón contuvo su enfado.

—El ejército se reúne en Sestos —añadió ella—. Te reunirás allí con mi hijo.

—¿Quiero o debo, mi señora? Nací libre. ¡Soy un macedonio!

Olimpia se levantó. Se frotó las manos. Bajó de la tarima y caminó hacia el joven. Se agachó, no como una reina, sino como una madre que suplica por su hijo.

—Confío en ti, Telamón; el oro y la gloria no te interesan. Mi hijo está rodeado de traidores, asesinos, espías.

—¿Incluidos los tuyos?

—Incluidos los míos.

—No soy tu espía.

—No, Telamón. No se te puede comprar, sobornar o vender. He leído tu tratado sobre los venenos. Sientes afecto por Alejandro. Tú lo protegerás, no porque yo te lo pido, sino porque quieres hacerlo.

—¿Alejandro ha preguntado por mí?

—Lo sabe todo de ti, Telamón —afirmó Olimpia—. Insistió en que te unieras a él. ¿A qué otro lugar puedes ir? —preguntó al tiempo que sus ojos y su voz se mostraban suplicantes—. ¡No te gusta Macedonia! ¿Atenas quizá? Ningún macedonio es bienvenido allí. ¿El imperio persa? ¿Asia, Egipto, el norte de África? Pero allí hay órdenes de arresto que llevan tu nombre, Telamón. Aquel oficial persa era una persona muy importante. Piensa en las oportunidades —le apremió—, para curar, para aprender...

—¿Qué pasará si no voy?

Olimpia se irguió para caminar lentamente hacia él.

—No te puedo garantizar nada, Telamón —sentenció antes de hacer una pausa y contemplar las gruesas vigas que sostenían el techo—. Aquí fue donde se ahorcó mi rival Eurídice.

—¿Me estás amenazando?

—No, Telamón, te lo aseguro. Si te unes a mi hijo, tu madre, la viuda de tu hermano, que sé que te gusta, y su vivaz chiquillo estarán siempre seguros. Serán mis amigos y yo seré su protectora.

—¿Contra qué?

Olimpia extendió las manos.

—Accidentes, ocurrencias desafortunadas.

Telamón exhaló un suspiro y tiró de una hebra suelta de su capa. Tendría que pedir a su madre que se ocupara de arreglarla. El miedo había pasado; la amenaza estaba clara. Telamón se levantó y caminó hacia la puerta. El oficial de guardia desenvainó la espada. Olimpia debió haberle hecho un gesto, porque volvió a envainarla.

—¿Dónde vas, Telamón? Ya ves cuánto te quiero. Ningún hombre me vuelve la espalda.

Telamón se volvió.

—Mi señora, voy a preparar mi equipaje. El viaje a Sestos es un viaje muy largo.

Olimpia sonrió. Se acercó a la mesa para buscar entre las joyas. Cogió una bolsa de monedas y se la arrojó a Telamón, quien la cogió con destreza.

—¡Eso es para tu viaje, físico!

Telamón desató el cordón, puso la bolsa boca abajo y vació las monedas de oro sobre el suelo, donde tintinearón y rodaron.

—Como has dicho, mi señora... —apuntó dejando caer la bolsa de cuero—. ¡Ni el oro ni la gloria! Quizás en esta ocasión, aceptaré la gloria. El oro —hizo un gesto— te lo puedes quedar.

Caminó hacia la puerta. El guardia la abrió.

—¡Adiós, Telamón! —le gritó Olimpia—. Di a mi hijo que su madre le quiere.

Telamón, tenso de rabia, ya caminaba por el pasillo abovedado hacia la luz que salía por el extremo más lejano.

Prólogo III

«Las gentes de Troya habían hecho muchos esfuerzos, y durante mucho tiempo, pero fueron incapaces de impedir que las mujeres locrianas entraran en su territorio».

Eneas el Tático, «Sobre la defensa de los lugares fortificados», 31.24.

La muchacha corría. No sabía hacia dónde ni por qué. Se detuvo y miró atrás a lo largo del polvoriento sendero bordeado por robles que susurraban con el viento. Estaba segura de que las Furias, como águilas chillonas, se estaban lanzando sobre ella para arrastrarla de nuevo a los terrores de los que había escapado. Hizo una pausa y contempló su vestido, roto y manchado de sangre; los pies le sangraban de una multitud de cortes. El golpe en la cabeza parecía haberlo cambiado todo. Los robles se movían como un reflejo en un arroyo. Le llegaban unos sonidos muy lejanos. Avanzó tambaleándose, consciente del dolor en la espalda y los hombros. Se tocó el rostro y torció el gesto en una mueca de dolor al notar los golpes alrededor de la boca. «Una muchacha de rostro dulce». Así la había descrito uno de los marineros. ¿Marineros? La muchacha se detuvo de nuevo. Eso era algo que sí recordaba: el viaje por mar, la pequeña barca de pesca... Estaba sentada allí con otras mujeres y la escolta que les había enviado el jefe de la aldea. Habían sentido miedo, pero eran felices. La otra muchacha era una desconocida, más avezada. ¿Por qué las habían cogido? ¿Alguna vieja historia resurgida del pasado? La joven miró a través de una abertura entre los robles. A lo lejos se veía una montaña con la cumbre cubierta de nieve. ¿Era el Olimpo? ¿Iba a la casa de los dioses? Se acuclilló en el camino. ¿Por qué estaba aquí? Recordó vagas imágenes referentes a Cassandra y la reparación de un crimen siniestro, una sacerdotisa muerta, la sangre que clamaba al cielo reclamando venganza...

La joven se levantó y continuó tambaleante. Llegó a un recodo y los robles dieron paso a una amplia llanura barrida por el viento. El brillo de un río llamó su atención. Divisó unas grandes ruinas en lo alto de la colina. ¿No era el mar eso que escuchaba estrellándose contra las rocas? ¿Por qué estaba aquí? ¿Qué había pasado? Cerró los ojos y se balanceó sobre la planta de los pies. Había llevado una guirnalda como la otra muchacha. Habían estado hablando y riendo, pero, después de aquello, se encontraron en la oscuridad, con aquellas siniestras figuras enmascaradas que las rodeaban. Recordó a su compañera, que se había vuelto para correr, el garrote que le golpeaba en la cabeza, la sangre que manaba de la nariz y la boca de la pobre muchacha. Unas manos la habían sujetado violentamente y le habían arrancado las ropas. Ella había echado a correr, se había golpeado contra la pared de la caverna y había caído de bruces. Los morados, los duros guijarros habían marcado su cuerpo suave, pero ella había alcanzado la boca de la caverna y estaba oscuro; por eso habían

llegado allí, atraídas por la visión del fuego y el olor de la comida.

La muchacha comenzó a temblar. No podía dejar de temblar. Se le aflojaban los intestinos y quería vomitar. Sin saber la razón, las ruinas que tenía delante le resultaban conocidas. ¿No era allí donde se suponía que debía ir?

Abandonó el sendero y siguió caminando a trompicones. Un pájaro volaba en círculos. Su grito le recordó la llamada de un fantasma. Se detuvo y miró el cielo. ¿Estaba en casa? ¿De nuevo en Tesalia? ¿Podría comer y beber? ¿Se ponía el sol porque se acababa el día otra vez? ¿Cuando cayera la noche aparecerían aquellas siniestras figuras? Tropezó y, al caer, se lastimó la rodilla. Se levantó y siguió caminando. Era consciente de que se movía entre paredes rotas y puertas derruidas. De pronto apareció un hombre bajo, rechoncho y calvo, exceptuando un círculo de cabellos negros dispuestos como si llevara una corona. Tenía los ojos brillantes y la nariz respingona. Le dijo algo, pero ella no podía entenderle. No le gustaba. Tenía una mirada codiciosa, salaz y no dejaba de lamerse los labios como uno de aquellos marineros. Se le acercó.

—¿Qué pasa, querida?

Ahora ella podía entender su lenguaje duro y gutural.

—¿Por qué estás aquí?

Ella abrió la mano. El hombre vio la pequeña lechuza de marfil que guardaba allí. Ahora la muchacha comprendió por qué había apretado tanto el puño. Acostumbraba a llevar la lechuza colgada de una cadena alrededor del cuello.

—¡La lechuza de Atenea! —exclamó el hombre—. Será mejor que vengas conmigo.

La cogió de la mano. Ella no pudo hacer otra cosa que seguirle mientras el hombre la guiaba por entre las ruinas. Aparecieron otras personas y vio cómo la rodeaban moviendo los labios, pero no escuchaba las voces. Delante de ella, aparecieron unos escalones que llevaban hasta un templo con un pórtico sustentado por columnas. La figura con el yelmo de Palas Atenea se elevaba por encima del edificio. Ella la reconoció; le habían hablado de la diosa. El hombre la hizo entrar. El interior estaba oscuro, pero desprendía un olor agradable. Se agachó y advirtió que el suelo era fresco. Vio las columnas y las estatuas. Tres mujeres se acercaron presurosas. Despidieron al hombre rápidamente y la llevaron por un pasillo hasta una pequeña habitación donde un brasero calentaba y perfumaba el ambiente. Se preguntó si la mujer que estaba sentada en un taburete era la diosa. Los cabellos castaños, un rostro hermoso, ojos bien separados de un color mar gris, una sonrisa en los labios, la mirada ansiosa, el entrecejo fruncido. Tocó el rostro de la joven, murmuró algo y cogió gentilmente la lechuza de su mano.

—¿Cuál es tu nombre? ¿Dime quién eres? —quiso saber mostrando preocupación en sus ojos—. Tú eres una de las doncellas que esperábamos, ¿verdad? Me llamo Antígona y soy la sacerdotisa del templo. Éstas son mis dos ayudantes, Selena y Aspasia.

Los nombres y los rostros no significaban nada para la muchacha. Se echó a temblar una vez más. Miró en derredor, desesperada. Amagó levantarse, pero una de las ayudantes la retuvo. Acercaron una copa a sus labios.

—¡Bebe! —le ordenó una voz.

La muchacha obedeció. Vacío la copa y una vez más comenzó a caer, pero no en el sueño, sino en la horrible pesadilla y la lóbrega oscuridad del Hades.

Capítulo I

«Cuando comenzó la siguiente campaña, Alejandro dejó a Antípatro a cargo de los asuntos [...] y marchó hacia Helesponto».

Arriano, *Las campañas de Alejandro*, libro 1, capítulo 11.

El momento había sido escogido por Aristandro, nigromante y depositario de los secretos del rey: la ascensión de la estrella Arturo en el cuadragésimo segundo año de la Olimpiada. Alejandro de Macedonia se encontraba en el centro de un círculo de doce altares de piedra erigidos en honor de los dioses del Olimpo. El anillo sagrado coronaba un pequeño altozano, a unos pocos estadios de la ciudad de Sestos, desde donde se veían las aguas azules agitadas por las fuertes corrientes del Helesponto.

A pesar de los preparativos de Aristandro, los auspicios no eran buenos. Una fría niebla crepuscular llegaba desde el mar, una sombría nube que amenazaba con extinguir los fuegos que ardían en once de los altares. Alejandro levantó una mano. Los trompeteros levantaron las trompas y soplaron una larga y ensordecedora nota que se transmitió más allá del agua y llegó hasta el campamento macedonio, que parecía cubrir todo el horizonte. Ahora se hizo un silencio sepulcral. Las tropas, congregadas alrededor de la colina, miraron hacia el sitio sagrado donde los guardaespaldas reales custodiaban el lugar del sacrificio. Aquellos que habían llegado primero espiaban a través de la empalizada, ansiosos por ver a su rey. Alejandro de Macedonia, vestido con la armadura de comandante de la brigada real, esperaba pacientemente, con la cabeza echada un poco hacia atrás, con la mirada puesta en los negros y amenazadores nubarrones que ocultaban el sol moribundo y amenazaban con oscurecer la pálida luz de la luna y las estrellas. Se pronosticaba una noche lóbrega, azotada por el viento.

Alrededor de Alejandro, se agrupaban sus compañeros. Estaban Hefestión, alto, de cabellos oscuros, de rostro afilado y sombrío y con barba y bigote; algunos murmuraban que la «sombra» de Alejandro se parecía más a un semita que a un macedonio. A su lado, Ptolomeo, bien afeitado, con la tez muy bronceada, el cabello corto. Una cicatriz en el ojo derecho, junto con la nariz quebrada y labios finos, hacía que en su rostro apareciera una expresión de permanente desdén. Después estaba Nearco, el pequeño cretense, que se ocupaba de las catapultas, los mandrones y otras máquinas de guerra. Por último, Seleuco, alto y fornido y con los párpados gruesos, que soñaba con convertirse en un potentado asiático.

A la izquierda de su rey, había un grupo de sacerdotes, encabezados por el calvo y zanquilargo Aristandro, con los ojos saltones y la nariz que le chorreaba continuamente. Su aspecto no podía ser más apropiado para el personaje que todo el mundo le asignaba: brujo, mago, vidente y adivino. Un sacerdote que conocía los

ritos secretos y que había sido enviado por Olimpia para que su maestría en la magia negra ayudara a su hijo. Todos le observaron mientras el toro blanco como la leche, con los cuernos dorados, una guirnalda de flores alrededor del cuello y debidamente drogado, entraba en el círculo sagrado. El paje real que guiaba el animal se detuvo ante Alejandro. El rey, con un pequeño cuchillo, cortó un puñado de pelos entre los cuernos. Después se acercó a unos de los altares y los dejó en el fuego. Aristandro le alcanzó una copa de oro llena de vino de Chian. Alejandro derramó la bebida sobre las llamas y se apartó. Acercaron el toro al altar donde no ardía fuego alguno. A una señal de Aristandro, los sacerdotes rodearon a la bestia. Uno de ellos levantó el hacha ceremonial y la descargó en un golpe tan fuerte como certero en la nuca del animal, que bramó de miedo mientras caía de rodillas. Otro de los sacerdotes, montado en el toro, le echó la cabeza hacia atrás y, con un rápido movimiento, le rajó la garganta con un cuchillo de hoja curva. El bramido del toro fue repetido por los asistentes, mientras su sangre manaba en un bol de plata para llevarla al fuego sagrado.

Alejandro lo observaba todo atentamente. Mientras lo hacía, las palabras del oráculo de Delfos volvieron a su memoria para acosarlo: «El toro está preparado para el sacrificio. Todo está listo. El verdugo espera». Unas palabras que profetizaban la muerte de su propio padre. ¿Filipo había sido sacrificado? ¿Su madre Olimpia había sido la sacerdotisa? ¿Por qué lo habían sacrificado? ¿Para proteger a Olimpia o al amado hijo de Olimpia? ¿Era inocente del derramamiento de la sangre de su padre? ¿Regresaría la sombra de Filipo desde el Hades para burlarse y provocarle durante las primeras horas de la madrugada?

Los sacerdotes habían levantado el cuerpo del toro para depositarlo sobre el altar. Alejandro intentó disipar sus sombríos pensamientos y observó cómo los sacerdotes abrían el vientre de la bestia. Se cubrió con la capucha de su capa de guerra y levantó las manos en una plegaría a Zeus el todopoderoso. Las entrañas del toro cayeron sobre el altar. Una súbita horda de moscas, con un ruidoso zumbido, apareció para lanzarse sobre el charco de sangre. Un mal presagio. El corazón de Alejandro se sobresaltó. ¿Las habían enviado las Furias? ¿Una señal del inminente desagrado y castigo de los dioses? ¿De todos ellos? ¿O sólo de uno? ¿Apolo quizá? ¿Hera? Bien podía ser Poseidón, cuyo permiso necesitaba Alejandro para extender su dominio a través del Helesponto. ¿Serían propicias las otras señales? El toro había sido seleccionado cuidadosamente. Aristandro había dado unas órdenes secretas muy precisas. El rey recordó las cartas que había recibido de Olimpia. ¿Todo esto era obra de un dios o maquinaciones de los hombres? Todos los príncipes estaban rodeados de traidores y asesinos, pero ¿podía fracasar ahora, incluso antes de haber comenzado?

Aristandro, con los brazos metidos en el vientre del toro, buscó el hígado todavía caliente y lleno de la espesa sangre del animal. Lo depositó sobre el altar y lo observó durante un momento: se volvió hacia su señor y sacudió la cabeza. Alejandro tenía la respuesta. Los auspicios no eran buenos. El hígado seguía vivo, pero adivinaba por la sonrisa retorcida de Aristandro que estaba mancillada, que era inaceptable para los

dioses. Alejandro se quitó la capucha y cogió el brazo de Hefestión.

—¡No sirve! —susurró—. ¡Está manchado, mancillado! Se lo entregué a los dioses y ellos lo han rechazado. Díselo a los hombres congregados: las señales todavía no son lo bastante claras.

—¿Y? —preguntó Hefestión.

—¡Bah, ocúpate de que limpien toda esta porquería! —replicó Alejandro, y se marchó.

Dejó el recinto de los sacrificios y caminó por la avenida entre sus tropas. Procuró sonreír y se sintió más tranquilo cuando el portador de su sombrilla, que intentaba mantenerse a la par, tropezó y se cayó de bruces para gran diversión de los soldados.

—¡Una buena señal! —gritó Alejandro ayudando al hombre a ponerse de pie—. ¡Los dioses saben que no necesito protección! Os tengo a vosotros y los tengo a ellos. ¿Qué más necesita el hijo de Filipo?

Sus palabras, pasadas de boca en boca, fueron saludadas con gritos de aprobación. Alejandro continuó caminando. Notó un súbito escalofrío a su lado izquierdo y se detuvo. ¿Se trataba de su padre? ¿Un fantasma? ¿Una premonición? Alejandro se sintió vulnerable. Había marchado sin más del círculo sagrado y no tenía a nadie que le protegiera la espalda. A cada lado estaban sus lanceros macedonios, pero cualquiera de ellos podía ser un asesino. Alejandro dominó el ansia de apresurar el paso. En cambio, se acercó a un grupo de tesalios para hacerles algunos comentarios jocosos sobre sus largas cabelleras y recordar sus hazañas durante las anteriores campañas. Conocía a algunos de ellos por su nombre y les preguntó por sus familias, al tiempo que eludía responder a las mismas preguntas. ¿Cuándo comenzarían la marcha? ¿Cuándo cruzarían el Helesponto?

—Marcharemos muy pronto —les tranquilizó Alejandro, sin dar muestras de su propia inquietud—. Creedme, en menos de un año todos vosotros vestiréis con las más ricas sedas. Comeréis y beberéis en platos y copas de plata y oro mientras las damas de Persia se ocupan de complacer todos vuestros deseos.

—¿Todos nuestros deseos? —replicó un gracioso.

Alejandro señaló a su interlocutor y le guiñó un ojo, divertido.

—¡En tu caso, podría haber un par de excepciones!

Un coro de carcajadas celebró la respuesta. Alejandro continuó su marcha. Exhaló un suspiro de alivio cuando llegó al recinto real, marcado por los carros y los trofeos colocados para conmemorar antiguas victorias y custodiado por una unidad de élite de la brigada real. Alejandro habló brevemente con el capitán de la guardia y cruzó el perímetro. En el centro, había un altar cubierto con flores marchitas. Alejandro se acercó para recoger una azucena y la aplastó entre sus dedos. ¿No le había advertido Olimpia, o había sido Aristóteles, del riesgo que entrañaba el zumo de esta flor? ¿No habían dicho que era venenoso o...? Alejandro miró hacia los pabellones reales montados con la forma de una «T». La barra superior era la cámara de reunión; la vertical, sus aposentos privados. En la entrada, estaban reunidos un grupo de físicos.

Perdicles el Ateniese, alto y con la frente despejada y su cabello negro muy corto. Tenía ojos oblicuos, la nariz afilada y los labios muy finos. A su lado, Cleón de Samos: bajo, rubio, cara redonda e inquieto, un hombre con muchos secretos, muy próximo a Alejandro. Leontes de Platea, oscuro como una baya y con ojos picaros y una boca que siempre parecía estar abierta. Por último, Nikias. ¿De dónde era? Ah, sí, de Corinto. Tenía la mirada grave, el rostro enjuto surcado por las arrugas y un humor seco. Una mata de rebeldes cabellos grises coronaba la cabeza del anciano. Los físicos discutían acaloradamente con el oficial que les impedía el paso; no se dieron cuenta de la llegada de Alejandro hasta que el oficial saludó a su comandante.

—¿Está él aquí, señor? —preguntó Perdicles—. Escuchamos el rumor...

—Escuchasteis un rumor y yo sé la verdad —se burló Alejandro—. Sí, ya hablaréis con él, pero no ahora.

Guiñó un ojo a Cleón y pasó entre ellos para entrar en la primera parte de la tienda, la sala de espera, donde haraganeaban los pajes reales. Alejandro les entregó la capa y apartó la cortina de tela que ocultaba la cámara privada donde tenía la mesa, las sillas, los tesoros y las posesiones personales. El paje que estaba encendiendo un candil de aceite se volvió rápidamente.

—¡Fuera de aquí! —le ordenó el rey.

El chiquillo se secó las manos en la túnica y se apresuró a obedecer. Alejandro lo sujetó por el hombro cuando pasó a su lado. Miró el dulce rostro moreno.

—Eres un buen chico —le dijo Alejandro sonriéndole—. Sólo estoy cansado. Di a los demás que no hagan ruido.

Alejandro no hizo caso de Telamón, a quien había visto sentado en un taburete entre dos cofres situados al fondo a la izquierda. En cambio, se acercó a la mesa y rebuscó entre el montón de pergaminos que la tapaban.

—El secretario siempre está muy atareado.

—¿No lo estamos todos? —replicó Telamón con frialdad.

Alejandro le dirigió una mirada penetrante y comenzó a desabrochar las hebillas de la coraza.

—¡Oh, por el amor de Apolo o cualquier dios en el que creas, Telamón! No te quedes sentado allí sin hacer nada. Ven aquí y ayuda a un viejo amigo.

Telamón obedeció. Se agachó para desabrochar la hebilla debajo de la axila.

—Has cambiado —comentó Alejandro.

—También el mundo, señor.

Telamón se ocupó de desabrochar la hebilla y entrecerró los párpados mientras lo hacía.

—Has estado demasiado tiempo al sol, Telamón. Tu vista no es muy buena.

—Como siempre, señor; no veo de cerca.

—Solías llamarme Alejandro.

—Y muchas más cosas, señor —replicó Telamón.

—¿Cómo está mi madre?

—Letal como siempre.

—¿Te amenazó?

—No, sólo a aquellos a quienes amo.

Alejandro se quitó la coraza y la arrojó sobre un taburete.

—Están a salvo. No te preocupes por ella, Telamón. Tu nombre y los de tu familia figuran en mi lista.

El rey se quitó la falda de guerra, se sentó en un taburete y se quitó el calzado; luego se quitó la túnica empapada en sudor. Se levantó desnudo excepto por el taparrabos y abrió los brazos.

—¿Apruebo el examen, físico?

Telamón observó la piel blanca rosada marcada por las viejas cicatrices y morados, las partes bronceadas por el sol. Las pantorrillas y los muslos eran gruesos y musculosos; el estómago, plano.

—Una mente sana en un cuerpo sano, ¿eh, Telamón?

—El cuerpo aprueba el examen, señor.

La sonrisa de Alejandro se esfumó. Se acercó a uno de los cofres, sacó una túnica blanca con vivos rojos y se la puso pasándola por encima de la cabeza.

—No has cambiado en absoluto, Telamón. Tan cáustico y cínico como siempre.

—La vida es corta y la ciencia demasiado larga para aprenderla toda —replicó Telamón—. La oportunidad es esquiva, la experiencia es peligrosa y el juicio es difícil.

—¿Eurípides?

—No, señor. Hipócrates.

El rey se acercó con la mano extendida. Telamón se la estrechó. Alejandro lo abrazó.

—Deseaba tanto que vinieras —afirmó con un tono apasionado—. Como dijo Eurípides, el día es para los hombres honrados y la noche para los ladrones. ¿Todavía disfrutas con su obra, Telamón?

—Sobre todo con una de sus frases —contestó el físico—. Aquel fragmento sagrado: «Aquellos a quienes los dioses quieren destruir primero los convierten en locos».

Alejandro notó que su leal amigo se tensaba como si esperase un golpe. El rey le besó cariñosamente en la mejilla y se apartó.

Ladeó la cabeza, con un dedo cerca del rostro de Telamón.

—Te quería aquí, porque te necesito. Porque confío en ti. Sin embargo, si no quieres estar aquí, te llenaré la bolsa con oro y te enviaré de regreso.

—Me encantaría aceptar tu propuesta —contestó Telamón sonriendo—. De todos modos, no puedo por dos razones. Primera, no hay vuelta atrás. Segunda, no te queda oro.

Alejandro lo cogió del brazo.

—En cambio, tengo trabajo —advirtió mirando hacia la entrada de la tienda con

el rostro solemne y la mirada preocupada—. Algunos hombres en este campamento, Telamón, desean verme muerto. Otros quieren verme fracasar. Acabo de sacrificar el tercer toro en dos días, los mejores de mi rebaño. Como los otros, el hígado estaba manchado. No sé qué se acabará primero: los toros para el sacrificio o mi paciencia con los dioses —apuntó antes de hacer una pausa—. Hay algo más que quiero mostrarte.

Alejandro se calzó unas sandalias. Tocó la bolsa de cuero que Telamón llevaba colgada al hombro.

—¿Has traído tus medicinas?

—El soldado lleva su espada; el físico, sus pociones.

—Quizá las necesites.

Alejandro levantó la solapa y atravesaron la antecámara. Salieron al fresco aire nocturno. Los otros físicos los rodearon inmediatamente. Telamón los conocía desde hacía años. Perdicles le cogió del brazo; su rostro, la viva imagen del placer.

—He escuchado los rumores, aunque no pensé que vendrías.

Los otros se hubieran unido a la conversación, pero Alejandro llamó a un oficial de la guardia para que le escoltara. En medio de la oscuridad, caminaron cuidadosamente entre las tiendas y los pabellones, atentos a las cuerdas y las estacas. Algunas tiendas eran grandes y otras pequeñas, pero todas estaban colocadas muy juntas, no sólo como una medida de seguridad, sino para prevenir un ataque nocturno. La caballería o la infantería enemiga encontraría que los angostos pasadizos eran un obstáculo tan poderoso como una línea de centinelas.

—¿De qué te sonríes tanto? —preguntó Alejandro, sin hacer caso de la charla de los otros físicos que les seguían.

—De nuestra juventud —respondió Telamón, sin perder la sonrisa—. De Cleito el Negro, que nos llevaba a las colinas para enseñarnos cómo y dónde instalar el campamento. Por cierto, ¿dónde está el gran bruto?

—Comprando vino en Sestos. ¿Cenarás esta noche conmigo, Telamón?

Alejandro hizo una pausa al ver aparecer entre las sombras a una figura encapuchada. El oficial que había a un lado desenvainó la espada, pero se tranquilizó cuando el hombre se quitó la capucha.

—¡Nuestro hombre de Tarso! —exclamó Alejandro—. El fabricante de tiendas. ¿Está todo preparado?

El fabricante de tiendas asintió.

—¿Qué hay del incendio? —preguntó el rey.

El hombre sacudió la cabeza.

—No lo sé. Todo lo que puedo decir —añadió compungido— es que se ha destruido una buena tienda. El cuero y las cuerdas son muy preciosos.

—Lo sé, lo sé —apuntó Alejandro despidiéndolo con un gesto mientras cogía la mano de Telamón como hacían cuando eran unos chiquillos—. Era tu tienda —susurró—. Tienes una para ti solo. Las dos cámaras se incendiaron; sólo quedaron los

postes y las cuerdas. Demos gracias de que no estuvieses dentro.

—¿Un accidente?

—Quizá —replicó Alejandro.

Telamón desvió la mirada. La fresca brisa nocturna heló el sudor de su frente. Estaba cansado después del largo viaje desde Macedonia y se preguntó sin darle mucha importancia por qué su tienda se había quemado. Los incendios eran algo común, pero generalmente eran causados por alguien que había sido descuidado en su interior. Se disponía a pedir más detalles cuando Alejandro se detuvo ante una gran tienda cuadrada, con el techo en punta. Tenía la parte delantera de tela y todo lo demás de pieles sujetas a postes y estiradas con cuerdas y estacas. El centinela de la entrada levantó la solapa. Alejandro entró seguido de Telamón, y luego entraron los otros físicos.

La tienda no estaba dividida en dos, sino que era como un pequeño salón. Un brasero con tapa ocupaba el centro. El suelo estaba cubierto con alfombras de lana y había asientos con cojines y mesitas pulidas. Al fondo había camas, cofres, baúles y una silla de respaldo recto y taburetes alrededor de una mesa de caballetes. Una muchacha, vestida con una sencilla túnica rojo oscuro, estaba sentada a la mesa con la mirada perdida en el vacío. Tres mujeres, que hablaban discretamente entre ellas en el extremo de la tienda, se levantaron para acercarse a los visitantes. Las tres vestían con las túnicas azul claro y los mantos de las sacerdotisas de Atenea. Su líder llevaba un cayado blanco de pastor. La pequeña lechuga de bronce de Atenea colgaba de una cadena alrededor de su cuello y sus anillas estaban adornadas con el mismo símbolo. Sus dos compañeras no eran más que dos jovencitas pálidas y de cabellos oscuros. La sacerdotisa, que se presentó a sí misma como Antígona, era sorprendente tanto en su hermosura como en su porte: ojos verdes en un largo rostro moreno, pómulos altos y labios carnosos muy rojos. A Telamón le recordó fugazmente a Olimpia, y no parecía en absoluto intimidada por la presencia de Alejandro. Él le dedicó todas las cortesías, se inclinó ante ella y abrió los brazos como un suplicante en el templo.

—Vaya, mi señor —dijo Antígona con una voz suave y vibrante—, me habías prometido traer a un físico, pero no a una manada.

No hizo caso de Pericles y los demás y observó calmadamente a Telamón con una lenta mirada apreciativa; miró su rostro como si quisiera recordarlo. Alejandro hizo las presentaciones. Telamón se sentía un tanto incómodo e impresionado; se preguntó si Antígona sentía una legítima curiosidad por él o si simplemente se estaba burlando.

Antígona le ofreció la mano para que se la besara. Él lo hizo. Sus dedos eran largos, frescos y perfumados.

—Estás cansado —afirmó Antígona sujetándole la mano derecha y acariciándole suavemente la muñeca con el pulgar—. ¡Te conozco, el famoso físico!

Telamón, avergonzado, miró a Alejandro, que disfrutaba enormemente de su incomodidad.

—Antígona, sacerdotisa de Atenea —declaró Alejandro—. Sirve a la diosa en su templo de Troya. Cruzó el Helesponto para saludarme. ¡Un gran honor! También trajo a guías.

—¿Guías?

Alejandro hizo un gesto cortante con la mano.

—Ya te lo contaré más tarde. ¡Primero, la paciente!

Antígona se apartó. Alejandro acompañó a Telamón hasta la mesa.

—Mi señora, quizá quieras contar a nuestro físico la historia de la muchacha.

Telamón miró el rostro de muñeca y los ojos ausentes de la muchacha, que continuaba sentada; movía los labios, aunque no se escuchaba sonido alguno. Parpadeaba, hacía una mueca y se encogía como si quisiera protegerse de un enemigo invisible. Telamón le tomó el pulso. El latido de la sangre en la muñeca era rápido. La miró a los ojos: las oscuras pupilas se veían muy grandes y la respiración era poco profunda.

—Está en trance —afirmó—, inducido por la fiebre.

Miró a Antígona. La sacerdotisa jugaba con uno de los pesados anillos que llevaban el sello de la lechuza de Atenea.

—¿Quién es ella? ¿Una de las doncellas de tu templo?

Alejandro se sentó en el borde de la mesa, con los brazos cruzados y la mirada fija en el suelo.

—Es lo que queda de una leyenda, Telamón. ¡La maldición de Casandra!

—¿Casandra raptada por Áyax después de la caída de Troya?

—El guerrero —asintió Alejandro— cogió a Casandra prisionera y la violó. La leyenda dice que sus descendientes, las cien familias nobles de Lócrida en Tesalia, tuvieron que pagar una reparación. Casandra, la profetisa, había estado consagrada a Atenea. Las cien familias debían enviar a dos doncellas todos los años para servir en el templo de la diosa en Troya.

—¡Eso no es más que una leyenda! —protestó Telamón.

—Lo fue hasta hace cinco años. Mi padre Filipo quería que su desembarco en Troya fuera un éxito. Deseaba apaciguar a Atenea y convenció a los líderes tesalios para que reimplantaran la costumbre. Cada dos primaveras, dos doncellas serían llevadas a través del Helesponto y desembarcadas en la playa para que fueran por sus propios medios a Troya. Al menos, eso era lo que se deseaba.

—Aspasia y Selena fueron las primeras —precisó Antígona señalando a sus dos compañeras—. Ninguna de las demás llegó a Troya. Yo misma escribí a Filipo, pero él poco podía hacer; la costa occidental del Helesponto está en manos de bandidos y forajidos. Dos doncellas se venderían a un precio muy elevado en los mercados de esclavos.

—¡Es una barbaridad! —exclamó Telamón.

—Había ocurrido antes —explicó Alejandro—. Este año no fue diferente.

Telamón le echó una rápida mirada. ¿Mentía Alejandro? Descubrió la mirada

entre el rey y la sacerdotisa, una débil sonrisa de complicidad.

—La costumbre ha llegado a su fin —sentenció Alejandro dando un suspiro—. Ya no son necesarios nuevos sacrificios. Encontraron a esta pobre desgraciada vagando cerca de las ruinas de Troya.

Telamón examinó la cabeza de la muchacha y metió los dedos entre la abundante cabellera. Tocó chichones y la costra de una herida. Le habían maquillado cuidadosamente el rostro para ocultar los cortes y morados. Pidió que le acercaran una lámpara.

—La hemos examinado —le informó Perdicles, que se acercó con los otros físicos.

—Es idiota —ceceó Cleón.

—No hay nada que podamos hacer —declaró Nikias bondadosamente—, excepto devolverla a su familia.

Telamón, acuclillado junto a la muchacha, le sujetó la mano, que estaba fría y pegajosa. Apoyó la oreja contra su pecho y, después de pedir silencio con un gesto, escuchó los latidos del corazón.

—Puedo curarla —afirmó.

Leontes se echó a reír. Se acercó por detrás de la muchacha y miró furioso a Telamón, como si éste fuera el responsable de las heridas de la muchacha.

—¿Eres un milagrero, Telamón? ¿Le untarás la piel con sebo de sapo y bailarás a su alrededor?

—¡A ti te haré comer el mismo sebo! —replicó Telamón.

Alejandro casi se ahogó de la risa y se levantó.

—No hay nada peor que una caterva de físicos que discuten una cura —se mofó.

—No seré yo quien discuta —contestó Telamón poniéndose de pie con el rostro enrojecido de furia—. He visto antes estos trances. Son engendrados por un muy profundo terror.

El rey se disculpó con la mirada.

—¿Qué recomiendas?

Telamón cogió suavemente la barbilla de la muchacha y le hizo volver la cabeza.

—¿Qué es? —preguntó con dulzura—. ¿De qué tienes miedo?

—De la oscuridad.

A la muchacha le temblaba el labio inferior. Su voz era gutural. Telamón entendía su lengua. Durante su exilio, había trabajado un tiempo en Tesalia.

—¿Qué pasa con la oscuridad?

—Las Furias acechan en la oscuridad. Unos monstruos se enroscan como las serpientes en mi piel —confesó apoyando una mano en su cara—. Y los gritos. Eso y la sangre que mana. La garra de un monstruo se alarga para cogerme. Y el... —Cerró los ojos y se sorbió los mocos—. El pozo, visiones horribles, los hedores.

Guardó silencio y miró la mesa, de nuevo ensimismada en sus pensamientos.

Telamón cogió la alforja que llevaba al hombro y desabrochó las hebillas. Buscó

entre los pequeños frascos cuidadosamente guardados en los bolsillos y entre las correas interiores. Sacó uno y apretó la mano de la muchacha.

—Te haré dormir —dijo—. Te dormirás durante mucho mucho tiempo.

—¿Para qué servirá? —preguntó Alejandro, curioso.

—Permitirá que su cuerpo y su mente descansen. Librará su alma de los fantasmas. Algunas veces se despertará gritando, pero se volverá a dormir.

—Un remedio de mujer —murmuró Leontes.

—Ni mucho menos —replicó Telamón quitando el tapón y oliéndolo cuidadosamente—. En realidad, es un remedio de soldados. Mi señor —dijo a Alejandro—, tú has conocido a soldados cuyas mentes se habían trastornado con el horror de la batalla.

—Lunáticos —afirmó el rey—. Incapaces para todo.

—Están perdidos en el laberinto de sus terrores —explicó Telamón—. Dan vueltas y más vueltas en la inútil búsqueda de una salida. El sueño les rehuye y, cuanto más rápido van, más desesperados se vuelven y todo es cada vez peor.

—He escuchado hablar de esos casos —intervino Perdicles—. Lo llaman el sueño de Esculapio, el sueño del olvido.

—He visto a hombres dormir durante semanas, en ocasiones meses; eso es todo lo que hacen: duermen, comen y beben.

—¿Se curan? —preguntó Leontes, que ya no se mostraba tan arrogante.

—En la mayoría de los casos sí, aunque debo admitir que uno o dos...

—El sueño es hermano de la muerte —señaló Antígona—. Nunca recuperaron la conciencia.

—Precisamente, mi señora. Ahora, ¿puedo conseguir un poco de vino?

Antígona fue al fondo de la tienda. Trajo una copa con el escudo de la lechuza de Atenea y la llenó de vino. Lo probó y, con un guiño a Telamón, se la entregó como si fuera la copa de un amante. El físico cató el vino y lo olió: era muy oscuro y fuerte.

—De los viñedos de Chios —le explicó Antígona.

Telamón volvió a probar el vino. Decidió que, si tenía que verse involucrado en las enloquecidas campañas de Alejandro y había muertos y heridos, habría que guardar este vino para aliviar el dolor y limpiar las heridas. Mientras los demás le observaban, vertió el polvo en el vino y lo removió con un bastoncillo de marfil que sacó de la alforja. Cogió la copa e intentó que la muchacha bebiera. Ella se negó.

—Déjame intentarlo —le pidió Antígona. Cogió la copa de la mano del físico.

Telamón se apartó. Antígona probó el vino una vez más para infundirle confianza a la muchacha. Lo intentó de nuevo pero la paciente se echó hacia atrás sacudiendo la cabeza. Otros lo intentaron sin tener éxito. Telamón se inclinó sobre la joven y le hizo volver el rostro suavemente.

—Cierra los ojos —le rogó—. Piensa que vuelves a tu hogar.

Una débil sonrisa apareció en el rostro de la joven.

—Este vino te llevará a casa. Es un vino mágico; hará que te sientas mejor.

Telamón cogió la copa de manos de Antígona y esta vez la muchacha bebió un trago. El físico dejó la copa sobre la mesa.

—No podemos hacer nada más —afirmó.

Alejandro estaba impaciente por marcharse. Antígona murmuró algo sobre un funeral. Telamón guardó el frasco en la alforja y abrochó las hebillas. Todos se dirigieron hacia la salida.

En la entrada, Telamón miró hacia atrás. La muchacha sostenía la copa entre las manos y miraba el vino como si fuera el agua de Leteo, el río del olvido.

—¿Lo beberá? —preguntó Alejandro.

—Lo beberá —manifestó Telamón—. Se quedará dormida con la cabeza apoyada en las manos, o quizá se vaya a la cama.

Echó una ojeada a la tienda y sonrió para sus adentros. Incluso aquí, en este campamento militar, resultaba obvio que éste era un lugar de mujeres: más limpio, más pulcro, los pequeños detalles aquí y allá, el orden... Recordó la soleada cámara de Analu en el templo de Isis y la sonrisa desapareció de su rostro.

—¿Estará segura?

—Estará segura —aseveró Alejandro—. Los cueros de la tienda están estirados al máximo, ni siquiera una lombriz podría pasar. La entrada está vigilada.

Se reunieron con los demás. Perdicles y los otros físicos charlaban entre ellos. Levantaron las manos y se despidieron con grandes voces. Alejandro se volvió para hablar con Antígona. Ahora les rodeaban los guardias reales, fieros y siniestros con sus yelmos corintios de penachos trenzados con crines de caballo que colgaban de la punta de los yelmos hasta más abajo de los omoplatos. En la oscuridad, parecían criaturas de la noche, con los rostros casi ocultos por los anchos protectores de la nariz y las mejillas. Permanecían en silencio; sólo el ocasional tintineo de los metales delataba su presencia.

—¡Quiero que vengas con nosotros, Telamón! —le gritó Alejandro—. Debo presentar mis respetos en el funeral.

—¿Qué es toda esta historia del funeral? —preguntó Telamón, que se arrebujó en la capa para protegerse del frío aire nocturno.

—Mi señora Antígona —dijo Alejandro, mientras caminaba hundiendo los talones de las sandalias en la tierra empapada por la lluvia—, me trajo exploradores del otro lado del Helesponto. Cuando lleguemos a Troya, marcharemos a lo largo de la costa, para mantener el contacto con nuestras naves. ¿Has cruzado el Helesponto?

Telamón asintió. Recordó las llanuras azotadas por el viento, los sombríos bosques de abetos y robles, los caudalosos ríos, la tierra surcada por profundas cañadas...

—Un lugar propicio para las emboscadas —señaló.

—Mi padre decía lo mismo —afirmó Alejandro mirando al cielo—. Iremos por la costa, Telamón, y después atacaremos tierra adentro. No quiero que me tiendan una emboscada.

Cogió la mano de la sacerdotisa. Detrás de Antígona, sus dos acolitas eran como dos estatuas cubiertas con velos.

—Mi señora me trajo a unos exploradores liderados por Critias, un antiguo soldado del ejército persa. Él conoce la disposición del terreno, la ubicación de los pozos de agua, dónde se pueden vadear los ríos, las gargantas y cañadas que pueden ocultar al enemigo... Critias dibujará los mapas y sus hombres nos guiarán. Serán nuestros ojos y oídos.

—¿Qué pasa con el funeral? —insistió Telamón.

—La señora Antígona llegó con los exploradores hace unos días. Ayer, a última hora de la tarde, el cadáver de uno de ellos fue encontrado entre las rocas al pie del acantilado empapado por las olas.

—¿Un accidente? —preguntó Telamón, que no alcanzaba a ver el rostro de Alejandro en la oscuridad, pero intuía su incertidumbre.

—No, una daga le atravesó las costillas y llegó hasta su corazón. Estaba muerto antes de caer sobre las rocas.

Alejandro se alejó bruscamente. Antígona se acercó a Telamón cuando éste comenzaba a seguir al rey.

—El rey tiene gran confianza en ti, físico —afirmó la sacerdotisa, que caminaba con elegancia y la mano apoyada en el brazo del hombre.

A Telamón le agradaba el contacto. Antígona le recordaba a Analu: la serenidad, la risa en los ojos, el lenguaje directo y la franqueza.

—¿Te conozco? —le preguntó.

—Quizá sí, Telamón. En una ocasión, llegó a nuestro templo un viajero que venía de tierras muy lejanas del este, más allá del Hindú Kush. Era un brahmán, uno de sus hombres santos. Afirmaba que todos estábamos atrapados en la rueda de la vida y que renacíamos una y otra vez.

—¿Las enseñanzas de Pitágoras?

—Algo parecido —asintió Antígona clavándole suavemente las uñas en la muñeca—. Quizá nos conocimos antes, Telamón. Ellos dicen que, cuando regresamos, las almas son las mismas, aunque las relaciones sean diferentes. ¡Quizá, la última vez, fui tu hermana! —exclamó echándose a reír suavemente—. ¿Tu madre? ¿Tal vez incluso tu amante? —le sugirió susurrándole al oído.

Por primera vez desde su llegada a Sestos, Telamón se echó a reír. Alejandro le miró por encima del hombro, pero siguió caminando. En el cercado real, reinaba la tranquilidad. Cuando lo dejaron atrás, se encontraron con los olores del campamento: el humo de las hogueras, de la turba que ardía, el hedor del cuero mojado y la bosta de los caballos. La noticia de la llegada del rey se propagó rápidamente. Los soldados se apartaron de las hogueras para brindar por él con sus tazas, pero el cerco de guardaespaldas los mantuvieron apartados. Caminaron entre las hileras de tiendas y se detuvieron ante una. Telamón advirtió que era una donde habitualmente dormía un destacamento de ocho soldados. Un brasero improvisado ardía frente a la entrada. A

cada lado, las teas chisporroteaban al viento. De una cuerda sujeta encima de la entrada, colgaba un odre de agua, el símbolo del duelo, para que los visitantes que venían a presentar sus respetos al difunto pudieran, al salir, limpiarse de la polución.

La tienda estaba vigilada. Un centinela descubrió la entrada para permitir la entrada de Alejandro. Las andas ocupaban el centro de la tienda. El cadáver yacía rodeado por un círculo de ramas de vid, con los pies hacia la entrada. Un esclavo de pie junto a la cabeza agitaba una rama de mirto para mantener alejadas las moscas. Alrededor de las andas, se acuclillaban los demás exploradores. Todos vestían prendas negras en señal de duelo. Se habían cortado los cabellos casi al rape y llevaban los rostros blanqueados con yeso blanco y siniestros trazos de pintura. Ni siquiera amagaron levantarse cuando entró el rey y sus miradas acusadoras indicaban claramente que hacían a Alejandro responsable de la muerte de su compañero.

Les recibió un hombre robusto, mejor vestido que los demás, con un quitón y una capa con un cordón blanco en la cintura. Tenía los ojos muy hundidos y las mejillas curtidas por los elementos; llevaba los cabellos blancos tan cortos como los de un soldado. Estrechó la mano de Telamón.

—Soy Critias —apuntó mostrando sus ojos azul claro una mirada amistosa—. Tú debes ser Telamón; el rey dijo que vendrías.

Telamón no entendía por qué Alejandro tenía que anunciar a todos su venida. Murmuró sus condolencias y miró el cadáver, envuelto en tiras de lino y cubierto por una mortaja improvisada. Alejandro pidió una copa de vino. Cogió la copa, se situó en la cabeza de las andas y levantó la copa como el sacerdote que hace una ofrenda ante el altar.

—He rezado —declaró con voz sonora— para que la sombra de este hombre no sea molestada en su viaje a través del río de la muerte. Yo proveeré la torta de miel para satisfacer el hambre de Cerbero. Pagaré por la barca de Caronte y yo, Alejandro de Macedonia, juro que buscaré hacer justicia por su sangre. ¡Lo juro en la presencia de la sacerdotisa de Atenea, y mi juramento es sagrado!

Alejandro desvió la mirada. Sólo por un instante, Telamón vio su humor sardónico.

—Mi propio médico personal, Telamón, hijo de Margolis, un macedonio por nacimiento y crianza, investigará la causa de la muerte de este hombre.

Alejandro bajó la copa, bebió un buen trago y la pasó al primero de los que velaban al difunto. Mientras la copa pasaba de mano en mano, Alejandro sacó una bolsa y dejó caer monedas de plata que brillaron con la luz de la lámpara de aceite. Colocó las monedas junto a la cabeza del muerto.

—¡Mi señor, tienes que venir ahora mismo! —exclamó un oficial que, sin hacer caso de la solemnidad del momento, había descorrido la tela que cubría la entrada de la tienda.

Alejandro salió. Telamón, Critias y la sacerdotisa le siguieron. El rey se llevó al oficial aparte, con un brazo sobre los hombros, y escuchó atentamente mientras el

oficial le hablaba al oído. Alejandro chasqueó los dedos para reclamar la atención de Telamón y se alejó a paso rápido. Regresaron al recinto real. La entrada de la tienda de Antígona estaba descubierta y a su alrededor se apiñaban los soldados. Telamón siguió a Alejandro, que se abrió paso sin muchos miramientos. La muchacha que habían dejado sentada a la mesa estaba ahora tendida en el suelo hecha un ovillo. Perdicles y Leontes, sentados en sendos taburetes, la miraban.

—¿Está muerta? —preguntó Alejandro.

—Envenenada —replicó Leontes, que miró a Telamón rencorosamente.

Telamón no le hizo caso y se acercó, presuroso. Recogió la copa de vino. Estaba vacía. La muchacha estaba hecha un ovillo y, no obstante, incluso cuando le tocó el brazo, Telamón comprendió que la rigidez no era natural. Giró el cadáver. El rostro estaba lívido, con unas extrañas manchas en los pómulos. Le buscó el pulso, aunque fuera inútil. La piel fría y pegajosa y la rigidez de los músculos eran indicios de ello más que suficientes. Miró con rencor los ojos entreabiertos y los párpados ligeramente enrojecidos como si la sangre quisiera reventar a través de la piel. Los labios estaban casi blancos por la falta de sangre y la mandíbula fuertemente apretada.

—¿Qué ha provocado la muerte? —susurró Alejandro.

—Veneno —contestó Telamón poniéndose de pie y frotándose el rostro—. Ha sido envenenada. La muerte de Sócrates, alguna poción como la cicuta virosa. Parálisis, rigidez de los miembros, incapacidad de respirar.

—Tu primer paciente aquí —murmuró Leontes.

Telamón cogió la copa y la olió.

—Alguien tuvo que entrar en la tienda después de marcharnos nosotros.

—¡Eso es imposible! —protestó el capitán de la guardia—. Hablé con el centinela. Mira a tu alrededor. ¡Aquí no ha entrado nadie! El centinela escuchó un movimiento, seguido de un estrépito. Cuando levantó la tela de la entrada, la muchacha estaba tendida tal como la has visto.

Telamón fue a inspeccionar la jarra de vino, pero no era más que un disimulo, la manera de ocultar su desconcierto ante la rapidez y la astucia del asesino.

Capítulo II

«Le preguntaron a Alejandro: “¿Dónde, oh Rey, está tu tesoro?”. “Está en las manos de mis amigos”, respondió él».

Quinto Curcio Rufo, *Historia*, libro 2, capítulo 3.

—¿**E**stás seguro de que fue un veneno? —preguntó Perdicles. Telamón se encontraba en la tienda de sus colegas y sacudió la cabeza, incrédulo. Alejandro se había marchado después de mandar que se llevaran el cadáver y ordenó que prepararan la nueva tienda de Telamón muy cerca de la suya. Las dos compañeras de Antígona, Selena y Aspasia, aceptaron lavar y vestir el cadáver para que lo llevaran junto con el cuerpo del guía a la gran pira funeraria construida en lo alto del acantilado. Telamón examinó escrupulosamente el vino, la copa y la tapa de la mesa sin encontrar rastro alguno de los polvos letales. La copa había sido vaciada; el olor del vino y del opiáceo eran tan fuertes que ocultaban todo lo demás. Miró a Perdicles. El ateniense le devolvió la mirada con una expresión de tristeza.

—No se puede considerar precisamente como un buen estreno, ¿verdad? —murmuró Telamón—. Leontes tiene razón: mi primer paciente aquí muere en menos de una hora. ¿Pero cómo? —quiso saber levantándose para pasearse por el interior de la pequeña tienda—. La sacerdotisa sirvió el vino. Vi cómo llenaba la copa. Otros la tocaron, pero, si hubiese habido algún polvo de un anillo oculto o escondido en la palma de la mano, hubiese sido visto. Sin embargo, está muerta. ¿Estás seguro de que nadie más entró en la tienda después de que nos marcháramos? —preguntó volviéndose a su interlocutor.

Perdicles sacudió la cabeza.

—El rey en persona interrogó al centinela. La muchacha siguió sentada allí, bebió el vino, y murió misteriosamente. ¿Cuánta cicuta hacía falta?

Telamón hizo una mueca.

—Los venenos son como los vinos: tienen fuerzas diferentes. En cualquier caso, sólo unos pocos granos, no más de los que caben en la punta de tu dedo, si se trataba de polvo puro. La cicuta, como bien sabes, paraliza los miembros. Las víctimas no pueden respirar. Mueren asfixiadas muy rápidamente. Por supuesto —añadió con un tono de pena—, el opiáceo que le suministré sólo sirvió para potenciar los efectos.

Se sentó en un pequeño cofre de cuero que Perdicles había calificado burlescamente como su «mejor silla».

—Bien podría ser un suicidio —señaló el ateniense.

—No —contestó Telamón, que, incapaz de estar quieto, volvió a levantarse—. Antígona nos dio la respuesta a esa posibilidad. Sugirió que revisaran la tienda. Además, ¿cómo una muchacha que era tan poca cosa podría tener la capacidad y el

ingenio para encontrar dicho polvo y después utilizarlo? Estaba aterrorizada, pero no era una suicida. ¡Los hemos interrogado a todos! —exclamó Telamón dándose una palmada en el muslo—. Probé el vino. Después, la víctima permaneció en una tienda fuertemente vigilada, con las paredes de cuero bien atadas. Sólo un fantasma hubiese podido atravesarlas.

—¿Alguna vez has diseccionado un cuerpo? —preguntó Perdicles.

—En varias ocasiones, en el sur de Italia. En este caso, no probaría nada. Sólo confirmaría nuestro diagnóstico. La pobre muchacha ha sufrido más que suficiente. Alejandro tendrá que dar explicaciones a la familia.

Telamón estaba furioso. Le habían hecho quedar como un tonto, además de amenazarlo de una manera tan ladina como sutil. Caminó hacia el fondo de la tienda. Cleón dormía profundamente en su catre; roncaba como un cerdo. Telamón se sentó en el otro catre. Apartó la gruesa capa de lana de Perdicles, que estaba manchada de barro en el ruedo, y quitó las gruesas cáscaras de cebada enganchadas en la lana. Miró malhumorado las crépidas cubiertas de fango tiradas en un rincón. Hizo rodar una cáscara de cebada entre los dedos. Perdicles, un tanto agitado, vino a sentarse a su lado. El ateniense señaló a Cleón.

—No sabes cuánto te envidio. Tienes una tienda para ti solo. Yo tengo que compartirla con él. Nunca he visto a un hombre dormir durante tanto tiempo, como un bebé sin ninguna preocupación en el mundo.

Cleón se volvió en el catre y los miró de soslayo.

—Te he escuchado. Si hubieses bebido el vino que bebí... —añadió desperezándose—. ¡Ah, el sueño de Dionisio!

Telamón se limpió los dedos en la túnica.

—¿Por qué estás aquí, Telamón? —preguntó Cleón con un cierto retintín—. ¿Con tu maravillosa reputación y tus extrañas curas? ¿Por qué no te largas y nos dejas en paz? Por cierto, me han hablado de tu teoría de los vendajes —apuntó sentándose en el catre.

—¿Por qué estoy aquí? —replicó Telamón vivamente, sin hacer caso de la burla sobre su capacidad como médico—. Es algo que comienzo a preguntarme. En realidad, no lo sé.

Escucharon gritos a la entrada de la tienda. Entró un paje con la arrogancia de un general victorioso. Fingió un saludo y señaló a Telamón.

—Tu tienda está preparada, tu equipaje está guardado y el rey desea que te reúnas con él para cenar. ¡Será mejor que vengas ahora!

—¿Cómo podría negarme?

Telamón se levantó y siguió al paje. Con toda intención, caminó como una mujer, ondulando las caderas y dejando que la túnica le marcara el culo. Cleón le gritó algo sarcástico sobre tener amigos poderosos; Telamón no le hizo caso. En el exterior, el campamento se animaba. Se habían realizado las tareas de rutina: se habían instalado los piquetes, los destacamentos de patrulla habían sido despachados, y los centinelas

y los guardias ocupaban sus puestos. Los sonoros relinchos de los caballos atados a las cuerdas se escuchaban por encima del estrépito de las pequeñas herrerías donde los herreros, sudorosos y cubiertos del hollín de las fraguas, trabajaban hasta altas horas de la noche. El ejército había acabado de cenar y el aire llevaba los aromas y sabores de las diferentes comidas. Los soldados volvían a sus unidades para dormir o sentarse a charlar alrededor de las hogueras. Telamón escuchó una mezcla de las diferentes lenguas: el deje parsimonioso de los mercenarios griegos, los tonos agudos de los jinetes tesalios... Se comunicaban las órdenes, los oficiales llamaban a sus hombres y sonaban las trompetas. Entraron en el recinto real. El paje señaló una tienda que parecía una caja con telas de colores sobre los cueros que hacían de pared.

—Ésa es la tuya —anunció con voz áspera—. Allí lo encontrarás todo.

Desapareció en la oscuridad. Un guardia se calentaba las manos en un brasero junto a la entrada. Le saludó con una sonrisa cuando el físico pasó a su lado y comenzó a rodear la tienda. Era muy parecida a la otra donde habían asesinado a la muchacha. Apartó la tela para mirar los cueros. Estaban muy apretados y los agujeros en los bordes estaban reforzados con anillas. La cuerda que pasaba por ellos mantenía bien sujeto el cuero a los postes, que eran por lo menos una docena por lado. Los nudos, parecidos a los que se utilizaban en los aparejos de un barco, estaban hechos por una mano experta. Telamón se puso en cuclillas. La base era similar, con mayores agujeros para aguantar el viento, bien atada a las estacas clavadas en el suelo. Telamón tiró de la parte baja; estaba tensa como la cuerda de un arco.

Nadie, razonó, podría pasar por debajo, y se tardaría una eternidad en desatar la cuerda. Sin duda, alguien lo hubiese advertido. Luego el asesino tendría que cometer el crimen, marcharse y atar la cuerda con los mismos nudos que utilizan los montadores de tiendas.

—¿Todo está en orden, señor? —preguntó el guardia, que estaba a su lado y le miraba dominado por la curiosidad.

—Sí, todo está en orden —contestó Telamón sonriéndole en la oscuridad—. ¿De dónde eres, soldado?

—Mi padre tiene una granja en las afueras de Pella. Soy uno de los Compañeros de a pie. Estaré aquí durante cuatro horas. Después vendrá el relevo.

Telamón le dio las gracias, levantó la puerta y entró. La tienda estaba dividida con una tela en sala de estar y dormitorio. Telamón agradeció las atenciones de Alejandro: alfombras de lana cubrían el suelo; la cama de campaña tenía un colchón de plumas y almohada; sillas, cofres y taburetes completaban el mobiliario. Había cuatro lámparas de aceite, una de ellas encendida, e incluso una jarra de vino sellada y una copa de cerámica. Oyó un ruido y se volvió. El paje se había plantado en la entrada, con una cinta roja que le sujetaba los cabellos negros rizados.

—¿Qué quieres?

—Servirte, amo —respondió el paje mirándolo con el mayor descaro.

Telamón se acercó a sus alforjas, que estaban junto a un cofre. Se agachó para

mirar las hebillas. Estaban flojas; alguien había revisado sus cosas. El físico miró al muchacho.

—¡Lárgate, chico! ¡No me gustan las personas que tienen las manos más largas que su inteligencia! Ya me buscaré mi propio ayudante.

El paje salió disparado. Telamón escuchó las carcajadas del guardia. Se sentó en el borde de la cama. ¿Por qué Alejandro le había traído aquí? ¿Qué demonios quería de él? Sin embargo, la pregunta más importante era: ¿por qué había venido? Se levantó, echó en la copa un poco de vino y lo usó para enjuagarse la boca. Volvió a la cama y se quedó dormido. Lo despertaron bruscamente y, cuando abrió los ojos, se encontró mirando el rostro astuto y los ojos llorosos de Aristandro.

—Ah —advirtió Telamón frotándose los ojos—. El custodio de los secretos del rey, el vidente...

Aristandro hizo un gesto a los sirvientes que le acompañaban.

—¡Agua fresca! ¡Levántate! ¡Tienes que cambiarte y estar en el pabellón real en menos de una hora!

Aristandro se marchó. Telamón le observó mientras se iba. ¿Aristandro había ordenado que revisaran sus pertenencias? Exhaló un suspiro, se levantó, se lavó las manos y la cara, se frotó el pelo y la barba con aceite y se vistió con sus mejores túnica y capa. Se calzó las crépidas, pero se llevó las zapatillas. Un paje, que le esperaba en el exterior, lo acompañó al pabellón real.

El banquete ya había comenzado y los invitados estaban sentados en cojines, con mesas bajas colocadas al alcance de la mano. El pabellón era largo y estaba mal iluminado, pero en el aire dominaba el olor de un perfume muy fuerte que se mezclaba con el olor menos agradable de las lámparas de aceite. Alejandro presidía el banquete desde un diván situado en la cabecera del pabellón. Detrás de él, en las sombras, dos oficiales montaban guardia.

—Bienvenido, físico —le dijo Alejandro saludándolo con la copa—. ¡Un brindis por Telamón! —exclamó mirando a sus compañeros.

El brindis fue coreado por una multitud de voces aguardentosas. Ésta era una de las famosas bacanales de Alejandro. Sólo los más íntimos y queridos eran invitados a emborracharse en compañía del rey. Esta vez, sin embargo, se había hecho una excepción. A la izquierda de Alejandro, la sacerdotisa Antígona, sentada como una reina, bebía a sorbos de su copa. Guiñó disimuladamente un ojo al físico para comunicar que ella era la única persona sobria entre los presentes. A su lado, se encontraba Hefestión, y luego Ptolomeo con su amante, una prostituta griega que insistía en teñirse los cabellos de un color rojo oscuro. Seleuco, ya muy borracho, gritaba a Nearco y Aristandro. El maestro de esgrima del rey, el antiguo tutor de Telamón en la academia militar, también estaba presente: Cleito el Negro, con sus muy marcadas facciones oscuras y el cabello corto. La cicatriz de la espada que le había arrebatado el ojo derecho le desfiguraba el rostro. Alejandro amaba profundamente al maestro de esgrima, el guardaespaldas personal del rey. La

hermana de Cleito el Negro había sido el ama de cría del monarca.

—¡No has cambiado en absoluto, Telamón! —exclamó Cleito al tiempo que centelleaba su único ojo.

—¡Tú sigues siendo tan feo y peligroso como siempre! —le gritó Telamón.

Cleito, que siempre llevaba la capa negra forrada con una piel de oso, echó la cabeza hacia atrás y soltó una estrepitosa carcajada. Después se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Llegas tarde, Telamón —se burló—. Todavía tenemos miedo a las espadas, ¿no?

—¡Sí, tan asustado como tú, la verdad sea dicha!

Ptolomeo se rió sonoramente. Cleito el Negro fulminó al físico con la mirada.

—¿To... to... da... ví... a tar... ta... mudeas, Telamón?

—Sólo cuando me encuentro con alguien tan feo como tú.

Cleito amagó levantarse, pero, antes de que pudiera hacerlo, Alejandro batió palmas.

—¡Telamón, únete a mí! ¡Ven!

Alejandro se levantó. No parecía estar muy firme sobre sus pies. Señaló el diván a su derecha. Un paje acompañó a Telamón. Alejandro cogió la mano del físico y se lo acercó para besarle en las dos mejillas.

—¡Vigila tu lengua! —le advirtió—. Ya están muy bebidos. No estoy tan borracho como aparento.

Dicho esto, Alejandro soltó una carcajada, apartó a Telamón y volvió a su diván.

Telamón se puso cómodo y miró a su alrededor. La mayoría de los camaradas reales tenían el aspecto de haber venido directamente del campo de maniobras, excepto Alejandro, que estaba tan limpio y arreglado como siempre: la cabellera rubia, cuidadosamente aceitada y peinada con la raya en medio, y el flequillo aplastado contra la frente empapada en sudor; vestía una túnica blanca como la nieve, con vivos rojos, que le llegaba a las rodillas, calzaba sandalias doradas y los anillos resplandecían en sus dedos. Telamón miró la hermosa amatista que colgaba de una cadena de plata alrededor del cuello del rey.

—Un regalo de mi madre —le explicó Alejandro—. Dice que, si la introduzco en el vino, sabré si contiene veneno.

—Me hubiese venido muy bien hace un rato —replicó el físico.

—Mi madre me envía mensajes —continuó Alejandro alegremente—. No quedó muy satisfecha con la conversación que mantuvo contigo. Pero, una vez más, como dice el poeta: «La única alegría de una mujer es tener las penas siempre a flor de labios». Demos gracias a los dioses por tener lejos a mi madre —proclamó levantando la copa en un brindis a Telamón—. La quiero mucho, pero sus humores cambian tan rápido como mueve los ojos.

—¿Qué estáis murmurando? —preguntó Ptolomeo—. Telamón, ¿dónde has estado? ¿Por qué te marchaste de los huertos de Mieza? ¿Por qué no creciste con

todos nosotros para convertirte en un guerrero? ¿No te gustaría ser un guerrero, Telamón?

—¿A ti no? —replicó el físico.

Ptolomeo no llegó a responder a la pulla porque entraron los sirvientes. La comida no era un banquete, sino tan sólo una excusa para beber. Los platos eran de segunda categoría: caldo de cebada, sardinas, pastel y liebre asada. El pan era bastante duro y la fruta robada de los huertos vecinos estaba verde. Cleito se quejó amargamente de la mala calidad del vino de Eubeo, así que Alejandro ordenó que lo cambiaran por vino de Taso. Se sirvieron aceitunas y nueces. La muchacha que servía la fruta entregó a cada huésped una corona de mirto. Luego sacó una flauta y comenzó a tocar una tonadilla. Ptolomeo los dirigió a todos en un desafinado coro. Telamón miró a Antígona sentada graciosamente, sin hacer el menor caso de las lujuriosas miradas de Cleito, como una vieja tía que tolera a un grupo de chiquillos revoltosos. Telamón picoteó la comida y bebió el vino puro. Antígona le sonrió; él le correspondió con un brindis. Alejandro gritaba algo a alguien al otro extremo de la tienda. Telamón aprovechó la oportunidad para susurrar unas palabras a la sacerdotisa.

—Ten cuidado con lo que bebes —le advirtió—. Estas fiestas acostumbran a durar hasta la madrugada.

—Te he escuchado —dijo Alejandro, que se dejó caer en el diván. Entonces llamó a un sirviente. Llenaron de vino la gran copa de ceremonias que estaba en la mesa delante del rey. Alejandro gritó pidiendo silencio y luego invocó al dios de la buena fortuna. Cogió la copa y volcó unas gotas de vino en el suelo como una ofrenda. Bebió mientras los demás entonaban un verso. A continuación, pasaron la «copa de la bondad». Esta era la señal para comenzar a beber en serio. Colocaron delante de Alejandro un enorme bol: una bella pieza de cerámica samia adornada con la representación de una horda de sátiros que perseguían a un grupo de ansiosas doncellas. Trajeron los dados. Hefestión ganó con una tirada de dos seises y un tres y asumió el mando como señor de la fiesta.

—Dos por una —anunció.

Era la medida para la noche. Dos odres de vino por uno de agua. Llenaron las copas. Hefestión propuso el brindis y Telamón, como los demás, se bebió la copa de un trago. Ésta era la señal para que los invitados se relajaran y charlaran entre ellos. Alejandro, sin embargo, sacó la daga y la golpeó contra el bol para pedir silencio.

—Doy la bienvenida a mi amigo, Telamón —proclamó—, y a la señora Antígona, sacerdotisa de Atenea, de su templo en Troya. Cuando los augurios lo dispongan, nos pondremos en marcha. El ejército principal se reunirá con el general Parmenio en Abidos. Yo marcharé primero hacia el sur, a Elaeum.

—¿Qué hay allí? —preguntó Ptolomeo.

—La tumba de Protesilao.

—¿Quién era ése?

—¿Lo sabes Telamón? —preguntó Alejandro.

—El primer aqueo muerto en la guerra de Troya.

—¡Vaya listillo! —se burló Ptolomeo.

—Cruzaremos a Troya —continuó Alejandro con tono flemático—. Haremos los sacrificios y desplegaremos el ejército en posición de combate. Luego marcharemos hacia el sur a lo largo de la costa. Critias está dibujando sus mapas y, gracias a la señora Antígona, tenemos guías suficientes.

—¿Se puede saber cuándo ocurrirá todo esto? —preguntó Seleuco con voz aguardentosa.

Ptolomeo dejó de besuquear el cuello de su amante y en la tienda reinó un silencio absoluto.

—¿Cuándo? —repitió Alejandro, que volvió la cabeza hacia su interlocutor—. Pues sólo cuando los sacrificios sean puros y los dioses acepten nuestros regalos.

—Pronto llegará el verano —apuntó Ptolomeo—. Los pozos y los ríos se secarán. ¿Qué pasará si Darío y el maldito Memnón rehúsan trabar combate?

—¿Qué pasará? ¿Qué pasará? —replicó Alejandro con ira y mirando a su alrededor con cara de pocos amigos—. Sabemos que la flota persa está ocupada en sofocar una rebelión en Egipto. ¿Qué pasará si las estrellas caen del cielo? ¿Si el mar comienza a hervir? ¿Os habéis olvidado de las señales? La noche que nací se incendió el templo de Artemisa en Éfeso. Quiero extender aquel fuego hasta los confines del mundo.

Alejandro entonaba el mismo himno de gloria que había entonado en la infancia y como siempre los hechizó. Hasta el cínico Cleito el Negro le escuchaba atentamente.

—¿Cómo describió Sócrates a los griegos? —le preguntó Alejandro—. Dijo que nos sentamos como ranas croando alrededor de la charca —apuntó echándose a reír—. Bien, las ranas se han escapado. Marcharemos hasta el fin del mundo y lo pondremos a las órdenes de Macedonia. ¡Por la gloria! —exclamó levantando la copa.

La respuesta sonó como un tremendo rugido. Alejandro, como si estuviese cansado, se reclinó en el diván y le guiñó un ojo a Telamón.

—¿Crees que estoy diciendo la verdad? —susurró.

—Aristóteles dijo que la verdad sólo era una idea que se puede dividir y dividir. Cuando llegas a la parte que es indivisible, has llegado a la verdad.

Alejandro lo miró fijamente.

—¿Qué estás diciendo, Telamón?

—No dejo de preguntarme, señor, por qué estoy aquí. Claro que, por supuesto, la verdadera pregunta es por qué estás tú aquí.

—¿Crees que soy el hijo de un dios, Telamón?

—Si te hace feliz, señor...

Alejandro se sentó muy erguido en el diván.

—¿Tú lo crees?

Telamón observó cómo el contraste entre los ojos del rey era muy marcado: el izquierdo era de un color azul oscuro; el derecho, castaño oscuro. Tenía el rostro ligeramente enrojecido, con los labios con manchas púrpuras como si hubiese bebido sangre.

—¿No crees que Olimpia me concibió de un dios?

—Si ella lo cree, señor...

—¡Alejandro! ¡Mi nombre es Alejandro!

El rey miró a su alrededor. Sus compañeros le miraban. Se tocó la punta de la nariz.

—Continuad con vuestras charlas. ¿Bien, Telamón?

—Si tú lo crees, Alejandro, y Olimpia cree lo mismo, entonces es tu verdad. Filipo creía otra cosa. ¿Es por eso que estamos aquí, para probar que eres un dios? ¿Que eres mejor hombre que tu padre? ¿Es por la gloria? ¿Es por lo que escuché cuando venía para aquí, que quieres someter a todo el mundo al poder de Grecia?

—No lo sé —respondió Alejandro en voz baja—. Sencillamente no lo sé —confesó; luego hizo una pausa, bebió un trago de vino y sonrió—. ¿Nunca te has casado, Telamón?

—Tenemos mucho en común, Alejandro.

—El sueño y el sexo —farfulló Alejandro— me recuerdan que soy mortal.

Se subió un poco más en el diván, todavía con una expresión pendenciera en su rostro. El físico observó a su amigo de la infancia. «Eres un leopardo», pensó, «un maestro de la emboscada. Tus humores son tan cambiantes y súbitos como los de tu madre».

—Te mandé llamar, Telamón... —Alejandro hizo una pausa para responder a una de las bromas de Ptolomeo—. Te mandé llamar —repitió acomodándose mejor—, por muchas razones. ¿Recuerdas cuando éramos unos críos en Mieza? —preguntó mostrando una expresión más suave—. Cleito nos sacaba de la cama mucho antes de la primera luz del alba. ¿Qué decía?

Ambos corearon la llamada de Cleito.

—¡Una carrera antes de desayunar te abre el apetito, mientras que un desayuno ligero te garantiza una buena cena!

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó Cleito.

—Vuelve a tu vino, viejo —le replicó Alejandro—. Telamón y yo estamos recuperando el tiempo perdido.

Alejandro levantó la copa para que un sirviente se la llenara. Le recordó la medida que había que utilizar.

—He bebido demasiado vino —advirtió el rey—. ¿Recuerdas, Telamón, una estatua de mármol blanco que brillaba con la primera luz del sol? ¿Qué decía la inscripción grabada en el pedestal? «SOY UN DIOS INMORTAL, NUNCA MÁS MORTAL».

—¿Es así como te ves a ti mismo?

—¡Eso no importa! —exclamó Alejandro con viveza—. Rezaremos, ¿verdad? A

dios padre, a su hijo, nacido del sirviente cornudo —dicho esto, Alejandro cerró los ojos—. Que ellos nos guíen y protejan durante todo el día —abrió los ojos—. Entonces era feliz. Era libre. Era el amado hijo del rey y su esposa. Todo era un escenario —musitó—. A medida que me hago mayor, las sombras se alargan sobre el escenario para envolverme. Madre y padre se entremeten. Primero en las pequeñas cosas. Un día en Mieza estaba cabalgando; el caballo saltó una cerca. Había una muchacha esclava recogiendo uvas. Utilizaba la falda a modo de cesto; tenía las piernas largas y bronceadas y los cabellos del color del trigo maduro. Coqueteamos. Nos acostamos en la fresca sombra de una encina...

—¡Ah, esto lo recuerdo! —exclamó Telamón, que, relajado por el vino, dejaba salir los recuerdos—. ¿La ninfa del bosque?

—¡Eso es! —asintió Alejandro—. ¡La ninfa del bosque! Era una muchacha hermosa. Nos acostamos en un lecho de uvas aplastadas. Al día siguiente, salí a buscarle, pero alguien se lo había dicho a mi madre, ¿no es verdad? Habían vendido a la muchacha y Olimpia me explicó que probablemente había tenido un encuentro con una ninfa del bosque, un regalo de los dioses. Sabes, Telamón, le creí —confesó al tiempo que aparecía una expresión desagradable en su rostro y una mirada distante en aquellos ojos extraños—. Aquella fue la primera lección auténtica que recibí: sólo debía haber una mujer en mi vida, y ésa era Olimpia. Comenzó a entonar su canto de sirena, de lo sagrado que era, el escogido de los dioses. Cómo Hércules y Aquiles eran mis antepasados. Por supuesto, me entusiasmé con todo aquello. La segunda estrofa era más cruel: que, quizá, no era el verdadero hijo de Filipo, sino el retoño de un dios. Estaba confuso. ¿Recuerdas lo triste que estaba, Telamón?

—Te recomendé que hablaras con Aristandro.

Alejandro soltó una carcajada.

—De la sartén al fuego, ¿no? Aristandro de Telmesso —apuntó volviéndose para brindar por el custodio de sus secretos, que estaba sentado con una expresión de malhumor en el extremo más alejado de la tienda—. Él cantó la misma canción de mi madre, pero me contó la dura verdad —confesó Alejandro agachando la cabeza y con lágrimas en sus ojos—. Dijo que Filipo y Olimpia se habían amado hasta la locura. Cuando se conocieron por primera vez en la isla de Samotracia, Filipo creyó que había recibido la visita de una diosa; que nunca más volvería a amar a otra mujer —recordó el rey dejando escapar un suspiro—. Por supuesto, el Filipo borracho no tenía nada que ver con el Filipo sobrio. Era capaz de follarse a una cabra y probablemente lo hizo en alguna de sus borracheras. Olimpia nunca le perdonó sus infidelidades. ¿Lo recuerdas, Telamón? ¿Cuando éramos niños y fuimos de visita a Pella y tú te colaste en el dormitorio de Olimpia?

Telamón contuvo un temblor: algunas veces reaparecían sus propias pesadillas.

—La habitación de tu madre estaba llena de hiedra —respondió en voz baja—. Había una hiedra en la pared exterior con las ramas retorcidas cargadas de hojas muy verdes.

—¿Qué me dices de las serpientes? —preguntó Alejandro—. ¿Las serpientes que entraban y salían? No me extraña que se divulgara la historia de que Olimpia se acostaba con una serpiente, uno de los disfraces del dios Apolo. Comenzó a insinuarle a Filipo que yo no era su verdadero hijo; él se vengó amando a más mujeres. Sin embargo, yo le amaba. El día que domé a *Bucéfalo* —añadió con un tono de cariño al mencionar a su hermoso corcel negro, que llevaba ese nombre por su brillante mancha blanca en la frente—, Filipo ofreció un banquete y brindó por mí. «¡Éste es mi hijo, el domador de caballos!», proclamó. —Alejandro parpadeó—. Nunca me había sentido tan orgulloso. Me hizo beber vino. Le supliqué que fuera fiel a mi madre. Él se enfadó y le repliqué: «¡Si sigues engendrando bastardos no tendré reino donde reinar!» —entonces, Alejandro se inclinó para sujetar la túnica de Telamón—. «¡Si eres la mitad de hombre de lo que soy, te ganarás tu reino y lo mantendrás!», —afirmó—. Por supuesto, mi madre se enteró de todo y me tomó en su confianza. Me describió cómo, la noche que fui concebido, el viento soplaba a través de la habitación y las estrellas casi se habían apagado mientras la casa era sacudida por los truenos y los rayos. Las llamas místicas habían llenado su dormitorio y no sé cuántas cosas más —advirtió Alejandro frotándose la mejilla—. Mi madre contra mi padre, mi padre contra mi madre. Filipo era un buen general. Decidí interpretar las palabras de Olimpia al pie de la letra. Si yo no era su hijo, se volvería a casar. Así que conquistó a la chiquilla de Attalo. Se divorció de Olimpia y dio un hijo a Eurídice. Sólo los dioses saben cuál hubiese sido el curso de la batalla si no le hubiesen matado.

—¿Fuiste tú culpable de su muerte, Alejandro?

El rey desvió la mirada.

—No, no, no lo creo.

—¿Qué me dices de Olimpia?

—No estoy muy seguro. Creí que aquello se había terminado —añadió Alejandro en voz baja—. Los persas proclaman que maté a Filipo. Sostienen que ningún hijo mataría a su verdadero padre y, por consiguiente, Filipo no es mi padre. Por lo tanto, soy un usurpador y un bastardo.

—Eso es lo que dicen tus enemigos —le tranquilizó Telamón—. Tú eres el capitán general de Grecia, venganza sagrada contra Persia.

—¡Todavía soy Alejandro! —precisó el rey en un siseo furioso.

Hubiese continuado, pero el ruido en la tienda se apagó cuando Ptolomeo se levantó de un salto y gritó:

—¡Juguemos al *kottebos*!

Un sirviente trajo un palo y lo clavó en el suelo en el centro del círculo formado por los divanes. Colocó un plato en el extremo del palo. Ptolomeo se balanceaba de la borrachera. Levantó la copa en un brindis.

—¡Brindo por mi amor! —gritó. Luego vació la copa de un trago y arrojó el poso en dirección al plato. Cuando erró, maldijo sonoramente y se dejó caer en el diván.

Otros se levantaron tambaleantes en medio de gritos de burla. Antígona continuaba sentada plácidamente, al parecer amodorrada, con los ojos entrecerrados. Telamón no acababa de tener claro si ella había estado intentando escuchar su conversación o si observaba a los salvajes líderes macedonios.

—Todavía soy Alejandro —continuó el rey—. Filippo está muerto y Olimpia ha regresado a Pella, pero sus espíritus me acosan. Olimpia me dijo antes de marcharme que debía ir al oasis de Siwah en el desierto egipcio, donde Ammón-Zeus me revelaría el verdadero secreto de mi paternidad.

—¿Qué hay del fantasma de Filippo?

—Ah, el hombre de hierro. Algunas veces se me aparece en mis pesadillas. Estoy otra vez en el campo de batalla en Queronea. Los muertos se apilan. La Banda Sagrada yace como una hilera de mieses tumbadas. El lugar está cubierto de escudos y lanzas. Los gritos de los moribundos son agudos como los chillidos de los pájaros nocturnos. Me enfrento a un ejército de hoplitas muertos, vestidos y armados con sus grandes yelmos con penachos de plumas, las corazas, los escudos y las lanzas. Sus ojos y sus bocas están llenos de sangre. Se interponen entre Filippo y yo. Lucho para abrirme paso —reveló Alejandro mientras movía la mano—. Me inclino a izquierda y derecha, empujo con mi escudo, meto la espada... A la postre, consigo pasar, pero mi padre ha desaparecido.

—Sólo son pesadillas...

—No, no, escucha.

Alejandro tragó saliva, con el rostro muy enrojecido y los ojos brillantes. Telamón observó cómo tenía la frente bañada en sudor. ¿Este hombre está cuerdo?, se preguntó. A su llegada, Alejandro le había recordado a su amigo de la infancia. Pero ¿ahora? ¿Era sólo una máscara? Alejandro chocó su copa contra la del físico.

—Tan reservado como siempre, Telamón. Voy a decirte por qué estás aquí. Estoy rodeado de enemigos, traidores, espías...

Telamón miró inmediatamente a su alrededor. Ptolomeo, sin hacer caso del jaleo que montaban sus compañeros, les miraba con una mirada solapada, un tanto burlona, como si supiera lo que Alejandro estaba diciendo y no le importara.

—¡Escucha! —ordenó Alejandro tendiendo una mano para sujetar el brazo de Telamón—. Darío y Memnón. Conozco sus tácticas.

—¿Tienes a un espía cerca de ellos?

—Más o menos. El rey persa no me impedirá cruzar el Helesponto. Espera atraerme a sus vastos territorios, agotar a mi ejército, hacerle pasar hambre, para después rodearnos y acabar con nosotros, aunque eso es algo que decidirán los dioses. Lo que me preocupa es el espía que tienen cerca de mí. ¿Eres tú, Telamón?

—¡Tonterías! ¡No estaría aquí si no hubieras mandado llamarme!

—¿Por qué despediste al paje?

—No me gustan los niños insolentes por muy bonitos que sean. Escogeré a mi propio asistente, como hago con mis amigos.

—Consigue a alguien en quien confíes —le ordenó Alejandro—. ¿Has estado en los corrales de los esclavos? Todavía nos quedan algunos tebanos por vender. Quizás encuentres a alguno allí.

—¿Estabas hablando de un espía?

—No sé quién es —confesó Alejandro sacudiendo la cabeza—. El único nombre que me han dado es Naihpat.

—¿Naihpat?

—Una tontería, ¿verdad? —contestó Alejandro haciendo una mueca—. Naihpat... Apolo sabrá qué significa. —Señaló a los presentes—. Tengo a mi custodio de los secretos y Darío tiene el suyo, una figura misteriosa llamada como uno de sus dioses, Mitra —precisó estirando la mano con los dedos curvados como garras—. Cómo me gustaría pillar a él y a sus secretos, a todos aquellos que furtivamente han recibido el oro persa... No tendría la menor piedad, Telamón. Los crucificaría a todos.

—¿Quién es tu espía? —preguntó Telamón bruscamente.

—Bueno, creo que es Lisias, uno de los comandantes de la caballería de Memnón. Me envió un mensaje secreto: quiere reunirse conmigo en Troya.

—¿Con qué fin?

—No lo sé. Sólo me pidió que me reuniera con él allí y entonces me diría el motivo.

—Entonces, ¿qué temes, Alejandro? ¿Un asesinato? ¿Una traición?

—No, temo a Filipo.

—¡Está muerto! —afirmó Telamón.

—No, escucha. ¿Recuerdas aquel verso? —preguntó Alejandro poniendo los ojos en blanco, uno de sus gestos favoritos cuando era un niño en la academia—. Aquel del canto diecinueve de la *Ilíada*. ¿Cómo era? «El hígado fue arrancado de su lugar y, de él, la negra bilis manchó por delante su túnica».

—¿Qué tiene eso que ver con Filipo?

—¿Recuerdas lo que dijo el oráculo de Delfos? —preguntó Alejandro—. «El toro está preparado para el sacrificio, todo está listo, el verdugo espera». Mi padre lo interpretó como una referencia al imperio persa; sólo después de su asesinato, la gente comprendió que se refería a él —precisó haciendo una pausa—. Necesito un sacrificio puro, Telamón, antes de ordenar a mis tropas que embarquen. Todos los toros que sacrifico están mancillados. Los presagios no auguran nada bueno, así que nosotros nos refugiamos en esta tierra y mi ejército espera.

—¡No hagas caso de las señales! —replicó Telamón—. ¡Trae tu flota aquí y navega!

Alejandro sacudió la cabeza. Dejó la copa en el suelo, cruzó los brazos sobre el respaldo y apoyó la barbilla en las muñecas. Miró a Telamón fijamente.

—Mira a tu alrededor, físico. ¿Alguien nos observa? ¿Crees que alguien nos puede escuchar?

Telamón obedeció. Seleuco hablaba ahora con Antígona. Aristandro se rascaba la entrepierna y la prostituta y Ptolomeo estaban enzarzados en una discusión. Por su parte, los sirvientes se habían retirado y la muchacha de la flauta había desaparecido. A través del hueco que dejaba la tela de entrada, entreabierta, el físico vio el escudo y la lanza de un guardia.

—¿Recuerdas al explorador cuyo cadáver será consumido por las llamas? —prosiguió Alejandro—. ¿El que fue encontrado en las rocas al pie del acantilado? Las únicas personas que saben la verdad son Critias y Aristandro. Los demás creen que su muerte fue sencillamente el resultado de una disputa en el campamento. La daga todavía estaba clavada en el cuerpo del explorador y, en su mano, había un pequeño trozo de pergamino —apuntó Alejandro con la mirada fija—. La daga era acanalada, de origen celta —en ese momento, Telamón sintió un escalofrío, pero fue incapaz de saber si era por la fría brisa nocturna o por los ojos sin alma de Alejandro—. El mismo tipo de daga —susurró el rey—, que mató a mi padre.

—¡Pausanias era un loco! Todos conocemos la historia —le consoló Telamón—. Esas dagas se pueden comprar en todos los mercados.

—¿Se pueden comprar de verdad, físico? ¿Qué me dices del trozo de pergamino metido en la mano del explorador muerto? Una nota que llevaba el siguiente mensaje: «El toro está preparado para el sacrificio, todo está listo, el verdugo espera». ¿Te das cuentas de lo que está pasando, Telamón? ¿Mi padre va a detenerme?

—No seas ridículo. Eres tan supersticioso como una vieja.

Alejandro movió los brazos y sonrió. Su rostro se transformó.

—Me alegro de que hayas vuelto, Telamón —afirmó golpeándose el pecho con el puño—. Olimpia, Filipo y todo el poder de Persia no me detendrán. ¡Nada me detendrá!

—¿Por eso arrasaste Tebas?

—Muy poco antes de que te marcharas de Mieza —replicó Alejandro—, luchábamos con espadas de madera. Yo continué dando golpes a diestro y siniestro hasta que Cleito intervino.

—Te disculpaste. Dijiste que tenías un velo rojo en los ojos.

—Eso fue lo que sucedió en Tebas —precisó Alejandro mordiéndose el labio inferior—. Las personas tendrían que saber cuándo han perdido. Una y otra vez Tebas se entremetía, conspiraba, iniciaba campañas de rumores por toda Grecia... Recuerdo haber estado ante la puerta de Electra mientras se desplegaba la Banda Sagrada. Les hicimos retroceder. Apareció el velo rojo. Pensé: «Esta vez, esta vez, acabaré con este asunto de una vez por todas. Nunca más Tebas volverá a desafiar a Macedonia». Di la orden: «¡No hagáis prisioneros! ¡No dejéis piedra sobre piedra!» —recordó con una sonrisa retorcida—. Aparte de los templos y la casa del poeta Píndaro, matamos a todos sus combatientes. Capturé a treinta mil esclavos y gané una fortuna con la venta. ¡Tebas no volverá a desafiarme nunca más! —exclamó con la mano en alto.

—¿Alguien te está desafiando ahora?

—Sí.

Alejandro tosió. Movi6 las piernas fuera del diván. Se sentó.

—Y ahora llegamos a por qué estás aquí —advirtió al físico por encima del hombro.

Alejandro dejó la copa de vino sobre la mesa. Telamón miró el suelo: el borde de la alfombra que cubría el suelo junto al diván del rey estaba empapado de vino. Alejandro no había bebido ni la mitad de lo que parecía. Había bebido sorbos, algún trago que otro, pero la mayor parte del vino había sido derramada en secreto.

—Mira a tu alrededor, Telamón. Todos mis codiciosos compañeros quieren ser reyes y príncipes y cabalgar a través de Persépolis cubiertos de gloria. Mientras yo sea el más rápido, el más fuerte, el más fiero, el más astuto, el más afortunado..., estaré a salvo. Mientras la jauría se alimente bien, seré su líder. Lo mismo vale para los que están ahí fuera. La verdad es que no quieren abandonar la tierra negra de Macedonia, pero sueñan con las bellas y complacientes mujeres del harén de Darío, con hundir sus brazos hasta los codos en cofres de perlas y piedras preciosas... Si cumplo sus sueños, soy su rey, su bienhechor. No les importaría en lo más mínimo que me proclamara a mí mismo como la encarnación de Apolo.

—Tienes a Hefestión, un amigo de verdad.

—Sí, tengo a Hefestión, y tengo a Telamón. He pensado mucho y muy a fondo en ti. El día que abandonaste Mieza, a la grupa de tu padre, por el polvoriento sendero blanco, los cipreses que había a cada lado suspiraban adiós. Telamón sólo deseaba ser un físico; no quería mujeres, ni gloria ni oro. Ésta es la primera razón por la que estás aquí.

—¿Cuál es la segunda?

—En todos mis días de vida, Telamón, nunca he encontrado otro par de ojos como los tuyos, jagudos como los de un halcón! Te solías sentar y mirabas, sin perderte nada. «Ése es el hombre que quiero», pensé, «es hora de que Telamón vuelva a casa». Estoy enterado de tu pequeño problema en Egipto. Los territorios persas te están vedados —dijo Alejandro encogiéndose de hombros y acomodándose mejor en el diván—. No puedes ir a Persia. Ningún macedonio es bienvenido en Grecia, aunque no lo parezca... Así que, ¿por qué no reunirte con tus amigos? Las amenazas de mi madre te ayudaron a emprender el camino. Estás aquí, Telamón, porque no tienes ningún otro lugar donde ir y, por encima de todo, porque eres curioso. Tu curiosidad puede más que cualquier otra cosa. ¿Qué mejor lugar para aprender tu oficio y mejorar tus habilidades? Antes de que se acabe el año, tendrás más pacientes de los que jamás hayas soñado —apuntó Alejandro extendiendo la mano y acariciando los cabellos de Telamón—. La verdad es que quiero que seas mis ojos, Telamón. Quiero que descubras al espía, al tal Naihpat. Quiero saber cómo murieron la muchacha y el explorador.

Seleuco les gritó algo.

—¡Cállate! —le gritó Alejandro a su vez—. ¡Estoy hablando! ¿Recuerdas la

Ilíada de Hornero? —preguntó al físico—. Solías citar la línea tras línea. Todavía guardo una copia debajo de mi almohada. ¿Cuántas heridas describe Hornero?

—Ciento cuarenta y nueve.

Alejandro chasqueó los dedos y sonrió.

—¿Cómo fue herido Euripilo?

—Por una flecha emponzoñada: quitaron la flecha y chuparon el veneno.

—¿Quién lo hizo?

—Patroclo, el gran amigo de Aquiles, en el canto once. Lavó la herida con agua caliente y luego la untó con la raíz agri dulce de una planta.

Alejandro se acercó más a su amigo.

—Nadie más lo sabe —susurró—. Me dejaron otros dos mensajes escritos en un trozo de pergamino. El primero es del canto diecinueve de la *Ilíada*: «El día de tu muerte está cerca».

—¿Qué dice el segundo?

—Es del canto veintiuno, con un pequeño cambio: «Sufrirás una muerte cruel en pago por la muerte de Filipo».

Capítulo III

«De Darío, Rey de Reyes, a sus sátrapas... a este asesino y ladrón, a este hombre deforme, Alejandro, capturadlo entonces».

De la versión etíope de *La historia del Seudocalístenes*.

La galera de guerra persa había abandonado a sus escoltas después de dejar Cios a babor, para abrirse paso a través del Helesponto, al amparo de la bruma primaveral y del anochecer. Se trataba de una nave capitana de la flota imperial, con el casco de pino pintado de un color rojo sangre por encima de la línea de flotación y de negro por debajo del coronamiento. A cada lado, junto al comienzo del espolón de bronce, había la figura de una pantera que saltaba sobre una presa invisible; a continuación, aparecía el ojo que todo lo ve, un talismán para defenderse de la mala fortuna. Memnón y sus capitanes se encontraban en la popa, tallada en forma de una hermosa concha blanca. Habían arriado las velas, quitado los mástiles, ocultado los gallardetes de guerra y reducido la intensidad de las luces de las lámparas y los fanales. Incluso el cómitre Domenicus susurraba sus órdenes mientras el gran trirreme surcaba las aguas para tomar posición delante de la ciudad de Sestos. Memnón sabía que era muy difícil que fueran descubiertos. Las nubes comenzaban a cubrir rápidamente el cielo estrellado y la bruma era una valiosa aliada, que se movía a veces como una cortina que se aparta. Los alertas vigías encaramados en lo más alto de la proa y la popa veían la luz de las hogueras del campamento macedonio de Alejandro. Memnón escuchaba el chapoteo del agua contra el casco. Los remos recogidos parecían unos brazos enormes que esperaban la orden. El capitán y sus oficiales estaban atentos a cualquier peligro, fuese un súbito cambio en la dirección del viento o la aparición de otra nave.

—No quiero acabar en las rocas —susurró el capitán, otro nativo de Rodas como Memnón, al oído del general por enésima vez.

—Los dioses están con nosotros —replicó Memnón, que hizo un esfuerzo para no emprenderla a gritos con el capitán—. Todo irá bien.

Memnón se acercó a la borda y miró a través del agua. No había queches ni barcas de pescadores a la vista. Alejandro creía que el Helesponto estaba libre de la presencia de naves hostiles. El rodio sonrió para sus adentros. Hasta cierto punto estaba de acuerdo con las tácticas de Darío. ¿Por qué no hacer que Alejandro se confiara, que se creyera protegido por los dioses? Sin embargo, Memnón no creía en los dioses; sólo confiaba en el poder de su brazo y su astucia. Arsites, el sátrapa de Frigia, no sabía que se encontraba aquí. Memnón disponía de algunas naves y había decidido tomar las riendas en el asunto. Diocles, el sirviente mudo, se le acercó. Apoyó una mano en el brazo de su amo, la señal de que deseaba hablar. Memnón le miró con una expresión de pena. Diocles seguía padeciendo con los mareos; tenía los

ojos llorosos, le goteaba la nariz y mostraba manchas de vómito en los labios y la barbilla.

—¿Qué pasa? —le preguntó el general con voz pausada.

Diocles hizo varios signos con los dedos.

—¿Crees que hubo un traidor entre nosotros? No me lo puedo creer. ¡Lisias...!

Memnón hizo un gesto cortante con la mano y miró hacia la costa. De algún lugar bajo cubierta, sonó el grito de un hombre, pero fue un sonido ahogado. Memnón escuchó los ruidos de la gran nave de guerra: el crujido de las tablas de pino selladas con brea, el chirrido de los remos en los toletes. La nave cabeceada en la rápida corriente. De vez en cuando, uno de los timoneles daba una orden, transmitida a los remeros de las tres bancadas; entonces algunos de ellos hundían los remos en el agua suavemente para mantener el trirreme en su curso. Memnón había sufrido un duro golpe, lo habían dejado fuera de juego. Seguía sin poder aceptar que Lisias había sido un traidor. Tenía tanto que perder... Sin embargo, Darío había sido contundente. Memnón pensó en la siniestra torre de silencio, que se elevaba muy alto, con los cadáveres persas, envueltos en sus sudarios y colgados de las vigas. En el centro la jaula donde había sido encerrado Lisias, sin comida ni agua, para esperar una lenta y dolorosa muerte. El rodio rezó para que Lisias se enfrentara a la parca con coraje, mientras estaba colgado entre el cielo y la tierra, con la única compañía de los muertos a su alrededor.

Diocles le tocó la mano. Más señales.

—Lo sé —replicó Memnón—. Arsites y Darío afirman que hay más espías entre nosotros. No me lo creo.

Memnón miró con mayor atención mientras el sirviente gesticulaba a gran velocidad. El general sacudió la cabeza; no conseguía entender. Diocles repitió los movimientos.

—Sí, tienes toda la razón. Darío y Arsites no saben nada de todo esto. Quieren... Quieren que el lobo entre en el corral de las ovejas —aseguró bajando el tono de su voz—. Yo prefiero matarlo antes de que siquiera llegue a acercarse —precisó esbozando una débil sonrisa—. Un pequeño cambio de planes.

—¡Una señal, señor! —exclamó el capitán acercándose con un dedo señalando hacia la oscuridad—. Allí, señor. ¡Al noroeste de nosotros!

Memnón miró entre la bruma. La nave se desvió un poco y vio el punto de luz de un farol.

—¿Los hombres están preparados? El capitán asintió antes de alejarse. Memnón tocó la mejilla de Diocles y caminó hasta la proa, donde las señales eran respondidas por un sondeador con una lámpara. Se acercó una barca de pesca. Memnón vio al timonel, a otro hombre junto a la vela suelta y a un tercero a proa. El timonel guió la barca con mucho cuidado hasta situarla bajo la proa del trirreme. Se lanzaron los arpeos. La embarcación quedó bien sujeta por los tensos cabos, que la mantenían fuera del alcance de la bancada de remos que tenía encima.

—¡Por el bien de Apolo! —susurró Memnón al capitán—. ¡No quiero que se enrede! Alguno de los capitanes de Alejandro podría decidir que no le vendría mal un crucero nocturno.

—La mantendremos firme —le tranquilizó el capitán.

Memnón se volvió al escuchar unas pisadas. Cinco hombres salieron a cubierta. Cada uno llevaba un hato en una mano y la coraza en la otra. Vestían unas túnicas sencillas, capas y botas de marcha. Las joyas baratas, brazaletes, anillos y collares brillaban en la escasa luz. Con los pendientes de plata en las orejas y los cabellos muy cortos, tenían todo el aspecto de lo que simulaban ser: mercenarios hoplitas que buscaban a un amo. Memnón estrechó la mano de su líder, Droxenius.

—¿Sabes lo que debes hacer? ¿Lo que debes decir?

—Somos soldados de Argos —respondió Droxenius—. Somos mercenarios que venimos a aceptar el dracma de Alejandro de Macedonia. Viajamos por tierra. Tenemos armas, pero no tenemos amo. Hemos prestado servicios en Lidia y más al norte. Teníamos la intención de unirnos a Memnón en Rodas. Sin embargo —Droxenius se tocó la entrepierna, un gesto para evitar la mala fortuna—, creemos que perderá. Cuando desaparece el dinero y la suerte, también desaparecen los mercenarios.

Memnón rió suavemente al escuchar la última frase.

—Lo que ocurra después —manifestó— es responsabilidad vuestra. Escoged el momento y el lugar y atacad inmediatamente. Si escapáis, tendréis más riquezas de las que habéis soñado. No hagáis prisioneros. Si os matan y os encontráis en los Campos Elíseos, sabed que haré los sacrificios y trataré a vuestros amigos como si fueran míos —prometió Memnón mientras el viento nocturno sacudía su capa—. Tenéis una única y exclusiva tarea: la ejecución de Alejandro de Macedonia. Habéis dicho que sois de Argos, pero la verdad es que sois de Tebas. Recordad lo que fue la ciudad y la ruina en que la ha convertido Alejandro —continuó diciendo mientras se acercaba al grupo y miraba atentamente el rostro de cada uno comprobando cómo todos mostraban expresiones decididas—. Cada uno de vosotros tiene una deuda de sangre. ¡Las sombras de vuestros familiares, madres, padres, hermanos y hermanas claman venganza contra el tirano! ¡Golpead fuerte! ¡Golpead deprisa! —exclamó levantando una mano en señal de despedida—. ¡Después corred rápidos como el viento!

Estrechó la mano de cada uno. Se acercaron a la proa y, ayudados por algunos de los tripulantes, se descolgaron por los cabos hasta la barca. Droxenius fue el último. Cuando se disponía a bajar, Memnón le cogió por el hombro.

—Nadie sabe que vais allí. Los espías pueden ser tan abundantes y rápidos como las moscas en una cagada de perro. Tu tarea es matar a Alejandro, pero ve con mucho cuidado. Si puedes, intenta encontrar a una persona llamada Naihpat.

—¿Qué pasará si lo encontramos? —preguntó Droxenius observando el rostro de Memnón—. ¿Lo matamos?

—No —contestó Memnón sacudiendo la cabeza—. Si los dioses os protegen, a vuestro regreso, decidme quién es.

Droxenius asintió. Los pescadores llamaban en medio de la oscuridad. Memnón percibió el ascenso de la marea mientras cambiaban las traicioneras corrientes de estas aguas. El mercenario bajó. Memnón le pasó el hato por encima de la borda. Quitaron los arpeos. El capitán dio una orden y el trirreme se movió suavemente hacia atrás mientras el jefe de los remeros daba instrucciones precisas a algunos de sus hombres. La nave de guerra luchó contra la corriente para permitir que la barca virara. La pequeña embarcación desapareció rápidamente en la bruma.

Droxenius se sentó a popa, desde donde observaba a los tres pescadores. Memnón le había dicho que los habían sobornado para que se arriesgaran a navegar de noche y, siguiendo unas señales, a trasladar a unos hombres hasta la playa. Los pescadores habían recibido una buena paga de manos de los agentes de Memnón y les habían prometido más en cuanto acabaran el desembarco.

Se sujetó con fuerza ante los vaivenes de la frágil embarcación. Después de la seguridad y la relativa comodidad del trirreme, tenía la sensación de que había sido abandonado en una balsa en medio de un mar embravecido para que se las apañara por su cuenta. Sin embargo, los pescadores conocían su trabajo. Al principio, no vio nada más que el mar revuelto. Sonaron unas órdenes. Droxenius distinguió en la oscuridad unas borrosas manchas blancas que correspondían a los acantilados y a la playa de piedras arenosas de una pequeña cala. La barca mantuvo el rumbo hasta que el casco rozó el fondo. Dos de los pescadores saltaron al agua, al tiempo que urgían a Droxenius y los demás a que se unieran a ellos. Los mercenarios obedecieron. Entre todos arrastraron la embarcación a tierra. Droxenius se aseguró de que habían bajado y llevado la carga a la arena seca. Miró por un momento las estrellas; era plena madrugada y aún les quedaba por delante un largo camino. Miró en derredor. Si se había planeado una traición, ocurriría ahora. Algún movimiento, el brillo de una armadura, el resoplo de un caballo... Todo estaba en silencio. Uno de los pescadores le tocó el brazo y extendió la mano con la palma hacia arriba.

—¡Ah sí! —Droxenius sonrió—. ¡Es la hora de pagar! ¡Muchachos! —llamó suavemente en la oscuridad—, nuestros barqueros quieren oro y plata. ¡Pagadles como hago yo!

Droxenius desenvainó la espada con la velocidad del rayo y la clavó en el estómago del pescador. El hombre, con su rostro manifestando sorpresa, abrió la boca mientras miraba atónito la hoja del arma.

—Lo siento —susurró Droxenius. Apoyó una mano en la nuca del hombre y lo empujó para ayudar a que la espada lo atravesara—. Es mejor de esta manera.

Sus compañeros se ocuparon de los otros dos pescadores, a quienes también habían pillado desprevenidos. En cuestión de segundos los tres yacían muertos en la playa. Droxenius dio las órdenes. Los cadáveres fueron arrojados al interior de la barca. Dos de los hombres de Droxenius se desnudaron y, a continuación, arrastraron

la barca hasta el agua, desplegaron la vela y dejaron que el viento los separara de la playa. Desde donde se encontraba, Droxenius escuchó cómo abrían agujeros en el casco y arrancaban tablas. Una y otra vez miraba por encima del hombro hacia lo alto del acantilado mientras rogaba que no les abandonara la suerte. Sin embargo, ¿qué motivos tendría Alejandro para enviar a una patrulla de vigilancia? Cuando miró de nuevo hacia el mar, la embarcación ya se estaba hundiendo. Sus dos hombres, nadadores expertos, la dejaron a su suerte, se lanzaron al agua y nadaron hasta la orilla.

—No quedará ningún rastro —afirmó uno de ellos sacudiéndose el agua como un perro—. Atamos los cuerpos a la barca. Pasarán semanas antes de que los encuentren.

Droxenius les dio prisa para que se vistieran. En cuanto acabaron, el grupo de asesinos se alejó rápidamente al amparo de la oscuridad como si fuesen sabuesos.

Darío, Rey de Reyes, se hubiera sentido satisfecho con el caos y la muerte que ahora acechaban a Alejandro de Macedonia, que bebía alegremente con sus compañeros, sin tener idea de los peligros que le rodeaban. También los exploradores que había traído la sacerdotisa Antígona experimentaban una falsa seguridad. Habían presentado sus últimos respetos al compañero muerto. Alejandro en persona había rendido honores al cadáver. Había dado el dinero para pagar a Caronte y la comida para alimentar al siniestro perro Cerbero. Ahora los exploradores estaban sentados alrededor de una hoguera en los límites del campamento macedonio y disfrutaban del vino y la comida que el rey les había obsequiado para la vigilia. Ahora creían que la muerte de su compañero había sido un desgraciado accidente. El campamento estaba lleno de bribones, ladrones y prostitutas. Quizá sólo había sido una cuestión de mala suerte; después de todo, el camarada muerto tenía fama de ser un libidinoso.

—Como una cabra en celo —bromeó uno de ellos—. Quizás hubo una pelea por una mujer, una partida de dados o de taba.

La muerte nunca estaba muy lejos. Todos conocían los peligros que los amenazaban. Los exploradores se consolaban con estas reflexiones y palabras. Como rudos campesinos de la costa jónica, ya estaban discutiendo entre ellos lo que harían con el oro y la plata que Alejandro de Macedonia les había prometido. La sacerdotisa Antígona les había asegurado con términos inequívocos: «No tendréis que combatir, sólo marchar con el ejército de Alejandro para guiarlo hacia el sur. A cambio, os darán más oro y plata de la que podríais ganar en mil vidas». Con la astucia típica de los campesinos, habían sopesado todas las posibilidades. Se enorgullecían de ser griegos. No les agradaban los persas con sus altivos modales, las lujosas túnicas, los rostros arrogantes, los ojos oscuros, su idioma que nunca podrían aprender...

«Será sencillo —había afirmado su jefe Critias—. Guiaremos a Alejandro en la marcha hacia el sur y cobraremos nuestra recompensa. ¡Lo que les ocurra es decisión de los dioses, no nuestra!».

Todos habían asentido.

—¿Dónde está Critias? —preguntó uno de ellos con voz estridente—. ¡Tendría

que estar aquí compartiendo el vino!

—Oh, ahora se está convirtiendo en alguien muy distinguido y poderoso como para estar con nosotros —replicó otro.

Todos asintieron, con los rostros enrojecidos y los ojos brillantes. El vino fuerte que Alejandro les había enviado, estaba comenzando a hacer su efecto; afloraban las viejas tensiones y rivalidades. Siempre había considerado a Critias un hombre que se daba muchos aires, un griego con un pasado sombrío y con una cierta educación. Había prometido a Alejandro dibujar unos mapas donde aparecerían marcados los arroyos y las fuentes para que la caballería no muriera de sed bajo el sol ardiente.

—Tendría que estar aquí —insistió Lascus, que era el más alto y fornido de todos ellos.

Cogió un trozo del pescado que se asaba en las brasas y se lo engulló de un bocado. Lascus sólo deseaba cruzar el Helesponto cuanto antes. Quería regresar a su casa. Quería que sus paisanos, sobre todo las mujeres, le vieran en toda su gloria. ¿No les había prometido Alejandro una lanza y una espada que podrían llevarse con ellos? Lascus cogió la jarra y, sin hacer caso de las protestas de sus compañeros, bebió directamente del recipiente.

—¿Qué opinas de nuestras probabilidades, Lascus? —preguntó un compañero.

—¡Será tan fácil como segar el trigo! —replicó el bravucón, en cuanto acabó de beber. Miró alrededor de la hoguera con una expresión ebria; los rostros de sus compañeros estaban sucios de grasa. Hacía meses que no comían ni bebían tanto. Lascus tenía el estómago hinchado; tendría que beber agua antes de echarse a dormir o, a la mañana siguiente, se levantaría con un tremendo dolor de cabeza.

—Te diré lo que pasará —dicho esto, Lascus hizo un ruido con los labios—. Tenéis que pensar en lo que harán los persas.

—¿Qué pasará si queman los campos? —gritó alguien—. ¡Ya se ha hecho antes!

Lascus le guiñó un ojo con una expresión picara.

—No lo creo. Conocen a los macedonios. Yo también. Los he visto ejercitarse. Les encantan los territorios llanos. He estado en las jaulas de los esclavos. Hablé con una puta pelirroja que capturaron en Tebas. Tiene unas tetas muy grandes —puntualizó haciendo un gesto con las manos—. Es una lástima lo que le pasó en el rostro —aseguró, comentario que fue recibido con aplausos y voces obscenas—. Tengo la intención de volver allí —afirmó Lascus.

—¿Qué decías de los macedonios?

—Hablé con la puta pelirroja. ¿Sabéis cómo se hace llamar? Como la diosa, aquella de la que habla Antígona: Casandra. No creo que ése sea su verdadero nombre.

El hombre que le había hecho la pregunta comenzaba a impacientarse. Miró a Lascus y le enseñó los dientes como un perro furioso.

—Tal como dije, he visto las maniobras de los macedonios. Destrozaron al ejército tebano delante de la puerta principal. Utilizaron las murallas de la ciudad

como un herrero utiliza el yunque. Las machacan y las derriban. Encontraron una puerta abierta y Alejandro y su horda entraron por allí. Los persas no se dejarán atrapar de la misma manera. Alejandro conocerá a su ejército, pero nosotros conocemos nuestro país.

Sus comentarios fueron recibidos con gestos y gruñidos de aprobación. Los exploradores recordaron las tierras donde habían nacido: llanuras polvorientas, bosques, empinadas colinas, sombríos cañones y torrentes y ríos todavía caudalosos con las aguas del deshielo.

—¡El Gránico! —gritó uno de ellos.

—Ah sí, el Gránico.

Lascus recordó el caudaloso río, con las empinadas riberas cubiertas de vegetación. Tendría que hablar con Critias al respecto. Una súbita arcada le dejó un regusto ácido en la boca. Murmuró algo, se puso de pie y se alejó tambaleante en la oscuridad. Recordaba las órdenes que les habían dado. Los celadores del campamento habían sido muy claros: «¡Si tenéis que orinar y defecar, id a hacerlo bien apartados del campamento!».

Caminó con paso inseguro entre los cuerpos de los soldados que dormían alrededor de los rescoldos de las hogueras. Un centinela le dio el alto. Lascus se señaló la entrepierna. El hombre se rió, soltó un escupitajo y le dejó pasar. El explorador se encaminó hacia un grupo de árboles. A lo lejos se veían las luces de Sestos y se preguntó si podría ir allí de visita. Hizo una pausa cuando escuchó un ruido a su espalda. Miró hacia atrás, a las luces del campamento. El terreno era muy quebrado en esta zona. Abundaban los plintos de piedra cubiertos de musgo. Critias afirmaba que en el pasado aquí se había levantado una ciudad. ¿Qué sabía Critias? Acabó de orinar y se volvió para emprender el camino de regreso al campamento. Atisbo una silueta que corría hacia él, una sombra recortada por la luna que se movía a gran velocidad. Lascus se quedó paralizado.

Antes de que pudiera recuperarse, la figura ya se le había echado encima. Sintió un dolor terrible en un costado. Intentó defenderse, pero la muerte había sido mucho más rápida, como una saeta a través de la oscuridad. Lascus se tumbó hacia adelante. El dolor era muy intenso. Acercó una mano a la herida y la daga celta se hundió en su costado hasta la empuñadura alada. El campesino cayó de rodillas mientras maldecía su propia estupidez. Una lechuza chistó desde un árbol. Lascus el guía, el futuro héroe, se tumbó de bruces, con los ojos sin vida, mientras su asesino le ponía un trozo de pergamino entre los dedos sin fuerza.

La fiesta en el pabellón real había degenerado en una algarabía. Seleuco y Ptolomeo discutían agriamente sobre la reputación de cierta dama que ambos habían cortejado en Macedonia. Hefestión estaba tendido en un diván, con una sonrisa plácida en su rostro. Alejandro, ajeno a la tensión, no hacía caso a sus invitados y continuaba inmerso en su conversación con Antígona. A Telamón se le cerraban los ojos. Estaba decidido a que no tuvieran que llevarlo a su tienda, tal como había dicho

Ptolomeo con sorna: «¡Como a un crío después de su primera copa!». Notó una ráfaga de aire helado. Uno de los guardaespaldas reales acababa de entrar en el pabellón. Alejandro se levantó del diván y los dos hombres iniciaron una conversación en susurros a la que no tardó en sumarse Aristandro. El rey se acercó a Telamón y dio un puntapié en la base del diván.

—Aristandro quiere hablar contigo.

—¿Sobre qué? —replicó Telamón, malhumorado.

—Veneno —contestó Alejandro sonriendo mientras se alejaba.

El custodio de los secretos del rey ya se encontraba en la salida de la tienda y le hacía gestos para que se diera prisa. Telamón se reunió con él en el exterior. El aire frío de la noche le despejó rápidamente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Ven conmigo, Telamón. No corres ningún peligro. Te lo garantizo.

No habían caminado más que unos pocos pasos cuando Telamón escuchó un ruido y se volvió. Un grupo de rudos mercenarios les escoltaban. Eran celtas, no griegos, todos vestidos con las más estrafalarias y coloridas prendas y armaduras: polainas metidas dentro de las botas; armaduras de cuero sobre las túnicas; cascos con las formas de diversos animales... El jefe llevaba una piel de leopardo sobre un hombro y un escudo donde aparecía pintado el ojo que todo lo ve, el emblema personal de Aristandro. Todos empuñaban las espadas y dos de ellos llevaban teas. Telamón los vigiló mientras se acercaban. Los celtas eran unos gigantones que medían casi diez palmos de estatura. Las cabelleras, peinadas en trenzas sujetas con cintas de colores, les llegaban hasta más allá de los hombros. Los cascos cubrían la parte superior de sus rostros y el resto se ocultaba bajo las enormes y enmarañadas barbas.

—¡Ah, mis bonitos niños! —exclamó Aristandro volviendo sobre sus pasos y mientras se limpiaba las uñas pintadas con un mondadientes—. ¿No son unos chicos preciosos, Telamón? ¡Mi guardia personal! ¡Una docena de brutos! —afirmó riéndose—. ¡Unos chiquillos encantadores que me destrozan la casa y acaban con mis víveres! ¿No es así, precioso mío? —preguntó al líder.

El hombre respondió en un griego macarrónico. Sus ojos azul claro iluminados por la luz de las antorchas miraban al físico con una expresión feroz.

—¡No, no, eres un chico malo! —exclamó Aristandro dándole un golpe en la mano con una expresión juguetona—. Telamón no es mi presa, es mi amigo. ¿Verdad que eres mi amigo, Telamón?

El físico lo miró fijamente.

—¿Lo eres? —insistió Aristandro pateando el suelo con impaciencia.

—Si tú lo dices...

—Lo más importante —añadió Aristandro, que agitó los dedos delante del rostro del bruto— es que es amigo del rey. ¡Es el físico de Alejandro! No es un traidor —sentenció dando un paso atrás y mirando con cariño al grupo de rufianes armados—.

¿Sabes cómo les llamo, Telamón? Mi coro. Les enseñé canciones. ¡Venga, chicos! — exclamó asumiendo la pose de un director de coros—. ¡Cantaremos el himno a Apolo!

Telamón miró boquiabierto mientras los celtas, sin preocuparse de dónde estaban, comenzaron a entonar el muy conocido himno:

¡Apolo, señor de la luz!
¡Dorado oponente de la larga noche!
¡Hijo de Dios!
¡El dorado!
¡Saludamos a Apolo!
¡Rey del Sol!

El canto era escandaloso y desafinado. En algún lugar del cercado real, una voz gritó:

—¡Callaos, condenados cabrones!

El jefe de los guardaespaldas respondió con algo obsceno. Aristandro dio unas palmaditas en el hombro de Telamón.

—No te lo vas a creer. ¡Les encantan Sófocles y Eurípides! ¡Muy bien, chicos, el coro tebano! —exclamó mirando otra vez a los celtas.

Como niños dóciles a las órdenes de su maestro, los celtas, que no dejaban de mirar a Telamón con verdadera inquina, entonaron el famoso discurso de Sófocles:

En Tebas, ciudad del sol,
se escucha la graciosa voz de Dios.
Mi corazón rebosa temor.
Siento terror ante lo que van a decir.
Escucha, oh sanador de Delos,
tenemos miedo. ¿Qué harás tú?
¿Cosas nuevas, o viejas como el año?
Háblanos, hija de la preciosa esperanza.
¡Escuchemos la palabra inmortal!

—¡Ya es suficiente! —gritó Aristandro—. ¡Buenos chicos! —exclamó sonriente—. Cuando regresemos a Atenas, interpretaremos la obra, les guste o no. ¡Venga, continuemos, puede que la noche todavía sea joven, pero yo no lo soy!

Aristandro reemprendió la marcha. Telamón le siguió, rodeado por los silenciosos pero amenazadores mercenarios. Salieron del recinto real y cruzaron el campamento dormido, dejaron atrás las líneas de los centinelas y subieron a la colina, hasta el lugar de los sacrificios donde Alejandro había dedicado doce altares de piedra a los

dioses del Olimpo. Aristandro se apoyó en uno de los altares. La escolta se acercó para rodearlo.

—¡No os acerquéis tanto! ¡No os acerquéis tanto! —les ordenó Aristandro con voz tierna—. ¡Por el culo de Caronte! —le susurró a Telamón—. La verdad es que apestan; tienen una aversión terrible al baño.

Dio una orden y los guardaespaldas encendieron las antorchas que ya estaban colocadas; la luz creó nuevas sombras que acentuaban el aspecto siniestro del escenario de los sacrificios.

—¿Para qué crees que te he traído aquí, Telamón?

—¿Para presenciar una representación?

Aristandro se tapó la boca para disimular la risa. Telamón se enjugó el sudor de la frente y se arrebujó en la capa. La brisa era fuerte, fría, cargada con el regusto salobre del mar. A lo lejos, el batir de las olas contra las rocas sonaba como el distante tronar de una tormenta. El nigromante miró hacia donde miraba su acompañante.

—No me gusta el mar, Telamón. Me sentiré feliz cuando esté al otro lado. Alejandro cree que la flota persa está en Egipto, anclada en el delta. Yo no estoy tan seguro de eso. Si regresan y se oponen a que crucemos, rogaré para que haya otra Salamina, porque sólo los dioses saben lo que pasará entonces. ¿Cómo has encontrado a nuestro noble señor?

—Como siempre. Quizás un poco más confuso.

—Muy bien.

Aristandro agitó una mano como si espantara a un insecto y miró a los guardaespaldas, que estaban reunidos alrededor de una pequeña hoguera improvisada.

—Alejandro está confuso y no lo está. ¿Quieres la larga y aburrida explicación diplomática, o prefieres la breve y directa?

—Se me están congelando las pelotas, Aristandro.

Una vez más, el custodio de los secretos del rey se rió por lo bajo.

—¿La mente de Alejandro? Bueno, es capaz de pensar en tres o cuatro cosas a la vez. Es la gloria de Grecia. Quiere emular a su padre y desea conquistarlo todo hasta el final del mundo. Tú lo sabes, Telamón, pero no su ejército. Vamos a marchar hasta el mismísimo borde de la existencia: tal es el sueño de Alejandro.

—¿Cuántos morirán para que se cumpla?

—Una pregunta que se podría interpretar como una traición. Los hombres han de morir de todas maneras.

—Por lo tanto, ¿comprenderán que mueren por el honor de Macedonia, o que es por la gloria de Alejandro?

Aristandro miró a Telamón directamente a la cara. Ya no era el payaso con el rostro y las uñas pintadas; su rostro era enjuto, la expresión hambrienta, la mirada dura, la boca firme.

—Alejandro es un dios —respondió con un tono furioso—, encarnado en un hombre. Está rodeado de traidores y de aquellos que le desean mal. Desde mi punto

de vista, hay cuatro personas, cuatro paredes que protegen a Alejandro: Olimpia, Hefestión, Aristandro y, creo, tú, Telamón. Así que, por favor, ¡no me desilusiones!

—Alejandro es muy querido por sus tropas.

—Eso es porque no conoce la derrota. ¿Debo decirte algo, Telamón? Vamos a cruzar a Asia. Alejandro buscará al ejército persa y lo exterminará. Es eso o enfrentarse a la aniquilación. No hay compromisos ni dudas.

—Entonces, ¿por qué Alejandro no cruza?

—Busca la gloria, pero los auspicios deben ser los correctos. Quiere cruzar como Alejandro, sin Olimpia montada en la espalda o la sombra de Filippo caminando a su lado. Todo conspira contra él. A primera hora de esta mañana, Alejandro sacrificó un toro a Zeus. ¡Yo mismo escogí el condenado animal! Sin embargo, el hígado estaba manchado y las señales eran malas. Tenemos la muerte del guía y de aquella muchacha. Alejandro también me ha hablado de los mensajes dejados por el asesino, las citas de la *Ilíada*.

—¿Con qué frecuencia aparecen?

—Desde que llegamos aquí, por lo general traídos por algún buhonero o hojalatero. Todos los días llegan cartas para éste o aquél. Hay centenares de mercenarios que vienen en busca de un empleo; es sólo una cuestión de tiempo —concluyó Aristandro mirando en dirección al mar con una expresión nostálgica.

—¿Antes de qué? —le urgió Telamón—. ¡Aristandro, no seas tan misterioso! ¡Me estoy congelando!

—¡Muy pronto te calentaré la sangre! ¡Muy pronto te calentaré la sangre!

Aristandro se apartó unos pasos y después volvió. Telamón se sintió un tanto nervioso. A pesar del vino y su confianza en Alejandro, el físico desconfiaba del custodio de los secretos, esta criatura de Olimpia con la mirada aviesa y una reputación siniestra.

—No es ningún secreto —manifestó Aristandro—. Darío quiere que Alejandro cruce para poder aplastarlo, pero aquí tiene que haber asesinos, pagados por hombres, o mujeres, que sencillamente quieren ver a Alejandro muerto.

—¿Aquí en el campamento? —preguntó Telamón.

—¡Oh sí, aquí en el campamento! Ni siquiera se puede confiar en los compañeros de copas. ¿Has escuchado hablar de Seleuco? Su madre también afirma que fue engendrado por un dios. Ptolomeo insinúa que Filippo fue su verdadero padre, mientras que Nearco siempre seguirá al más fuerte.

—¿Por qué me dices todo esto aquí?

—Porque tú sabes cosas de Alejandro que los demás no saben: sus sueños, su mente y los demonios que acosan su alma. Tal como dije, está confuso por el sacrificio y la constante campaña de rumores. Alejandro busca el combate. Una gran victoria sobre Persia significará la vindicación de los dioses. Ya he hablado suficiente. ¡Quédate aquí!

Aristandro se alejó. Dos de sus guardaespaldas se levantaron de un salto y

corrieron hacia el campamento. El nigromante llamó a Telamón para que viniera a calentarse junto a la hoguera.

—¡Bueno, bueno! —dijo complacido Aristandro extendiendo las manos y con su rostro cruel alumbrado por las oscilantes llamas—. ¡Unos chicos encantadores! —murmuró.

A Telamón le recordaban a una manada de lobos preparados para cazar.

—¡Muy bien, muchachos! —exclamó Aristandro dando unas palmadas—. Repasaremos el discurso de Creón en la obra de Sófocles. Lo diremos juntos, hasta la mitad. Es una pena que mi enano Hércules no esté aquí. ¡Qué le vamos a hacer! Yo llevaré la voz cantante —dijo, y comenzó—: «Ninguna herida es más profunda...».

El resto de los guardaespaldas se unieron:
... que el amor que se ha convertido en odio.
Esta muchacha es una enemiga: ¡fuera con ella!
Una vez sorprendida en acto flagrante,
la única traidora en nuestro Estado,
no puedo convertirme yo también en un traidor.
Así que ella debe morir...

Telamón escuchó atentamente mientras los bárbaros vociferaban las estrofas, ansiosos por complacer al hombre pequeño sentado a su derecha. Aristandro hizo un gesto para pedir silencio.

—Yo mismo les enseñé griego. Estoy muy orgulloso de los muchachos, y también lo está Hércules. ¿No quieres un guardaespaldas, Telamón? En un lugar como éste, poblado de serpientes, alguien tendría que protegerte la espalda.

—Tengo mi propia opinión al respecto.

—¡Bien!

Aristandro se volvió y comenzó a canturrear casi para sí mismo una de las nostálgicas canciones de su guardia celta. Los demás se sumaron y continuaban cantando cuando regresaron los otros dos en compañía del físico Leontes y el joven paje que se había ofrecido para servir a Telamón. Ambos se veían somnolientos y ansiosos. Aristandro les hizo unirse al círculo. Leontes se sentó en cuclillas y miró a Telamón con una expresión de súplica.

—Lamento haber interrumpido vuestros sueños —manifestó Aristandro con voz dulce—. Dime, Leontes, ¿te gusta mi amigo Telamón o tienes celos de él?

—Sé muy poco de él. ¿Qué es esto? ¡No tienes ningún derecho!

—¡Tengo todo el derecho y más!

Leontes se rascó la nariz. Parpadeaba sin cesar.

—¿Fuiste tú quien pegó fuego a la tienda de Telamón?

—¡Por supuesto que no!

—En cambio, sí que has estado en la nueva esta noche, ¿verdad?

Leontes levantó las manos como si implorara clemencia.

—¿Verdadero o falso? —tronó Aristandro—. Enviaste a mi amigo una jarra de vino. Un buen Chian en una preciosa jarra de cerámica samia roja y negra, con la tapa sellada. ¿Siempre eres tan generoso con aquellos que no te agradan?

El corazón de Telamón dio un brinco.

—¿Quieres que vaya a buscar el vino? —prosiguió Aristandro—. ¿Quieres que te lo haga beber?

—¿Qué es esto, Leontes? —preguntó Telamón.

—Te envió un regalo —le explicó Aristandro—. Contiene una pócima: ¿belladona, cicuta, veneno de serpiente, beleño negro...?

Leontes se hubiera levantado de un salto, pero uno de los guardaespaldas lo obligaba a quedarse quieto.

—Si no me lo dices —susurró Aristandro—, acabaré por enfadarme.

—No era más que zumo de sena.

—¡Ah! ¿Para vaciarle los intestinos? ¿Para hacer que mi amigo Telamón se pasara todo el día en la letrina? ¿Por qué lo has hecho, Leontes? Los cocineros del ejército —añadió con un tono burlón— lo hacen mucho mejor. ¿Qué más?

Telamón no podía dar crédito a lo que escuchaba.

—¿Tienes cicuta entre tus polvos?

—Tengo un poco.

—¿Le diste un poco a aquella muchacha? ¿La que encontraron perdida en los alrededores de Troya?

—¡No! ¡No! ¡Jamás toqué la copa!

—Cierto, cierto —admitió Aristandro—. Al menos, no me parece que tú lo hicieras.

Leontes se veía cada vez más pálido y desesperado.

—Sentí celos de Telamón. Pensé que podía gastarle una broma.

—¿Cuánta sena? —preguntó Telamón—. ¡Eres un maldito imbécil, Leontes! Sabes que puede causar lesiones muy graves.

—No hay nada como presenciar un debate entre físicos —dijo Aristandro, en una repetición del comentario que había hecho Alejandro—. Pero cada vez es más tarde y yo estoy más cansado. Pasemos a otros asuntos, Leontes. ¿Quién te dio las daraicas de oro que guardas en la bolsa oculta en un agujero cavado en el suelo debajo de tu cama? Le diste una a este paje.

El joven, que hasta entonces había permanecido inmóvil como una estatua, dio un respingo, asustado.

—He cruzado el Helesponto —tartamudeó Leontes—. Lo que tengo, me lo he ganado honradamente.

—¿Haciendo qué? —replicó Aristandro—. ¿Como físico o espía? ¿Conoces a Lisias?

—¿Quién?

—¿Conoces a Memnón el rodio? ¿El traidor griego a sueldo de Persia?

—Me lo presentaron.

—¿Y no te presentaron a Lisias? ¿Sabías que Lisias quería encontrarse con Alejandro en Troya?

—Yo..., eh..., todos lo saben.

—¡No todos lo saben! Dime una cosa, Leontes —dijo Aristandro poniéndose de pie y estirando los brazos—. ¿Conoces a Arsites el sátrapa? Dentro de muy poco arrasaremos sus territorios —Aristandro señaló hacia allí—. Sus tierras se encuentran precisamente al otro lado del Helesponto.

—Sí, me he cruzado con él en varias ocasiones, pero siempre desde lejos.

—Vaya —respondió Aristandro agachándose—. Creo que estás mintiendo, Leontes. ¿Por qué te uniste al ejército? Escribiste al rey para ofrecerle tus servicios.

—Conocí a su padre.

—¿No habrá sido por el hombre que mataste en Atenas? ¿El rico y poderoso comerciante de trigo? Confundiste una vulgar fiebre con algo más grave y tus pócimas lo mataron.

—Fue un error. Tuve que huir.

—¿Conoces a alguien llamado Naihpat?

—No, no. ¿De qué estás hablando? —preguntó Leontes enseñando las palmas de las manos—. Admito que le gasté una broma a Telamón. Una estupidez por mi parte.

—Sí, y sobornaste a un paje real para que te ayudara. ¿Sabes que Alejandro recibió una advertencia secreta donde se citaba tu nombre, Leontes?

El físico soltó un gemido y se llevó la mano a la boca.

—«Recela de Leontes»; eso es todo lo que decía la nota. Por lo tanto, veamos, ¿qué tenemos aquí? —Aristandro comenzó a llevar la cuenta con los dedos—. Quemaron la tienda de Telamón, y creo que fue obra tuya. La muchacha a quien Alejandro deseaba interrogar muere a consecuencia de beber la cicuta añadida misteriosamente en su copa de vino. No nos dijiste que tenías cicuta en tu botiquín. Pareces haber conocido a Memnón y Arsites. Tienes daraicas de oro, la moneda de Persia, ocultas en un agujero. Le envías vino emponzoñado al médico personal y amigo del rey. Has sobornado a un paje real. Eres la persona mencionada en una misteriosa advertencia al rey. ¡Tú eres un traidor, Leontes!

—¡No, no, eso es una mentira!

—Te diré una cosa —advirtió Aristandro mientras se frotaba las manos—. No tendrías que estar aquí, Leontes. Es hora de que regreses a casa.

Aristandro miró al jefe de su guardia personal y le habló en una lengua que Telamón no comprendió. Se dio una orden. Los hombres que estaban junto a Leontes le obligaron a levantarse.

—¿Qué vais a hacer? ¡Telamón, ayúdame por favor!

Telamón cogió a Aristandro por el brazo, pero el nigromante le apartó.

—Ah, por cierto, puedes marcharte —ordenó Aristandro al paje—. Si te

encuentro en el campamento dentro de una hora, te mandaré crucificar. ¡Vete! ¡Tienes una hora! ¡Si te vuelvo a ver, morirás!

El paje se levantó en el acto y salió disparado. Aristandro hizo un gesto a los celtas.

—¡Haced lo que os he dicho, llevadle a casa!

Leontes chilló y pataleó, pero fue inútil. Telamón amagó levantarse, pero una mano musculosa lo retuvo por el hombro y el físico contempló impotente como se llevaban a Leontes fuera del círculo de los sacrificios, más allá del altar hasta el borde del acantilado. Los guardaespaldas lo empujaron. El grito de Leontes resonó en la noche mientras caía hacia las afiladas rocas del fondo.

—¡Quizás era inocente! —susurró Telamón.

—Ningún hombre es inocente —replicó Aristandro—. Además, ¡le había prometido que le enviaría a casa!

Capítulo IV

«Filipo dijo: “Hijo mío, ambicionar un imperio mayor por Macedonia es demasiado poco para un espíritu tan vasto”».

Quinto Curcio Rufo, *Historia*, libro 1, capítulo 4.

Telamón pasó una noche inquieta, plagada de pesadillas. Estaba de pie en una playa negra, delante de un mar rojo, donde sobresalían unos peñascos oscuros. Unas formas siniestras iban y venían. No le hizo ninguna gracia cuando alguien lo despertó. Al abrir los ojos, se encontró con el rostro sonriente de Aristandro.

—¡Sálvame, Apolo! —exclamó Telamón volviéndose de lado—. ¡Mis pesadillas se han convertido en realidad!

—Vamos, Telamón —replicó Aristandro con un tono brusco—. Tenemos asuntos que atender. El rey insiste.

—¡El rey insiste! —protestó Telamón sentándose en la cama—. Anoche, Aristandro, llevaste a un hombre hasta el acantilado y lo arrojaste al vacío.

—¿Bebiste su vino? —le preguntó Aristandro dulcemente.

—No, lo arrojé.

—¿Qué hubiera pasado si lo hubieses bebido?

—Mis intestinos se habrían convertido en líquido durante días, quizá semanas.

—Escucha —le advirtió Aristandro agachándose en una imitación de Alejandro, con la cabeza ligeramente ladeada—. Tendría que haber mandado que crucificaran a Leontes. Quizá te hubiera matado. Desde luego, te hubiera debilitado. Muy pronto, Telamón, cruzaremos el Helesponto. Quizá ganaremos, o tal vez nos espera una derrota. Si esto último es cierto, tendremos que retirarnos deprisa y tú ya sabes lo que sucede a los débiles y heridos en cualquier retirada. ¿Quieres que los inmortales persas jueguen con tu cabeza, o pasar el resto de tu vida picando piedras en alguna de sus minas de plata? Leontes actuaba de manera sospechosa —apuntó Aristandro insistiendo en sus explicaciones—. He revisado sus pertenencias. Tenía cicuta en polvo, oro persa y, lo que es más importante, muy bien escondidas, cartas de acreditación de Arsites, el sátrapa persa. Por lo tanto, no llores por Leontes. Nadie le echará de menos. ¡Ahora levántate, tenemos asuntos pendientes!

Aristandro salió de la tienda. Telamón soltó un gemido. Aparentemente el coro se había reunido con su amo y estaban cantando los versos de *Los pájaros* de Aristófanes.

—No me lo puedo creer —murmuró el físico.

Telamón se veía en un campamento militar rodeado de asesinatos, ejecuciones sumarias, traiciones y conspiraciones. Nadie era aparentemente lo que decía ser. Aristandro se encontraba delante de la tienda, en el cálido aire de la mañana, muy

entretenido en alabar a su grupo de degolladores por su conocimiento de la obra ateniense. Telamón exhaló un suspiro y se lavó apresuradamente. Se frotó un poco de aceite en la barba y el cabello, se vistió con una túnica y un par de recias sandalias, cogió una capa y se reunió con Aristandro.

«Los hermosos chicos», como les llamaba Aristandro, le recibieron como a un hermano extraviado desde hacía tiempo. Las expresiones feroces fueron reemplazadas con abrazos de oso. El rostro de Telamón se vio apretujado contra prendas de cuero y piel que tenían el fuerte hedor de las perreras.

—Ves, Telamón —le advirtió Aristandro abriendo los brazos—. Te quieren. Te ven como su amigo —siguió diciendo al tiempo que se dirigía al coro con un tono excitado.

El jefe se acercó y, con una rodilla en tierra, cogió la mano de Telamón entre las suyas.

—¡No te apartes! —le advirtió el custodio de los secretos del rey—. ¡Te están jurando lealtad!

—¿Por qué? ¿Porque soy su amigo?

—No. —Aristandro sonrió—. Porque les he dicho que tú eres su físico. ¡Vamos!

Telamón miró a su alrededor. Los hombres de la guardia real ocupaban el recinto, vestidos sencillamente con capas y *causías*, sombreros de copa chata y ala ancha. Estaban dispuestos de manera que nadie pudiera salir del recinto sin que se le diera la voz de alto. Reinaba un extraño silencio. A pesar del sol cada vez más fuerte y de la refrescante brisa matinal, que todos los soldados agradecían, no habían encendido las hogueras ni los apetitosos olores de la comida endulzaban el aire.

—Todos están durmiendo —susurró Aristandro, pero en sus ojos había una mirada alerta y furtiva.

—¿Y Alejandro? —preguntó Telamón.

—Alejandro duerme. Su justicia no.

Más allá del recinto real, el campamento iniciaba la actividad y se habían encendido las hogueras para cocinar las gachas de cebada o trigo. Los más afortunados tenían trozos de tasajo y los furrieles iban de hoguera en hoguera cargados con grandes cestos llenos con hogazas de pan de centeno que, junto con odres de vino, distribuían a las tropas para su comida de la mañana. Fueron recibidos por diferentes olores, visiones y sonidos, como si fuese un mercado más que un campamento militar. Campesinos y mercachifles habían llegado en enjambre desde las aldeas vecinas para vender alimentos y bebida, mercancía sobre la que volaban nubes de moscas. Un emprendedor barbero había montado su tenderete a la sombra de un árbol: ofrecía cortes de cabello y barba, y afeites de aceite de almendras perfumado y de semillas de sésamo. Unos soldados que discutían la tarifa con una prostituta se olvidaron de la mujer para burlarse de un figurín ateniense, que ofrecía una visión exquisita, con las mejillas pintadas y la larga cabellera teñida impecablemente peinada y aceitada. Llevaba en una mano un enorme anillo de ónice

que no dejaba de exhibir mientras caminaba remilgadamente con toda la elegancia de una bailarina con sus botas de tacón alto y arrastraba su larga capa bordada por el suelo. Telamón le observó mientras el ateniense se alejaba, seguido por su amante, sin hacer el menor caso de las cuchufletas de los soldados.

—Los hombres tendrían que tener más cuidado —susurró Aristandro—. Los hoplitas atenienses pueden vestir y comportarse como las mujeres, pero son muy diestros con la espada y se ofenden con demasiada facilidad.

Telamón continuó disfrutando del espectáculo. Había llegado cuando anoecía y ahora tenía la oportunidad de ver el campamento de Alejandro en toda su extensión, aunque muy poco de su orden y organización. Diferentes unidades se mezclaban con otras brigadas. Había grupos que disponían de tiendas mientras que otros habían improvisado unas chozas con ramas y palos. Las mujeres y los niños rondaban por todas partes a la búsqueda de los vendedores de frutas y verduras frescas: uvas, pomelos, enormes calabazas y pepinos. Los panaderos vendían hogazas y pasteles con miel y vino. Los pescadores ofrecían congrios y pescado en escabeche. Un granjero había instalado una venta de quesos donde el olor del ajo, aunque repugnante, resultaba preferible al hedor de la crema rancia. Los buhoneros ofrecían los objetos más variados; sudorosos panaderos se afanaban en sus hornos cavados en el suelo; los herreros instalaban las forjas, encendían los braseros y avivaban las llamas con los fuelles, mientras los soldados hacían cola con piezas de armaduras y armas que necesitaban reparar.

—¿Qué pasaría si nos atacaran en medio de todo este caos? —preguntó Telamón.

—No nos atacarán —afirmó Aristandro, mientras rodeaba una montaña de estiércol—. En cualquier caso, te sorprenderías si lo hicieran.

Por fin llegaron al límite del campamento, donde la situación era muy distinta. Largas hileras de infantería completamente equipadas para el combate custodiaban el perímetro. Aristandro y Telamón, acompañados por los celtas, cruzaron la línea. Aquí, en campo abierto, las tropas de caballería se ejercitaban con sus caballos. Una fina nube de polvo cubría la zona y en el todavía fresco aire de la mañana resonaban los gritos y las exclamaciones de los jinetes secundados por el rítmico batir de los cascos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Telamón.

Aristandro continuó caminando a través del campo en dirección a un umbrío bosquecillo de cipreses. Telamón se sorprendió al ver que Antígona y sus dos ayudantes se encontraban allí. La sacerdotisa estaba sentada en una piedra, con las dos acolitas como centinelas a cada lado. Unos pocos pasos más allá, a la sombra de un árbol, estaban Perdicles y otros físicos, que parecían muy agitados. En el centro del bosquecillo, reunidos alrededor de un cuerpo cubierto con una manta de caballo, estaban Critias y los guías. Se apartaron en cuanto apareció Aristandro. Telamón vio una mano y parte de una pierna que sobresalían por debajo de la manta. Aristandro apartó la manta. Telamón miró al guía asesinado: un hombre corpulento, con la

cabeza echada hacia atrás, los ojos muy abiertos que miraban sin ver el cielo. Tenía un brazo extendido, mientras que el otro casi tocaba la empuñadura alada de la daga celta clavada en su lado izquierdo. El hedor de la muerte y la putrefacción, el intenso olor de la sangre, mezclado con el de la orina, contaminaban el aire.

—¿Por qué estamos todos aquí? —preguntó Telamón, mientras se agachaba, aunque adivinaba la respuesta: la daga celta, el trozo de pergamino enrollado en la mano del hombre muerto—. Sé lo que dice la nota —añadió cogiendo el pergamino y entregándoselo a Aristandro—. «El toro está preparado para el sacrificio. Todo está listo. El verdugo aguarda».

Aristandro se sentó en cuclillas junto a él y desenrolló el pergamino.

—Si no te conociera tan bien, Telamón —susurró—, te arrestaría. Lo mismo que cuando mataron a Filipo, ¿no es así? Una daga celta con la empuñadura alada que atraviesa el corazón y las palabras del oráculo de Delfos.

Telamón examinó el cadáver. Miró el rostro avinagrado y le olió la boca: el olor del vino todavía era fuerte. Le palpó los brazos y las piernas: frías como el hielo.

—¿Lleva muchas horas muerto? —preguntó a Aristandro.

—Sí, lo encontró una de las patrullas con la primera luz del alba. Mandé que trajeran aquí el cadáver. No es bueno que las tropas vean que transportan a un muerto a través del campamento —aseveró Aristandro haciendo una mueca—. Dicen que les afecta la moral.

—¿Por qué has llamado a los otros físicos?

—Porque comienzo a tener sospechas, Telamón —replicó Aristandro—. Ya conoces el refrán: «Una manzana podrida...». Al parecer, el guía fue asesinado mientras nosotros participábamos en la fiesta. Sé que la suma sacerdotisa Antígona estuvo con nosotros y no dejó nuestra compañía en ningún momento. También la escuché cuando pidió a uno de los criados que fuera a ver cómo estaban sus dos servidoras. El hombre le informó que dormían profundamente y que el centinela apostado en la entrada de la tienda le había comentado que no se habían movido. ¡Sabemos dónde estaban los amigos de Alejandro, así que eso nos deja a nuestros nobles físicos!

—¿Por qué ellos?

—¿Por qué no? —respondió Aristandro, con un tono de burla—. Todos ellos conocen los detalles de la muerte de Filipo. Saben escribir, algo que no sabe la mayoría del ejército, y sin duda conocen el valor de los guías.

Aristandro se levantó y, seguido por Telamón, se acercó a la sacerdotisa. La mujer no mostraba ninguna secuela de la bebida y el trasnochar y se levantó cuando ellos se acercaron. Los guías dejaron al compañero muerto e intentaron seguir a Aristandro, pero él les gritó que se mantuvieran alejados. El coro de celtas se interpuso entre su jefe y los guías, que ahora parecían muy inquietos.

—Buenos días, Telamón —dijo Antígona cogiendo la mano del físico y apretándosela suavemente.

—Mi señora, es muy amable de su parte haber venido —manifestó Aristandro—. La necesitaba aquí. ¿Contrató usted a estos hombres?

—A instancias de Alejandro —declaró la sacerdotisa, sin apartar la mirada de Telamón.

A la luz de la mañana, la gran belleza de Antígona era innegable. Telamón no acababa de saber si el color de su tez era el del marfil o un moreno muy claro. Él se sentía fascinado por los labios rojos, los pómulos altos y los ojos de cervatillo de mirada soñadora de la sacerdotisa, así como por sus cejas perfectamente depiladas y la abundante cabellera que asomaba por debajo del velo azul claro. Su perfume era exquisito y cada uno de sus movimientos resultaba delicado y femenino.

—Mi señora, ¿estás segura de que no nos conocemos? —preguntó Telamón—. Me miras como si nos conociéramos. Me pregunto por qué una mujer como tú sirve en un modesto templo de Troya.

Miró fugazmente a las dos compañeras, que parecían habas en la vaina: la piel oscura, el cabello negro, los ojos siempre vigilantes. Las muchachas se rieron al escuchar los cumplidos de Telamón y desviaron las miradas tímidamente.

—¿No lo sabes? —intervino Aristandro dispuesto a dar una explicación, pero Antígona levantó una mano haciéndole callar.

—¿No lo sabes? —repitió la sacerdotisa haciendo suya la pregunta—. Soy de pura sangre macedonia. Pariente de Filipo y familiar lejano del propio Alejandro. Mi vida siempre ha estado dedicada al culto divino. ¿Por qué Troya? —manifestó encogiéndose de hombros con mucha elegancia—. ¿Por qué no? —le preguntó acercándose—. He servido en Eleusis; incluso en Atenas. Fui a Troya porque Filipo me lo pidió. Si quieres saber lo que ocurre en el mercado, Telamón, tienes que ponerte en el centro.

—Filipo era un zorro muy astuto —murmuró Telamón—. Todo el mundo pasa por Troya.

—Sí, todos lo hacen —respondió Antígona sonriendo; luego miró más allá de Telamón, al cadáver tendido en la hierba empapada de rocío, y su sonrisa se esfumó—. ¡Estos hombres son los ojos de Alejandro! —añadió bruscamente—. Comieron el pan y la sal y pronunciaron el más solemne de los juramentos delante de la Gran Señora en mi templo. Traje a seis conmigo y ahora sólo quedan cuatro.

—¿Desertarán? —le preguntó Aristandro en voz baja.

—Es posible —admitió la sacerdotisa—. A partir de ahora, pediré que vigilen su tienda. Ahora, señores —cogió los pliegues de la capa—, he hecho todo lo que he podido. Les he asegurado que todo está bien, que se encuentran en lugar seguro, que esto es obra de un traidor... El resto os lo dejo a vosotros. Ah, por cierto —añadió mientras se cubría con la capucha—. ¿Y vuestros amigos físicos? —preguntó señalándolos con la mirada—. Parecen nerviosos, inquietos... Uno de ellos ha desaparecido.

Aristandro se apartó para dejarla pasar.

—No te preocupes, mi señora. Decidió regresar a casa. Antígona se despidió de Telamón con un gesto y, escoltada por las dos compañeras, cruzó el claro. Se detuvo un momento junto a Critias, apoyó una mano en el hombro del guía y le susurró algo. El hombre asintió y la sacerdotisa desapareció entre los árboles.

—Te gusta, ¿no es así, Telamón? Sin embargo, ella ha jurado vivir en castidad.

—¿No lo sabías? —replicó Telamón—. ¡Yo también!

Aristandro se rió de la respuesta y llevó a Telamón hasta los guías, que estaban otra vez reunidos alrededor del cadáver. Los interrogó a fondo: el relato era sencillo y claro. El muerto era Lascus, un tipo mal hablado, pero buen compañero. Había estado comiendo y bebiendo con ellos la noche anterior y se había alejado de la hoguera para ir a hacer sus necesidades. Ya no había regresado.

—Creíamos que se había ido a dormir —comentó uno de los guías—. Que se encontraba en la tienda o que estaba durmiendo al raso. Sólo cuando Critias nos despertó esta mañana...

—Volvimos junto a la hoguera —explicó el dibujante de mapas, visiblemente alterado—. Los guardias nos esperaban. Dijeron que habían encontrado un cadáver. Pedí que llamaran a Aristandro y trajeron el cadáver aquí.

—¿Dónde estabas tú anoche? —preguntó Telamón.

—¿Quién eres tú para preguntármelo? —replicó Critias, airado.

—¡Tiene todo el derecho! —exclamó Aristandro haciendo un ademán—. No seas obstinado, Critias; sólo responde a la pregunta.

—No salí de mi tienda. Estaba ocupado con los mapas. ¡Pregunta a los guardias!

—¡Lo haremos!

Critias miró a Aristandro con una expresión de furia.

—¿Dónde estaban los demás?

Los guías se apiñaron. No eran más que un grupo de campesinos asustados, que ahora lamentaban amargamente la ocurrencia de abandonar sus aldeas y cruzar el Helesponto. Todos repitieron la misma historia. Lascus se había marchado y nadie le había seguido. La mayoría de ellos había bebido tanto que no podían recordar lo que había ocurrido antes de echarse a dormir la mona.

—¡El rey no nos prometió esto! —protestó uno de ellos—. Nos ofrecieron armas y oro.

—Cualquier héroe debe enfrentarse al peligro —contestó Aristandro—. De ahora en adelante, no vayáis por ahí solos. Manteneos unidos. El rey mandará que vigilen vuestras tiendas.

—Eso no es suficiente... —comenzó a protestar uno de ellos, pero su queja se apagó ante la mirada severa del custodio de los secretos del rey.

—¡Podéis marcharos! —ordenó Aristandro.

Los guías, sin dejar de murmurar entre ellos desaparecieron entre los árboles. Perdicles se levantó y cruzó el claro.

—Mis compañeros y yo... —comenzó.

—¡Lo que tú y tus compañeros debéis hacer es cerrar la boca y quedaros allí! — exclamó Aristandro—. Ven; te enseñaré dónde encontraron el cadáver —dijo a Telamón agarrándole por la muñeca.

Dejaron al grupo de físicos en el bosquecillo. Aristandro se acercó a un soldado que permanecía apoyado en la lanza en la zona de hierbajos entre las líneas de los centinelas y el bosquecillo donde se ejercitaba la caballería. Se hizo a un lado cuando se acercaron. Aristandro señaló la hierba aplastada, donde todavía era visible una mancha oscura. Uno de los soldados de caballería se acercó demasiado con su caballo y Aristandro le gritó que se mantuviera apartado. Telamón se agachó para ver mejor la mancha de sangre. Olió el hedor de la orina y miró hacia el campamento.

—¿Los centinelas están en estado de máxima alerta?

—No nos encontramos en territorio enemigo —respondió Aristandro—, así que la vigilancia no ha sido reforzada.

—Lascus estaba borracho —apuntó Telamón señalando hacia el campamento—. Tenía el vientre y la vejiga llena. Era un forastero y no quería ofender a nadie, así que vino aquí para hacer sus necesidades. Es probable que agradeciera disfrutar un poco del aire fresco de la noche. Vino hasta aquí y lo asesinaron mientras orinaba.

—¿Cómo pudo ser? El asesino no podía saber que Lascus vendría aquí.

—Es algo mucho más sencillo —le explicó Telamón—. El asesino sabía que los guías estarían celebrando el banquete fúnebre. Sólo era cuestión de tiempo que alguno se levantara, como hizo Lascus. Todo lo que tuvo que hacer fue esperar, seguirlo y atacar.

—Tú has visto al guía —señaló Aristandro—. Un tipo grande y fornido. Se hubiera defendido.

Telamón sacudió la cabeza mientras se levantaba.

—No te engañes. Estaba muy borracho. Imagínatelo aquí, Aristandro, lejos de su casa, en este campo azotado por el viento y en medio de la oscuridad. Alguna vez te habrás emborrachado, ¿no? Lascus vino hasta aquí para hacer sus necesidades, en un estado que apenas si se aguantaba de pie, medio dormido...

Aristandro convino encogiéndose de hombros.

—El asesino de pies ágiles —prosiguió Telamón— se acerca rápida y silenciosamente. Una puñalada certera y Lascus ya no existe. He visto a asesinos hacer lo mismo en el bullicio de los mercados.

El nigromante se rascó la cabeza.

—Sabes, Telamón, correrá la noticia. Si yo fuese uno de esos guías, me olvidaría de las promesas de gloria y oro y desertaría a la primera oportunidad.

—¿Son muy valiosos? —preguntó Telamón.

—Piensa en nosotros, Telamón, como si estuviésemos perdidos en un inmenso bosque que se extiende en todas las direcciones: senderos, cañones, pantanos, desfiladeros... Estamos en territorio persa y ellos conocen su propia tierra. Pueden trasladar a sus ejércitos y mantenernos despistados. Todo eso antes de que lleguemos

al tema de los pozos, ríos y arroyos, cuál es el mejor lugar para vadearlos y cuál no. —Aristandro tosió sonoramente y agitó las manos para apartar la nube de polvo levantada por la caballería—. Tengo otros asuntos que atender —puntualizó señalando con el dedo hacia el bosquecillo—. Quiero interrogar a tus amigos físicos. Ya están enterados de cómo acabó Leontes. ¡Dejemos que eso sea una advertencia!

Aristandro se ajustó la capa, llamó a sus «hermosos chicos» y se alejó. Telamón le observó marcharse rodeado por el coro. Telamón nunca había conseguido entender la estrecha relación personal de Alejandro con Aristandro. No importaba lo que sucediera, Aristandro nunca cambiaba. Telamón se exprimió el cerebro. El nigromante había aparecido en la corte macedonia de la mano de Olimpia. ¿Sabía algo secreto de ella? ¿Era un prolongación del cerebro de la Reina Bruja, que era como un nido de serpientes? La ejecución de Leontes la noche pasada había sido tan sumaria... ¿Olimpia deseaba que su precioso hijo cruzara el Helesponto? ¿Estaba Aristandro involucrado en algún juego sucio? Telamón volvió a agacharse para observar la mancha en la hierba.

—¿Qué debo hacer? —murmuró.

Estaba atrapado como un actor que espera entre bambalinas. No tenía otra elección que la de interpretar el papel que le habían asignado. Si abandonaba el campamento, Alejandro le perseguiría. Los territorios persas le estaban vedados, lo mismo que Grecia y Macedonia. Exhaló un suspiro y se irguió.

—Te guste o no —musitó para sí mismo—, ésta es tu casa y tienes que realizar tu trabajo.

Encaminó sus pasos hacia el bosquecillo. Los físicos continuaban charlando en voz baja a la sombra de un árbol. Perdicles se había autodesignado como su jefe y portavoz. Telamón hacía tiempo que no veía a un grupo tan asustado. Nikias había enfermado a causa del miedo y la tensión que soportaba, mientras que Cleón se mostraba malhumorado y retraído. Telamón se sentó junto a los físicos.

—¿Os habéis enterado del fin de Leontes?

—Han traído su cadáver —respondió Perdicles—. Aristandro nos dijo que podíamos incinerarlo con los otros dos cuerpos. Puedes echar un puñado de incienso a la hoguera y brindar por él si quieres —añadió esbozando una sonrisa—. Aristandro afirmó que fue un accidente. Leontes «salió a dar un paseo» y resbaló. —Miró a Telamón con una mirada acusadora—. ¿Qué pasó en realidad?

—¿Quieres saber la verdad pura y dura? Lo arrojaron por el acantilado. Lo declararon culpable de espiar para el enemigo.

Cleón soltó un gemido y se dejó caer de espaldas en la hierba con la mirada puesta en las ramas. Nikias se levantó de un salto. Telamón miró fijamente a Perdicles.

Desde la muerte de Leontes la noche anterior, había estado reflexionando sobre lo que sabía. Era el momento, además de su deber, de advertir a este ateniense de rostro astuto del peligroso sendero por el que caminaba.

—Probablemente se lo merecía —declaró Perdicles—. ¿Fue él quien asesinó a aquella muchacha?

—Todo es posible —respondió Telamón encogiéndose de hombros.

Escuchó los gorjeos de los pájaros. De vez en cuando miraba entre los árboles hacia el campamento, donde el ruido era cada vez mayor a medida que el ejército macedonio se preparaba para enfrentarse a otro día de maniobras, recolección de alimentos y reparación y puesta a punto de las armas.

—Tenéis que tener mucho cuidado —añadió Telamón—. Somos físicos, cruzamos las fronteras, vamos a ésta o aquella ciudad... Todos nosotros nos hemos sentado a los pies de los amos persas y aceptado su oro. Todos nosotros debemos responder a la pregunta de por qué estamos aquí.

—¡Tú sabes la razón! —gritó Cleón sin moverse de donde estaba. Luego se levantó. Se pasó el dorso de la mano por los labios—. Por la misma razón que tú, Telamón —añadió levantándose y pasándose el dorso de la mano por los labios—; somos buenos físicos, pero no tenemos patria ni ningún otro lugar donde ir. Lo mismo es verdad para otros muchos en el ejército de Alejandro. El propio Aristandro no se atreve a permanecer en Macedonia, pues los generales le odian. El campamento está lleno de adivinos, malhechores, mercenarios, escribas, sacerdotes, sirvientes y cocineros, que se ocultan aquí porque no tienen ningún otro lugar que los acoja.

—También hay persas —manifestó Telamón—. Mejor dicho, traidores al servicio de los persas. Hay otros, todavía más peligrosos, que tienen un pie en cada campo. Si Alejandro gana, se desgañitarán en alabanzas y aclamaciones. Si es derrotado, escapan como el viento, o quizá lo hagan antes si se acaba el dinero.

—¡Ya se ha acabado! —replicó Perdicles—. Sí, tenemos una tienda y comida, pero ¿cuándo nos van a pagar?

—Si yo tuviese darcas persas —les advirtió Telamón—, me desprendería de ellos tan pronto como pudiera. Apostaría un óbolo contra un dracma que Aristandro ya ha revisado todas vuestras posesiones.

—¡Pobre Leontes! —se lamentó Cleón rascándose la mejilla mientras miraba a través del claro—. Tuve que escapar de Corinto —añadió con un tono triste—. Los celos de los demás. Hay dos cosas que este mundo odia como a la peste: a un físico que fracasa y a un físico que triunfa. ¿Cuándo hará Alejandro el próximo sacrificio? —preguntó levantándose—. ¡Espero que el Hades nos eche una mano para poder largarnos de una vez de este condenado lugar! ¡Si tuviese dinero, me iría a Sestos, me emborracharía y después buscaría a la prostituta más gorda! —exclamó Cleón acercándose al cadáver—. ¡Sólo los dioses saben quién lo hizo! ¡Venga, vamos, todavía no he desayunado!

Telamón hubiera pedido a Perdicles que se quedara, pero un fugaz destello de color entre los arbustos a unos pocos pasos a su izquierda había captado su atención. Por un momento, creyó que se trataba de un pájaro; sin embargo, los arbustos volvieron a moverse. Telamón estaba seguro de haber visto una mano muy pequeña,

el brillo de un anillo. Los físicos se marcharon. Telamón permaneció sentado en la posición del loto y los vio marcharse. Tenía hambre y notaba un regusto ácido en el fondo del paladar que le hizo lamentar las copas de vino de más que había bebido durante la noche anterior. Comprendió que le vigilaban y que el espía sólo podía marcharse cuando él se fuera. Telamón confiaba en que el observador secreto tuviese tanta hambre como él.

—Puedes quedarte allí un rato más —murmuró y, seguidamente, comenzó a repasar todo lo que había ocurrido desde su llegada al campo macedonio.

Recitó las primeras cinco letras del alfabeto griego: alfa, beta, gamma, delta, épsilon. Muy bien, ¿qué tenemos?, se preguntó. Alfa: quemaron mi tienda incluso antes de mi llegada. ¿Por qué? No había nada en su interior. ¿Se trataba de un accidente? ¿Estaba vinculado con estos otros misteriosos acontecimientos?

Beta: la mujer joven, la tesalia, el sacrificio a Atenea. ¿Qué experiencia tan siniestra había vivido como para perder la razón? Antígona la había cuidado bien y la había traído a través del Helesponto para que Alejandro la interrogara. ¿Por qué? Telamón se balanceó atrás y adelante. Probablemente porque no era seguro dejarla en Troya: sus atacantes podrían venir en su busca y asesinarla. Sin embargo, al final, la habían asesinado. ¿Cómo? Telamón cerró los ojos. Recordó la copa de vino. La habían tocado varias personas, pero estaba seguro de que nadie había echado ningún polvo o pócima en ella. No obstante, la muchacha había muerto. Telamón abrió los ojos y golpeó el puño contra su rodilla. ¿Cómo?, se preguntó una vez más. La tienda no tenía ningún resquicio por donde alguien pudiera colarse y en la entrada siempre había una guardia. ¿Por qué había sido necesario matarla? ¿Porque podía recuperar la razón?

Gamma: la muerte de los dos guías. Telamón comprendía perfectamente la importancia que tenían para el ejército macedonio. Quienquiera que fuese, el asesino deseaba cegar a Alejandro de forma tal que, cuando cruzara el Helesponto, se encontrara perdido o, mejor todavía, cayera en una emboscada. El asesino de anoche era siniestro. Telamón se lo imaginó sin problemas. Un borracho, que apenas se mantenía de pie, atacado rápida y despiadadamente en la oscuridad. ¿Y el asesinato anterior? ¿Quién había llevado al guía hasta el borde del acantilado y después lo había apuñalado? Hasta donde Telamón sabía, aquel guía no había estado borracho. Un hombre joven, vigoroso y capaz de defenderse, pero que había ido al encuentro de la muerte como un cordero al matadero.

Delta: la persona que estaba detrás de todo esto conocía muy bien como funcionaba la mente de Alejandro. La utilización de las palabras del oráculo de Delfos y la daga celta con la empuñadura alada tenían el objetivo de despertar los recuerdos, avivar la culpa en el espíritu de Alejandro, aprovecharse de sus supersticiones... Si todo esto llegaba al conocimiento público, afectaría a la moral de las tropas. ¿Esto era obra del misterioso espía llamado Naihpat? ¿La persona que le enviaba a Alejandro citas de la *Ilíada* sobre la inminencia de su muerte? El tal

Naihpát, que tanto podía ser una persona o un grupo, estaba consiguiendo un éxito considerable. Alejandro se mostraba inquieto, desconfiado, temeroso. Había perdido aquella confianza que le hacía destacar por encima de todos los demás.

Por último, épsilon: los sacrificios. Telamón sonrió para sus adentros. Tenía sus sospechas al respecto, pero ¿cuándo sería el momento adecuado para enfrentarse a la persona responsable? Miró por el rabillo del ojo en dirección a los arbustos. Se puso de pie y caminó hacia allí.

—¿No has leído a Aristóteles? —gritó—. ¿En particular su *Ética*? ¡Una cita maravillosa! ¿Cómo era aquel famoso verso del capítulo cuatro? Ah sí. «El hombre que está furioso con legítima razón, con las personas que se lo merecen, de la manera correcta, en el momento adecuado y durante el tiempo correcto, ha de ser alabado» —precisó mirando hacia los arbustos—. Estoy furioso. También estoy absolutamente de acuerdo con la frase de Aristóteles en su *Metafísica*: «Todos los hombres desean naturalmente el conocimiento». No obstante, no consigo entender por qué han de esconderse entre los arbustos para conseguirlo. Si continúas escondido, mi furia irá aumentando cada vez más. No me gusta que me espíen.

Las ramas de los arbustos se movieron. Asomó una cabeza muy grande: los cabellos negros rizados con el feo rostro de un sátiro, los ojos saltones, la nariz aplastada y una boca de pez. La cabeza se levantó un poco más y quedaron a la vista unos hombros muy anchos.

—¡Alabado sea Apolo, levántate! —exclamó Telamón—. ¡Y sal de una vez!

—¡Estoy de pie!

El enano apartó las ramas y salió al claro. Sonrió maliciosamente al ver la sorpresa en el rostro de Telamón. No medía más de cinco palmos; era lo que los griegos llamaban un «grotesco». Pequeño, rechoncho, patituerto, la cabeza casi tan grande como el torso, iba vestido con una túnica Verde atada a la cintura con una cuerda. Llevaba unas recias sandalias en los diminutos pies regordetes y sus alhajas consistían en una pulsera de cobre y unos anillos baratos. Telamón lo miró sin disimular la curiosidad.

—¿Cómo te llamas?

—Hércules.

—Ah, el gran héroe —advirtió Telamón recordando los cuchicheos de Aristandro la noche anterior.

—Hay una cosa que sé hacer muy bien, y es escuchar —observó con voz profunda y en un tono educado.

El enano observó a Telamón de pies a cabeza con una mirada colérica. Un recuerdo destacó en la memoria de Telamón. Se puso en cuclillas y tocó el pecho del hombrecillo con la punta del dedo repetidamente.

—¡Hércules! Ahora te recuerdo. Tú eres una de las criaturas de Aristandro, ¡eso es! —exclamó Telamón recordando los huertos de Mieza, la academia de Aristóteles para los jóvenes macedonios—. Olimpia vino a visitarnos, tan teatral como siempre,

en compañía de Aristandro. Tú caminabas con él, cogido de la mano. Creímos que eras su hijo.

—Lo soy —afirmó el enano adelantando la cabeza en una actitud agresiva—. Te agradecería que no te agacharas cuando hables conmigo.

Telamón murmuró una disculpa y se levantó.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué me estabas espiando?

—No te espiaba a ti, sino a los físicos. Espié a Leontes. Así fue como Aristandro mi amo se enteró del oro oculto y también del vino que te envió. Si no hubiese sido por mí, te hubieras pasado todo el día en la letrina.

—Sin embargo, te has quedado.

—Tenía que hacerlo, ¿no? Creí que te marcharías con los demás.

—¿Cómo te enteraste de que había emponzoñado el vino? —preguntó Telamón—. ¿De que Leontes era un traidor?

—Me escondí debajo de su cama.

—¡O sea que también puedes entrar y salir de las tiendas!

—Sólo cuando sus ocupantes son descuidados.

—¿Qué sabes de nuestros amigos físicos?

—Que son unos estúpidos y que están asustados. Perdicles es el tipo que hay que vigilar —precisó esbozando una sonrisa—. ¡Aristandro confía en ti! —exclamó levantando su cabeza con los ojos brillantes.

—¿Qué pasa con Perdicles? —quiso saber Telamón.

—Dijo algo muy curioso. No cree que el ejército llegue a ponerse en marcha ni que la flota navegue. Estaba consolando a aquel idiota de Corinto. Más le valdría tener la boca cerrada —advirtió volviendo a adoptar una expresión desagradable en su rostro y mirando a Telamón—. Tenía que quedarme entre los arbustos. Creí que te quedarías aquí todo el día.

—Pues no es así —respondió Telamón tendiéndole la mano—. Vuelvo al campamento. Puedes venir conmigo. Tengo que desayunar y, de paso, consultar algunas cosas con mis colegas físicos.

Hércules cogió la mano de Telamón. Salieron del bosquecillo y cruzaron el campo donde ahora se ejercitaban números soldados de caballería. En cuanto entraron en el campamento, el enano apretó por un segundo la mano de Telamón y desapareció entre la muchedumbre.

Cleón estaba ante la entrada de la tienda de Perdicles, muy ocupado con su desayuno de pan y aceitunas. Perdicles se encontraba en el interior, sentado en el suelo. Leía un manuscrito y sus labios se movían como si hablara consigo mismo. Levantó la mirada cuando Telamón entró.

—¿Qué te preocupa? —pregunté—. Vi cómo me mirabas en el bosquecillo.

Telamón se sentó de cuclillas, tan cerca que Perdicles se apresuró a recoger el manuscrito y enrollarlo.

—Si te acercas un poco más, Telamón, la gente comenzará a murmurar.

—¿Tienes cáscaras de cebada? —replicó Telamón.

—¿Qué?

—Cáscaras de cebada.

—¿Para qué quiero las cáscaras de cebada?

—Eso es lo que no dejo de preguntarme —contestó Telamón—. ¿Por qué un elegante y muy atildado físico ateniense tiene cáscaras de cebada enganchadas en su capa? ¿Por qué sus sandalias están sucias de fango y también tienen enganchadas cáscaras de cebada? ¿Dónde están ahora? ¿Era fango o estiércol de toro? Y otra cosa, ¿por qué estabas tan inquieto cuando me fijé en todo esto?

—¿De qué estás hablando?

—Lo sabes perfectamente, Perdicles. Has estado rondando por los corrales donde preparan los toros para el sacrificio. Caminaste por el barro para ir a buscar algunas de las cáscaras de cebada que dan a los animales. ¿Qué utilizaste? ¿Hojas de tejo machacadas o en polvo? No en la cantidad suficiente para matar al animal, pero sí la necesaria para que sus entrañas tuvieran un color peculiar. Nadie lo sospecharía. ¡A ti te gustan tanto los animales! Nadie sospecharía, porque nadie hubiese visto nada sospechoso. En cambio, yo sí que advertí algo sospechoso anoche: cáscaras de cebada en tu capa, en un par de sandalias, arrojadas a un rincón, todavía con el estiércol pegado.

La arrogancia desapareció del rostro de Perdicles. Su mirada se dirigió al rincón de la tienda donde todavía estaban las sandalias y la capa.

—Todavía no has tenido tiempo para limpiarlas —añadió Telamón—. Perdicles, ¿cuánto tiempo hace que nos conocemos? ¿Años? Nuestros caminos se cruzan una y otra vez. ¿En qué estás involucrado? A ti no te importa un comino ninguna ciudad o reino. A ti, qué más te da si ganan los macedonios o los persas. ¿Por qué te escondes aquí, Perdicles? ¿Huyes de algún marido engañado? ¿De alguien que puede enviar a sus matones? —preguntó tocándole suavemente en la nariz—. Eres un físico excelente, Perdicles. Sin embargo, tienes dos debilidades: las esposas jóvenes y bonitas de los demás y el oro.

Perdicles tragó saliva y se sentó sobre los talones.

—Si Aristandro se entera —prosiguió Telamón, en voz muy baja—, Leontes no será el único físico que intentó caminar por el aire. Quizá me equivoque, pero todavía hay cáscaras de cebada en tu capa. Aristandro hará preguntas —avisó separando las manos.

—¿Qué quieres? —tartamudeó Perdicles.

—Las respuestas a dos preguntas. La primera, ¿por qué? La segunda, ¿cuándo dejarás de hacerlo?

—Quédate aquí —contestó Perdicles levantándose—. No, no te preocupes, responderé a tus preguntas, pero necesito a alguien más.

Telamón se sentó en un taburete. Escuchó a Perdicles como decía a Cleón en un tono airado que se mantuviera apartado de su tienda y se ocupara de sus propios

asuntos. Por primera vez desde su llegada al campamento macedonio, Telamón se sintió muy complacido consigo mismo.

—No todo es un misterio —murmuró.

Continuó sentado y se entretuvo escuchando los sonidos del campamento. Por fin reapareció Perdicles acompañado por una figura encapuchada. El acompañante se quitó la capucha y Telamón vio el rostro de mono de Ptolomeo, que mostraba una sonrisa burlona.

—Vaya, vaya, Telamón, no me sorprende que Alejandro te contratara. Dijo que tenías la mirada de un halcón.

Ptolomeo tenía todo el aspecto de estar sufriendo la resaca de la borrachera de la noche anterior. Chasqueó los dedos. Perdicles se apresuró a traerle un taburete. El general se sentó y se frotó los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué es lo que recetas para las resacas, Telamón?

—En primer lugar, no beber. Segundo, si lo haces, come bien y, durante el resto del día, bebe mucha agua fresca.

—No tienes nada de soldado, Telamón —afirmó Ptolomeo con sorna—. ¿Recuerdas el día que libramos un duelo en los huertos de Mieza?

—¿Por qué quieres continuarlo?

En el rostro de Ptolomeo apareció una expresión dura.

—¿El toro para el sacrificio? A Perdicles le gusta el oro.

—¿Así que lo hizo porque se lo ordenaste?

—Me gusta la victoria, Telamón —respondió Ptolomeo haciendo una inspiración profunda—. Tú has visto el ejército de Alejandro: una flota pequeña y entre treinta y cuarenta mil hombres. Al otro lado del Helesponto, Darío puede reunir a más de un millón. El propio Memnón puede reclutar una fuerza de mercenarios prácticamente igual a la nuestra.

—Por lo tanto, eres de la opinión de que Alejandro no debería cruzar.

—Todavía no. Necesitamos más barcos, más hombres, más dinero. La flota persa de momento está en el delta del Nilo. Algún día regresará —observó acercándose a Telamón; el aliento aún le olía a vino—. Piensa en lo que podría ocurrir, Telamón. Alejandro cruza el Helesponto y cae en una emboscada. Tiene que emprender el camino de regreso al mar. Llegan noticias de que Grecia, dirigida por los atenienses, se ha rebelado. La flota persa, reforzada con los trirremes de Atenas, patrulla el estrecho —advirtió levantando una mano y curvando los dedos para formar una garra—. Necesitamos expulsar a la flota persa. Tendríamos que esperar hasta el otoño, o quizás incluso hasta la primavera.

—¿Quieres que Alejandro haga lo que desea Ptolomeo? —replicó Telamón—. Ése es el fondo de la cuestión, ¿no es así? ¡Ptolomeo, que se cree hijo de Filipo, se ve como mejor general que Alejandro!

Ptolomeo desvió la mirada.

—¿Te has cansado, Ptolomeo, de ser el segundón? Si esto llega a oídos de

Alejandro, te enviará de regreso a Pella con cadenas como a cualquier reo vulgar.

—Sin embargo, no lo hará, ¿no es así? ¿Sabes por qué, Telamón? ¡Porque tú no sólo eres un buen físico, sino porque también eres un mojigato! Nunca te ha gustado ir por allí contando chismes. Además, la próxima vez que Alejandro haga un sacrificio, los auspicios no estarán manchados, sino que serán muy favorables — pronosticó tendiéndole una mano—. ¿Estás de acuerdo, por los viejos tiempos?

Telamón estrechó la mano de Ptolomeo y asintió. El general se levantó y apartó el taburete de un puntapié.

—Por primera vez en mi vida, Telamón, estoy en deuda contigo. Oh, Perdicles — añadió al tiempo que sujetaba al físico por los hombros y lo acercaba a él—, no te irás de la lengua, ¿verdad?

Perdicles sacudió la cabeza vigorosamente, con una expresión de espanto.

—De lo contrario... —advirtió Ptolomeo mientras caminaba hacia la entrada, deteniéndose un momento, con una mano apoyada en la cadera y mirando por encima del hombro—. Una pena lo del pobre Leontes, ¿no os parece?

Soltó una carcajada, corrió la tela de la entrada y salió. Telamón le hubiese seguido, pero Perdicles lo llamó.

—¿Qué pasa?

—Ten cuidado —le advirtió el ateniense.

—Oh, no te preocupes —dijo Telamón sonriendo—. Es algo que tengo muy claro.

Capítulo V

«La propia Tebas, tomada por asalto, fue saqueada y arrasada. Alejandro esperaba que tan severo ejemplo aterrorizara al resto de Grecia y la forzara a la sumisión».

Plutarco, *Vidas*, «Alejandro».

Telamón estaba sentado delante de la tienda en una silla de campaña. Le molestaban el calor y el bullicio del campamento. La temperatura se incrementaba por momentos, a medida que avanzaba el día. A menos que Alejandro tomara cuanto antes la decisión de ponerse en marcha, la parálisis se extendería por todo el ejército. Aumentarían las deserciones y, si las arcas del tesoro real se vaciaban, el ejército se disolvería como la nieve en una colina. El físico dejó la silla y se acercó a la tienda para levantar la tela que hacía de puerta y permitir que entrara un poco de aire.

El centinela, sentado unos pasos más allá, levantó la cabeza del bol de gachas que estaba comiendo con los dedos.

—Te he traído algo de comer, señor. Lo tienes en la tienda.

—Gracias.

La comida estaba encima de un cofre cubierto con un trozo de tela de lino. Telamón levantó la tela; en el plato había un trozo de queso rancio, unas piezas de fruta demasiado maduras y pan fresco. La cerveza de la jarra era de fabricación local, suave pero con sabor. Telamón comenzó a comer. Se sentía sucio, sudoroso y cansado. Se preguntó cuál sería la decisión de Alejandro. A su regreso, Telamón había visto a la guardia real vestida con los uniformes de combate y se había preguntado si habría surgido alguna crisis.

Una sombra oscureció la entrada de la tienda. Se trataba del enano Hércules.

—Nomalet.

—¿Qué has dicho?

—Nomalet —respondió el enano sonriendo—. Soy un experto en ese juego, el decir los nombres al revés.

—Muy bien, Selucreh —replicó Telamón.

—Me gustan las letras que veo —dijo Hércules acercándose—. Me gusta jugar con ellas. Hay algunos nombres que son difíciles de pronunciar al revés, ¿verdad? —sentenció mientras se detenía y miraba el plato—. ¿Te comerás las cerezas? Esta mañana imoc muy poco.

—¿Imoc?

—Comí. —Hércules se metió una cereza en la boca y la masticó ruidosamente.

—Al parecer te he caído en gracia —comentó Telamón—, pero no has venido aquí para compartir mi comida, ¿no es así?

—Aristandro quiere que vayas ahora con tus medicinas —comunicó Hércules cogiendo otra cereza—. Y cuando mi amo dice «ahora», es ¡ahora!

—Bien, en ese caso, no le haremos esperar.

Telamón apartó el plato. Recogió su maletín de cuero y salió de la tienda antes de que Hércules pudiera alcanzarlo. El hombrecillo le cogió de la mano.

—El nombre de mi amo es muy difícil de decir a la inversa.

—En lo que se refiere a tu amo —afirmó Telamón—, siempre es difícil decir cuál es la parte de atrás y cuál la de delante.

—Yo lo podría decir de una manera más gráfica —comentó Hércules.

—¿Qué ocurre? —preguntó el físico.

—No lo sé.

Caminaron por las angostas calles entre las tiendas y llegaron a un espacio abierto delante del pabellón real, donde se amontonaban los guardaespaldas del rey. Los soldados formaban hileras delante de la entrada, vestidos con corazas de bronce rojizo con las faldas de colores y espinilleras. Se cubrían las cabezas con los anticuados cascos hoplitas y los protectores de la nariz y las mejillas casi ocultaban del todo sus rostros. Cada uno llevaba una lanza y las rodela, apoyadas en las piernas, mostraban el león rampante de Macedonia. Permanecían en silencio, indiferentes al calor y el polvo. Los oficiales caminaban entre las filas. Tropas con armamento ligero montaban guardia en los laterales del pabellón. Sólo permitieron el paso de Telamón y Hércules, en cuanto el enano les dijo el santo y seña del día.

Aristandro les esperaba en la antecámara. Cogió a Telamón por un brazo y prácticamente lo empujó al aposento privado del monarca, sin preocuparse en lo más mínimo del enano. Alejandro yacía en la cama y Hefestión, con una expresión de angustia, estaba sentado en un taburete a su lado. En la tienda había un olor agrio. Alejandro continuaba vestido con la túnica que había llevado en el banquete de la noche anterior; la prenda mostraba manchas de vino y comida. Su rostro había perdido el color y tenía los párpados entrecerrados.

—¿Le han envenenado? —preguntó Hefestión con voz ronca.

Telamón advirtió los restos del vómito en la comisura de los labios de Alejandro. Aristandro se acercó para situarse inmediatamente detrás del físico.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —replicó Telamón mientras dejaba el maletín en el suelo.

—Se despertó esta mañana con la cabeza un tanto pesada —respondió Hefestión—. No quiso probar bocado y siguió acostado. Vomitó. Yo me encargué de limpiarlo.

—¡Alejandro! ¡Alejandro! —exclamó Telamón sacudiendo al rey por el hombro.

Alejandro abrió los ojos y miró al físico sin verlo. La diferencia entre los ojos era muy marcada, y tenía las pupilas muy dilatadas.

—Voy a examinarte —le explicó Telamón.

Alejandro intentó hablar, pero tuvo una arcada y sacudió la cabeza. Sin preocuparse de las ceremonias, Telamón palpó las manos y los pies de Alejandro. Los

tenía helados, pero el cuello y el pecho tenían la temperatura normal. Tocó el estómago del rey y hundió los dedos en los fuertes músculos. No apreció ningún bulto. Alejandro hizo una mueca y se obligó a sonreír.

—¿Cuáles son mis síntomas, físico? ¿Me han envenenado?

—Has bebido demasiado —replicó Telamón—, aunque no se trata de eso, ¿verdad?

—Entonces, ¿qué? —intervino Aristandro con un tono vivaz.

—¿Puedes levantarte? ¿Puedes caminar? —preguntó Telamón a Alejandro.

—Me siento muy tenso —confesó el rey—. Tengo miedo de caerme si me levanto. Noto la garganta seca y me duele el vientre como si hubiese comido fruta verde —añadió llevándose la mano a la cabeza y gimiendo—. Es como si aquí tuviera un tambor de guerra.

—¿Qué soñaste? —le interrogó Telamón.

—¡El bueno de Telamón; siempre la mente, nunca el cuerpo! —se burló Alejandro—. El mismo sueño de siempre. Estaba otra vez en Queronea. Cargaba contra la falange tebana montado en *Bucéfalo*. Tenían rodeado a mi padre. Yo intentaba abrirme paso entre ellos pero era como pretender abrir surcos en el mar. No avanzaba. Me desperté y me volví a dormir varias veces. Creí que eran las consecuencias de haber bebido demasiado; luego, esta mañana, otro aviso.

Aristandro dejó un trozo de pergamino en la falda del físico. El pergamino era áspero; la escritura podía ser de cualquiera: letras muy claras, trazadas con esmero para disfrazar la mano del autor, tres citas de la *Ilíada*. La primera del canto nueve: «¿No puedes comprender que el poder de Zeus ya no está contigo?»; la segunda correspondía al canto once: «Traerás la gloria para mí y tu vida la llevarás al Hades»; y la última era del canto diecinueve: «Somos las Furias quienes, desde el mundo subterráneo, vengamos a los hombres muertos».

—¿Cómo llegó esto aquí? —preguntó Telamón—. Aristandro, hay guardias en el exterior y tienes a tus espías ocultos en la maleza y detrás de los arbustos. Se supone que eres el guardián de los secretos del rey.

Alejandro se echó a reír con una risa sardónica. Aristandro parecía molesto.

—El pergamino estaba atado con un cordel —explicó—. Lo dejaron a los pies del centinela en la puerta del recinto real. El soldado no vio quién lo dejó. Se limitó a recogerlo y me lo trajo.

—¿Lo enseñaste a Alejandro?

—Por supuesto. Guardo sus secretos, no los míos.

Telamón se inclinó sobre Alejandro.

—¡Mi señor, levántate!

Alejandro intentó resistirse. El físico hizo una seña a Hefestión y entre los dos obligaron a Alejandro a sentarse; después, le colocaron los cojines de plumas en la espalda para que estuviera cómodo. Telamón se alegró al ver que el color comenzaba a retornar a las mejillas de Alejandro y que su respiración ya no era tan rápida y

superficial.

—¿Qué me pasa? —preguntó Alejandro con voz ahogada, aunque sin atreverse a sostener la mirada del físico.

—Tú sabes lo que pasa.

Telamón sujetó la muñeca de Alejandro y le midió la velocidad del pulso.

—Conoces todos los trucos; ¿no es así, Telamón?

—Te conozco, Alejandro. Tienes un ataque de pánico provocado por el vino, las pesadillas y las amenazas.

—Alejandro nunca tiene ataques de pánico —declaró Hefestión.

—Alejandro los ha tenido, los tiene y los tendrá —replicó Telamón sonriendo al amigo del rey—. Tiene todos los músculos tensos y su respiración es rápida y superficial. Está asustado. El vino le hace vacilar. Su mente está preocupada; esto genera una profunda ansiedad y su cuerpo responde en consecuencia. Es como echar sal en una herida. Tengo buenas noticias para ti, Alejandro —añadió Telamón rogando para que la mentira no fuera descubierta—. Yo también tuve un sueño anoche. Estaba cruzando el Helesponto: al otro lado, había un hombre vestido con una armadura. Cuando me acerqué, el guerrero se quitó el yelmo, con la gran crin de caballo, negra como la noche. Era tu padre. Me hacía gestos al tiempo que gritaba: «¿Por qué Alejandro no te sigue?».

Aristandro tuvo un súbito ataque de tos; Telamón sostuvo la mirada de Alejandro.

—Le hablé de los sacrificios. Filipo me respondió: «Di a mi hijo que busque en el campo un toro blanco de pura raza. Que lo entregue a unos guardias de confianza y que ellos lo vigilen hasta el momento del sacrificio. ¡Dile que no haga caso de las advertencias ni de los susurros de la noche!».

El cambio que se produjo en Alejandro fue notable. Ya no tenía los ojos apagados ni el rostro pálido. Se inclinó hacia adelante para sujetar la mano de Telamón.

—¿Estás seguro? ¿No me estás mintiendo?

—No fue más que un sueño, mi señor, pero busca a este animal, haz el sacrificio y embarca a tu ejército.

Alejandro se reclinó en los cojines.

—Mientras tanto —añadió Telamón con un tono desabrido—, quiero que duermas. ¿Aristandro? Un poco de vino.

El custodio de los secretos trajo una copa pequeña. Entonces Telamón recordó la copa de la que había bebido la joven muerta la noche anterior. Se prometió a sí mismo que haría una nueva visita a la tienda de Antígona. Abrió el maletín, sacó el frasco con el zumo de amapolas y añadió unas gotas al vino. Lo agitó y después acercó la copa a los labios del rey.

—Piensa en Persia —le susurró Telamón—. ¡Piensa en la gloria! Libra tu mente de las imágenes oscuras. ¡Bebe!

Alejandro obedeció; se bebió el vino de un solo trago. Telamón permaneció sentado en la cama sin soltarle la mano. El rey intentó continuar con la conversación,

pero su cuerpo comenzó a tumbarse, se le cerraban los párpados, inclinó la cabeza a un lado y se sumió en un sueño muy profundo.

—¿Qué pasará cuando se despierte? —preguntó Hefestión, tan solícito como una madre.

Telamón observó el rostro moreno y barbado del amigo de Alejandro. «Un soldado sencillo —reflexionó— totalmente firme en su lealtad y afecto». El amigo íntimo de Alejandro, su ayo, el guía que estaría de acuerdo con cualquier cosa que dijera el rey. En muchos aspectos, Hefestión se parecía mucho al padre de Alejandro, Filipo.

—Cuando se despierte —respondió Telamón, con un tono paciente—, se sentirá mucho mejor. Un poco somnoliento, pero los dolores y la ansiedad habrán desaparecido. Es probable que duerma muchas horas. Dale de comer alimentos nutritivos: nada de fruta, sino pan y tasajo. ¡Nada de vino, sólo agua fresca!

Abrochó las correas del maletín y se marchó. Aristandro le siguió a la antecámara.

—Alejandro te cree. ¿Lo sabías? Cuando se despierte, afirmará: «Telamón me dijo la verdad porque no sueña: él no cree en los dioses».

—Entonces, tenemos algo en común, ¿no es así? —replicó el físico.

Por primera vez desde que se habían encontrado, Aristandro se rió.

—Anoche el rey también me dio un mensaje para ti, físico. Necesitas un ayudante. Mencionó las jaulas de los esclavos donde tenemos a los cautivos de Tebas. No queda gran cosa, pero puedes quedarte con el que quieras —advirtió Aristandro sacando de debajo de la capa un pequeño sello, un trozo de cera con la inconfundible marca del rey—. Enseña esto a cualquiera que te ponga trabas.

Telamón cogió el sello y lo miró.

—Guárdalo con mucho cuidado —le advirtió Aristandro.

—¿Los mensajes? —preguntó Telamón mientras guardaba el sello—. ¿Las citas de la *Ilíada*?

El custodio de los secretos del rey hizo una mueca.

—El pergamino se puede comprar en el campamento; la tinta es común; las letras están escritas cuidadosamente con toda intención... Podría ser cualquiera. El centinela no sabe quién lo trajo. Lo dejaron a sus pies, que es la manera habitual que tiene la gente de presentar sus peticiones al rey.

—Sí, pero esta persona conoce tanto la *Ilíada* como el alma de Alejandro.

—Tú también, Telamón. Te diste cuenta de que se trataba de un ataque de ansiedad, del súbito pánico.

—Son pocas las personas que lo saben —manifestó Telamón—. Yo estaba con él cuando tuvo su primer ataque en Mieza. Nearco, Alejandro y yo hicimos una apuesta: quién podía nadar más rápido a través del río —reveló Telamón exhalando un suspiro—. Como chiquillos que éramos, nos desnudamos sin más y nos zambullimos. El río era más profundo, y la corriente más fuerte de lo que creíamos. Nearco cruzó a la

otra orilla, y yo también. Alejandro dio media vuelta. Fue la única vez que le he visto rehusar un desafío. Nos hizo jurar que guardaríamos el secreto. Nearco se mostró muy comprensivo; dijo que sólo había hecho lo que hubiese hecho cualquier rata de agua.

—Nearco no representa ninguna amenaza —afirmó Aristandro—. En cambio, hay otros que podrían ver la ansiedad como una muestra de debilidad.

—Yo la veo de la misma manera que Alejandro —replicó Telamón—. Está ansioso y confuso: no sabe si moverse a izquierda o derecha. Sin embargo, tan pronto como tome una decisión, se dirigirá recto como una flecha a la diana y nos llevará a todos nosotros con él. ¡A la gloria o al infierno!

Hércules le esperaba en el exterior.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó el enano tirando de la túnica de Telamón.

—El rey se encuentra bien y el rey está durmiendo —contestó Telamón en voz lo bastante alta como para que le oyeran todos los que se encontraban a su alrededor.

Se abrió paso entre las filas de soldados. Cleito y Seleuco cuchicheaban entre sí. Ptolomeo le guiñó un ojo maliciosamente.

—¿Adónde vas? —le preguntó Hércules.

—A ver a la sacerdotisa Antígona.

—Ah, ella es otra con uno de esos nombres que son difíciles de pronunciar al revés. Pariente de Alejandro, ¿lo sabías? Conoció muy bien a Filippo. Él dijo que confiaba en ella hasta la muerte. ¿Por qué vas a verla?

—Por un asesinato.

Telamón caminó rápidamente por las angostas calles entre las tiendas y los pabellones. El soldado que montaba guardia delante de la tienda de Antígona los dejó pasar. La sacerdotisa estaba sentada en una silla observando un bordado. Selena y Aspasia, sentadas a sus pies, bordaban. Antígona dejó el trozo de tela y se levantó al ver a Telamón.

—¿Has visto al rey?

—Sí, duerme tranquilo.

Antígona enarcó una ceja.

—¿A qué se debe tu visita? ¿Vienes a comprobar nuestra salud? Tenemos mucho calor y nos incomodan las moscas.

—Te aceptaría una copa de vino.

La sacerdotisa miró a Hércules.

—Pareces atraer a todo tipo de criaturas —comentó al físico.

El enano le replicó con un sonido grosero. Antígona le volvió la espalda.

—¿Puedo beber en la misma copa que utilizó la muchacha anoche? ¿La que murió?

—Por supuesto.

Antígona fue al fondo de la tienda y trajo la copa llena de vino hasta la mitad.

—Le añadí un poco de agua, pero no es tan fuerte como el que el rey bebió

anoche.

Aspasia trajo un taburete. Telamón le dio las gracias y se sentó. Bebió el vino de un trago y luego observó la copa atentamente.

—No te preocupes —dijo Antígona recogiendo la labor y sonriéndole—. Yo misma la limpié.

Telamón se volvió para señalar la mesa.

—Ella estaba sentada allí. Tú trajiste la copa. Yo añadí la pócima. ¿Qué pasó después?

—Tú y yo bebimos —contestó Antígona—. La dejaste sobre la mesa. Había otras personas a nuestro alrededor.

—La vi moverse —intervino Aspasia en voz baja—. Una mano que la recogía y la dejaba más cerca, pero no recuerdo quién fue.

Telamón volvió a observar la copa con mucho cuidado. Estaba hecha de un metal precioso, con un relieve de plata en el exterior que representaba a una muchacha con una lechuza de ojos saltones. El pie también era de plata y el interior del recipiente brillaba. Telamón devolvió la copa. Había creído que la visita a la tienda le refrescaría la memoria, pero no había sido así. Se despidió. Hércules, a quien nadie le había hecho caso, lo siguió al exterior.

—¿Adónde vamos ahora, físico?

—A la jaula de los esclavos.

—Te enseñaré el camino.

Telamón hubiera preferido ir por su cuenta, pero Hércules insistió en cogerle de la mano y guiarle. El griterío en el campamento era ensordecedor. Telamón vio que los hombres estaban inquietos. Ya no eran soldados. Se habían quitado las prendas de combate, ansiosos por encontrar un poco de sombra que los protegiera del sol ardiente y matar el tiempo con una partida de taba o de dados. Los únicos hombres con armaduras eran los oficiales que recorrían el campamento, atentos a intervenir si se producía alguna pelea.

—Te das cuenta del peligro, ¿no? —preguntó el enano.

Se detuvieron un instante para pedir que los orientaran. La jaula de los esclavos estaba cerca del lugar donde guardaban los caballos. Un soldado, con una armadura de cuero y el casco a su lado, estaba agachado junto a la puerta. Se levantó al ver que se acercaba Telamón.

—Soy nuevo —gritó levantando las manos para indicar que se detuvieran—. Pero tengo mis órdenes. Éste es mi primer trabajo. Id a buscar a vuestras propias putas. ¡Los esclavos son para vender, no para el uso personal!

—¡Cállate! ¡No sabes con quién estás hablando! —le replicó el enano.

—Te dije que era nuevo —protestó el soldado.

Se rascó la barba renegrada y se enjugó el sudor de la frente. Tenía el rostro delgado y una expresión cruel, con un ojo medio cerrado por una cicatriz que atravesaba diagonalmente la frente hasta poco más abajo de la oreja. Telamón le

mostró el sello real. El soldado lo miró con curiosidad y se lo devolvió.

—¿De dónde eres? —le preguntó Telamón.

—De Argos —contestó sonriendo y mostrando unos largos colmillos afilados que le daban un aspecto lobuno—. Me llamo Droxenius. Llegamos esta mañana. Trazamos nuestra marca y hemos recibido nuestros dracmas. Ésta es mi primera guardia, vigilar a los esclavos. ¿El rey está bien?

—No es asunto tuyo —replicó el enano con un tono cortante.

Telamón soltó la mano de Hércules.

—Puedes irte. Quiero estar solo.

Hércules se marchó no sin antes dedicar un gesto obsceno al centinela.

La jaula parecía una enorme cesta de mimbre. Droxenius levantó la tranca y, con un gesto burlón, invitó a Telamón a que pasara.

—No hay gran cosa y el olor es nauseabundo.

Telamón entró. El centinela tenía razón. La jaula apestaba como una pocilga. En el extremo más apartado, había un grupo de personas a cual más patética, con los ojos hundidos, los rostros macilentos, como sombras del Hades. Éstos eran los restos de la conquista de Alejandro, el fruto de su gran victoria sobre Tebas. Hombres y mujeres, desposeídos de sus familias, que ahora se enfrentaban a una vida de abusos y esclavitud. Telamón miró a la izquierda, donde había una hilera de cántaros de agua; uno, tapado con una tabla, parecía la letrina. El hedor era nauseabundo. Sólo se escuchaba el zumbido de las moscas; los esclavos permanecían en un silencio absoluto. Todas las miradas estaban fijas en Telamón. Parecían figuras espectrales que espiaban desde las sombras proyectadas por las rejas del techo. Telamón los contó. Había como mínimo unos cuarenta. Una persona le llamó la atención, pero sólo fue una visión fugaz; era una mujer pelirroja, de ojos brillantes, no opacos como los de los demás. Vestía una túnica verde oscuro muy sucia y se ocultaba detrás de dos hombres. Una mujer, confundida en el grupo, comenzó a gemir sin más. Telamón decidió que, con independencia de lo que pudiera suceder, era necesario hacer algo por estos pobres infelices. La mayoría eran ancianos; pagarían muy poco por ellos en la subasta de esclavos y, si continuaban aquí o seguían al ejército, no tardarían en morir.

—Puedo hacer algo por vosotros —anunció Telamón, aunque sus palabras le sonaron falsas mientras las decía y no provocaron reacción alguna en el grupo—. Conseguiré que os traigan mejores alimentos y agua fresca. Esto es una cloaca —afirmó quebrándosele la voz—. ¿Alguna cosa más?

—¡Podrías tirarte por el acantilado! —gritó una voz de mujer.

Telamón estaba seguro de que había sido la pelirroja. Por primera vez desde que había entrado, el grupo se movió. Escuchó unas risas.

—¡Podrías tirarte por el acantilado! —repitió la voz—. ¡Y llevarte a todos los macedonios contigo!

Telamón controló su genio.

—Estoy aquí para ayudar. Soy físico.

—¡Entonces cúrate a ti mismo! —replicó la voz.

—Necesito a un ayudante, un asistente —anunció Telamón—. ¡La persona que escoja, o se ofrezca voluntaria, será libre!

Los ojos no mostraron ninguna emoción. Un anciano se levantó trabajosamente y habló con acento dórico.

—Yo solía ser..., bueno..., era físico.

Una mujer anciana le cogió de la mano y tiró suavemente para que volviera a sentarse.

—¿Hay alguien más? —preguntó Telamón.

Silencio. Exhaló un suspiro, se volvió y comenzó a caminar hacia la salida.

—¿Quizá me buscabas a mí?

Telamón se volvió una vez más. La muchacha pelirroja estaba ahora delante del grupo. Se acercó. Era de mediana estatura, con las piernas y los brazos fuertes y el cuerpo delgado. La cabellera roja formaba algo parecido a una aureola, como si se la hubiera peinado con los dedos, su único vínculo con la vida normal. Sus ojos eran un tanto achinados, verdes y retadores en un rostro que no era muy hermoso, pero tenía mucha personalidad. La piel, áspera por el sol y el viento, mostraba el tinte amarillento propio de los meses de una nutrición deficiente; tenía las manos roñosas y el brazo izquierdo aparecía cubierto de fango hasta el codo. La muchacha siguió la mirada de Telamón.

—Algunos soldados querían divertirse —explicó alzando la fuerte barbilla con el sobresaliente labio inferior y luego volviendo ligeramente la cabeza—. Pero no me forzaron. Nadie me ha forzado. Les dije que estoy consagrada a la señora, a Atenea, la diosa de la guerra.

—¿Lo estás?

—Lo estuve —respondió manteniendo firme su mirada—. Así fue como sobreviví. Era una acólita, una asistente, en el templo de Atenea en Tebas, muy cerca del Cadmea.

Telamón asintió. Ahora lo entendía. Cuando habían arrasado Tebas, Alejandro había perdonado a los templos.

—¿Cómo es que te cogieron?

—Fui lo bastante idiota para salir en busca de un amigo. Dije a los soldados quién era, pero no me creyeron.

—¿Dónde están las glándulas salivares? —le preguntó Telamón por sorpresa.

—En la base de la lengua.

—¿Qué bombea la sangre?

—El corazón.

—¿Cómo tomas el pulso a un hombre?

—Apoyas los dedos suavemente en la garganta o en la muñeca.

—Si doy a un paciente raíz de hinojo y perejil remojados en vino dulce, brebaje

del que debe beber dos tazas con agua todos los días, ¿cuál es su dolencia?

—Diría que el paciente tiene algún problema con la vejiga.

—¡Muy bien! —exclamó Telamón sonriendo—. ¿Qué pasa si hay mareos en la cabeza, pesadez en la frente, zumbidos en los oídos, lágrimas en los ojos, incapacidad para oler e inflamación de las encías?

—Diría que el hombre ha pillado un enfriamiento y su nariz se llenará de flema. Se recomienda en estos casos un cocimiento de hisopo que se debe beber con el estómago vacío. Mostaza y agua caliente con miel para beber y hacer gárgaras.

Telamón asintió una vez más.

—¿Cuál sería tu diagnóstico si una mujer embarazada sufre una repentina y grave reducción en los pechos o el vientre en el séptimo u octavo mes?

La mujer parpadeó y desvió la mirada.

—Entonces diría que es una mujer muy afortunada, físico; el feto está muerto y no nacerá en este lugar pleno de horrores.

—¿Has leído la obra de Hipócrates?

—Por supuesto. He aprendido todos sus remedios de hierbas y también las listas de síntomas.

Telamón asintió. En sus viajes por Grecia y Egipto había conocido mujeres como ésta. Los templos, como el de Atenea en Tebas, eran lugares de curación y, de acuerdo con la costumbre, no podían rechazar a nadie. Aquellos que trabajaban allí a menudo estaban mucho mejor preparados que muchos de los que se proclamaban físicos con unos conocimientos del cuerpo humano más teóricos que prácticos.

—¿Si acepto, me llevarás contigo? —preguntó la mujer con su áspera voz—. ¿Seré libre?

—Serás libre.

—¿Escribirás un documento donde lo diga?

—Firmado y sellado.

En los ojos de la mujer apareció una mirada suspicaz.

—Tienes todo el aspecto del típico físico —comentó con un leve tono de burla—. Limpio, acicalado, preciso. Diría que tienes un rostro apagado, excepto los ojos. Un hombre que prefiere controlar sus pasiones, ¿no es así? Le han herido, pero quiere ocultarlo. Por eso has venido aquí, ¿verdad? Buscas a un extraño, a alguien en quien puedas confiar, porque es algo que te resulta muy difícil.

Telamón aplaudió en son de burla.

—¿Qué me impediría degollarte mientras duermes y darme a la fuga? —añadió la mujer.

—Podrías hacerlo —admitió Telamón—, aunque luego las Furias te perseguirían.

La pelirroja se echó a reír. Sacudió la cabeza.

—No creo en ellas.

—Te convertirías en una prófuga: pobre, vulnerable y condenada a vagar por el desierto. Has hecho tus cálculos y has decidido que estarás mejor conmigo que si te

quedas aquí o vas a alguna otra parte. ¿Me equivoco?

La mujer se lamió los labios.

—Me gustaría poder beber un poco de agua fresca y limpia —comunicó señalando con el pulgar por encima del hombro—. Me dan pena esos pobres diablos. No puedo marcharme sin más.

—Sí que puedes. En los meses venideros, dejarás atrás muchas cosas. —Telamón hizo una pausa—. No te puedo prometer nada, pero veré lo que puedo hacer. ¿Vienes o no? ¡El olor es realmente insoportable! —exclamó espantando a un tábano.

—Enséñame el camino, amo —se mofó la mujer—. ¿Debo caminar delante o detrás de ti? ¿O he de trotar a tu lado como un buen perro?

—Me llamo Telamón. Dónde camines y cómo camines es cosa tuya.

El físico se acercó a la puerta y levantó la tranca. Mientras salían, el soldado les dio la espalda y soltó un escupitajo. Telamón sacudió la cabeza y continuó caminando.

—¿Qué ocurre? —le preguntó la pelirroja—. Pareces intrigado.

—Nada —murmuró Telamón—. Te lo enseñaré en un minuto.

Dejaron atrás la jaula de los esclavos y entraron en el campamento. No había caminado ni veinte pasos cuando comenzaron los silbidos y las cuchufletas.

—¡Eh, pelirroja! —gritó un soldado que se levantó la túnica para dejar a la vista los genitales—. ¿Te apetece una salchicha?

—No, gracias. ¡Sólo como las más gordas!

La réplica provocó la hilaridad general. Pasaron por delante de tiendas y puestos. Grupos de soldados formaban círculos donde jugaban a los dados o compartían un ánfora de vino. Una contorsionista, una joven con un cuerpo esquelético, bailaba una danza exótica acompañada por la música de un tamboril y una flauta. Los hombres batían palmas al compás de la música y, cuando Telamón y su compañera pasaron, invitaron a la mujer a que se sumara a la fiesta. El físico la cogió de la muñeca y se sintió complacido cuando ella no apartó el brazo.

—¿Cómo te llamas?

—Casandra.

—Ése no es tu nombre verdadero, ¿me equivoco?

—Casandra era una profetisa de las desgracias —replicó ella—. Ese es mi nombre ahora y siempre lo será. Es el único... —advirtió acercando su rostro al de Telamón—es el único al que responderé.

Telamón hizo una mueca al oler el hedor de la mujer y ella se apartó.

—He intentado mantenerme limpia, pero esta túnica es la única que tengo. No me he bañado en meses. Cuando nos sacaron de Tebas, nos permitieron vadear un río. ¡Mi último baño!

—¿Qué sabes hacer aparte de la medicina? —pregunto Telamón.

—Sé cantar y bailar.

—¡Sólo responde a la pregunta!

Cassandra sonrió, con una mirada rebosante de picardía.

—Sé medicina, preparar hierbas y ungüentos. Sé cauterizar una herida. He cosido carne.

—¿Y venas?

—Sólo en dos ocasiones, pero fracasé. El hombre se desangró hasta morir. Un carro le había aplastado una pierna y uno de los físicos se la amputó.

—El mismo problema de siempre —afirmó Telamón, que se daba cuenta de que los soldados comenzaban a rodearlos, atraídos por Cassandra.

—¡Una pieza de plata, señor! —gritó uno de ellos—. ¡Le daré una pieza de plata si me la presta hasta la mañana!

Telamón levantó el sello real. Los soldados se apartaron con un murmullo de protesta. Cassandra se quedó boquiabierta.

—¿Eres un físico real? ¿Uno de la compañía del Diablo Cornudo?

Telamón apoyó un dedo en los labios de la pelirroja. Había escuchado en otras ocasiones el mote que habían puesto a Alejandro, quizá por la manera que se peinaba los cabellos hacia adelante o por el yelmo que llevaba, que tenía la forma de una cabeza de carnero.

—Tendrías que tener más cuidado con lo que dices, Cassandra. ¡Mantén los ojos abiertos y la boca cerrada!

La joven se apartó.

—Es un buen consejo para una muchacha. Dime una cosa. ¿Por qué parecías tan intrigado en la jaula de los esclavos? Sacudías la cabeza cuando nos marchamos.

—Todos los soldados que pasamos —replicó Telamón mientras caminaba—, te han silbado, gritado, hecho gestos obscenos o han pretendido pasar la noche conmigo. El centinela de la jaula sólo desvió la mirada.

—Quizá le gusten los chicos bonitos —murmuró Cassandra—. A muchos soldados les gustan. Un bonito par de nalgas y creen que están en el Elíseo. Tú no eres así, ¿verdad, Telamón?

El físico no le hizo caso y se apartó cuando un mozo de cuadra apareció con un nervioso corcel por la angosta callejuela. Luego continuó caminando a toda prisa, lo que obligó a Cassandra a trotar para mantenerse a la par. Los centinelas les permitieron pasar al recinto real. Una vez más se escucharon los silbidos y los gritos. Ptolomeo se les acercó dándose aires de importancia.

—¿Consuelo hogareño, Telamón?

—General Ptolomeo, ésta es Cassandra. Una asistente del templo de Atenea en Tebas.

Ptolomeo miró a la mujer de los pies a la cabeza. Cassandra carraspeó sonoramente. Telamón la obligó a seguir caminando de un empujón.

—¿Ya estás celoso, Telamón? —le gritó Ptolomeo.

Cassandra se volvió con los ojos brillantes de furia.

—¡No soy una perra! ¿Por qué has hecho eso?

—¡Ibas a escupirle! —replicó Telamón.

—Él dirigió el ataque contra Tebas —respondió Casandra rabiosa—. Dioses, nunca creí que me darían la oportunidad de cortar tantas gargantas. Espero que caiga enfermo.

Telamón la empujó al interior de la tienda sin hacer caso del silbido del centinela. Se acercó rápidamente a su cofre, levantó la tapa y sacó una daga. Casandra se mantuvo firme cuando él apretó la punta de la daga contra su garganta.

—¿Quieres morir? —le preguntó Telamón—. Porque la manera de hacerlo que te ofrezco ahora es rápida. Ptolomeo te mandaría a crucificar. ¿Te gustaría? ¿En lo alto del acantilado? —le preguntó dando la vuelta a la daga y ofreciéndosela por el mango—. Si quieres, puedes cortarte tú misma la garganta. Te prometo que me ocuparé de tus cenizas.

—Quiero un poco de agua.

Telamón se acercó al cántaro de agua, cogió un cucharón y llenó un vaso. Casandra bebió con ansia y se echó el resto en el rostro.

—¿Te comportarás? —insistió Telamón—. Soy un extraño —añadió—, pero podemos ser amigos. Te juro por la vida de mi padre, por el alma de mi padre, por el cielo y la tierra, por todo lo que se supone sagrado, que no tienes nada que temer de mí. No te quiero como compañera de cama o como una esclava, sino como mi ayudante. Si eso no te agrada, piensa en nosotros como dos soldados, espalda contra espalda. Yo protejo la tuya y tú proteges la mía.

—He escuchado unas cuantas propuestas en mi vida, pero ésta es la mejor —respondió sonriéndole y besándole la mano.

—Bien. Ahora escucha —dijo Telamón señalando con un gesto el interior de la tienda—. Aquí es donde dormirás. Mandaré que te traigan otro catre. Puedes preparar mi comida o yo prepararé la tuya. Vigila todo lo que comes y bebes, lo que incluye el agua que te acabo de servir. Mantén las cosas ordenadas. Si no lo hago, dímelo. Aquí no puedes escupir ni limpiarte la nariz, las orejas o cualquier otro orificio de tu cuerpo. Si quieres ir a las letrinas, el centinela que está afuera te acompañará. ¡Apesta! —exclamó acercándose de nuevo al cofre y sacando un frasco pequeño—. Esto es algo parecido a un perfume. Yo también lo uso —apuntó sonriendo—. Como sabes, Hipócrates recomienda a los físicos que huelan bien.

Cogió a Casandra por el codo y ella no se resistió cuando la hizo salir de la tienda. El centinela se levantó de un salto. Era un hombre alto, huesudo, con los ojos llorosos y la boca siempre abierta, pero se movía con rapidez.

—¿Te gusta ser soldado? —le preguntó Telamón.

—Claro que sí, señor.

—¿Quieres una parte del botín?

—¿Quién no?

—No te gustaría que te crucificaran, ¿verdad?

El soldado abrió la boca todavía más.

—¿Qué pasa? —tartamudeó.

Telamón apoyó una mano en el hombro de la muchacha.

—Ésta es Casandra, mi ayudante y amiga. Apesta.

El soldado la olió como un sabueso.

—Me doy cuenta. Huele peor que una vaca.

—No me interesa tu vida amorosa —le interrumpió Casandra.

El hombre se rió de buena gana.

—La llevarás a los tenderetes —le ordenó Telamón—. Necesita ropa: una túnica y una capa. Dos mudas, sandalias de marcha y una daga —añadió llamándole la atención con la mano levantada.

—¿Quién pagará por todo esto?

Telamón le entregó el sello real.

—El rey.

El soldado cogió el sello y lo besó.

—También buscarás un trozo de tela —añadió Telamón mientras ponía la botellita en la mano de Casandra—. Esta muchacha irá hasta la playa, donde se desnudará —precisó sin hacer caso de la exclamación de Casandra—, y nadará en el mar. Se lavará y, mientras lo hace, tú te mantendrás de espaldas a ella. Una sola mirada y estarás cavando letrinas durante el mes que viene.

El soldado con un gesto burlón invitó a Casandra a que le precediera.

—¿Si la señora me hace el favor?

Telamón les observó marchar y luego volvió al interior de la tienda. Cogió una jarra llena de agua ligeramente salada y destilada con hierbas, se acercó a la entrada y se lavó la cara y las manos. Acabada la higiene personal, echó un vistazo a su alrededor para comprobar que todo estaba en orden y se acostó en la cama. Tenía hambre y se sentía un tanto cansado. Con el fondo de los mil y un sonidos del campamento, dejó vagar la mente. Estaba seguro de haber tomado la decisión acertada. Había algo en Casandra. Era calculadora, probablemente tortuosa; tenía que serlo para sobrevivir, pero no era ninguna tonta. ¿Sería capaz de controlar la lengua y ocultar sus verdaderos sentimientos?

Telamón se quedó dormido. Cuando se despertó, Casandra estaba sentada en un taburete al pie de la cama. Lo miraba fijamente, con la daga en la mano. El físico se sentó.

—¿Estabas pensando en hacerlo?

La mujer se había recogido la larga cabellera roja en un moño. Su rostro se veía limpio, lo mismo que las manos, y las uñas bien limadas con la daga. Vestía una sencilla túnica marrón con un cordón en la cintura. Iba calzada con unas recias sandalias.

—¿Quién eres? —preguntó Telamón—. Me gustaría ligarte con un juramento.

—¿Dónde está mi carta de libertad? —replicó ella.

—Mandaré a un escriba que la redacte. Ah, por cierto, ¿dónde está el sello?

Cassandra desató la pequeña bolsa que llevaba colgada del cordón, sacó el sello y se lo entregó.

—Haré escribir la carta —repitió Telamón— y la guardaré en un lugar seguro. ¿Crees en los dioses, Cassandra?

La pelirroja sacudió la cabeza enérgicamente.

—Nunca he creído en ello. Cuando Tebas fue saqueada, desaparecieron las últimas dudas. Fue terrible, espantoso, las calles estaban abarrotadas de soldados. Eran carniceros que iban de casa en casa. En algunos lugares, la sangre llegaba a los tobillos. Salí del templo para ir al pórtico. Lo único que se veía era escudos y espadas. Un mar de yelmos. El hierro que centelleaba al sol, bañado en sangre. Se movían entre los ciudadanos como matarifes entre las ovejas. Nadie se salvó; luego quemaron la ciudad. El olor a carne quemada lo impregnaba todo. Cualquier cosa que comías o bebías tenía su sabor. ¡Todo por la gloria de Macedonia!

—Tebas no tendría que haberse rebelado.

—¡Tus ojos me dicen que ni tú te lo crees! El macedonio quería que fuera un escarmiento. Quería aterrorizar a toda Grecia. Alejandro es un gran asesino. ¡Come sangre!

—No lo dirás en su presencia.

—¡No, pero lo diré en mi alma durante el resto de mi vida!

Capítulo VI

«Filipo fue sucedido por su hijo Alejandro, un príncipe mayor que su padre tanto en virtudes como en vicios».

Marco Juniano Justino, *Historia del mundo*, libro 9, capítulo 8.

Hércules se adentró en el bosque, que era así como lo llamaba, aunque en realidad no era más que un grupo de árboles a sus buenos diez estadios del campamento. Miró hacia el camino recorrido. El terreno era irregular y la visión estaba oscurecida por los árboles dispersos y los arbustos y matorrales. Muy pocas personas pasaban por aquí; la zona estaba salpicada de pantanos, marismas, pozos y ciénagas, y los heraldos del campamento habían pregonado que era lugar peligroso después de que se ahogaran dos arqueros. En cualquier caso, el enano deseaba estar solo. Observaba cuidadosamente el suelo: era duro, recocado por el sol. Conocía las señales de peligro: los primeros brotes de un verde brillante. Uno de esos lugares lo tenía delante, a sólo un tiro de piedra, donde la hierba crecía alta, flexible y fresca. A Hércules le gustaba estar solo. El campamento le ponía nervioso y, aunque su amo era poderoso, Hércules era objeto de continuas bromas. «¡Ven aquí, chico! —le gritaba un soldado—. ¡Tengo un trabajo para ti!».

Hércules cogió la pequeña bota que llevaba al hombro, le quitó el tapón y bebió el vino áspero. Quizá se emborracharía, dormiría la mona y regresaría al campamento al anochecer. Sentía una profunda lástima de sí mismo. Le gustaban los palacios, con los sombríos y limpios pasillos, las puertas y las ventanas por las que podía colarse, los ojos de las cerraduras y las grietas por donde podía escuchar. En cambio, en terreno abierto, en un campamento maloliente, ¿para qué servía? Era muy difícil espiar en las tiendas; siempre tenía que tomar muchas precauciones. Si alguien descubría su sombra en la lona de una tienda en la que no tenía ningún derecho a estar... El enano se sentó en una piedra y se quitó un insecto de la barba. Aristandro se había enfadado con él.

—¡Descubre esto! ¡Entérate de aquello! —le había gritado—. ¡Se supone que tú eres mi pequeño gato, Hércules, y no has sido capaz de averiguar nada!

—¡Eso no es verdad! —le había respondido en el huerto desierto—. ¡Eso es una maldita mentira!

Él había intentado espiar, pero era muy difícil; había tenido suerte con Leontes. Hércules se había colado en la tienda y, cuando alguien entró, se había ocultado rápidamente debajo de la cama, donde había encontrado las daraicas de oro y las comprometedoras cartas que Leontes había ocultado. Hércules se sorbió los mocos. En realidad, muchos de los que ahora estaban en el campamento griego habían estado en algún momento al servicio de Persia. Todos los días llegaban nuevos contingentes de mercenarios, además de la muchedumbre que acostumbraba a seguir a las tropas

atraída por la perspectiva de participar en el pillaje: adivinos de tierra adentro, hombres escorpión de Egipto, ladrones y timadores, mendigos profesionales y toda clase de delincuentes.

—Acuden como moscas a una boñiga fresca —murmuró Hércules, apenado.

Había dicho lo mismo a Aristandro mientras su amo se vestía con la peluca dorada y el vestido de mujer: «El pequeño secreto del custodio de los secretos del rey», afirmaba divertido cada vez que lo hacía. Si el rey no lo necesitaba, Aristandro se maquillaba el rostro, se pintaba los labios y se ponía la peluca, el vestido y una capa. Le encantaban los zapatos con tacones de las hetairas, las cortesanas de Atenas, además de los brazaletes y anillos. ¡Aristandro era un tipo extraño! Su amo insinuaba que era un maestro de la magia negra y que podía invocar a los demonios, pero Hércules no se lo creía. Aristandro era un maestro del engaño. El enano temía que su amo se cansara de él y decidiera contratar a otro espía. Incluso había visto a algunos enanos entre los recién llegados. Había advertido a su amo sobre esas nuevas incorporaciones, pero Aristandro no le había hecho caso.

—El solo hecho de haber estado en Persia, no te convierte en un traidor —le había contestado Aristandro con la aguda voz de falsete que utilizaba como parte del disfraz. Y dándole un golpecito en el pecho, prosiguió—: tu trabajo, enanito mío, es descubrir a los traidores. Quiero saber por qué los sacrificios no son perfectos y, sobre todo, quién está matando a nuestros guías.

Hércules tenía sus órdenes. Había salido como una rata que husmea en la basura. Hasta ahora, había capturado presas pequeñas, como Leontes. Si le dejaran hacer, Hércules detendría a todos los físicos. El enano los odiaba. Siempre le miraban como una curiosidad, como a un monstruo. Bien, ¡a los físicos les valdría más no charlar tanto! Sólo estaban aquí porque Alejandro lo había ordenado y porque no tenían ningún otro lugar donde ir. Telamón era diferente. Hércules bebió otro trago de vino. Le gustaba Telamón: distante, un tanto frío, pero bondadoso, un hombre que le hablaba como a cualquier otro hombre, y no como a algo ridículo.

Aristandro pensaba de otra manera. Su amo le había señalado con una uña pintada.

—Créeme, Hércules —le había susurrado, mientras le sujetaba por el hombro haciéndole estornudar por el fuerte olor de su perfume—. Telamón es un hombre muy peligroso.

—¿Por qué razón, amo? —preguntó Hércules, que tenía algunas veces la impresión de que al custodio de los secretos le agradaba la idea de verse como a un nuevo Sócrates, con su constante juego de preguntas y respuestas.

—Porque Telamón no tiene miedo de Alejandro —respondió Aristandro dejándose caer en un diván—. Y lo que es más importante, no me tiene miedo. Por dos buenas razones, y te puedo dar más si quieres. Telamón no cree en los dioses.

—Ni en la magia negra —añadió Hércules cínicamente.

Aristandro le había dado una bofetada por el comentario.

—Si él no cree en los dioses, hombrecillo, ¿cómo puede creer que Alejandro es hijo de un dios destinado a la gloria? Por último —añadió Aristandro—, Telamón piensa por su cuenta. Oh, lo sé todo de él. Cree en aquello que ve y siempre analiza todo lo que cree.

—¿Por qué Alejandro le invitó a venir? —preguntó el enano.

—¡No te hagas el estúpido! Es obvio. A Telamón, no se le puede sobornar. Si da su palabra, la mantendrá. Es un amigo de la juventud y, por encima de todo, dice a Alejandro la verdad y, como hemos discutido antes, eso puede ser muy peligroso.

Hércules inspiró profundamente; gozó con la fragancia. Le pesaban los párpados.

—¿Por qué Telamón abandonó Mieza? —preguntó.

Aristandro, acomodado en su pose femenina favorita, con un codo apoyado en uno de los cojines del diván y los dedos separados, imitó el gesto elegante y displicente de una cortesana.

—Eso, mi querido enano, es algo que me encantaría saber. Es hijo de uno de los capitanes de Filipo, uno de sus favoritos, llamado Margolis, así que Telamón se unió a Alejandro en la escuela de Aristóteles en los huertos de Mieza. ¡Aristóteles! —exclamó—. Ese arrogante y zanquilargo filósofo. La cuestión es que un día se presentó Margolis y se llevó a su hijo, y aquel fue el final de la historia.

—¿Qué edad tenía Telamón?

—Era un poco mayor que Alejandro. Unos catorce o quince años. Ni siquiera Olimpia sabe la verdad. Intentó sonsacarlo a Filipo pero él no soltó prenda.

Se quebró una ramita. Hércules se volvió rápidamente. Dejó la bota en el suelo y buscó la larga daga que llevaba sujeta al cinturón. Miró entre el follaje. El miedo le heló el sudor en la espalda. ¿Le habían seguido desde el campamento? No había nadie capaz de seguir a Hércules. ¿Quizás éste era diferente? ¿Se trataría de alguno a los que había interrogado? Un pájaro remontó el vuelo. Hércules exhaló un suspiro y volvió a sumirse en sus reflexiones. Su amo estaba descontento. Le había ordenado que averiguara todo lo posible sobre el físico, pero Telamón era desconfiado como un gato y astuto como una mangosta. No era dado a los cotilleos y a la charla; su comportamiento con aquel paje lo había dejado claro. Hércules había intentado ganarse su confianza, pero Telamón había dado sobradas pruebas de que prefería componérselas solo. Incluso había ido en persona a la jaula de los esclavos y había vuelto con aquella pelirroja. El enano se llevó las manos a la entrepierna. La esclava tenía muy buen cuerpo, y eso era otra de las cosas que Hércules echaba de menos: a las damas de la corte que, después de unas cuantas copas, se mostraban pródigas con sus favores. Aristandro le había advertido que se mantuviera apartado de las prostitutas que seguían al ejército.

«¡Tienen todas las enfermedades que hay bajo el sol y más! —había afirmado—. ¡No quiero que traigas aquí su inmundicia!».

A Aristandro le encantaba imitar a las mujeres, pero les tenía miedo, y Olimpia le aterrorizaba. ¡Olimpia! En más de una ocasión, había intentado decir su nombre al

revés. ¿Cómo era? Ah, sí, AIPMILO. ¡No tenía sentido! A Hércules le gustaba muchísimo este juego. Entonces pasó a preocuparse por el espía Naihpat. Dicho a la inversa, se convertía en Taphian. Vaya, ¿dónde había escuchado antes ese nombre?

Bebió otro trago de vino. Si conseguía descubrir la identidad del traidor, su amo le recompensaría, se olvidaría de los insultos y los golpes, y quizás incluso le daría dinero para que fuera a visitar algunos de los burdeles en Sestos. Hércules se lamió los labios. Naihpat, Taphian. ¿Qué significaban? El enano sabía leer y escribir, pero, desde que Aristandro lo había sacado del teatro ambulante, la mayoría de su educación había consistido en escuchar en las puertas y ventanas de otras personas.

El gorjeo de los pájaros le molestaba. Alguna criatura se deslizó entre las hierbas, y vio fugazmente una piel. En honor a la verdad, se dijo Hércules, estoy borracho. Escuchó un sonido detrás de él, pero tardó en volverse porque estaba tapando la bota. Luego miró por encima del hombro. La red ya volaba por el aire. Cayó cubriendo al enano. Cuanto más se debatía, más se enredaba en las mallas. Hércules consiguió levantarse, pero volvió a caer. Vislumbró una sombra y gritó cuando recibió el primer garrotazo, que le aplastó la sien. Todavía gritaba cuando perdió el conocimiento. El asesino continuó descargando golpes hasta convertir el cráneo de Hércules en una masa sanguinolenta de hueso y sesos.

Casandra ató el vendaje en la muñeca de Telamón.

—No estoy de acuerdo —dijo el físico desatando el nudo—. Está demasiado apretado. Dificulta la circulación de la sangre y no permite que la herida respire. Además, si no se ha limpiado correctamente, también sellará la putrefacción en el interior. ¿Cuántas veces la cambiarías?

—Una vez cada dos días —respondió Casandra, cuyos ojos verdes mostraron una expresión divertida—. ¿Vas a decirme que está mal?

—Para un simple corte está bien, pero ¿para una herida? Yo cambiaría el vendaje, si es posible, al menos una vez al día, quizás incluso dos veces. Limpiaría la herida con una mezcla de vino fuerte, sal y miel.

A pesar de los dedos callosos, el toque de Casandra era suave. Desde su estallido contra Alejandro, Telamón había desviado amablemente la conversación hacia otros temas y la había interrogado a fondo sobre sus conocimientos de medicina.

—Has aprendido mucho. Te felicito —manifestó.

—Hubiese aprendido mucho más si Alejandro no hubiera incendiado Tebas —protestó Casandra encogiéndose de hombros—. Ahora parece que continuaremos con mi excelente educación. ¿Estás seguro de que no me quieres como tu compañera de cama?

Telamón le dio un golpecito muy cariñoso en la barbilla.

—Si respondo que sí, tú dirás que no. Si digo que no, tú pondrás el grito en el cielo.

—¿Qué? ¿Acaso no soy bonita? No estoy diciendo que quiera serlo, pero ¿no soy bonita?

Telamón observó su rostro fuerte, limpio pero con la piel estropeada por el viento y el sol; algo pálida y con las mejillas un tanto hundidas por la desnutrición.

—Eres bien parecida —replicó—. Tendrías que comer un poco más, recuperar peso. ¿Tu familia murió en Tebas?

Casandra se tiró suavemente de la cabellera.

—No tengo familia. Cuando nací, me dejaron abandonada en la escalinata del templo de Atenea, la práctica habitual. Los guardias del templo me tomaron por la hija de un celta, posiblemente alguno de los mercenarios que contrataba la ciudad. Mi madre quizás era la hija, o la esposa, de algún respetable comerciante tebano. ¡Te vas a reír! —exclamó mirando de soslayo a Telamón—. Yo era el huevo de un cuervo colado en un nido ajeno. Si mi piel hubiese sido morena y mis cabellos oscuros, hubiese resultado más fácil de ocultar. Hay muchos hombres que no saben a ciencia cierta quiénes son sus padres, y supongo que lo mismo ocurre con muchas mujeres. Sin embargo, en una ciudad de personas de cabellos oscuros, un bebé con la piel clara y los cabellos rojos es algo que no es sencillo explicar.

—Es un milagro que no te pasara nada —opinó Telamón—. Los guardianes de los templos no son precisamente las más bondadosas de las personas.

—Tenía una lechuza apretada en mi pequeño puño —explicó la muchacha—, y otro amuleto idéntico colgado alrededor del cuello, así que los guardias sabían que había sido consagrada a Atenea; eso pasa con algunos de los bebés que abandonan. En cambio, casi todos los demás escapan en cuanto pueden.

—¿Por qué no escapaste?

—¿Adónde podía huir? Me consideraban un monstruo. Todo el mundo sabía, cuando... —Casandra hizo una pausa.

Telamón estaba seguro de que iba a revelarle su verdadero nombre.

—... incluso cuando iba al mercado —continuó—, los chiquillos me seguían y me gritaban cosas —confesó Casandra mientras cogía la venda y la enrollaba cuidadosamente—. En cualquier caso, me gustaba el templo. Tenía una habitación, una muda de ropa, buena comida y la gratitud de los pacientes. Disfrutaba con mi trabajo, casi nunca salía de Tebas y, de no haber sido por Alejandro, probablemente habría muerto allí, de vieja o de puro aburrimiento. ¿Qué me dices de ti, amo?

—Telamón. Mi nombre es Telamón.

—Sí, amo.

—Bien, supongo que será mejor que te lo cuente. Así no tendrás que escuchar las invenciones de Ptolomeo —manifestó Telamón exhalando un suspiro—. Mi padre era comandante de brigada en los Compañeros de a pie. Se llamaba Margolis. Era alto, con los cabellos negros como el plumaje del cuervo. Era compañero de copas de Filipo, un feroz guerrero, valiente como el que más en las batallas. Filipo envió a su hijo Alejandro a los huertos de Mieza, un paraíso rural, donde Cleito el Negro se encargaría de enseñarle instrucción militar, y recibiría la mejor educación que podía ofrecer Atenas a través de Aristóteles, el filósofo —precisó antes de hacer una pausa

—. Se escogieron algunos compañeros que le acompañarían. Yo fui uno de ellos. Estuve allí durante tres años. No quería abandonar a mi madre —confesó exhalando un suspiro nostálgico—. Yo era hijo único, o al menos lo era en aquel momento. Estaba destinado a ser un erudito y un guerrero, así que la mitad de mi vida era agradable. Era un excelente estudiante. Sin embargo, cuando se trataba de las armas, de cómo manejar la daga, de la mejor manera de empuñar una lanza o arrojar la jabalina, era un inepto absoluto.

—¿Eras un cobarde?

Telamón se rascó la barbilla.

—Sí, se podría decir que lo era. No me gustaba que me hirieran. No encontraba el menor sentido a causar heridas a otras personas. Prefería sentarme a los pies de Aristóteles y preguntarle cosas como: «¿Qué fue primero, el día o la noche? ¿Por qué el sol sale por el este y se pone por el oeste? ¿El mundo era un plato colgado entre el cielo y el infierno? ¿Quiénes eran los dioses?».

—¿Eras bueno haciendo preguntas?

—Aristóteles decía que tenía un ojo infalible para los síntomas.

—¿A qué se refería?

—Me hacía estudiar algo y después debía decirle lo que había aprendido con mis observaciones. ¿Por qué un grupo de árboles se inclina a la izquierda y no hacia la derecha? ¿Era esto obra del viento? ¿Se trataba de que las ramas buscaban el sol? Si un caballo galopaba de determinada manera, recogiendo las patas delanteras o volviendo la cabeza hacia un lado, ¿qué significaba? Luego preguntaba cosas de los sirvientes. ¿Por qué aquella persona ponía los ojos en blanco? ¿Qué podía deducir de las manos de aquella mujer? Yo disfrutaba muchísimo —aclaró riendo suavemente—. Aristóteles no sabía gran cosa del cuerpo humano, pero intentaba hacer creer lo contrario. Le intrigaba saber cómo fluía la sangre. ¿Era algo controlado por el cerebro, el corazón o algún otro humor corporal?

—¿Qué pasaba con Alejandro?

—Él me protegía en el campo de ejercicios y, por mi parte, yo le ayudaba en sus estudios. Ambos leímos la *Ilíada*. Alejandro todavía está obsesionado con la obra —añadió con un tono desabrido—. Me encanta el poema, la forma en que los dioses se involucran en los asuntos humanos. Alejandro estaba fascinado con mi teoría de que Hornero tenía que haber sido un físico por su exactitud en la descripción de las heridas. Solíamos quedarnos levantados hasta altas horas de la noche, entretenidos en discutir las diferentes batallas. La madre de Alejandro le llenó la cabeza con la historia de que Aquiles era su antepasado y, por lo tanto, también el suyo. Alejandro comenzó a creer que él era Aquiles, un dios-hombre inmortal, el mayor de los guerreros en el mundo. A mí, por supuesto, me tocó el papel de Patroclo, el compañero y amante de Aquiles.

—¿Erais amantes?

—Oh, nos abrazábamos, nos sentábamos cogidos del brazo o caminábamos

cogidos de la mano. Siempre me pareció algo un tanto ridículo. Le dije a Alejandro que yo no era su Patroclo, pero que algún día lo encontraría.

—¿Y ahora lo tiene en Hefestión?

Telamón asintió. Chasqueó la lengua sonoramente.

—¿Por qué te marchaste?

—Por mucho que intente evitarlo —murmuró Telamón con expresión triste—, cada vez que lo explico, y tú eres la segunda mujer a quien se lo digo, las lágrimas acuden a mis ojos. El ejército había regresado a Pella, y mi padre con ellos. ¡Otra de las grandes victorias de Filipo! Ahora bien, mi padre tenía la costumbre de presentarse en Mieza a todo galope, con su gran yelmo y la coraza y la falda resplandecientes con la luz del sol. En aquella ocasión, no lo hizo. Yo me encontraba en el campo de ejercicios; practicábamos los lances de esgrima con espada de madera cuando apareció aquel hombre, con la barba y los cabellos largos. Se quedó allí mirándome, con los brazos inmóviles a los costados y los dedos engarfiados. Iba vestido como un campesino con una túnica y cordón anudado a la cintura. «¡Aquél es tu padre!», gritó uno de mis compañeros. Al principio, no me lo podía creer. Dejé caer la espada y el escudo y corrí a su encuentro. Él me cogió y me estrechó contra su pecho. Parecía diferente, olía diferente y sus ojos y la expresión de su rostro eran tristes. Sentí miedo. ¿Le había pasado algo a mamá? ¿A mi hermano menor? ¿A mi hermana? Él me apartó un poco, con la mirada fija en mi rostro. «No pasa nada, Telamón», susurró. «Regresas a casa».

—¿Había pasado algo malo? —preguntó la pelirroja.

—No. Teníamos una granja muy cerca de Pella y allí la tierra era muy fértil, pero mi madre desconfiaba tanto como yo. Me explicó que mi padre había regresado vestido con una sencilla túnica. Había devuelto las armas, la armadura y el caballo a Filipo. Juró que nunca más volvería a matar y abandonó el palacio. Filipo creyó que estaba herido, que había recibido un golpe en la cabeza. Vino a visitarnos y Alejandro le acompañó. Escuché como discutían a grandes voces. Filipo, sin embargo, quería a mi padre. Manifestó que no se opondría a su decisión. Si hubiera cualquier cosa que deseara...; pero mi padre nunca se lo pidió. Volvió a convertirse en un granjero, interesado en las cosechas y los animales. Un día lo encontré con un cordero recién nacido. Estaba sentado con la espalda apoyada en una pared. Acunaba al cordero y las lágrimas resbalan por su rostro —apuntó Telamón sacudiendo la cabeza—. Se había convertido en otra persona. No mataba nada. Dejó de comer carne. Nos permitía sacrificar un animal para las fiestas, pero nunca probaba la carne. Nunca hablaba del ejército. No quería espadas ni escudos en la casa. Nunca visitaba los templos. En cambio, iba hasta los sembrados de cebada, alzaba las manos y, por lo que se me alcanza, adoraba al cielo.

—¿Nunca descubriste por qué?

—Nunca. Había ocurrido algo que cambió su vida para siempre. Nunca lo mencionó. «Macedonia se ha convertido en el templo de la guerra», comentó en una

ocasión. «Tú, Telamón, nunca seas un soldado». En eso estuvimos de acuerdo —precisó sonriendo—. Yo quería estudiar medicina y mi padre puso toda su riqueza a mi disposición. Asistí a todas las grandes escuelas médicas: Atenas, Corinto, la isla de Cos... Durante mis años de estudio, murieron mi padre y mi hermano, pero entonces ya me había alejado de mi familia.

Telamón hizo una pausa cuando escuchó ruidos en el exterior: el toque de una trompeta, los gritos de un oficial y un coro de carcajadas.

—Me convertí en un viajero con una inmensa sed de conocimientos, como un granjero que separa el grano malo del bueno, y aprendí todo lo que pude sobre el cuerpo humano —proclamó esbozando una sonrisa—. Mientras lo hacía, también aprendí un poco del alma humana. Vagué como una pluma arrastrada por el viento hasta que visité Tebas en Egipto. Un lugar de maravillas, Casandra —manifestó sacudiendo la cabeza—: templos y estatuas que se elevan al cielo; obeliscos recubiertos de oro para reflejar la luz del sol; las enormes necrópolis, las casas de la vida en los templos... Aprendí muchísimo de medicina. También encontré al gran amor de mi vida —confesó advirtiendo la sorpresa en el rostro de Casandra—. Oh sí, amé y fui amado; su nombre era Anula, una muchacha del templo, una ¡hetaira!

—¿Era hermosa?

—Las doncellas egipcias se afeitan la cabeza. Ella siempre llevaba una peluca empapada de aceite y sujeta con un precioso cordoncillo de plata. Una gargantilla de oro y piedras preciosas rodeaba su cuello. Sabía cantar y bailar. Era alegre. Tenía que estar con ella todo el tiempo y ella conmigo —apuntó con un tono áspero de voz.

—¿Murió?

—No —contestó dejando escapar un suspiro—. Fue asesinada. Maté al oficial persa que la asesinó. Escapé a Chipre; allí fue donde me encontraron los agentes de Olimpia. Dijeron que me necesitaban en Macedonia, así que regresé a casa. Viajo ligero de equipo —precisó señalando a un costado de la tienda—. Mi maletín de medicina, un par de cofres con libros y manuscritos, las prendas que puedo comprar... —En ese momento, Telamón se inclinó hacia adelante y tironeó de los cabellos de Casandra—. Ah, por cierto, te pagaré por mes, si sobrevivimos. Si nos encontramos con el enemigo y vencemos, las cosas irán bien. Si todo indica que seremos derrotados, bueno, hay una cosa que tenemos en común, Casandra, buenas piernas: ¡correremos!

La muchacha se echó a reír.

—¿Viniste aquí porque Olimpia te lo pidió?

—No, vine aquí por diversas razones. No tenía ningún otro lugar al que ir. Sentía curiosidad por lo que haría Alejandro y, para ser del todo sincero, quería averiguar lo que le había pasado a mi padre. Espero que Alejandro me lo diga.

Telamón se volvió al escuchar el ruido de las armaduras. Levantaron la tela de la entrada de la tienda. Entró Alejandro. Dio unas palmadas, miró a su alrededor, y mostró una sonrisa de oreja a oreja.

—He venido a darte las gracias, Telamón. He dormido como un recién nacido — proclamó al tiempo que se acercaba y contenía a Telamón cuando amagó levantarse—. Bueno, ¿qué opinas de tu paciente?

Alejandro había cambiado. Le habían cortado y aceitado la cabellera dorada; olía a un perfume exótico. Se había vestido con una túnica blanca con vivos de oro que le llegaba por debajo de las rodillas y recias sandalias de marcha; en la muñeca izquierda, llevaba una gruesa pulsera de plata con la forma de una pitón; los anillos resplandecían en los dedos. Apoyó una mano en el hombro de Telamón.

—¿Tus sueños eran ciertos, Telamón? No me mentiste, ¿verdad? —preguntó inclinándose hacia el físico—. ¿Viste a Filipo? ¿Te dijo que cruzara?

Telamón asintió.

—¿Y el toro? ¿El sacrificio?

—Del blanco más puro —contestó Telamón—. Ha de ser custodiado con gran celo.

—Ya he encomendado a Ptolomeo que se ocupe de ello —advirtió Alejandro dando unas palmaditas en el hombro de Telamón y volviéndose hacia Casandra—. ¿Ésta es tu pelirroja? Parece una muchacha fuerte.

—¿Qué debo hacer, Su Majestad, arrodillarme?

Telamón cerró los ojos. Alejandro prefirió ignorar el sarcasmo. Sujetó la barbilla de Casandra entre sus manos. Ella lo miró con fiereza.

—Tú eres de Tebas, ¿no es así? —preguntó haciendo una mueca—. Aquello fue una lección por su arrogancia. Perdí el control, pero ellos estaban ligados por su juramento.

—¿Mantendrías el juramento hecho a un conquistador? —replicó Casandra—. Los que quedan de Tebas viven como cerdos en aquella jaula.

Alejandro ladeó la cabeza y observó atentamente a la muchacha.

—¿Cómo te llamas?

—Casandra.

—Ah, la profetisa de las desgracias. ¿Es tu verdadero nombre?

—Es mi nombre.

—Me recuerdas un poco a Olimpia, mi madre. ¿Qué debo hacer contigo, Casandra? ¿Abofetearte por tu insolencia?

El físico contuvo la respiración. Alejandro parecía estar furioso con la muchacha.

—¿Devolverte a la pocilga? Te diré lo que haré —contestó bajando un poco la voz—. ¡Aristandro! —exclamó por encima del hombro.

El custodio de los secretos entró apresuradamente con un pequeño cesto de mimbre en las manos. La mirada de Alejandro no se apartó ni por un instante del rostro de Casandra.

—¡Destapa el cesto, Aristandro!

El nigromante lo destapó.

—Enseña a Casandra lo que he traído.

Aristandro le acercó el cesto. Alejandro soltó el rostro de Casandra. La muchacha cogió los objetos que había en el cesto: hebillas para el pelo con forma de saltamontes labradas en plata, un peine de marfil, un espejo de mano con el mango de oro y una jarrita con un tapón lacrado.

—Es una mezcla de olíbano y almizcle —le explicó Alejandro—. Mis regalos para ti, Casandra. No he traído nada para Telamón —añadió sonriendo a la pelirroja con una expresión displicente—. ¡Tienes una lengua muy afilada! Aristandro, ve a la pocilga. Da a cada uno de los prisioneros una pieza de plata, un poco de pan y carne en una servilleta. Se pueden lavar en el mar. Una túnica —añadió el rey, que fue contando con los dedos—, una capa, un par de sandalias y un bastón para cada uno. Diles que quedan en libertad, que pueden ir donde les plazca.

Casandra continuó mirándole con un aire de desafío. Alejandro fue a tocarla de nuevo, pero la muchacha se encogió. El rey le palmeó el hombro.

—Sé cómo te sientes. A veces, como le sucedía a mi padre, la cólera me ciega. El sacrificio será perfecto —manifestó Alejandro rebosante de energía, como si quisiera convencerse a sí mismo—. He ordenado a los alguaciles del campamento que expulsen a todos los indeseables.

Telamón, distraído, arrugó la nariz al percibir un olor acre que se colaba en la tienda.

—Lo sé —murmuró Alejandro—. Están quemando a los muertos, no sólo a aquellos que fueron asesinados. Hay enfermos en el campamento; es hora de marcharnos. En cualquier caso, Telamón, quiero recompensarte, ¿no es así, Aristandro? Iremos a comer al campo, pero sólo algunos escogidos. La señora Antígona ha aceptado ser mi agasajada. Los cocineros han estado atareados con los preparativos: vino, pato asado, frutas y pan recién cocido. Dejaremos atrás el hedor del campamento. Sólo tú, Telamón. Casandra ya ha recibido su recompensa.

El rey no estaba dispuesto a aceptar una negativa. Salió de la tienda al tiempo que hacía un ademán a Telamón para que lo siguiera.

—¿Qué asesinatos? —susurró Casandra.

—Ya te lo explicaré cuando vuelva.

Telamón siguió al rey al exterior. Hefestión esperaba en compañía de Antígona. El rey se puso una capa militar y se tapó con la capucha.

—No quiero que adviertan mi presencia —declaró—. Los mozos nos esperan.

Abandonaron el recinto real. En la entrada, los pajes de Alejandro le ayudaron a armarse: un cinturón con una espada con la empuñadura de marfil y una daga, ambas en sus vainas de plata. Hefestión se armó de igual forma. Alejandro arrojó un cinturón con una espada al físico.

—Para que cortes leña —bromeó.

Entraron en el campamento. Ya había pasado el mediodía y la mayoría de los hombres descansaba allí donde la sombra protegía del sol ardiente. La fuerte brisa marina ayudaba a refrescar el ambiente, aunque traía con ella el repugnante olor y

nubes de humo negro de las piras funerarias que ardían en los acantilados.

Alejandro avanzó rápidamente por los angostos senderos y cruzó las líneas de los centinelas para ir al bosquecillo, donde Telamón se había reunido con Aristandro a primera hora del día. Allí aguardaban los mozos con los caballos. El animal de Alejandro era un precioso bayo con los arneses con tachones de plata y una montura hecha de piel de leopardo. Hefestión montaba otro bayo con las riendas bruñidas, enjaezado con una piel de oveja blanca como la nieve. Para la señora Antígona, había un palafrén. Alejandro la ayudó a montar. Aristandro tenía lo que él llamó «un desgraciado jamelgo». A Telamón le dieron un brioso animal de dos años que Alejandro había bautizado con el nombre de *Relámpago*. Telamón lo miró de reojo. El caballo era hermoso, negro como la noche, con las riendas del mismo color con tachones de plata y una gruesa manta de montar roja.

—No soy un jinete.

—Es un buen caballo —replicó Alejandro ofreciéndole las riendas—. Es mi regalo para ti.

Telamón cogió las riendas y, con la ayuda de un mozo, lo montó. El animal era muy dócil y estaba bien adiestrado. Resopló y sacudió la cabeza. El físico se inclinó para palmearle el cuello.

—Así es como se hace —comentó Alejandro—. Nunca maltrates un caballo.

Hefestión estaba llamando a la escolta: dos oficiales de caballería de la brigada de los Compañeros, vestidos con una túnica gris con vivos rojos, una coraza de cuero blanco y una falda del mismo material y color. Ambos llevaban cintos rojos, que era el color del regimiento. Cada uno llevaba un yelmo boecio e iba armado con una espada y una lanza corta.

—¿Es escolta suficiente? —preguntó Aristandro.

Alejandro lo miró por encima del hombro.

—Quiero llamar tan poco la atención como sea posible. Es suficiente —declaró montando el bayo y dando la señal de marcha.

Hefestión llevaba de la rienda a la acémila cargada con las vituallas. Alejandro y él se reían de algo que había ocurrido en el transcurso de la mañana. El rey se comportaba como si se hubiera levantado fresco como un pájaro; no se hizo referencia alguna a su enfermedad o a los ataques de pánico. Dejaron atrás el bullicio de los alrededores del campamento. Los caminos y los senderos estaban atestados con caravanas de acémilas y columnas de hombres que marchaban. Por supuesto, el rey fue reconocido; los hombres se apartaban y golpeaban los escudos con las espadas o levantaban las lanzas en un saludo. Alejandro estaba de buen humor y se detenía una y otra vez para conversar con la tropa. Cuando veía a algún conocido, lo llamaba por el nombre, le preguntaba por la familia y comentaban lo que esperaban conseguir.

Antígona arrimó su palafrén a la montura de Telamón y se quitó la capucha. Estaba preciosa, con el viento alborotándole los cabellos rojizos, los ojos brillantes y las mejillas arreboladas.

—Es muy agradable estar lejos del campamento, Telamón. Me han dicho que has estado ocupado, que el rey necesitó de tus servicios y que te has buscado una compañera.

—El rey no tenía nada que no pudieran curar unas cuantas horas de sueño profundo y sin sobresaltos —contestó Telamón.

—¡Mirad, un buen presagio!

Hefestión señalaba hacia el cielo, donde un águila planeaba en el viento, mientras escrutaba el llano en busca de una presa. Aristandro asintió. Intentó disertar sobre por qué las águilas traían buena suerte, pero nadie le hizo mucho caso. Hefestión tenía problemas con la acémila y Alejandro le tomaba el pelo.

—Si no eres capaz de dominar a una pobre bestia, ¿cómo puedes mandar a una brigada?

Hefestión le replicó con una obscenidad. Alejandro soltó la carcajada y se volvió para señalar el panorama.

—¡Una buena tierra! —gritó por encima del hombro—. Al menos, para la caza. Mirad cuántas variedades de árboles: olmos, robles, fresnos, laureles y abetos —manifestó señalando los bosquecillos que salpicaban la ondulada llanura de hierba—. Unos cuantos arroyos y ríos más y cualquiera diría que hemos vuelto a Macedonia.

Telamón recordó las llanuras, los ríos caudalosos, las marismas y los enormes bosques de su tierra natal. Sacudió la cabeza.

—Las llanuras de Tracia —susurró— nunca me harán añorar mi casa.

En cualquier caso, la campiña era agradable. Aquí y allá se veía alguna casa de campo donde se cultivaba, aunque la mayoría de los campesinos habían escapado a los pueblos cuando apareció el ejército de Alejandro. Había tramos del camino que estaban bordeados de abetos que ofrecían una sombra mitigante del calor de aquella mañana, que a Telamón se le hacía cada vez más difícil soportar. Lamentó que en las prisas por salir del campamento se hubiera olvidado el sombrero de alas anchas que muchos de sus compatriotas usaban para protegerse del sol.

—¿Por qué Alejandro ha decidido dar este paseo? —preguntó a Aristandro, quien cabalgaba en su jamelgo, sumido en sus pensamientos.

—Su Excelencia —respondió Aristandro en un tono sardónico— siempre se ha caracterizado por su impetuosidad. Lamento que decidiera no traer más guardias —apuntó mirando por encima del hombro a los dos oficiales de caballería, que charlaban alegremente como niños a los que llevan de excursión.

—El campamento está cerca —señaló Telamón—. Aquí no corremos ningún peligro.

Aristandro sacudió la cabeza, como si tuviera dudas.

—Un rey nunca está seguro —comentó—. También estoy preocupado por mi enano, Hércules. Lleva horas sin dar señales. ¿Lo has visto esta mañana, Telamón? ¿Cuándo fuiste a la jaula de los esclavos para escoger a esa perra pelirroja?

—Casandra. Mi amiga y ayudante se llama Casandra.

—Y el mío es Hércules, quien parece haber desaparecido —replicó el custodio de los secretos vivamente—. Todos tenemos cosas más importantes que hacer que trotar por un camino como un hatajo de palurdos campesinos. Mi señora —preguntó a Antígona—, ¿los guías continúan asustados?

—Después de ver morir asesinados a dos de ellos, y sus cuerpos consumidos en la pira funeraria, es lógico que lo estén. Además, tienen la sensación de que ya no se confía en ellos.

—¡Ah! ¿Te refieres a los tesalios que ahora los protegen?

—O los vigilan para que no deserten.

—Es la misma cosa —murmuró Aristandro encogiéndose de hombros mientras sujetaba las riendas con mano firme—. Todos estamos metidos en el mismo baile, rodeados por hombres armados —apuntó avivando al caballo para ir a cabalgar junto a Alejandro.

—¿Por qué viniste aquí? —preguntó Telamón a Antígona—. ¿Por qué sencillamente no esperaste a que el rey cruzara el Helesponto?

—Soy griega de nacimiento —respondió la sacerdotisa sonriendo—. Por crianza y educación. También soy pariente lejana de Alejandro —añadió ampliando su sonrisa—. Conocí muy bien a su padre. No, no —aclaró levantando una mano en un gesto cargado de delicadeza—, ¡no de esa manera! Filipo cruzaba el Helesponto muy a menudo para inspeccionar las tropas y establecer una cabeza de puente. Me había encontrado antes con él; gracias a su influencia, me dieron el templo en Troya. Por supuesto, todo el mundo viene a Troya, incluido Filipo. Esto fue hace unos cinco años. Me trajo a mis dos doncellas tesalias: Aspasia y Selena. Filipo venía a visitarme, a rendir culto a la diosa y a hablar. ¡No sabes cuánto hablaba Filipo! Decía que marcharía hasta los confines del mundo y lo haría resonar con sus victorias. Rogaba para que un segundo Hornero cantara sus éxitos.

—¿Alguna vez te dijo por qué?

—Filipo era un niño en un cuerpo de hombre —contestó Antígona—. Casi tanto como Alejandro —apuntó bajando el tono de voz—. Se veía a sí mismo como el gran héroe. El nuevo Agamenón que viviría tantas aventuras como Ulises. Yo solía burlarme y le decía que en realidad su único deseo era alejarse lo máximo posible de Olimpia. Nunca lo tomó a mal —apuntó sacudiendo la cabeza y mirando a lo lejos—. Era de una generosidad increíble. ¿Conoces la historia de Queronea? —preguntó sin esperar la respuesta—. Filipo derrotó a los ejércitos unidos de Grecia y se emborrachó. Comenzó a bailar por el campo de batalla. Un cautivo ateniense, Demades, gritó que Filipo se estaba comportando como un bárbaro, sin demostrar el menor respeto por los muertos. Cualquier otro rey hubiera mandado que le cortaran la cabeza. Filipo recuperó la sobriedad en el acto. Se disculpó por su comportamiento, liberó a Demades, lo colmó de riquezas y lo envió de regreso a Atenas como su representante.

—¿Estás hablando otra vez de mi padre? —preguntó Alejandro, que había estado

escuchando la conversación a pesar del ruido de los cascos y la charla de sus compañeros—. ¿A ti también te encantó, Antígona?

—Encantaba a todo el mundo —respondió la mujer—. Algunas veces, me llevaba a navegar en una barca de pesca. Pescaba la cena y la cocinaba.

Alejandro se encogió de hombros despreocupadamente y fue a reunirse otra vez con Hefestión.

—Sin embargo, Alejandro no es Filipo —susurró Telamón—. ¿Por qué has venido?

—Traje a los guías. También traje información y, por encima de todo lo demás, me traje a mí misma, una señal de buena fortuna —avisó acercándose un poco más—. Créeme, Telamón, Alejandro necesitará toda la buena fortuna que los dioses quieran concederle.

—¿Qué me dices de las doncellas tesalias que fueron asesinadas antes de llegar a Troya? ¿Por qué Filipo reinstauró la costumbre? —preguntó el físico.

—Quería más compañeras —contestó Antígona—. Te dije cómo recogía la información. Aspasia y Selena interrogan a los viajeros, sobre todo a aquellos que llegan de la corte persa. Filipo quería que las tesalias no sólo fueran buenas compañeras para mí, sino que también escucharan y transmitieran sus informes.

—¿Eres una espía macedonia, mi señora?

—Soy sacerdotisa de Atenea —respondió con una sonrisa que inundaba sus ojos—. Por supuesto que soy una espía macedonia, y los persas no pueden tocarme. Si alguien quiere entrar en contacto con Alejandro o las ciudades de Grecia, acude al templo de Atenea en Troya.

—¿Te sorprendiste cuando uno de los generales de Memnón acudió a ti?

—¡Ah sí, el renegado! Tiene a un jefe de caballería, Lisias, quien, creo, quiere cambiar de bando. Tenía que reunirse con Alejandro en Troya. Sin embargo, le avisé del cambio en los planes. Lisias había sido traicionado, probablemente por el espía cercano a Alejandro.

—¿Sospechas quién puede ser el espía?

—Nadie lo sabe —replicó Antígona con un tono brusco—. Sea quien sea, lleva activo desde hace tiempo. Filipo también tuvo que soportar las actividades del mismo traidor. El rey no sabe si sólo es una persona, o si son dos o incluso una red.

—¿Qué me dices de sus compañeros? —inquirió Telamón intrigado por el alcance de la traición.

—Corren algunos rumores. Hay quien murmura el nombre de Aristandro. Incluso he llegado a escuchar el nombre de Olimpia.

—¿Olimpia?

—En los últimos años, odiaba a Filipo. Tenía muchas reservas sobre la campaña de su hijo. Lo mismo pasa con otros. Mira a tu alrededor, Telamón: los físicos con quienes te codeas, los compañeros de copas de Alejandro... ¿Has escuchado hablar de Parmenio?

—¿El general de Alejandro en Asia, el comandante de la cabeza de puente?

—¿Sabes cuántas veces intentó contratar guías? Al menos cinco. Fracasó en todas. En una ocasión, contrató sin saberlo a hombres al servicio de Persia y tuvo que retirarse ante las tropas de Memnón —apuntó Antígona tirando de las riendas—. Oh no, las señales no son buenas. No todos quieren que Alejandro marche hasta el confín del mundo.

Telamón se inclinó para palmear el pescuezo del caballo. La situación comenzaba a aclararse. Recordó la expresión de astucia en el rostro de Ptolomeo y los ojos asustados de Perdicles. ¿Había cometido un error esta mañana? ¿Alejandro había sido sólo la víctima del exceso de bebida y una pesadilla? ¿O se trataba de algún veneno muy sutil? Telamón miró hacia el cielo. Por primera vez desde su llegada, se preguntó si el mundo del que le había rescatado estaba a punto de abatirse sobre él para atraparlo de una vez por todas.

Capítulo VII

«Memnón, el rodio, famoso por sus dotes militares, abogaba por una política de no librar combates abiertos... mientras que, al mismo tiempo, planteaba el envío de fuerzas navales y terrestres a Macedonia y trasladar el impacto de la guerra a Europa».

Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, libro 17, capítulo 18.

Droxenius y sus cuatro compañeros sudaban la gota gorda. Trotaban bajo el sol, cargados con las armaduras a los hombros. Ahora se detuvieron a la sombra de una higuera. Droxenius se quitó la túnica y los demás hicieron lo mismo. Movieron los cuerpos empapados para aprovechar al máximo el frescor de la brisa. Vestidos sólo con los taparrabos y calzados con las recias sandalias de marcha, las armaduras y las armas apiladas a un lado, compartieron el pan duro y el áspero vino. Droxenius se encargó de cortar el pan y le echó una pequeña cantidad de la valiosa sal con una ancha hoja a modo de salero. Levantó el trozo de pan en un saludo a sus camaradas.

—¡Por los muertos! —murmuró.

—¡Por los muertos! —corearon los demás.

Acabaron de comer el pan y la sal y vaciaron el pellejo de vino y lo arrojaron a un lado. Después miraron hacia el sol y escucharon con unción mientras su líder entonaba un himno de alabanza al gran conquistador y siempre victorioso Apolo. Droxenius cogió la espada y la sostuvo de manera que la hoja brillara al sol. Luego bajó el arma y miró a su alrededor, con una mirada triste.

—Si cualquiera de vosotros quiere marchar...

—Ya tienes nuestra respuesta —replicó uno de sus compañeros mientras cogía un puñado de hierba que utilizó para secarse—. ¡Victoria o muerte!

—Muy bien —replicó Droxenius sonriendo—. Vamos a reflexionar unos minutos.

Se levantó para ir hasta el límite de la sombra. La mente del capitán de los mercenarios estaba llena de recuerdos e imágenes. Los fantasmas se agrupaban a su alrededor: su bella esposa, su hermana y su hermano, las facciones rudas de su abuelo; la casa, cerca del Cadmea en Tebas, con las paredes encaladas, los patios y los huertos en flor, todo convertido ahora en una masa de cenizas y restos calcinados. Él y sus compañeros habían jurado por la tierra, el cielo, el agua y el fuego, por lo más sagrado, que vengarían la destrucción. A pesar de que la venganza era la razón de su vida, a Droxenius le resultaba difícil pensar en la muerte en un día como éste. El esplendor de la hierba que se extendía ante sus ojos, amarillenta por el sol, y la alfombra de jacintos y azafrán como un mar de pétalos azules y naranjas, los frondosos árboles, los tamariscos con sus capullos de colores vivos, los diferentes

tonos verdes de los sauces y los olmos, todo evocaba recuerdos de días felices.

Uno de los compañeros se le acercó.

—Somos muy afortunados. ¿Cómo lo has sabido?

—El tirano es impetuoso —respondió Droxenius, sin volverse—. Es la única debilidad de Alejandro. Lo ha hecho antes, esto de salir a cabalgar hacia lo desconocido con un puñado de compañeros. Algunas personas dicen que es un gesto de amistad. Otros, que necesita alejarse para pensar. Da igual. Ahora se nos presenta la ocasión, nuestra gran oportunidad. Nunca tendremos otra —sentenció mirando hacia el cielo.

—¿Qué haremos si salimos victoriosos? —preguntó el mercenario.

—Nos abriremos paso hasta la costa. Robaremos una barca o capturaremos un pesquero, y regresaremos para reclamar nuestra recompensa. No hace falta decir nada más.

Volvieron a reunirse con los demás y se prepararon para el combate. Se pusieron las túnicas y, encima de éstas, las corazas de placas de bronce. Cada uno ayudaba al otro: unían las dos mitades de la coraza, ataban los lazos, aseguraban los cierres de los hombros y abrochaban la correa que rodeaba la cintura para mantener unida toda la estructura. Se colocaron las faldas de guerra, que caían como una cortina de correas de cuero hasta las rodillas, y se ciñeron los cinturones con las espadas. Ataron bien las sandalias y se sujetaron las espinilleras de bronce acolchadas para protegerse las piernas. Luego recogieron los escudos y deslizaron los brazos por las correas, para después equilibrarlos cuidadosamente y asegurarse de que las correas aguantaban. Formaron un círculo, Droxenius tendió la mano con la palma hacia arriba y los cuatro compañeros la cubrieron con las suyas.

—Se tiene que hacer —susurró Droxenius—. ¡Así que, a por él!

Recogieron los grandes yelmos corintios con los penachos rígidos, cada uno teñido de un color diferente. Los yelmos transformaron completamente su apariencia y ahora parecían la encarnación de los dioses de la guerra. Los pesados yelmos les tapaban las orejas y gran parte de sus rostros quedaba oculta por el ancho protector de la nariz, que les llegaba hasta el labio superior. Droxenius volteó el escudo y contempló la cara de la gorgona pintada en el frente.

—Si esta cara —musitó— bastara para convertir a mis enemigos en piedra...

Desenvainó la espada. Los demás hicieron lo mismo y, detrás de su líder, cruzaron el campo. Los arbustos y los árboles los ocultaron mientras avanzaban sigilosos como lobos hacia la guardia de Alejandro.

Telamón estaba sentado a la sombra de un roble. Contemplaba el alegre fluir de las aguas del arroyo que corría unos pocos pasos más allá. Se habían quitado las sandalias y, después de lavarse los pies, habían saciado la sed. Hefestión se había encargado de repartir las viandas. Aristandro estaba de mal humor y rezongaba quejándose de que no le veía ningún sentido a todo esto. Antígona y Telamón se comieron el último trozo de queso, sumidos en sus pensamientos. Alejandro y

Hefestión estaban sentados, como dos chiquillos, con las cabezas juntas. El rey le daba instrucciones sobre lo que aún quedaba por hacer. Telamón decidió no hacer caso de las protestas de Aristandro y se reclinó en el tronco del árbol.

—¿Lo has escuchado? —le preguntó Alejandro—. Hefestión dice que sólo disponemos de provisiones para otros treinta días. Después tendremos que comenzar a vivir de lo que dé la tierra.

—Mis noticias todavía son peores, mi señor —respondió Telamón, sin siquiera molestarse en abrir los ojos y espantando a una mosca molesta—. Si nos quedamos mucho más, el campamento se volverá inhabitable. Las letrinas rebasarán su capacidad y, con el aumento de la temperatura, las enfermedades no tardarán en propagarse.

—¡Hay que hacer el sacrificio! —insistió Alejandro—. ¡Después marcharemos!

Telamón abrió los ojos. Había oído un ruido al otro lado de la cumbre de la colina, donde se encontraban los guardaespaldas reales. ¿Había sido un grito? ¿El estrépito de metales? Hefestión y los demás no hicieron caso, pero Alejandro se volvió, con la expresión de un sabueso, y murmuró algo por lo bajo. El físico estaba seguro de que había sido una maldición. Aristandro advirtió la inquietud de Telamón.

—¿Qué pasa?

Telamón se levantó y caminó alrededor del roble, con la mirada puesta en la colina. Atisbo un movimiento; se le secó la boca. Cinco figuras aparecieron en la cumbre. Por alguna razón, recordó inmediatamente unas líneas del poema de Hornero: la sorpresa de los troyanos cuando Aquiles abandonó su tienda y avanzó hacia ellos. Durante unos segundos, las cinco figuras permanecieron allí, oscuras y siniestras, recortadas contra el cielo. Hefestión se levantó de un salto.

—Quizá sea un grupo que viene del campamento —opinó.

Telamón miró hacia donde estaban los caballos maneados, sin los arreos ni las monturas.

—Ni lo pienses —le dijo Alejandro en voz baja secándose el sudor de las manos en la túnica—. Los caballos se espantarán y tendremos que cabalgar cuesta arriba. ¡Serán más un incordio que una ayuda!

Telamón miró por encima del hombro. Antígona no había dicho ni una palabra. Permanecía inmóvil, con los ojos muy abiertos y el rostro pálido; movía los labios silenciosamente como si recitara una plegaria.

—No provienen del campamento —afirmó Telamón—. No creo que vengan a traernos vino y pan fresco. Los dos guardaespaldas tienen que estar muertos. Han venido a matarnos.

Las cinco figuras avanzaron, no en una carga, sino sin prisas, cuidadosamente. La brisa trajo el tintineo de las armaduras y el escalofriante roce de las sandalias en la hierba. Los cinco iban armados como los hoplitas. No llevaban capas y se movían como un solo hombre, separados por menos de un palmo. El sol brillaba en las espadas desenvainadas y en los escudos sostenidos contra los pechos.

—Son mercenarios —murmuró Alejandro—. Mirad cómo van vestidos, los anticuados yelmos, cómo llevan los escudos, ni demasiado altos ni demasiado bajos, con los cuerpos ligeramente vueltos, preparados para unir los escudos como protección ante una lluvia de flechas.

—¡Éste no es un campo de ejercicios! —exclamó Aristandro—. Tendríamos que haber traído arcos y flechas y más guardaespaldas.

Alejandro sonrió, mientras se balanceaba sobre las puntas de los pies.

—Podríamos correr más rápido que ellos —sugirió Hefestión.

—Tú y yo, quizá, Telamón, sí —respondió el rey—. ¿Pero Aristandro y Antígona? En cualquier caso, Alejandro de Macedonia no escapa ante nadie.

Telamón estaba bañado en sudor, con la garganta reseca. Recordó la daga que había desfundado en la taberna de Tebas y cómo la había clavado tan rápido, tan fácilmente en el cuerpo de aquel oficial persa. ¿Podría volver a hacer lo mismo? A pesar del miedo, estaba fascinado por la reacción de Alejandro; el rey se divertía, disfrutaba con la proximidad del combate.

—¿Qué hacemos? —preguntó Hefestión.

Los cinco hoplitas continuaban avanzando lentamente y con paso medido. Telamón distinguió los ojos brillantes y los rostros barbudos. Percibió el olor —sudor y cuero— y se preguntó quién los había enviado.

—Tendremos que pelear —advirtió Alejandro acercándose a las armas y desenvainando la espada con el pomo de marfil, al tiempo que recogía la capa y se la envolvía en el brazo izquierdo y Hefestión y Telamón le imitaban—. Aristandro —ordenó el monarca—, llévate a Antígona al otro lado del arroyo. Camina hacia los caballos. Si esto resulta como no debiera, ¡haz lo que puedas!

—Puedo pelear —afirmó la sacerdotisa—. Tengo una daga.

—¡Entonces reza para que no tengas que emplearla en ti misma! —bromeó Hefestión.

Alejandro se apartó de la sombra del roble y fue hasta el pie de la colina.

—¡Hefestión, tú a la izquierda! ¡Telamón, a la derecha! —ordenó—. Haced exactamente lo que os diga. Debemos detenerlos antes de que acaben de bajar la cuesta. Si tienen que pelear en la pendiente, se sentirán inseguros.

Alejandro avanzó con paso enérgico, la espada junto a la pierna. Telamón hizo una pausa para secarse el sudor de las manos. Empuñó la espada y siguió al rey. Alejandro escogió su posición: con el roble a la espalda. Telamón a la derecha, Hefestión a la izquierda. Esperaba con un pie adelantado y balanceando la espada atrás y adelante. Telamón miró por encima del hombro. Aristandro y Antígona habían cruzado el arroyo. Los cinco mercenarios parecían un tanto desconcertados por la confianza de Alejandro. El cabecilla se detuvo. A sus compañeros y a él les costaba mantener el equilibrio en la fuerte pendiente de la colina. Se detuvieron en una línea silenciosa. Telamón los observó por turnos. Por la manera de caminar, las armaduras abolladas, la manera de sostener los escudos, los cuerpos ligeramente vueltos y las

espadas por delante, los identificó como veteranos que vendían sus servicios por todo el mar Medio.

—¡Compañeros griegos! ¡Soldados! —gritó Alejandro—. ¿Qué asunto os trae aquí? ¿Perteneceís al campamento?

El líder, con el penacho teñido de un color rojo sangre, se adelantó. Telamón vio su rostro barbudo y sus ojos brillantes; también entrevió una cicatriz que ya había visto antes: recordó al soldado que había estado de guardia en la entrada de la jaula de los esclavos por la mañana.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Alejandro al cabecilla—. ¿Por qué estás aquí?

—Mi nombre es Droxenius —contestó el jefe—. No pertenecemos a tu campamento. Somos de Tebas.

—¡Ah! —replicó Alejandro exhalando un profundo suspiro—. ¿La sangre de tus seres queridos mancha mis manos?

Droxenius asintió.

—¿Has venido por tu cuenta o te enviaron?

—Traemos un mensaje del general Memnón.

—Ah, el renegado rodio.

—¡Para el asesino macedonio!

—¡Tú no eres mejor! —replicó Alejandro—. Asesinos en una calurosa tarde de primavera.

El cabecilla levantó la espada como un saludo.

—Te hemos dado un aviso, que es mucho más de lo que tú hiciste con nuestras familias en Tebas.

Telamón escuchó los gemidos y protestas de Aristandro. Tenía la sensación de estar soñando. La sombra del roble, la hierba, el canto de los pájaros, nítido y puro, la fragancia de las flores silvestres y, mezclada con ella, el hedor de la guerra, el cuero, el bronce, la sangre derramada, el choque de los metales, los gruñidos y las maldiciones de los hombres que luchaban por sus vidas... Todo aquello de lo que su padre había querido protegerlo. La capa enrollada en el brazo izquierdo le pesaba como si fuera de plomo. Se volvió de lado. Alejandro mantenía la cabeza ligeramente inclinada a la izquierda; observaba a Droxenius como si lo hubiese reconocido. El capitán mercenario se había reunido otra vez con sus compañeros. Alejandro permaneció inmóvil. El hombre a la derecha de Droxenius susurró algo. El cabecilla volvió la cabeza.

—¡Ahora! —gritó Alejandro adelantándose rápidamente.

Telamón, sorprendido, lo siguió. Los mercenarios también se movieron, pillados con la guardia baja, pero entonces Alejandro se volvió bruscamente y tiró de la capa de Telamón. El físico escapó, pegado a los talones del rey, que se detuvo a la sombra del roble, junto a la orilla del arroyo. Los mercenarios, tomados por sorpresa, también cargaron, pero la pendiente y la fuerza de la carrera los desestabilizó. Uno de ellos perdió pie y rodó por tierra, mientras que a otro se le enganchó el penacho del yelmo

en las largas ramas del roble. La línea se rompió.

—¡Ahora, Telamón! ¡Ahora, Hefestión! —gritó Alejandro—. ¡A pelear!

El rostro del monarca estaba rígido, un tanto pálido, con los ojos brillantes. Telamón no pudo más que obedecer. Alejandro y Hefestión se adelantaron seguidos por Telamón. El enemigo estaba desorganizado. Alejandro se enfrentó a su oponente y después se movió velozmente a la derecha, al tiempo que descargaba un golpe con la espada en la carne expuesta entre el yelmo y la coraza. Hefestión chocó contra el escudo de su rival con tanta fuerza que lo derribó. Con la velocidad del rayo, Hefestión clavó la espada por debajo de la falda y le abrió el bajo vientre; el mercenario soltó un alarido escalofriante y comenzó a revolcarse. Alejandro avanzó para acabar con el hombre que se había roto el tobillo en la caída y Hefestión se volvió para enfrentarse a Droxenius mientras Telamón separaba los pies, dispuesto a enfrentarse con el mercenario que se había enganchado el yelmo en las ramas del roble. El hombre se había liberado y ahora avanzaba con el escudo en alto; movía la espada como la lengua de una serpiente. Telamón intentó desesperadamente recordar las lecciones que había aprendido en el campo de ejercicios en Mieza. Alejandro había vuelto más favorable la situación, pero Telamón no se atrevió a pedirle ayuda. Hefestión golpeaba con su espada el escudo de Droxenius. Más allá del roble, Alejandro mantenía un duelo mano a mano con el mercenario caído. El oponente de Telamón era un veterano, con los cabellos, el bigote y la barba grises y el rostro moreno surcado por una multitud de cicatrices; los labios entreabiertos dejaban ver los dientes podridos. La insignia de su escudo mostraba a un bailarín de toros cretense. El mercenario movió el escudo cautelosamente, con una sonrisa de complacencia. Era consciente del nerviosismo y la poca capacidad para el combate del físico.

—¿Eres la nena del grupo? —susurró con un tono áspero.

Telamón no respondió. Avanzó y su rival dio un paso atrás.

—¡Ven aquí, bonita! —se burló el veterano.

Telamón aflojó la capa que llevaba en el brazo, una treta que le había enseñado Cleito el Negro. El mercenario se lanzó al ataque. Telamón se apartó y le arrojó la capa a la cara. El hombre sin detenerse levantó una mano para apartar la capa. El físico levantó la espada y la descargó, con los ojos casi cerrados, contra la cabeza del hombre. La hoja se hundió, chocó contra el hueso, y se deslizó de la mano de Telamón. El mercenario se volvió. Telamón estaba indefenso, pero una mirada le bastó para saber que el hombre agonizaba. La sangre manaba a chorro de una tremenda herida que le abarcaba de la oreja a la barbilla. El tesalio se inclinó hacia un costado. Tosió. Ahora le salía sangre por la nariz y la boca. Se le cayó la espada de la mano inerte. Después cayó de rodillas y, con un gemido, se desplomó de costado.

Telamón recogió la espada. Alejandro estaba de rodillas junto al cadáver de su rival; limpiaba la espada frotándola en la hierba. Droxenius y Hefestión continuaban su combate. El capitán de los mercenarios había dejado caer el escudo. Hefestión

había perdido la espada. Ahora estaban como dos siniestros amantes sujetos en un abrazo mortal, jadeaban mientras se empujaban para soltarse. Hefestión estaba decidido a arrebatarse el arma. Alejandro caminó hacia ellos como quien da un paseo. Se acercó a Droxenius por detrás, luego se movió a un lado y, antes de que el mercenario llegara a saber lo que estaba pasando, le hundió la espada entre las costillas, a través de la abertura entre las dos piezas de la coraza. Hefestión lo apartó de un empujón. Droxenius trastabilló y cayó de rodillas. Alejandro, sin soltar la espada, sujetó el penacho de crin de caballo y le arrancó el yelmo. Droxenius estaba perdido en su propio mundo de dolor. Extraños sonidos escapaban de su boca.

—Droxenius —murmuró Alejandro como si el hombre fuese su amigo, mientras aquel hombre, agonizante, levantaba la cabeza. Alejandro levantó la espada, que trazó un arco de plata mientras cruzaba el aire y decapitó limpiamente al mercenario. La cabeza rodó por el suelo. La sangre brotó del torso todavía erguido como el espumeante chorro del surtidor de una fuente. El rey tumbó el cuerpo de un puntapié y caminó de regreso hacia el arroyo. Telamón cayó de rodillas y, aunque lo intentó, no pudo evitar el mareo y vomitó todo lo que había comido y bebido. Tenía frío; su cuerpo se estremeció mientras miraba a los cadáveres dispersos por el terreno, a su propio oponente, que lo miraba con los ojos ciegos. El mercenario a quien Hefestión había herido en el bajo vientre continuaba gimiendo en un charco de sangre cada vez mayor. Telamón se volvió cuando oyó el sonido de la daga al cortar la carne seguido por el último gemido ahogado del hombre. El yelmo del hombre aún estaba colgado de una de las ramas del roble. Entre los hierbajos, yacía despatarrado el cadáver bañado en sangre de la otra víctima de Alejandro. Telamón advirtió que tenía a Hefestión a su lado, que le echaban la capa sobre los hombros y le acercaban la bota de vino a la boca.

—Vamos —murmuró Hefestión—. Bebe, Telamón. Confía en mí —le dijo agachándose—. Aunque yo no sea físico.

Telamón bebió.

—Ya está bien —advirtió Hefestión apartando la bota y ayudando a Telamón a levantarse.

Caminaron juntos hasta el arroyo. Aristandro y Antígona estaban sentados con Alejandro, que se había lavado las manos y ahora se interesaba solícitamente por el bienestar de Aristandro y Antígona. Guiñó un ojo a Telamón y palmeó el suelo a su lado.

—¡Siéntate, siéntate! Ya se te pasará.

Telamón obedeció. La bota de vino pasó de mano en mano. Hefestión y Alejandro charlaban animadamente como una pareja de chiquillos. Antígona estaba pálida, todavía conmocionada por lo que había presenciado, y Aristandro continuaba con las protestas.

—¿Por qué no trajimos a Cleito el Negro o a más guardaespaldas?

Alejandro, todavía con la excitación de la batalla, se secó el sudor de los brazos.

—Si voy a alguna parte, ¿debo llevar conmigo a la mitad de Macedonia? Te doy gracias, padre Zeus, por los favores dispensados a tu hijo —proclamó levantando el rostro y las manos al cielo—. Haré sacrificios como testimonio de mi agradecimiento. Interpretaré esta victoria como una muestra de tu buena voluntad —concluyó, bajando las manos y agachando la cabeza.

Telamón cerró los ojos. Alejandro se sentía feliz, no sólo por su amor al combate, a la conquista y a la victoria; había buscado una señal y se la habían concedido. El físico abrió los ojos y miró al monarca, que oraba para sus adentros con la cabeza inclinada. ¿Alejandro había esperado que ocurriera esto? ¿Había salido intencionadamente a campo abierto en busca de alguna señal, algún testimonio de la aprobación divina? Aristandro tenía toda la razón, incluso aquí en Tracia: Alejandro se encontraba entre enemigos, hombres dispuestos a cortarle la cabeza y recibir la cuantiosa recompensa ofrecida por sus enemigos, tanto en la patria como en el extranjero. Telamón se quitó la capa.

—Ahora ya estoy mejor —anunció, sintiéndose un tanto somnoliento pero ya sin aquel mareo ni escalofríos.

—¿Estás herido? —preguntó Alejandro.

—Sólo en mi dignidad.

Hefestión se encogió de hombros.

—Entonces es una cuestión de: «Físico, cúrate a ti mismo».

Telamón se levantó para ir de nuevo al lugar donde se había librado el combate. Los cadáveres mostraban las primeras señales de rigidez y los charcos de sangre se coagulaban; las moscas se posaban sobre los muertos como nubes negras. Quería escapar y ya había subido casi hasta la mitad de la ladera cuando el rey lo alcanzó.

—No te ofendas por las bromas de Hefestión —le dijo Alejandro entrelazando su brazo con el de Telamón—. Lo has hecho muy bien, físico. Un guerrero que mata a su primer hombre en combate.

—Confío en que será el último —replicó Telamón antes de hacer una pausa—. ¿Por qué viniste aquí?

En el rostro de Alejandro no se veía ahora ni una sola arruga; tenía la piel tersa, era un rostro del pasado. La mirada de sus extraños ojos era limpia y sincera. Telamón se fijó en las líneas de la risa alrededor de la boca, en los cabellos ensortijados de un color oro rojizo, en el dulce perfume que siempre emanaba del cuerpo de Alejandro, con independencia de los esfuerzos que hiciera.

—Buscabas una señal, ¿no es así? Sabías que los asesinos infiltrados en el campamento vigilan todos tus movimientos.

—Mi vida está en manos de los dioses, Telamón. Tengo un destino que cumplir —proclamó Alejandro en un tono de voz amable, pero duro como el hierro—. Hubiese salido bien librado aunque todas las hordas de Persia hubieran atravesado el arroyo. Tus sueños fueron correctos, físico: mi fortuna ha cambiado —apuntó apretando el brazo de Telamón—. Me has traído buena suerte. Tienes todo el derecho

a llevar la corona de plata. Has luchado junto a tu rey y has ganado *aristeia*. Valor en combate —precisó viendo la extrañeza en el rostro de Telamón al escuchar la palabra—. Ahora, mientras Hefestión se ocupa de los caballos, vayamos a ver qué ha pasado con esos pobres desgraciados que supuestamente eran mis guardaespaldas.

Los dos oficiales de caballería yacían muertos en la hierba unos pocos pasos más allá, al otro lado de la cumbre. Los charcos de sangre casi coagulada eran un festín para las moscas. Uno de los hombres ni siquiera había tenido tiempo para desenvainar la espada; lo habían matado instantáneamente con un golpe en el cuello. El segundo estaba a unos pasos más allá, tumbado de cara al cielo, con los ojos abiertos y una mano cerca del tajo que le había cercenado la garganta.

Telamón señaló colina abajo, hacia la hierba alta mecida por el viento.

—Seguramente estaban echando una cabezada, ¡pobres tipos! Droxenius y los demás se acercaron hasta aquí sigilosos como gatos. No es buen negocio ser soldado y dormir a campo abierto.

Alejandro quitó los fajines a los cadáveres: la insignia de su regimiento.

—No se las merecían. ¡Los hombres que me protegen no deben dormirse!

—¿Eso me incluye, Alejandro?

El rey comenzó a bajar la colina y le indicó a Telamón con un gesto que lo siguiera.

—Telamón, el espía en mi corte zumba como un invisible tábano furioso que pica y escapa. Bien, quienquiera que sea, ya ha picado más de la cuenta y demasiado profundo. Si Aristandro no puede atraparlo, entonces te toca a ti —añadió sujetando la mano de Telamón y apretándosela con fuerza—. Puedo contratar a más guías, pero ya hemos perdido a los mejores.

—¿Crees que esto ha sido obra del espía?

Alejandro hizo una mueca sin detenerse.

—Quizá. Mi vida descansa en las manos de los dioses, pero recuerdo el proverbio: «Los dioses ayudan a aquellos que se ayudan a sí mismos». ¡La fortuna puede ser una puta caprichosa!

—¿Qué hacemos con los muertos? —gritó Hefestión, que ahora estaba con los demás al pie de la colina.

—¡Déjalos donde están! —le respondió Alejandro—. Ya enviaremos a que los recojan cuando volvamos al campamento.

—¿Debemos poner a los mercenarios en la picota? —preguntó Aristandro.

—No. Eran guerreros. Quitadles las armas. Las pondremos como un trofeo ante el altar a la puerta de mi tienda. Venga, es hora de irnos; estoy sediento y estoy seguro de que Ptolomeo nos aguarda con buenas noticias.

El pabellón real resplandecía con la luz de las lámparas de aceite colocadas en las mesas y las que colgaban de cadenas de plata en los palos que sostenían el techo de la tienda. El aire caliente olía a perfume. Telamón se preguntó cuánto duraría esta celebración. Alejandro y sus compañeros más cercanos brindaban con vino que

contenía muy poca agua. El monarca vestía con una túnica roja con vivos dorados y llevaba una corona de plata en la cabeza. Había insistido en que Hefestión y Telamón vistieran de la misma forma. En el exterior de la tienda, Telamón había visto los trofeos al entrar: las armaduras y las espadas de los mercenarios con el yelmo de Droxenius en lo alto de la pila. Los cadáveres de los tesalios ya no eran más que cenizas, incinerados en la pira funeraria que Alejandro había mandado encender en la costa.

Antígona ofreció un bol de fruta a Telamón.

—El rey está de muy buen humor —comentó.

—Tiene muchas razones para estarlo —replicó Telamón—. Ve su triunfo como una sonrisa de Zeus.

—También está el hallazgo de Ptolomeo, ¿no?

—Ah sí —asintió el físico.

Ptolomeo había encontrado un toro del blanco más puro. Habían llevado el animal al ara que daba al mar. El rey había reunido a sus guardaespaldas. Habían encendido las hogueras, quemado el incienso y hecho las libaciones, pero Alejandro no había dejado nada al azar. Antes de comenzar el sacrificio, había ordenado a Aristandro que se escribiera en el antebrazo derecho, que mantuvo convenientemente tapado, una frase de la *Ilíada*: «Los dioses se regocijan contigo».

Habían traído el toro y lo habían degollado. Aristandro había encontrado que los auspicios no podían ser más favorables. Había llorado de alegría mientras se limpiaba la sangre del brazo y mostraba a los sacerdotes, y a todos los que se encontraban a su alrededor, el misterioso mensaje que había aparecido escrito en su antebrazo. Alejandro había sido aclamado con grandes voces de alabanza y el estrépito de las armas. El soberano había montado en su corcel negro. Se había dirigido a las tropas con breves y apasionadas frases que habían sido retransmitidas por los heraldos que llevaban los bastones blancos distintivos de su cargo.

—¡Los dioses han dado su aprobación! —gritó, y sus palabras volaron en las alas del viento—. ¡La gloria del Olimpo nos rodea! ¡El camino a Asia está abierto! ¡Cabalgaremos como reyes a través de Persépolis!

Sus palabras fueron respondidas con el feroz grito de guerra macedonio, «¡Enyalios! ¡Enyalios! ¡Enyalios!», y el batir de las espadas en los escudos.

En su regreso al pabellón real, Alejandro se había mostrado eufórico y su júbilo se había contagiado a todo el campamento. Los escribas del ejército, al mando de Eumenes, ya estaban ocupados con las listas de revistas y controlaban cuidadosamente todas las nuevas llegadas. Los alguaciles recibieron órdenes de expulsar a los vagabundos, los pordioseros, las prostitutas y los malhechores del campamento. Los hombres volvieron a sus unidades. Se reforzaba la vigilancia en todo el perímetro del campamento. Ya se habían dado las tan esperadas órdenes: el ejército se embarcaría dentro de dos días; la flota estaba preparada. En menos de una semana, desembarcarían en Asia.

Telamón echó una ojeada a su alrededor. Alejandro había anunciado que ésta sería la última noche de celebraciones. El rey se levantó tambaleante, con la copa cogida con las dos manos. Miró a sus compañeros: Ptolomeo, Hefestión, Seleuco, Amintas, Cleito y el último en llegar, el general favorito de su padre, el canoso Parmenio, con el rostro marcado por las cicatrices. Él había establecido la cabeza de puente en Asia y era el responsable de la flota que transportaría al ejército a través del Helesponto.

—¡Habéis comido y bebido bien! —gritó Alejandro—. ¡Mis cocineros os han llenado las barrigas con los mejores platos!

Los gritos de aprobación saludaron sus palabras. Las cocinas reales habían trabajado al máximo y no habían escatimado en sus delicias: platija cocida en vinagre, aceite de oliva y alcaparras; mariscos; jabalí sazonado con hierbas; frutas, nueces y pasteles bañados en miel. El vino había corrido como el agua y nadie había escapado de sus efectos: ojos brillantes en rostros enrojecidos miraban al rey.

—¡He llenado vuestras barrigas! —repitió Alejandro—. ¡Ahora os prometo que llenaré vuestros corazones con la mayor de las glorias y vuestros tesoros con el oro persa!

Una vez más, las aclamaciones fueron estruendosas. Telamón miró a su izquierda. Antígona miraba a Alejandro, con los ojos encendidos, los labios húmedos, la boca entreabierta. Ella también había bebido sin medida y brindado muchas veces con el rey, muy honrada por el respeto que le había demostrado Alejandro. Era algo muy poco frecuente que una mujer asistiera a estas fiestas.

—¡Lucharemos y venceremos! —gritó Ptolomeo.

—¿Dónde está Aristandro? —preguntó la sacerdotisa.

Telamón sacudió la cabeza. El custodio de los secretos del rey había regresado al campamento, furioso. Había hecho una magnífica actuación en el sacrificio. Después se había retirado a su tienda para rabiarse en paz y preocuparse por la desaparición de su enano.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Quién falta? —exclamó Alejandro levantando una mano para acallar los gritos de Ptolomeo y mirando a su alrededor tambaleándose, aunque Telamón se preguntó si de verdad estaba tan borracho o sencillamente fingía—. ¿El custodio de los secretos del rey continúa enfadado conmigo? —farfulló—. ¿Todo porque estuvo a punto de sentir el frío del hierro? Ve a buscarle, Telamón —ordenó dejando la copa de vino y dando una palmada.

Uno de los guardaespaldas salió de entre las sombras detrás del sofá. Alejandro cogió la espada y el escudo y golpeó la hoja contra el borde. Comenzó a bailar y los demás se unieron a esa danza guerrera después de coger las espadas y los escudos que les trajeron los guardias. Se subieron a los divanes y luego formaron un círculo en el centro de la tienda marcando el ritmo con los golpes de las espadas en los escudos. Entraban y salían del círculo gritando el grito de batalla macedonio.

—Es como Filipo —susurró Antígona—. Hierro y sangre, la perspectiva de la victoria —manifestó señalando discretamente a los bailarines que interpretaban su

propia música.

Telamón, contento de tener una excusa para marcharse, saludó a Antígona con un gesto, se escabulló por uno de los laterales y salió al fresco aire nocturno. Esperó un par de minutos para permitir que la brisa le refrescara el rostro y el cuello. A lo lejos sonaban las campanas de los centinelas que se pasaban los unos a los otros: un sistema creado por Alejandro para asegurar que el perímetro estaba sellado y que ningún guardia se quedara dormido.

El físico se dirigió a la tienda de Aristandro. Ante la entrada, montaban guardia los miembros del coro, que recibieron a Telamón como a un hermano perdido, aunque no parecieron muy dispuestos a dejarle pasar.

—¡Es una orden del rey! —les advirtió Telamón.

—¡Ya está bien, dejad pasar al muchacho! —ordenó Aristandro desde el interior.

Levantaron la tela de entrada de la tienda. Telamón entró y se detuvo sorprendido. Aristandro estaba solo, reclinado en un diván rodeado de pequeñas lámparas de aceite. Era casi imposible reconocer al nigromante: llevaba el rostro cubierto con una gruesa capa de maquillaje, se había pintado los labios y las uñas de un color rojo violento y se había dibujado anillos de kohl negro alrededor de los ojos. Vestía una túnica de mujer negra y dorada con un manto blanco sobre los hombros. Cómodamente instalado en los cojines, sostenía con mucha elegancia una copa con el pie de plata, mientras que la otra revoloteaba sobre un plato de ciruelas maduras.

—¡Pasa, muchacho! —susurró Aristandro.

Telamón se sentó en el taburete que le ofrecía. De no haber estado tan sorprendido, se hubiera echado a reír, pero la mirada de amenaza en los crueles ojos de Aristandro hizo que mantuviera el rostro impassible.

—Un hombre tiene que relajarse al final de la jornada —comentó Aristandro con un mohín—. ¿Qué puede ser mejor que relajarse como una mujer? Pasé tanto miedo, Telamón, ante aquellos hombres horribles con aquellas espadas tan siniestras... ¿Por qué Alejandro se negó a llevar más guardaespaldas? ¿Por qué no me dejó llevar a mis preciosos chiquillos? ¡El coro hubiese acabado con ellos en un periquete! ¿Quieres una copa de vino? Podrías presenciar una de sus actuaciones. Son muy buenos interpretando *Los pájaros* de Aristófanes.

—Aristandro...

—¡No, llámame Narcisa!

—Aristandro —continuó Telamón sin hacer caso de la mirada de reproche que recibió—, el rey reclama tu presencia en la tienda. Sabe que estás enojado.

—Pues tendrá que esperar. Todavía estoy alterado. Me preocupa mucho Hércules. Siempre está aquí cuando anochece. No tengo a nadie que me sirva. ¿Te gusto, Telamón? —preguntó inclinándose hacia delante.

—¿Por qué el rey confía en ti?

Aristandro agitó un dedo.

—Eso es lo que me gusta de ti, físico, que siempre eres claro como el agua. ¡Por

las tetas de los caballos, Telamón es lo que ves! En respuesta a tu pregunta, chico, el rey confía en mí porque... —movió una mano con coquetería—, porque confía en mí. Sé muchos secretos. Descubro a sus enemigos. Los destruyo.

—No se puede decir que estés haciendo un buen trabajo con Naihpat.

—No, lo reconozco. Es como pretender atrapar la bruma.

—¿Cuánto tiempo hace que existe Naihpat?

—Unos cuatro años, quizá cinco.

—¿No tienes ninguna pista?

—Ninguna en absoluto.

—¿Por qué es tan peligroso este espía? —quiso saber Telamón.

—Los persas conocen nuestros secretos —respondió Aristandro—. No tardaron en descubrir los planes de Filipo para Asia. A Parmenio le resultó difícil, casi imposible, establecer una cabeza de puente. No le fue muy bien contra Memnón, que le obligó a retroceder.

—¿Así que tiene que ser alguien cercano a la corte macedónica?

—¡Eres un chico muy listo!

—¿Han ocurrido antes otros asesinatos?

A Aristandro le tembló el labio inferior.

—Algunas personas creen que sí. Están en lo cierto. Hay quienes creen que Filipo fue asesinado por orden de Naihpat y de Mitra, su amo.

—El asesinato de Filipo fue obra del loco Pausanias, uno de los antiguos amantes de Filipo, violado y atormentado por algunos de los amigos del rey.

—Era el candidato ideal —replicó Aristandro con una sonrisa astuta—. Es muy fácil convencer a un loco, animar sus deseos de venganza.

—¿O sea que no fue Olimpia?

—No he dicho tal cosa —manifestó Aristandro tajantemente—. Hay tantas teorías sobre el asesinato de Filipo como pelos tiene un oso. Créeme, Telamón —continuó Aristandro quitándose la peluca rubia y arrojándola al suelo—, he buscado a Naihpat por todas partes como un perro que olfatea en una granja. Sospechaba que Naihpat cobraba de los atenienses, pero he comprado Atenas y no he descubierto nada. No, es persa, persa en cuerpo y alma. Su trabajo es evitar que Macedonia cruce el Helesponto. Ése es el motivo por el que enviaron hoy a esos mercenarios, la razón por la que asesinaron a los guías y por eso el pobre Hércules... —concluyó interrumpiéndose con la voz quebrada.

—¿Crees que tu enano descubrió algo?

—Quizá. Hércules se desliza como una sombra por el campamento. Estaba muy interesado en tus amigos físicos —apuntó agachando la cabeza y sonriendo—, sobre todo en Perdicles y su relación con el general Ptolomeo. ¿Sabes algo al respecto?

Aristandro le miró imperturbable. Aristandro se inclinó hacia él.

—Tienes dudas, ¿verdad? ¿Sobre los mercenarios, los que hoy intentaron matarnos?

—He estado pensando —respondió Telamón echando una ojeada a la tienda.

Se preguntó qué estaría haciendo Casandra. Apenas había tenido un momento para hablar con ella a su regreso. Había visto la tienda limpia y ordenada, y Casandra incluso había dicho que había encontrado algunas hierbas que podían ser muy útiles.

—¿En qué ha estado pensando mi buen físico?

—En que Naihpat asesinó a los guías, y quizá, Apolo no lo quiera, incluso a tu enano Hércules, si es que se acercó demasiado. Pero lo de los mercenarios no lo tengo tan claro.

Aristandro apartó las piernas del diván y se sentó. Comenzó a quitarse los collares y brazaletes.

—Estoy intrigado, Telamón.

—Los persas quieren que Alejandro cruce el Helesponto y entre en Asia —continuó Telamón—. Es obvio; el propio rey me lo ha dicho. Si Darío quisiera, no tendría más que silbar para reunir una flota de guerra o, lo que es peor, desembarcar un ejército en Tracia. Quiere que Alejandro entre en Asia para derrotarlo, capturarlo, deshonrarlo y matarlo. Si Naihpat es su espía, cumplirá las órdenes de Darío: confundir a Alejandro, asustarlo, sabotear a su ejército, pero dejarle seguir.

Aristandro se levantó. Se quitó el vestido de mujer y dejó a la vista su cuerpo huesudo, que cubrió rápidamente bajo una túnica verde oscuro con un cordón dorado en la cintura.

—Entiendo lo que dices, Telamón. ¡Muy bueno! Esta tarde aquellos malditos dijeron que los había enviado Memnón, y es probable que sea cierto. Por lo tanto, eso indicaría, y a Alejandro le interesará saberlo, que hay tensiones entre Memnón y sus amos persas. Cuando Darío se entere de lo sucedido, se pondrá furioso. Se ampliará la brecha entre Memnón y Darío. Tú conoces a los persas, Telamón: no les gustan los griegos —le advirtió sentándose en el diván y golpeándose los labios con la punta de los dedos—. ¿Puedo ser yo quien se lo diga a Alejandro?

—Será un placer —respondió Telamón—. La conclusión es tuya.

—Memnón tiene fincas no muy lejos de Troya —observó Aristandro chasqueando la lengua, un gesto que había copiado de Olimpia—. Diré a Alejandro que no se debe causar el menor perjuicio a estas posesiones. Veamos si podemos ampliar más la división entre el odio y sus patrones. ¡Venid aquí, chiquillos! —gritó.

El coro entró en tropel. Aristandro pidió agua y una toalla para lavarse la cara y las manos. Sonrió mientras se lavaba.

—Ah, por cierto, Telamón, no comentes con nadie lo que me has dicho esta noche, y menos con Ptolomeo. Nada le agradaría más que... —Aristandro se interrumpió al escuchar unas voces fuera de la tienda.

—Me dijeron que te encontraría aquí —dijo una jadeante Casandra, mientras entraba con la cabellera revuelta y los ojos hinchados de sueño.

—¿Qué ocurre, muchacha? —preguntó Aristandro.

—¡Critias, el dibujante de mapas, ha sido asesinado en su tienda!

Capítulo VIII

«Alejandro estaba ansioso por entrar en acción y se oponía a cualquier demora».

Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, libro 17, capítulo 16.

El asesino dejó un mensaje —comentó Alejandro en voz baja—. La amenaza habitual: «El toro está preparado para el sacrificio. Todo está listo, el verdugo espera» —prosiguió, agitando el trozo de pergamino que sostenía entre los dedos.

—¿Dónde lo dejaron? —preguntó Telamón.

—A su lado en el suelo.

Telamón se agachó: la sangre que había manado de la herida en el costado de Critias se había coagulado en el suelo. El puñal estaba clavado casi hasta la empuñadura. Oyó un muy leve estallido cuando lo sacó de la herida, y lo observó atentamente. Era idéntico al otro: una hoja de bronce con una empuñadura de alambre, con la forma de un ala a cada lado.

—Ya he hecho las averiguaciones pertinentes —manifestó Aristandro—. Estas dagas se venden en muchos tenderetes del mercado. Los celtas los fabrican en sus herrerías y los exportan al sur.

Telamón sopesó la daga: ligera, fácil de llevar, con una punta muy aguda y los bordes serrados, se deslizaría limpiamente en la carne de un hombre para arrebatarse la vida. Dejó el arma y se movió a gatas alrededor de la mesa y la silla.

—¿Qué haces? —le preguntó Alejandro con un tono de burla—. ¿Olfateas el rastro?

—¿Es así como encontraron el cadáver? —preguntó Telamón levantándose.

—Tal como lo ves —respondió Alejandro—. El centinela comenzó a sospechar. Hacía rato que no escuchaba nada y se preguntó si todo iba bien. Critias, por lo general, salía a dar un paseo o pedía que le trajeran una jarra de vino. Era un hombre al que le gustaba charlar. Cuando el soldado levantó la tela de la entrada esto fue lo que vio: la lámpara encendida y a Critias tumbado sobre la mesa. El charco de sangre, que reflejaba la luz, le llamó la atención.

—Lámalo —le pidió Telamón.

Aristandro hizo pasar al centinela: un rudo muchachote macedonio con el pelo negro ensortijado, sin afeitar, y los ojos enrojecidos por el cansancio.

—Ven, siéntate a mi lado —le invitó Alejandro—. No pasa nada. Trabajas en una granja en las afueras de Pella, ¿no?

—No, mi señor, un poco más al sur.

—Ah sí, sí.

Alejandro habló durante unos minutos de las cosechas, la riqueza de la tierra, la

dificultad que representaba talar los árboles para disponer de más tierras de labranza. Luego el rey señaló el cadáver.

—¿Hablabas a menudo con él sobre Macedonia?

—Mi señor, hablábamos de todo. Algunas veces Critias me invitaba a entrar; otras salía él.

Se apagaron dos de las lámparas de aceite. Aristandro fue a buscar otras dos.

—¿Hablasteis esta noche? —preguntó Telamón.

El centinela vaciló.

—Responde a la pregunta —insistió Alejandro con un tono amable.

—Estaba aburrido. La noche se me hacía muy larga. Levanté la tela de la entrada. Critias estaba reclinado sobre la mesa. Se había quedado dormido, con la cabeza apoyada en los brazos.

—¿Así que se había quedado dormido?

—Oh sí, esto fue entre la primera y la segunda guardia. Era algo que Critias hacía con frecuencia. Echaba una cabezada y después se despertaba. Cuando comenzó la tercera guardia, volví a levantar la tela de la entrada. Vi la sangre y di la voz de alarma. Los físicos no estaban muy lejos. Charlaban como un grupo de cuervos, reunidos alrededor de la hoguera, con una jarra de vino. Uno de ellos fue a despertarte, señor —indicó señalando a Telamón—. La mujer pelirroja dijo que estabas en la fiesta.

—De eso puedo dar fe —declaró Alejandro con una sonrisa ladina—. Yo era el único sobrio.

—¿Alguien abandonó la fiesta? —inquirió Telamón.

Alejandro sacudió la cabeza.

—Algunos de ellos ni siquiera podían sostener las copas, y mucho menos empuñar una daga. Tienes los ojos somnolientos —observó sujetando al centinela por los hombros—. ¿Pudo alguien pasar a tu lado sin que le vieras?

El soldado se hubiera levantado de un salto de no haber sido que Alejandro lo sujetaba con fuerza.

—¡No me mientas, muchacho!

—Nunca te mentaría, mi señor. Lo juro por el alma de mi madre. Me senté, pero con la lanza apoyada en los muslos de forma tal que cruzara la entrada. Nadie puso pasar por allí. Incluso si me hubiese quedado dormido, cosa que no hice, un intruso hubiera tropezado con mi lanza. En cualquier caso, la tela de la entrada estaba atada. Critias la cerraba para protegerse de la brisa nocturna. Cada vez que quería verle, tenía que desatar los nudos.

Alejandro dio una moneda al muchacho, le palmeó en la cabeza como si fuese un perro y lo despidió.

Telamón se levantó y volvió a mirar la silla con mucho interés.

—¿Qué es lo que tanto te intriga? —preguntó Aristandro.

—No han movido el cadáver, ¿verdad? —intervino Alejandro acercándose a

Telamón—. ¿Es eso lo que te intriga?

Telamón no respondió a la pregunta. Sacó el cadáver de la silla y lo dejó cuidadosamente en el suelo. Luego apartó la silla.

—Mira las marcas. Son profundas y limpias. Critias tuvo que estar sentado aquí durante horas; es aquí donde lo mataron. Lo que me intriga no sólo es cómo entró el asesino, sino que la muerte tuvo que ser instantánea.

—¿Critias estaba dormido? —apuntó Alejandro.

Telamón señaló la copa vacía.

—Cuando se bebe mucho vino —murmuró—, el sueño de un hombre es muy profundo. ¿Me permites, mi señor?

Alejandro lo miró con desconfianza pero le dejó hacer. Telamón le señaló la silla y le pidió que se sentara.

—Sospecho que el asesino se acercó a Critias, que dormía profundamente, por detrás —sugirió Telamón apoyando los dedos en la garganta de Alejandro—. Le cortó la garganta y luego le clavó la daga en el costado.

—¿Cómo es que Critias no gritó? —preguntó el custodio de los secretos del rey.

—El asesino sencillamente levantó la cabeza de Critias, le tapó la boca con la mano y le rajó la garganta de oreja a oreja. A continuación, le bajó la cabeza suavemente, clavó la daga en el costado del cadáver y dejó la nota en el suelo junto a la silla.

—Yo he hecho lo mismo con los centinelas enemigos —manifestó Alejandro—, y ellos estaban despiertos. Critias murió sin darse cuenta de nada.

Telamón volvió a fijarse en la mesa. Estaba cubierta con trozos de pergamino; dibujos a tinta ahora manchados de sangre.

—¿Dónde están los mapas?

Alejandro se acercó a un pequeño cofre de color claro, hecho con madera de cedro del Líbano. Abrió el cierre, levantó la tapa y soltó una maldición.

—¡Aquí sólo hay cenizas! —exclamó.

—¡Imposible! —gritó Aristandro.

—Aquí había al menos siete mapas —declaró Alejandro—. Critias iba a dármelos en cuanto cruzáramos el Helesponto.

Telamón cogió el cofre. Las cenizas cayeron al suelo como plumas grises.

—Estaban aquí esta noche —afirmó Alejandro—. Vine a ver a Critias. Él me los enseñó. Conversamos sobre la ruta al sur desde Troya. Me describió en detalle los vados.

El físico observó atentamente el interior del cofre, que presentaba manchas de ceniza. Sin embargo, no se apreciaba ninguna señal del fuego en la madera.

—¿Qué es esto? —susurró Aristandro arrebatando el cofre a Telamón—. Tenemos un cofre que contiene mapas y pergaminos enrollados y atados con un cordón. Su autor es apuñalado y los mapas acaban convertidos en cenizas sin que la madera ni siquiera se chamusque —observó agitando el cofre en el aire—. Mi señor,

soy un nigromante. Nada de todo esto debe trascender —advirtió bajando la voz todavía más—. Los hombres hablarían del fuego celestial, de la furia de los dioses. ¡Perderíamos todo lo que ganamos con el sacrificio!

—¡Eso es imposible! —exclamó Alejandro agarrando el cofre y pasando la mano por el interior antes de devolvérselo a Telamón; la madera estaba en perfecto estado y el monarca, desconcertado, comenzó a pasearse de un extremo al otro de la tienda golpeando con el puño la palma de la otra mano—. ¡Telamón, se supone que tienes los ojos de un halcón! ¡Aristandro, tú eres el custodio de mis secretos! ¡Sin embargo, me atacan en campo abierto, asesinan a mi dibujante de mapas y reducen a cenizas todo su trabajo!

Telamón no hizo caso del enfado del rey y se dedicó a inspeccionar atentamente cada uno de los trozos de la tienda. Todas las piezas de cuero estaban tensas y aseguradas en los agujeros. Ni una sola de las tiras se veía floja ni presentaba señales de haber sido manipulada. El físico salió al exterior. Se había reunido una enorme multitud. Vio a Ptolomeo, que parecía notablemente sobrio. Antígona, abrigada con una capa, conversaba con un muy asustado Perdicles. Telamón no respondió a sus preguntas. Caminó alrededor de la tienda sin apreciar ningún detalle fuera de lo normal. No parecía que nadie hubiese tocado los vientos y las estacas a las que estaban atados. Empujó las piezas de cuero; estaban tan tirantes que no se hubieran podido levantar para deslizarse por debajo. Volvió al interior de la tienda. Alejandro seguía fascinado con el cofre. Aristandro permanecía mudo; su expresión lúgubre era un claro testimonio de que había recibido una severa reprimenda de su amo. Telamón volvió a inspeccionar la escena del crimen: el cadáver que él mismo había dejado en el suelo, alumbrado por la luz de las lámparas; el charco de sangre en la mesa; la daga celta con alas en la empuñadura; el montón de cenizas, y el trozo de pergamino arrugado con la nota del asesino.

—¿Qué es todo ese jaleo? —preguntó Alejandro.

Levantaron la tela de la entrada de la tienda y entró Ptolomeo acompañado por Antígona y Perdicles.

—¿Qué pasa?

Ptolomeo echó una ojeada, sin pasar por alto ningún detalle.

—Otro cadáver, ¿eh?

La expresión de Alejandro borró la sonrisa burlona del rostro del general. Antígona se arrodilló junto al cadáver de Critias. Le sujetó el rostro suavemente con las manos y murmuró una plegaria.

—No preguntes nada, porque no lo sé —manifestó Alejandro—. ¡No tengo ninguna explicación para lo que ha ocurrido aquí!

Antígona miró el montón de cenizas en el suelo, con una expresión preocupada.

—Mi señor —dijo—, la muerte de Critias es un revés muy severo.

—Es algo que se debe mantener en secreto —ordenó Alejandro—. Eso también vale para ti, Perdicles. En cualquier caso, ¿qué queréis? ¿Por qué estáis aquí?

—Cleón se ha ido.

—¿Qué?

Telamón se acercó.

—¿Cleón? —preguntó recordando su rostro regordete y bondadoso y sus ensortijados cabellos rubios.

—Se ha llevado todo el equipaje con él —confesó Perdicles—. Los medicamentos y los manuscritos. ¡Todo ha desaparecido!

—¿Desde cuándo? —preguntó Alejandro.

—Marchó a primera hora de la tarde. Lo vieron cerca de los corrales —precisó Perdicles encogiéndose de hombros—. ¡No ha vuelto!

—¡Se ha ido! —exclamó Alejandro—. ¡Se ha ido sin mi permiso!

—Es un hombre libre —apuntó Ptolomeo—. Tiene su propio caballo. Como cualquiera de nosotros, puede ir y venir a su antojo.

—¡No en este campamento! —exclamó Alejandro mientras sujetaba a Ptolomeo por un hombro y lo obligaba a darse la vuelta—. ¡No estás tan borracho como aparentas, amigo mío!

Telamón decidió intervenir antes de que estallara una pelea.

—¿Mi señor, puedo hablar contigo un momento a solas?

Alejandro los despidió a todos, incluido a Aristandro, que miró a Telamón como si quisiera fulminarlo con la mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó Alejandro vivamente.

—En este ejército, tienes de todo —respondió Telamón—. Has contratado a físicos para tu atención personal y la de aquellos que forman parte de tu corte —observó mientras Alejandro asentía con expresión severa—. Sé la razón por la que me llamaste, pero no la de traerte a los demás.

—¡Sangradores y curanderos! —exclamó Alejandro encogiéndose de hombros—. De éstos hay a montones. Los buenos físicos escasean. Quizá no te agraden tus colegas, Telamón, pero tenéis mucho en común. Todos sois muy hábiles. No tenéis patria y, por encima de todo, no tenéis nada que perder acompañándome. Mi madre preparó una lista; tu nombre la encabezaba. Lo mismo con los demás. Todos tenéis secretillos que mi madre conoce —advirtió dejando ir una carcajada desabrida—. Todos habéis tenido tratos con Macedonia, y no sois muy populares en otros lugares. Todos compartís una gran falta —observó habiendo cogido la daga que estaba sobre la mesa y sacudiéndola para que cayeran las gotas de sangre mientras miraba a Telamón con el entrecejo fruncido—. A los físicos, como a los filósofos, les gusta mucho viajar. Todos habéis cruzado el Helesponto. Habéis tenido tratos con los griegos y los persas. Todos podríais estar a sueldo del enemigo. Leontes está claro que lo estaba. Ahora todo parece indicar que el gordo y amable Cleón tenía un pie en cada bando.

—¿Por qué decidiría marcharse precisamente ahora? —preguntó Telamón, sospechoso de la actitud despreocupada de Alejandro.

—¿A qué te refieres?

En el exterior discutían airadamente. La voz chillona de Aristandro se escuchaba con toda claridad.

—¿Por qué Cleón decidió marcharse ahora? —insistió Telamón—. ¿Es posible que sea el espía Naihpat?

Alejandro puso los ojos en blanco.

—Es posible. Él, como los demás, estuvo al servicio de mi padre. Lo contrataron como físico del ejército. Conoce alguno de nuestros secretos. No tengo claro si Naihpat es de carne y hueso o sólo es una sombra, pero, desde luego, Cleón pudo haber envenenado a la muchacha y haber asesinado a los guías.

—Si no lo he entendido mal —comentó Telamón—, Cleón escapó antes del sacrificio, así que no sabe que estamos a punto de cruzar el Helesponto, ni se le puede implicar en el asesinato de Critias. Quizá Cleón simplemente se aburrió o...

Alejandro se inclinó hacia adelante con una expresión alerta.

—¿O qué?

—Al parecer abandonó el campamento después de nuestro regreso. ¿No podría ser Cleón el propio Naihpat o su mensajero? Escapó para comunicar a sus amos el fracaso de la intentona de asesinato. Es una información de mucho interés, una cuestión muy urgente para ellos.

Alejandro se levantó para pasar un brazo por los hombros de Telamón. El físico olió el vino en el aliento del monarca.

—No me dejarás, ¿verdad, Telamón?

—Como tú mismo has dicho, no tengo otro lugar al que ir.

—Aristandro está fuera de su terreno —consideró Alejandro apartando el brazo—. Está acostumbrado a escurrirse por los pasillos de palacio. Es muy bueno a la hora de espiar a los demás, pero no sabe cómo pillar a quienes nos espían. Ése es tu trabajo, Telamón —advirtió señalando el cadáver—. Quiero atrapar a Naihpat. Esto ha llegado demasiado lejos —lamentó después de exhalar un suspiro—. Ya podemos ordenar que incineren el cuerpo de Critias. Mañana el ejército saldrá de maniobras. Condenados haraganes, Ptolomeo y los demás sudarán la gota gorda —avisó golpeando suavemente el brazo de Telamón y se marchó.

Aristandro apareció en el acto. Telamón echó una última ojeada al interior de la tienda y, sin hacer caso de la amarga retahíla de lamentaciones del custodio de los secretos del rey, salió al exterior. Contempló el firmamento estrellado.

«Aquí está pasando algo muy extraño —musitó—. ¿Cómo es posible que Cleón se marchara sin más?». Se frotó los ojos como si quisiera librarse del cansancio. ¿Y qué pasaba con Alejandro? ¿Había algo falso en su cólera por la inesperada marcha de Cleón?

La brisa trajo el tañido de las campanas de los centinelas seguido por un toque de corneta que marcaba el cambio de las guardias en la noche. Telamón caminó hasta el límite del recinto real. Contempló los puntos de luz de las antorchas que llevaban los

oficiales mientras hacían las rondas. El centinela, apoyado en la lanza, le comentó que estaban preparando a las tropas para las maniobras de la mañana siguiente, y repitió la opinión de Alejandro: que ya era hora de que todo aquel maldito hatajo de gandules mostrara su valía.

Telamón dejó el recinto real. Vio a un grupo de oficiales del regimiento de escuderos que se llevaba el cadáver de Critias cubierto con una manta. Se dirigió a su tienda. Casandra había traído un catre. Dormía en el rincón más apartado. A Telamón le pareció gracioso ver como ella había movido la cama de él al rincón opuesto. Se quitó las sandalias y la túnica y utilizó un poco de la preciosa sal para lavarse los dientes. Se lavó la cara y las manos en una palangana y después se sentó en el borde de la cama. Se secó lentamente mientras reflexionaba sobre todo lo que había visto y oído.

—¿Cómo está el gran físico? —preguntó Casandra con un tono de voz ahogado—. ¿Otro asesinato? ¿Podrías decirme que está pasando?

—Te diré lo que está pasando —replicó Telamón al tiempo que se acostaba y se abrigaba con la áspera manta—, cuando lo sepa. Dime una cosa, ¿Casandra es tu verdadero nombre?

—¿Telamón es el tuyo?

El físico no respondió. Su mente, cargada con las imágenes de hoplitas, espadas en alto y escudos, se sumergió en un sueño inquieto.

Los toques de corneta y los gritos de los oficiales lo despertaron antes del alba. Los hombres, arrancados bruscamente del sueño, respondieron al toque de rebato y corrieron a reunirse con sus oficiales y estandartes.

—¿Qué está pasando? —preguntó la muchacha con voz somnolienta—. Es tan delicioso volver a dormir en una cama... ¡Puedes venir aquí si tienes ganas!

—No hablas en serio —murmuró Telamón—. Nuestro capitán general está a punto de pasar revista a sus tropas. No hay nada como unas maniobras para mantener contentos a los hombres. Después tendremos que ocuparnos de los cortes, las torceduras y los golpes. Te recomiendo que te vuelvas a dormir.

Telamón miró la pálida luz que se colaba por la entrada y una vez más pensó en los acontecimientos del día anterior: la sangrienta escaramuza junto al arroyo; Alejandro, resplandeciente con la capa roja, la coraza blanca, la faldilla de guerra con los vivos dorados y las espinilleras plateadas, con las manos extendidas, en agradecimiento a la intervención de Zeus; el banquete de celebración; el cadáver de Critias tumbado en un charco de sangre, con la herida abierta en el cuello como una segunda boca... Telamón intentó volver a dormirse, pero el estrépito del campamento era cada vez más fuerte. Un grupo de pajes decidió jugar un partido de pelota delante mismo de la entrada de la tienda. Telamón soltó un gemido. Apartó la manta, se levantó y caminó con paso inseguro hasta la entrada de la tienda. El centinela accedió a traerle un poco de agua y, si la encontraba, una jarra de cerveza aguada y algo de comer. Brillaba el sol, pero quedaba casi tapado por las grandes nubes de polvo

levantadas por los miles de hombres que marchaban. El soldado dio gracias a los dioses por estar de guardia y aseguró sentirse muy feliz de ocuparse de «buscar y traer». Telamón, con una pieza de metal muy afilada, se afeitó la cara, se recortó cuidadosamente la barbilla en punta y luego se lavó. Buscó una túnica limpia, se la puso y se abrochó el cinto de cuero.

—¡Casandra, te espero a la entrada de la tienda!

Telamón fue a sentarse en el exterior y se entretuvo mirando el partido de pelota de los pajes vestidos con túnicas blancas. Casandra acabó de asearse y salió de la tienda. Se acercó al físico y apoyó una mano en su hombro.

—Estoy hambrienta, Telamón. Tengo tanta hambre que sería capaz de comerme a uno de esos pajes.

El centinela regresó al cabo de unos minutos con dos boles de gachas con leche y miel. Sacó de debajo de la capa dos panecillos y un trozo de queso envuelto en un trapo que no destacaba por la limpieza.

—Se lo robé a uno de los cocineros reales —explicó—. Es lo mejor que he podido encontrar.

Gritó a los pajes que se marcharan a jugar a otra parte y, cuando no le hicieron el menor caso, Telamón les ordenó que fueran a buscarle una jarra de cerveza. Por fin uno de ellos asintió con una expresión insolente. Trajo la jarra y la dejó a los pies de Telamón. Sonaron otros toques de llamada. Los pajes se marcharon rápidamente. Telamón y Casandra recogieron la comida y la bebida y volvieron al interior de la tienda, donde el físico le informó rápida y brevemente de los asesinatos mientras desayunaban. La pelirroja no se perdió detalle.

—Siempre hay sangre —consideró encogiéndose de hombros—. Allí donde va Alejandro, aparecen los asesinatos y las muertes violentas. Sin embargo, la solución en este caso es extraordinariamente sencilla. El asesino quiere asustar a nuestro gran conquistador y privar de ojos a su ejército cuando desembarque al otro lado del Helesponto. Tendrías que dar gracias a los dioses: tuviste mucha suerte de escaparte con vida.

—Creo que había visto antes a Droxenius —comentó Telamón—. Estaba de guardia a la entrada de la jaula de los esclavos cuando te conocí —le describió al mercenario, y la muchacha asintió.

—¡Pobre desgraciado! —exclamó pasando el dedo por el bol para coger el último bocado—. Probablemente buscaba a algún superviviente de su familia: tenía una cicatriz que le cruzaba el rostro. No acabé de decidir si su aspecto era fiero o triste. En cualquier caso, está muerto —manifestó Casandra exhalando un suspiro—. Como todos nosotros dentro de muy poco.

Telamón le ofreció la jarra de cerveza. La muchacha bebió con fruición.

—Tienes una mirada de águila y el seso despierto.

—¿Cómo crees que asesinaron a estas personas? —le preguntó el físico.

Casandra hizo una mueca.

—Quizás el primer guía sólo había salido a tomar un poco el aire junto al acantilado. El segundo estaba borracho.

—¿Qué me dices de Hércules?

—¿El enano de Aristandro? Escuché hablar de él; reptaba como una serpiente de tienda en tienda. Quizá vio algo que no debía. Es muy sencillo ocultar un cadáver en el mar, el bosque o en los pantanos de los alrededores. El asesinato de Critias es otra historia, un auténtico misterio —observó frunciendo el entrecejo—. Un hombre sentado en su silla, con un centinela en la única entrada, aparece degollado, con una daga entre las costillas y sus mapas quemados, aunque el cofre que los contenía ni siquiera está chamuscado. No es de extrañar que el macedonio esté furioso. Los soldados son peores que los marineros cuando se trata de supersticiones. Nunca he atendido a ninguno que no llevara algún tipo de amuleto —observó justo antes de levantar la cabeza al escuchar un largo y estridente toque de corneta—. Pero estos asuntos no nos conciernen, amo, ¿o debo decir, Telamón? —preguntó sonriendo—. Alejandro está rodeado de traidores. Apostaría una daraica de oro contra una jarra de vino que los persas tienen más espías en este campamento que yo pelos en la cabeza. Al parecer, tu colega, Cleón, era uno de ellos —advirtió mientras se levantaba para ir hasta la entrada de la tienda—. ¿Alguna vez has combatido, Telamón?

—Nunca he estado en una batalla.

—Sólo he visto una batalla —comentó Casandra—. Cuando Alejandro atacó Tebas. La Banda Sagrada ofreció la última resistencia delante de la puerta de Electra. Desobedecí la orden del sacerdote y me subí a lo alto del muro. Nunca había visto nada tan espantoso. Fila tras fila de hombres armados y aquellas terribles picas...

—Sarisas —le corrigió Telamón—. Tienen por lo menos treinta palmos de largo.

Casandra se acercó al físico y se arrodilló a su lado.

—¿Qué tiene de especial el ejército de Alejandro? ¿Qué les convierte en victoriosos?

Telamón buscó el escudo que le había dado el armero: una rodela de bronce con un forro de cuero y correas. En la brillante superficie, aparecía un toro que embestía.

—¡Muy impresionante! —bromeó Casandra.

—El ejército griego —explicó Telamón, mientras pasaba un brazo por las correas del escudo— siempre combate con el escudo en el brazo izquierdo y la lanza en la mano derecha —precisó tocándose el pecho—. Por lo común, llevan una coraza que les protege el pecho y la espalda, una faldilla de cuero que les resguarda las ingles y botas forradas con un cuero muy suave, sujetadas con correas en la planta y el talón. Los soldados de caballería también las usan o calzan sandalias de suela gruesa. Algunas veces, los infantes combaten descalzos. Llevan sujeta una espada debajo del brazo izquierdo, y habitualmente una daga a la derecha. Se cubren la cabeza con el yelmo hoplita, que es muy abultado, con anchos protectores para la nariz y las orejas y penachos trenzados con crines de caballo. Sin embargo, estos yelmos se están quedando anticuados.

—Ahora llevan otros diferentes.

—Sí, el casco boecio, que se parece más a un casquete de cuero o bronce, abierto por delante con unas barras para proteger las mejillas y una solapa que les cubre la nuca.

—También he visto algunos con una cresta de gallo. Creo que son los cascos frigios, ¿no? Pero lo que quiero saber es qué hace que el ejército de Alejandro sea tan diferente.

—En el pasado, los hoplitas avanzaban —continuó Telamón—. Los ejércitos rivales chocaban y comenzaban los forcejeos y el combate mano a mano. Ahora bien, Casandra, si tú llevaras este escudo, ¿hacia qué lado te moverías?

—Hacia la derecha.

—¿Por qué?

—Porque tengo el lado izquierdo protegido por el escudo. Por lo tanto, naturalmente buscaría la protección del escudo que lleva mi compañero de la derecha.

—¡Muy bien! —exclamó Telamón quitándose el escudo—. Filipo de Macedonia y Alejandro cambiaron toda esta táctica con tres componentes básicos: la sorpresa, el desconcierto y la sarisa. Filipo solía darnos largas lecciones cuando venía a los huertos de Mieza. «¿De qué sirve llevar un yelmo tan pesado?», preguntaba a voz en cuello. «Si no puedes ver ni oír nada, no podemos decir que sea de mucha utilidad». Lo mismo es válido para los escudos y las corazas enfrentadas a una lanza larga, que fue el arma que introdujo Filipo —observó poniéndose de pie e indicando a Casandra que se levantara—. Ahora, tú eres un soldado macedonio. Llevas un escudo pequeño sujeto a tu muñeca izquierda, pero también llevas una lanza de treinta palmos de largo, hecha de madera muy dura y con un extremo muy pesado. ¿Cuántas manos vas a necesitar para llevarla?

—¡Dos! De acuerdo, comprendo que así las lleve la primera fila. Pero ¿dónde apoyo una lanza tan larga si estoy en la segunda fila?

—En el hombro del compañero que tienes delante.

—Ah, comienzo a verlo. ¿Si miles de hombres marchan con las lanzas a media altura...?

—Eso es —asintió Telamón—. Atacas al enemigo mucho antes de que se te acerque. Es como caminar directamente contra un enorme puerco espín o erizo. ¿De qué te sirve tu lanza corta? ¿El escudo de bronce y el yelmo? —mientras preguntaba, Telamón recordaba su propia excitación cuando Cleito los ejercitaba—. ¿Te imaginas, Casandra, a miles de sarisas que vienen directamente hacia ti, empuñadas por hombres entrenados que van acercándose a paso ligero? ¿Tú qué harías?

—Daría media vuelta y echaría a correr.

—Eso es lo que hacen los enemigos de los macedonios. Sin embargo, esto no es todo. Filipo comprendió el valor de la caballería. Empleó a la caballería para atacar al enemigo en coordinación con la infantería. De esta manera, provocaba la confusión y creaba una abertura para sus falanges.

—¿Qué tiene todo esto que ver con moverse hacia la derecha? —quiso saber la pelirroja inclinando la cabeza hacia un lado—. Sabes, Telamón, es la primera vez que te veo excitado.

Telamón sacudió la cabeza.

—No, no lo estoy. Sólo admiro la terrible belleza, el terror, la valentía, el arrojo y la pasión del guerrero. Ven, te enseñaré lo que es moverse a la derecha.

Cogieron los mantos y salieron de la tienda. El polvo comenzaba a posarse. El sol estaba alto y la fresca brisa matinal casi había desaparecido. Pidieron a un guardia que los orientara y atravesaron el campamento casi desierto. Las únicas personas que quedaban eran los alguaciles, los esclavos, los sirvientes, los soldados enfermos o heridos y los escribas de los diferentes secretariados. A lo lejos se levantaban nuevas nubes de polvo, que apagaban los toques de trompeta y los gritos de los hombres que se preparaban para el combate. Dejaron atrás el campamento, rodearon el lugar de los sacrificios y se unieron al resto de espectadores en la cumbre de un altozano que daba a la llanura barrida por el viento que Alejandro había escogido como escenario de las maniobras. Incluso Telamón contuvo el aliento ante el magnífico espectáculo: todo el ejército macedonio con el equipo de guerra completo, formado en una larga línea que comenzaba muy cerca del acantilado hasta casi perderse en el horizonte. Las tropas permanecían ahora en silencio. Cada unidad ocupaba el puesto asignado. Telamón señaló a Alejandro montado en Bucéfalo, resplandeciente con su capa roja, la coraza blanca y el impresionante yelmo en la cabeza. El rey cabalgaba a lo largo de la línea. Levantó la espada y, a su señal, los soldados comenzaron a golpear las armas contra los escudos al tiempo que proferían el escalofriante grito de guerra, que sonaba como un trueno, la llamada al dios de la Guerra macedonio.

«¡Enyalios! ¡Enyalios! ¡Enyalios!».

Cuando acabó la revista, Alejandro emprendió el camino de regreso, escoltado por su plana mayor. El polvo había comenzado a asentarse.

—¡La derecha! —Telamón sujetó el hombro de Casandra—. El corazón del ejército macedonio son los Compañeros, los regimientos de infantería y caballería.

—Ya los veo —contestó la muchacha—. Son aquellos vestidos con las capas rojas y las fajas del mismo color enrolladas en la cintura.

—Son macedonios —explicó el físico—. Llevan los cascos de bronce boecios. Míralos, tienen un reborde que rodea la cabeza y baja hasta la nuca. Esto les permite ver y oír con claridad. Los penachos de plumas o trenzados con crin de caballo distinguen a los oficiales. Llevan armaduras moldeadas con la forma de los músculos del torso. Están reforzadas con un cinturón y hombreras. Van armados con rodela y una lanza: una espada a la izquierda y a veces una daga a la derecha.

—¿Por qué las mantas de los caballos tienen diferentes colores? —preguntó Casandra.

—Son los colores de cada regimiento. Púrpura y amarillo, rojo y oro. Los comandantes llevan la piel de algún animal: leopardo, jaguar o pantera.

—¿Eso no los hace más visibles para el enemigo durante la batalla?

—Filipo decía lo mismo —afirmó Telamón—. A menudo su armadura era vieja y la manta de la montura parecía un harapo. Filipo era valiente, pero no le gustaba exhibirse —observó sacudiendo la cabeza—. Alejandro y sus compañeros sienten un gran orgullo no sólo dirigiendo, sino también en que los vean en cabeza. El coraje personal está a la orden del día.

—¿Quiénes son los otros grupos de caballería? —preguntó Casandra mientras el viento arrastraba nubes de polvo—. ¡Oh, mira! ¡Aquéllos! —exclamó al ver las dos alas del ejército donde ahora se distinguían los escuadrones de caballería.

Advirtió que los jinetes llevaban unos cascos muy extraños. También observó que algunos llevaban corazas e iban armados con lanzas y escudos, mientras que otros iban fuertemente armados y sobre los hombros llevaban pieles de animales salvajes.

—Los regimientos de tracios y tesalios —le explicó Telamón—. Los aliados de Alejandro.

—Ah, así que son ellos —susurró Casandra—. Los supervivientes de Tebas hablaban de monstruos salvajes montados a caballo.

—Que los dioses ayuden a cualquiera que caiga en sus manos —manifestó Telamón—. Son valientes, pero salvajemente despiadados. Los rumores hablan de que practican el canibalismo —apuntó mirando de reojo a la muchacha, que respiraba muy agitada y tenía la frente bañada en sudor; la visión de estos regimientos evocaba amargos recuerdos—. La caballería está organizada en escuadrones —continuó—. Cada uno cuenta con doscientos hombres con un capitán y un corneta. Cuatro escuadrones forman una brigada. Dos brigadas constituyen un regimiento. A su vez, varios regimientos forman una falange. El escuadrón principal son los «reales», que siempre tienen su posición a la derecha, el lugar de honor. Allí es donde ahora están Ptolomeo y los demás. Sólo son siete y ostentan el título de guardaespaldas reales; actúan como generales y comandantes de Alejandro.

—¿Qué son las unidades de caballería que están en la vanguardia?, ¿aquellos que llevan rodela y lanzas?

—Son los *prodromi*, los exploradores. Se despliegan delante del ejército. Dependen de lo que averigüen de los lugareños; por eso Alejandro contrató a Critias y a los demás guías. Los exploradores son útiles en los desiertos y las llanuras, pero, en territorio desconocido, más de una vez se ha dado el caso de que los exploradores han llevado a sus ejércitos a una emboscada.

Casandra señaló al extremo derecho del ejército, formado detrás de los guardaespaldas reales: una masa de arqueros, honderos y soldados de infantería con armamento ligero, junto a otros fuertemente armados con yelmos donde ondeaban los penachos multicolores.

—Verás a un grupo similar en el extremo izquierdo —dijo Telamón—. Tropas mercenarias: arqueros cretenses, infantes agrrianos, honderos. Todos los mercenarios del mar Medio acuden en masa para aceptar la promesa macedonia de

recibir el oro persa. Sin embargo, el ejército principal está en el centro, es la espina dorsal de Macedonia. ¡Ven!

Telamón llevó a Casandra hasta un lugar donde estaban solos. Se detuvieron para observar las filas de infantes con las largas sarisas apoyadas en el suelo.

—¡Van muy poco armados! —exclamó Casandra.

—Los hay de dos clases —explicó Telamón—. Primero, los falangistas; sólo llevan la túnica, botas y el sombrero chato o *causía*. Su arma es la sarisa. A cada lado de ellos, se encuentran los regimientos de guardias, los que llevan los yelmos frigios con la cresta de gallo.

—¿Los diferentes colores designan a los diferentes regimientos?

—Correcto —respondió Telamón sonriendo—. Los que llevan plumas son los oficiales. Los guardias llevan corazas, espinilleras y yelmos. Su tarea consiste en proteger los vulnerables flancos de los falangistas. La infantería está dividida en unidades. La menor es una fila de dieciséis hombres; una compañía incluye treinta y dos filas; tres compañías forman un batallón; dos batallones equivalen a un regimiento. Al igual que la caballería, cada uno tiene diferente color, por no mencionar a los cornetas, a quienes el secretariado del ejército enseña toda una serie de llamadas. Observa cómo los cornetas reales nunca están muy separados de Alejandro. Cada llamada significa una orden diferente: armas al hombro, avanzar, giro a la derecha, y muchas más cosas. Ahora lo verás.

A todo lo largo de la línea de batalla resonaban las cornetas. Cada unidad recibía la llamada y la transmitía a la siguiente. Telamón, que había visto esta escena muchísimas veces, sintió que el corazón daba un brinco en su pecho y comenzaba a latir deprisa. La línea comenzó a desplegarse. La caballería situada en los flancos se movía ahora hacia adelante, y algunos de los regimientos de infantería hacían lo propio, de forma tal que las tropas adoptaron una formación similar a los cuerdos de un toro. Detrás de la caballería, se encontraba la infantería con armamento ligero: los mercenarios, los honderos y los arqueros. La auténtica maravilla era el núcleo del ejército: los Compañeros de a pie y los regimientos de guardias. Como si estuviesen controlados por una gigantesca mano invisible, formaron rápidamente de diferentes maneras: desde grupos muy unidos a largas filas y, después, en unos rectángulos de cuatro hombres de frente y dieciséis de fondo erizados de lanzas. Las cornetas volvieron a sonar y los regimientos adoptaron otra formación de combate: pequeñas falanges o cuadrados de hombres, de ocho de frente y ocho de fondo. Las cornetas tocaron otra llamada y las falanges volvieron a unirse.

—Ahora ya lo ves —comentó Telamón—. Las unidades y los regimientos están formando para convertirse en una enorme falange.

Ahora las cornetas sonaron con una larga llamada que helaba la sangre. El grito de guerra macedonio resonó en la llanura con tanta fuerza que los pájaros huyeron espantados. Los falangistas comenzaron a avanzar lentamente. Las filas de vanguardia bajaron las sarisas; los que venían detrás apoyaron las suyas en los

hombros de los que tenían delante.

—¡Casandra! —exclamó Telamón—. Imagina que eres un soldado de caballería persa o un infante ateniense. Tienes a los regimientos de infantería que te amenazan por el frente; a los escuadrones de caballería, apoyados por la infantería ligera y sus auxiliares, que te machacan los flancos. No puedes entrar en contacto con el enemigo que tienes delante porque sus sarisas son tres veces más largas que tus lanzas. Intentas golpear las sarisas con la espada, pero te ves impedida en tus movimientos por los hombres que te rodean. Las sarisas se acercan...

Hizo una pausa. Las falanges aceleraron el avance y los golpes de miles de pies calzados con sandalias les marcaron su propio ritmo. Se escuchó un agudo toque de corneta. La enorme falange del centro se movía ahora casi a la carrera mientras la caballería avanzaba por los flancos al trote. Telamón se imaginó el terror, el miedo del enemigo enfrentado a un oponente tan formidable. Casandra lo sacó de su ensimismamiento.

—Veo cómo funciona aquí, en las suaves llanuras de Queronea, o frente a Tebas. ¿Qué pasa si se encuentran a las orillas de un río o en una zona de colinas boscosas?

—¡Ah! —exclamó Telamón sacudiendo la cabeza—. Allí es donde Filipo y Alejandro sobresalen por su ingenio.

Sus palabras fueron ahogadas por los toques de corneta. Toda la línea de batalla cesó en su avance y se detuvo como un solo hombre. Los oficiales gritaron y se escuchó una tremenda ovación.

—El rey los felicita —explicó el físico—. En respuesta a tu pregunta, te diré que el choque y la sansa son armas muy poderosas. Por último, no olvides la mejor arma de Alejandro: la sorpresa.

Se disponía a continuar cuando escuchó unos gritos. Miró por encima del hombro. Aristandro, Antígona y Selena se acercaban apresuradamente, seguidos por el coro, que en una camilla improvisada cargaba un cuerpo cubierto con una manta. Telamón salió a su encuentro. El rostro de Antígona estaba bañado en lágrimas y Selena parecía en trance.

—Es Aspasia —explicó Aristandro—. La encontraron muerta en el bosque.

Capítulo IX

«Aristandro... le dijo a Alejandro que no tenía motivos para alarmarse».

Arriano, *La campaña de Alejandro*, libro 1, capítulo 2.

No tardaron en reunirse con ellos los otros dos físicos, Perdicles y Nikias, que también habían estado presenciando las maniobras. Perdicles apartó la manta. Casandra soltó una exclamación. Incluso Telamón, acostumbrado a las mil y una formas de la muerte, sintió una punzada de piedad. La muchacha estaba cubierta de fango de pies a cabeza y el cieno verde del pantano sellaba la boca, la nariz y los ojos. Selena lloraba amargamente abrazada a Antígona. El dolor de la sacerdotisa resultaba todavía más impresionante debido a su silencio, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. El cadáver atrajo la atención de los demás. Aristandro ordenó al coro que formara un círculo para impedir que nadie se acercara a la camilla.

—Aquí no —dijo Telamón.

—Puedes usar mi tienda —le sugirió Perdicles.

Dejaron el campo de maniobras, donde todavía resonaban los gritos de los oficiales y las sonoras notas de las cornetas. Llegaron al campamento y fueron directamente a la tienda de Perdicles. Los celtas se encargaron de vigilar la entrada. Perdicles acercó unos taburetes para Antígona y Selena, Telamón, Nikias y Aristandro observaron el cadáver. Trajeron jarras de agua y trapos. Desnudaron a la joven muerta. Telamón advirtió que todavía llevaba puestas las joyas alrededor del cuello, en las muñecas y en los dedos: las quitaron todas. Con mucho cuidado, le limpiaron la boca, la nariz y los ojos y después el resto del cuerpo. La piel todavía era suave y los miembros flexibles. De no haber sido por los ojos y la boca entreabiertos, cualquiera hubiese supuesto que dormía.

—Murió hace muy poco —comentó Telamón—. ¿Tú qué opinas, Perdicles?

—No puede llevar muerta más de tres horas.

—¿Cómo murió? —preguntó Antígona.

—Mi señora, sin duda, tú sabes más que nosotros —replicó Telamón.

—¿Dónde la encontraron? —inquirió Perdicles.

—Salió esta mañana —respondió la sacerdotisa, con los ojos hinchados del llanto y la voz apagada—. Se llevó una cesta para recoger flores y hierbas. Fue hasta el bosquecillo que hay a unos veinte estadios del campamento.

—¿Por qué no fue nadie con ella? —quiso saber Perdicles.

Antígona sonrió tristemente al escuchar la pregunta.

—Era una doncella de Atenea. Ningún soldado se hubiera atrevido a levantarle la mano. No recibía otra cosa que el respeto de todos.

—¡No tendría que haber ido!

Todos se volvieron. Selena, con el rostro transido de dolor, se había cortado la mejilla con sus afiladas uñas; la sangre que manaba de los cortes manchaba su túnica de lana blanca.

—¡No tendría que haber ido! —repitió mientras miraba a los demás con una expresión de furia—. ¡Era mi amiga!

Selena se levantó tambaleante, con el cuerpo estremecido por la cólera. Descargó un puntapié contra el suelo, con los ojos resplandecientes, y abriendo y cerrando la boca varias veces, pero en su histeria sólo consiguió que de sus labios escapara un gemido ahogado.

—Yo me ocuparé de ella —avisó Antígona acercándose y rodeando los hombros de la muchacha con el brazo al tiempo que le murmuraba algo en una lengua desconocida para Telamón—. Es frigio, la vieja lengua de Troad, la zona alrededor de Troya —precisó mirando al físico y sonriéndole débilmente.

Las dos mujeres salieron de la tienda. Telamón continuó con el examen.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó.

—Por lo que he podido colegir —respondió Aristandro desde donde estaba pasando las hojas de un manuscrito que estaba encima de un pequeño cofre junto a la cama de Perdicles—, la muchacha salió a buscar flores y hierbas. Se dirigió al bosque con una cesta. Tú eres el experto, Telamón: ése es el mejor lugar para recolectar hierbas, ¿no es así?

—Es verdad —asintió el físico distraído—. Un prado umbrío o un huerto fértil. Conozco esos lugares. Allí las plantas tienen agua en abundancia, crecen más fuertes y son más variadas.

—¿Quizá vio algo? —prosiguió Aristandro—. Alguna hierba o flor que deseaba. Debió tropezar y caer en el pantano —sugirió apuntando las prendas cubiertas de fango apiladas en el suelo junto al cadáver—. Quizá las prendas se le enrollaron alrededor de la cabeza y las piernas. No resulta difícil imaginar cómo fue: cuanto más se debatía, más indefensa se encontraba.

—¿El cuerpo no tendría que haberse hundido hasta el fondo?

—No —manifestó el custodio de los secretos del rey—. Pesaba poco y no iba cargada con piedras ni llevaba armadura como un soldado.

—¿Cómo la encontraron? —preguntó Casandra.

El nigromante la miró con curiosidad, porque no esperaba que una mujer le interrogara. Telamón le repitió la pregunta.

—¿Cómo la encontraron, Aristandro?

—Desde ayer, he tomado más precauciones en lo que se refiera a la seguridad del rey. He enviado a escuadrones de caballería ligera a explorar los alrededores. Alejandro quiere sacrificar otro toro joven. Quiero tener la absoluta seguridad de que no habrá más sorpresas al acecho en los matorrales. Aún tengo la esperanza de encontrar a Hércules —confesó enjugándose una lágrima—. La cuestión es que un oficial de caballería con muy buena vista vio una nota de color en el bosque. Sus

compañeros y él desmontaron para avanzar entre los árboles. Vieron una cesta tumbada y el cuerpo de Aspasia, que flotaba en el pantano.

—¿Es posible que alguien le tendiera una emboscada? —preguntó Perdicles.

Telamón señaló el cadáver.

—Lo dudo. No se aprecia ninguna marca ni golpes en el cuerpo —afirmó.

—No deja de ser extraño —apuntó Aristandro—. La caballería ya había recorrido aquella zona. Es cierto que no se aventuraron muy adentro debido a los pantanos y las ciénagas ocultas entre la vegetación; sin embargo, dijeron que nadie más había ido por allí. Otra patrulla vio a la muchacha cuando cruzaba el prado en dirección al bosque. Estaban descansando los caballos. La saludaron y ella les respondió. Nadie la siguió cuando se adentró en el bosque.

Telamón examinó las manos de la muchacha.

—Estaría de acuerdo con lo que dices, si no fuera por esto —advirtió señalando los nudillos de la mano derecha de Aspasia, que presentaban unos rasguños, y las uñas rotas en dos de los dedos.

—También mira esto —apuntó Casandra apartando la negra cabellera de Aspasia. Telamón observó el chichón en la frente.

—No es nada importante —manifestó Casandra—. Los rasguños en los nudillos no son profundos, sólo tiene rotas dos uñas y el chichón en la frente apenas se nota.

—¿Crees que no fue un golpe lo bastante fuerte como para hacerle perder el conocimiento? —preguntó Aristandro.

—No, sólo es un golpe leve, aunque fresco: lo recibió antes de morir.

—¿Qué crees que ocurrió? —preguntó Nikias.

El supersticioso físico se había mantenido apartado del cadáver. Telamón conocía el motivo. Aspasia había sido una doncella consagrada a Atenea.

—Lo que sospecho es que Aspasia salió a coger unas cuantas flores y hierbas —respondió Telamón mientras se levantaba con la mirada puesta en el cadáver—. Es cierto que quizá la han asesinado, o que la atacaron, pero no lo creo. Aspasia era una forastera en estos parajes. No recordó las advertencias sobre los pantanos. Vio una flor o una hierba que le interesaba, dejó la cesta en el suelo y, llevada por el entusiasmo, avanzó despreocupadamente. Se metió en una ciénaga. No tuvo tiempo de gritar porque cayó de bruces en el fango. Quizá fue entonces cuando se hizo los rasguños en los nudillos y se golpeó en la frente. La domina el miedo y aspira aire, intenta gritar y, al hacerlo, permite que el fango le entre por la boca y la nariz. La muerte tuvo que ser muy rápida. La pobre muchacha se asfixió —apuntó tocando el hombro de Casandra—. Es una sacerdotisa y hay que prepararla para el funeral. Casandra se ocupará de todo lo necesario. Debemos evitar cualquier ofensa. Estoy seguro de que la señora Antígona estará de acuerdo.

Nikias salió disparado. Aristandro manifestó que quería hablar con Perdicles y salieron juntos. Telamón se sentó en un taburete cerca de la entrada para aprovechar el frescor de la brisa, que aún traía los sonidos de las cornetas y los gritos del campo

de maniobras.

—¿Qué debo hacer, Telamón? —preguntó Casandra.

—Báñala y limpia su cuerpo. Busca algún posible indicio. Coge una de las mantas de Pericles y envuelve el cadáver. Cuando hayas terminado, ve a decírselo a Antígona. A ver si puedes descubrir más detalles de lo que pasó esta mañana.

Telamón observó el paso de una nube de polvo por delante de la tienda.

—Con este calor habrá que incinerar el cadáver cuanto antes; dentro de un par de horas como mucho.

Casandra se puso manos a la obra. Trajeron más agua y trapos. Telamón fue a su tienda y volvió con unas cuantas especias y un frasco de perfume que contenía mirra e incienso.

—No veo marca alguna —declaró la muchacha mientras peinaba los cabellos de la difunta.

—¿Era una doncella? —preguntó Telamón.

—No era un soldado —se burló Casandra.

—Pregunto si era virgen —replicó Telamón.

—A medias —respondió Casandra mirando al físico—. Tiene el himen roto, pero es algo que ocurrió hace tiempo. No hay ningún indicio de actividad sexual.

Acarició suavemente los pies de la muchacha muerta y murmuró unas palabras.

—¿Qué has dicho? —quiso saber Telamón.

—El fragante rocío cae sobre las rosas y los campos en mayo están cubiertos de flores.

—¿Eres una poetisa?

—Ojalá lo fuera —contestó Casandra—. Son palabras de Safo, una elegía muy apropiada para esta muchacha —apuntó sonriendo al ver la sorpresa en el rostro de Telamón.

—¿Eres una seguidora de Safo?

—¿Tú qué crees, amo? —replicó mirándole fijamente—. ¿Recuerdas aquel famoso pasaje del *Lisístrata* de Aristófanes?

Telamón sacudió la cabeza.

Casandra se levantó como una actriz en el escenario, con las manos extendidas. Telamón se echó a reír mientras la pelirroja brincaba por la tienda en una imitación de las distinguidas damas de la sátira de Aristófanes.

—«Lo que tú quieras» —dijo Casandra citando la obra—. «Si tengo que hacerlo, caminaré a través del fuego. Haré lo que sea antes que renunciar a los penes. Lisístrata, cariño, no hay nada que se les pueda comparar».

—Sin embargo, tú no lo crees, ¿verdad? —apuntó Telamón riéndose—. ¿No estás de acuerdo con el autor de *Las enfermedades de las mujeres*? «Las mujeres que mantienen relaciones sexuales con los hombres son más sanas que aquellas que no las practican» —se respondió cerrando los ojos mientras citaba la frase.

—No, no estoy de acuerdo —replicó Casandra, que volvió a ocuparse del cadáver

—. Es algo que diría cualquier hombre, ¿no te parece? ¿Tú qué crees, amo, o debo decir Telamón? ¿Estás de acuerdo con el asesinado Agamenón cuando Ulises fue a visitarle al Hades: «No hay nada más letal en la tierra que una mujer»?

—Bueno, es algo que diría cualquier hombre, ¿no te parece? —contestó Telamón repitiendo las palabras de su ayudante—. ¡Después de todo, fue asesinado por su esposa! —añadió acercándose para arrodillarse junto al cadáver—. Era hermosa —advirtió mirando los grandes pechos, la pequeña cintura y las largas y esbeltas piernas—. ¿Crees que era una seguidora de Safo? Después de todo, tenía el himen roto.

—Es posible —respondió Casandra encogiéndose de hombros—. ¿Qué escribió tu famoso Aristóteles en su tratado *Las enfermedades de las mujeres*, que el himen se puede romper por causa de alguna otra actividad violenta? Dudo que Aspasia se acostara con ningún hombre; desde luego, no hay ninguna señal de que hubiera concebido.

—¿Alguna vez te has enamorado, Casandra? ¿Te has acostado con un hombre?

La expresión de Casandra se suavizó.

—He conocido personas a las que he amado —respondió enigmáticamente—. Pero ¿casarme, parir? ¡Nunca! En una ocasión, una compañía de actores visitó nuestro templo. Interpretaron *Medea* de Eurípides. Nunca he olvidado aquella frase que dice la propia Medea: «Preferiría estar tres veces en la vanguardia del combate que dar a luz a un solo niño».

—¿Tienes miedo del dolor? —preguntó Telamón, curioso ante el inesperado rumbo que había tomado la conversación.

—No —respondió Casandra poniéndose de pie; luego echó un poco de agua en un recipiente y se lavó las manos—. ¿Por qué iba a querer dar a luz a un hijo en este mundo sangriento, poblado por hombres como Alejandro, Filipo y Ptolomeo?

Se secó las manos con un trapo y se acercó al físico. Telamón no acababa de decidir si ella estaba furiosa o a punto de echarse a llorar.

—He escuchado los rumores, Telamón —susurró—. Dentro de unas pocas semanas, Alejandro estará en Asia. Piensa en la sangre que se derramará. Las personas muertas por la espada, por el fuego... O por estúpidos accidentes como éste —añadió señalando el cadáver.

Salieron de la tienda. Telamón llamó a dos guardias. Le ordenó a uno que velara el cadáver y al otro que fuera a buscar a Antígona.

—¿Adónde vamos? —preguntó Casandra.

—Me interesa ver el lugar donde murió la muchacha.

Telamón buscó a Aristandro. En menos de una hora, un joven oficial de caballería los guió fuera del campamento. Cruzaron el campo bajo el sol ardiente y llegaron a la fresca sombra del bosque. El oficial les explicó brevemente lo que había sucedido y su relato coincidió casi palabra por palabra con el de Aristandro. Telamón le dio las gracias y el oficial se marchó. El físico y su compañera se sentaron a la sombra de un roble y contemplaron el claro.

—Es fácil ver cómo ocurrió el accidente —manifestó Casandra—. Arbustos, árboles, matorrales... Mira las flores, Telamón: son como faros que te atraen. Pisa allí donde no debes y, si estás desprevenido o no conoces la zona, acabas hundido en el fango hasta la cintura antes de que te des cuenta.

—¿Seguro que no viste ninguna otra marca ni golpes en ella? —preguntó Telamón.

—¿Por qué lo preguntas?

Telamón sacudió la cabeza.

—La cesta ha desaparecido.

—Es probable que la devolvieran a Antígona. ¿Qué pretendes insinuar?

—Estoy recordando mis conocimientos de geografía —contestó el físico—. He estado en el Troad en dos ocasiones. Allí no hay gran cosa, sino sólo ruinas: las tumbas en el promontorio, la llanura barrida por el viento y, a lo lejos, las laderas arboladas del monte Ida. Troya y toda su gloria han desaparecido. Cuando viajas hacia el sur, entras en un territorio diferente. Te puedes perder con mucha facilidad —observó exhalando un suspiro; luego se levantó y ayudó a hacerlo a Casandra—. Lo verdaderamente importante es que un ejército pequeño como el de Alejandro puede ser emboscado sin muchas dificultades. Para decirlo con toda claridad, parece que cualquiera en condiciones de ayudar a Alejandro a atravesar aquella región es arrojado al vacío, apuñalado o, como en este caso, ahogado en el fango.

—Pero si fue un accidente —protestó Casandra.

—Un filósofo afirmó en una ocasión que los accidentes no existen...

—¡Telamón! ¡Telamón! —rugió una voz.

El físico cogió la mano de Casandra. Volvieron por el mismo camino entre los árboles hasta donde el jefe del coro de Aristandro les esperaba como un gigantesco oso envuelto con la capa forrada de piel. En una mano sostenía su grotesco casco con forma de cabeza de jabalí y en la otra la daga. Señaló a Telamón con el arma.

—Tienes que ir con el rey. Quiere verte.

—¡Y tú puedes guardarte la daga! —le ordenó Casandra con un tono cortante.

El jefe del coro se limitó a mirarla.

La muchacha avanzó con una expresión fiera en el rostro.

—¡Venga! ¡Guarda de una vez esa daga! Déjate ya de tantos aspavientos. Éste es un amigo del rey. ¡Irá porque quiere! —exclamó mirando a Telamón por encima del hombro y enarcando las cejas en un gesto de exasperación—. Si hay algo que he aprendido sobre los celtas, es que son unos redomados mentirosos y que les encanta hacer teatro.

Esta vez el celta envainó la daga sin demora. Ahora miraba a Casandra con adoración, como si la pelirroja fuese una emperatriz que había regresado para reencontrarse con sus súbditos.

—¿A qué estás esperando ahora? ¡Venga, en marcha, mala bestia!

El jefe del coro se inclinó en señal de obediencia y abrió la marcha de regreso al

campamento. Telamón y Casandra se apresuraron a seguirlo.

Las maniobras habían acabado y las unidades regresaban al campamento, en plan de paseo. Los soldados se habían quitado los cascos y las armaduras y los esclavos y sirvientes cargaban con las lanzas y los escudos. Un escuadrón de caballería pasó al galope y los infantes corearon una retahíla de insultos, molestos por las nubes de polvo levantadas por los caballos. El jefe del coro se abrió paso entre la muchedumbre. En lugar de llevarlos hacia el recinto real, los condujo a través del campamento hacia el lugar donde habían instalado las tiendas que servían de hospital cerca de un arroyuelo. Hasta ahora, el hospital sólo se había utilizado para tratar lesiones menores y enfermedades. Ahora, en cambio, mientras se acercaban a la tienda principal, Telamón escuchó unos gritos de agonía. Los guardias reales se amontonaban en la entrada; en el interior, pobremente iluminado por las lámparas de aceite, reinaba un olor agrio. El rey y sus compañeros sujetaban a un joven oficial acostado en una mesa plegable. Todos tenían las túnicas manchadas de sangre y se veía un charco de sangre en el suelo, en el lado derecho de la mesa.

—¡Bendito sea Apolo!

Alejandro, todavía vestido con el uniforme de batalla, los saludó. Tenía los cabellos empapados en sudor. Se quitó el pañuelo que llevaba anudado al cuello y lo utilizó para secarse el sudor de los brazos. Ptolomeo, Hefestión y los demás permanecían cerca de la mesa, angustiados por los gemidos y los gritos del paciente. Alejandro empujó a Telamón sin miramientos.

—Se cayó del caballo —le informó el rey.

Telamón miró la mano del oficial, convertida en un montón de carne aplastada.

—¿Una cox?

—No. El caballo le pisó la mano —contestó Alejandro con un tono desabrido—. Telamón, eres un físico de primera. ¿Qué puedes hacer por él?

—Tienes a otros físicos, mi señor. Si quieres poner a prueba mis conocimientos, no tienes más que decirlo.

Alejandro no hizo caso de la respuesta.

—¿Qué recomiendas, Telamón?

—¿Le han suministrado algún opiáceo?

—No le han dado nada.

Telamón se volvió y cogió a un enfermero por el brazo con firmeza.

—Quiero el vino más fuerte que tengas con un poco de polvo de amapola. ¿Sabes lo que es?

El hombre asintió.

—Casandra, ve a la tienda, trae mi maletín y el pequeño cofre de cedro con una serpiente de plata en la tapa. Uno de los hombres del rey te acompañará.

Alejandro se volvió y chasqueó los dedos. La pelirroja se marchó escoltada por dos oficiales. El enfermero trajo el vino y el polvo de amapola. Telamón preparó la mezcla y, después de ordenar a los compañeros del oficial que lo sujetaran con

fuerza, le acercó la copa de vino a los labios.

—¡Bebe! —le urgió, sin hacer caso de la mirada de desesperación en los ojos del herido—. ¡Bebe y tendrás paz!

—Voy a morir —balbuceó el oficial. Se había mordido la lengua y la sangre chorreaba por los labios. Tenía el rostro bañado en sudor y la piel de un color grisáceo.

—No vas a morir —replicó Telamón—. Todavía no. Bebe esto y conocerás la paz. Aguanta un poco más el dolor y bebe el vino.

El hombre obedeció. Llenaron otra vez la copa y añadieron más polvo. El paciente comenzó a cabecear mientras se le cerraban los ojos; Telamón le abofeteó para mantenerlo despierto hasta que acabó de beber la segunda copa. Por fin, el oficial se quedó en silencio.

—El río de Leteo —murmuró Alejandro—. ¡Las aguas del olvido!

—Semillas de amapola y vino fuerte —replicó Telamón con un tono cáustico—. Los efectos no durarán mucho. El dolor le hará recuperar la conciencia.

—¡Quiero ver todo lo que haces, pero me estoy asando de calor! —Alejandro levantó los brazos y un paje corrió para desabrocharle la coraza—. ¿Qué harás, Telamón? —Alejandro parecía haber olvidado todo lo referente al ejército. Una vez más, la insaciable curiosidad que había llevado de cabeza a Aristóteles en Mieza había pasado a primer plano—. ¿Qué harás?

Telamón no le prestó atención. Sujetó el brazo caído de la víctima y lo apoyó suavemente en la mesa. Examinó con mucha atención el hombro, el antebrazo y la muñeca. Levantó la mano aplastada. El paciente se movió. Telamón se inclinó para observar la mano más de cerca. De los dedos sólo quedaban unos trozos de huesos y piel sanguinolenta.

—Tendré que amputar —manifestó Telamón—. Aquí, a la altura de la muñeca, y tendré que hacerlo sin perder ni un segundo.

El enfermero se olvidó de quién estaba presente.

—¿Puedes hacerlo? Se desangrará hasta morir.

—Si no lo hago —le explicó Telamón—, la mano se le infectará en cuestión de horas, se desparramará el veneno, se le hinchará el brazo y morirá en medio de terribles sufrimientos. Necesito un bol con fuego, agua caliente y vendas limpias. ¿Lo tienes?

—Obedece —dijo el rey.

El enfermero obedeció. Durante unos momentos reinó la confusión. Telamón mandó que desalojaran la tienda y que sólo se quedaran Alejandro, sus compañeros y el enfermero. Casandra entró en la tienda. Telamón les pidió a ella y al enfermero que se lavaran las manos a conciencia. Abrió el maletín y sacó los instrumentos: una pequeña sierra muy afilada, unos alicates, unas pequeñas grapas de bronce y agujas. Cauterizó todos estos objetos en las llamas del brasero.

—¿Por qué lo haces? —preguntó Alejandro.

—No lo sé a ciencia cierta —contestó Telamón—. Presencí una operación similar en Siracusa: el fuego lo limpia todo. Cualquier cosa que toca una herida abierta debe estar bien limpia.

—¿Se morirá? —preguntó Alejandro palmeando el hombro del joven oficial, que comenzaba a moverse.

—Es posible —admitió Telamón—. Es muy fácil amputar una mano; cualquier carnicero podría hacerlo con una hachuela. Lo que cuenta es contener la hemorragia y el vendaje —advirtió tocando suavemente el rostro del paciente dormido—. Si la hemorragia no lo mata, quizá lo haga la conmoción cuando se despierte. No puedo dar ninguna garantía. ¿Estás preparada, Casandra?

Telamón sacó unos polvos del maletín y los mezcló en una copa de vino.

—¿Más polvo de amapola? —preguntó Ptolomeo, que ya no tenía la expresión cínica de antes.

—No, no, es algo más poderoso. La mandrágora blanca; utilizada en las cantidades correctas, es la auténtica agua del olvido.

Telamón metió el borde de la copa entre los labios del paciente. Le abrió la boca y le echó la cabeza hacia atrás para asegurarse de que el oficial, que ahora comenzaba a despertarse del sueño provocado por la droga, se bebiera la pócima. El físico se dio por satisfecho cuando el hombre tragó la última gota, y se apartó.

—Casandra, voy a cortar la mano a la altura de la muñeca, pero antes le aplicaré unos torniquetes entre la muñeca y el codo. Antes de que comience a cortar, deberás apretar los torniquetes todo lo firme que puedas. Entonces cortaré. Saldrá sangre. Si la fortuna nos favorece, la hemorragia será pequeña. Mientras corto, las venas quedarán a la vista. Confío en ser capaz de atarlas o cerrarlas con las grapas. En cuanto acabe de cortar la mano aplastada, debemos retirar las grapas rápidamente para poder hacer las suturas.

Casandra lo miró con una expresión asustada.

—¿Puedes hacerlo?

—Lo haré —afirmó Telamón—. También usaré una lima para alisar los huesos. Hay que lavar el muñón. Quiero el vino más espeso y el vinagre más fuerte, y la miel que puedas encontrar —advirtió al enfermero—. También intentaré cauterizar el muñón —añadió sonriendo a Alejandro—. Así nuestro rey habrá aprendido algo más.

El oficial de caballería estaba ahora totalmente inconsciente, con la cabeza echada hacia atrás, aunque se estremecía de vez en cuando. Ptolomeo se ofreció a aplicar los torniquetes mientras Alejandro sujetaba los hombros del paciente.

—Hay que mantenerlo quieto —aconsejó Telamón—, porque en ocasiones el dolor hace que el paciente recobre el conocimiento.

Telamón se lavó las manos, cogió la pequeña sierra y pasó la hoja por las llamas. Cerró los ojos y murmuró una breve plegaria para que los dioses le hicieran recordar todo lo que había visto y leído. Realizó el primer corte. Ptolomeo y Casandra mantuvieron los torniquetes bien apretados. Telamón trabajaba a toda prisa. No tardó

mucho en amputar la mano. Aplicó rápidamente las grapas en las venas y utilizó la lima para alisar el máximo posible las puntas de hueso. La hemorragia era insignificante. Telamón comenzó a suturar las venas a un ritmo casi frenético.

—¿Por qué tanta prisa? —susurró Casandra.

—El flujo de sangre no se puede interrumpir por mucho tiempo —le explicó el físico—. Hay que quitar los torniquetes cuanto antes.

Por fin, Telamón se declaró satisfecho. La hemorragia se había reducido a unas pocas gotas. Las grapas y los puntos de sutura aguantaban y untó generosamente el muñón con la mezcla de vino, vinagre y miel. Telamón sacudió la cabeza ante la multitud de preguntas que le formulaba Alejandro.

—Todos estos componentes tienen propiedades que impiden la infección —manifestó—. Cuanto más fuertes sean el vino y el vinagre, mejor.

—Creía que lo correcto era esperar a la aparición del pus —dijo Ptolomeo.

—Los egipcios no están de acuerdo —respondió Telamón enjugándose el sudor de las mejillas con el revés de la muñeca—. Afirman que la herida no contiene la putrefacción, sino que ésta viene del aire y la suciedad. Cuanto más limpia está una herida, mejor.

Cogió un cuchillo del maletín y lo sostuvo sobre las llamas. En cuanto comenzó a ponerse al rojo, lo apoyó cuidadosamente sobre la carne. El oficial se sacudió y murmuró algo, pero siguió durmiendo. Telamón volvió a aplicar el cuchillo, siempre con la precaución de evitar aquellos puntos donde había hecho la sutura.

—El muñón está nivelado y limpio.

Aplicó un poco más de la mezcla de vino, vinagre y miel y, a continuación, vendó el muñón con las vendas de lino.

—¿No tendrían que estar más apretadas? —preguntó Alejandro.

—Lo que yo hago no es algo que haga la mayoría —contestó el físico—. En Siracusa, un médico me dijo que a la herida, además de protegerla, había que dejarla respirar. Los sanadores de Egipto comparten esta teoría.

Después de acabar con el vendaje, Telamón explicó al enfermero cómo debía controlar la evolución de la herida a la mañana, el mediodía y la noche, lavarla con la mezcla y cambiar las vendas. Debía quemar todas las vendas usadas. Telamón apoyó un dedo en el cuello del oficial para controlarle el pulso.

—¡Bien! —exclamó—. El pulso es fuerte y regular.

—¿Hay que darle más mandrágora? —preguntó el enfermero.

—No es necesario. Sólo vino con polvo de amapola —respondió señalando los restos que había alrededor de la mesa—. Que trasladen al paciente a un lugar limpio. Todo esto hay que lavarlo a fondo con agua, sal y vinagre. Mi señor, he acabado —advirtió a Alejandro—. He hecho todo lo posible.

El físico salió de la tienda. Alejandro lo siguió.

—Me han dicho que fuiste a ver las maniobras. ¡El ejército está preparado! —exclamó dando un puntapié en la tierra.

En algún lugar al otro extremo del campamento se escuchó una gran ovación.

—Acaban de ver la flota —comentó Alejandro—. Ciento sesenta trirremes. Parmenio se encargará de dirigir a las tropas por el paso del estrecho.

—¿Y nosotros? —preguntó Telamón.

—Haremos nuestra propia travesía —Alejandro sonrió—. Una peregrinación, un poco más al sur; luego cruzaremos hacia Troya —apuntó antes de volver a patear el suelo y mirar hacia el cielo—. Tengo entendido que se ha producido otra muerte, Telamón. Puede que hayas salvado al oficial, pero el espía parece hacer lo que le viene en gana en mi campamento.

—No tenemos ninguna prueba de que se trate de un asesinato. Es posible que fuera el resultado de un accidente.

Alejandro se volvió para mirar directamente a la cara del físico, con una mirada cínica en los ojos.

—Confío en ti, Telamón —murmuró—, pero no confío en todos —añadió dando una palmada para llamar a sus guardaespaldas—. Ve a limpiarte, físico. Lo has hecho muy bien —observó golpeando cariñosamente el pecho de Telamón—. Aristóteles estaría orgulloso de ti. ¡Confiemos en que tu rey también lo esté!

Alejandro giró sobre los talones y se alejó con un brazo alrededor de la cintura de Hefestión y el otro apoyado en el hombro de Ptolomeo.

—¡Chiquillos! —opinó Casandra por lo bajo—. Son como críos con un juguete nuevo.

—No son unos chiquillos —replicó Telamón—. Son guerreros sedientos de sangre, dispuestos a marchar hasta el fin del mundo para obtener la gloria. Todo esto lo ven como una especie de juego mortal. Quizá se acaben los crímenes —añadió, al tiempo que cogía el brazo de Casandra— cuando crucemos el Helesponto.

—Un tipo de crímenes —le corrigió la pelirroja.

—Sí, tienes razón. Cuando crucemos, comenzará la verdadera matanza.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó la muchacha.

—Quiero visitar a Antígona, presentarle mis condolencias.

La sacerdotisa se encontraba en su tienda. Selena dormía en uno de los catres. Antígona estaba preparando su equipaje. Continuaba con el rostro pálido y los ojos enrojecidos de tanto llorar. Vestía una sencilla túnica campesina y la sedosa cabellera le caía sobre los hombros. Sonrió a Casandra, pero su mirada se hizo hosca al ver a Telamón.

—Os doy las gracias por lo que habéis hecho por Aspasia —manifestó señalando hacia la salida de la tienda—. Aquí dentro hay demasiada humedad como para tener el cadáver. El rey ha sido muy generoso —observó con sarcasmo—. Se ha encargado de disponer la incineración. La pira funeraria será encendida mañana por la mañana antes de que salgamos.

—¿Mañana por la mañana?

—No viajaremos por mar —le explicó Antígona—. Alejandro ha tenido un

ataque de superstición. Los demás cruzarán el Helesponto, pero Alejandro irá al sur a la península de Elaeum. ¿Sabes quién está enterrado allí?

—Protesilao —contestó Telamón—. Fue el primer aqueo que mataron en la guerra de Troya. Dicen que su fantasma todavía ronda la tumba.

—Alejandro y los miembros de su casa, y eso te incluye a ti, Telamón, ofrecerán un sacrificio para aplacar a su espíritu. Alejandro no desea morir en su primer día en Asia.

—¿Te hace feliz regresar a Troya?

—Me hace feliz regresar a casa.

Telamón miró el montón de ropa que estaba en un taburete.

—Son las prendas de Aspasia —dijo Antígona—. Era como una niña; estaba muy entusiasmada ante la proximidad del regreso a casa. Lo había preparado todo con anticipación.

El físico apartó el bulto y se sentó en el taburete. Antígona se le acercó tanto que él olió su perfume.

—Te ofrecería un vaso de vino, pero no tengo.

—¿De dónde son? —preguntó Telamón, con la mirada puesta en la muchacha que dormía—. Me refiero a Selena y Aspasia.

—Son de Tesalia, pero las considero como de mi familia —respondió la sacerdotisa, mientras miraba a Casandra, que se había acercado a la entrada de la tienda.

—¿Cuánto tiempo han estado contigo?

—Cuatro o cinco años. Las primeras ofrendas de Tesalia. El rey Filipo las escogió personalmente y pagó su viaje a Troya.

—Entonces, ¿por qué habéis venido aquí? ¿Por qué a este lugar de guerra?

—Te lo dije. Alejandro me lo ordenó —respondió Antígona sonriendo—. Bueno, yo quería venir. Hacía años que no veía a Alejandro y tenía que traer a los guías, además de al pobre Critias.

—¿Crees que los guías desertarán? —preguntó el físico.

Antígona hizo una mueca al escuchar la pregunta.

—Es posible. Están dominados por el miedo. Creen que están marcados. Aristandro no les pierde de vista, cuando no está llorando por la desaparición de aquel enano.

—¿Conocías a Hércules?

—Era peor que un tábano, Telamón. Irritaba a los soldados, sobre todo a Ptolomeo. Hércules tenía algunos hábitos repugnantes, incluido espiar a los demás cuando hacían el amor. No es precisamente un rasgo que te haga popular con los demás.

Telamón dejó el taburete para acercarse a Selena. Le apoyó una mano en la mejilla, que estaba tibia y un tanto enrojecida.

—Perdicles le dio una pócima para dormir —comentó Antígona—. Se recuperará

con el paso del tiempo. Nunca imaginé que se pondría tan histérica. Ella y Aspasia estaban muy unidas. Introduje a ambas en los misterios.

—Aquellas doncellas, las de Tesalia que presuntamente tenían que ir a tu templo en Troya... ¿A cuántas mataron?

Antígona entrecerró los párpados.

—Filipo reintrodujo la costumbre: el castigo para las tribus tesalias que había derrotado —respondió dejando ir una risa muy aguda—. Filipo no creía en los dioses, pero creía en la suerte. Tenía claro que algún día su ejército pasaría por Troya. Quería complacer a todos los dioses, incluida Atenea.

—¿Asesinaron a todas las doncellas?

—Creo que no lo has entendido bien —contestó la sacerdotisa sonriendo—. No sabemos si llegaron a venir. No —se corrigió—, sabemos que llegaron las últimas dos. Después de todo, yo misma traje a Alejandro a la superviviente, pero ¿las otras?, —se encogió de hombros—. Se dicen muchas cosas, pero casi no hay hechos.

Cassandra llamó desde la entrada de la tienda.

—Telamón, viene un mensajero.

Un paje entró en la tienda.

—Se requiere tu presencia —anunció pomposamente—. El rey ha reunido al consejo.

—¿A nosotros dos? —preguntó Antígona.

—A vosotros dos, pero a ella no. —Señaló con el pulgar por encima del hombro—. ¡No a la yegua pelirroja!

Cassandra se le echó encima dispuesta a darle un bofetón. El chico era mucho más ágil. Evitó la mano y, muerto de risa, escapó de la tienda.

—¡Aquello que Alejandro quiere, Alejandro lo consigue! —murmuró Antígona señalando con un gesto a Selena—. Di al rey que iré enseguida. Quiero a un centinela en la entrada.

Telamón se despidió de la mujer y se marchó en compañía de Cassandra.

—¿Qué opinas de ella? —le preguntó el físico en cuanto estuvieron lejos de la tienda.

—Una devota sacerdotisa que está furiosa por la muerte de su acólita. Se adivina por el tono, por las poses que adopta.

—Ve a la tienda —le dijo Telamón—. Alejandro tiene el bocado entre los dientes; nos marcharemos del campamento con las primeras luces del amanecer. Mantente apartada de ellos —apuntó señalando a su alrededor, donde el bullicio y los ruidos crecían por momentos—. Lo estarán celebrando.

Cassandra se detuvo y agitó un dedo en el aire.

—Vaya, no te preocupes. ¡Te olvidas, Telamón, que he visto las celebraciones de los macedonios!

En el pabellón real Alejandro, bañado y cambiado, estaba arrodillado en el suelo, con los generales a su alrededor, muy atareados con los mapas, las listas de tropas y

otros documentos que se pasaban de mano en mano. El rey levantó la cabeza cuando entró Telamón.

—Nos marchamos mañana, Telamón. Con el alba —manifestó Alejandro guiñándole un ojo—. Quiero que estés conmigo, por dos razones. Primero, quiero sacrificar un toro en el mar, mi ofrenda a Poseidón; más valdrá que sea aceptable. Segundo, y esto no es un ningún secreto, me mareo. Quiero tenerte cerca. No me hace nada feliz la idea de que mis hombres vean a Alejandro de Macedonia vomitando hasta las tripas.

—En todo un verdadero descendiente de Aquiles.

—En todo —repitió Alejandro—. ¡Aquiles redivivo! Ahora, Telamón, siéntate. Nos marchamos mañana. Quiero que te asegures de que todo vaya bien con el toro de marras. Nada de fallos. Tú te encargarás del cruce de tropas desde Sestos a Abidos y la marcha hacia el sur —ordenó a Parmenio—. Nos reuniremos en la llanura de Troya. Lo traerás todo contigo: las máquinas de asedio y los carros.

—¿Qué debemos hacer luego? —preguntó Ptolomeo, que masticaba un trozo de carne.

—Marchar durante horas bajo un sol de fuego y entre nubes de polvo, y comer lo que tengamos a mano —respondió Alejandro con sequedad—. Buscaremos al ejército persa, le plantearemos batalla y lo destrozaremos hasta el último hombre. ¡Cuanto más pronto, mejor! Ah, mi señora.

Alejandro se levantó cuando Antígona, vestida con las túnicas de las sacerdotisas, entró en el pabellón. El rey dio un puntapié a Seleuco para que se apartara, acercó un taburete y, con un gesto galante, la invitó a sentarse.

—No soy un soldado, Alejandro —dijo Antígona con una sonrisa.

—No, mi señora, pero eres la sacerdotisa de Troya —respondió el rey, que mostraba el rostro arrebolado de excitación y sus ojos tan brillantes que Telamón se preguntó si tenía algo de fiebre—. Aquiles está enterrado cerca de tu templo, ¿no es así?

—En un promontorio que mira al mar —asintió ella—. Al oeste de la ciudad.

—¿Tu templo guarda sus armas?

—Así es. Agamenón las trajo para dedicarlas a la diosa.

—¡Imposible! —exclamó Ptolomeo—. ¡El óxido las habrá destruido!

—Todas están en perfecto estado —replicó la sacerdotisa—. Guardadas en telas impregnadas en brea. Yo os las enseñaré.

—Las reclamo como descendiente de Aquiles —manifestó Alejandro—. ¡Como capitán general de Grecia, para ejecutar la venganza de Zeus contra la soberbia de los persas!

—¡Tú eres todopoderoso! —exclamó Antígona repitiendo las palabras del oráculo de Delfos—. ¡Tú eres topoderoso, Alejandro de Macedonia!

—A cambio —proclamó Alejandro—, dedicaré mis propias armas a Atenea. ¡Le pedirás su bendición para esta sagrada expedición!

El entusiasmo de Alejandro era contagioso. Ahora que habían desaparecido los nervios y la desconfianza de atravesar el Helesponto, se mostraba dominado por los sueños de gloria, convencido de que era la reencarnación de Aquiles, el escogido de los dioses. Volvió a estudiar los mapas, dio instrucciones precisas a cada uno de los comandantes y descartó sin más trámites cualquier amenaza de la flota persa. Se sirvió el vino y las discusiones se hicieron más vivas y vocingleras. Alejandro propuso la reconstrucción de Troya para mayor gloria del templo de Atenea. Hizo una pausa para sonreír a Telamón.

—Ya puedes marcharte.

Telamón se levantó. Antígona hizo lo mismo.

—¿Me acompañarás hasta mi tienda? —le preguntó.

Ptolomeo murmuró un comentario salaz. Uno de sus comandantes, Sócrates, se echó a reír a carcajadas y Alejandro le hizo callar con una mirada. Telamón no les hizo caso y se dirigió a la salida, con Antígona del brazo.

—Será agradable volver a casa. Dicen que tendremos buen tiempo. Si Alejandro fuese capaz de librarse de sus supersticiones...

—Está inquieto —señaló Telamón—. Todos estos asesinatos y las continuas referencias a su padre: tiene los nervios a flor de piel y desconfía de esto y aquello. Alejandro anhela una batalla. Necesita nuevas señales de los dioses. Quiere aplacar todas esas sombras y los fantasmas que pueblan sus sueños. ¿Puedo hacerte una pregunta, mi señora? ¿Recuerdas que en una ocasión, hablando de las doncellas de Tesalia, te describiste como un puesto de escucha de Macedonia?

—Es verdad. Debían ayudarme.

—¿También Aspasia y Selena?

Antígona se detuvo cerca del camino que llevaba a su tienda.

—¡También! —respondió al tiempo que se acercaba para besar a Telamón en la mejilla—. Ahora, quizá, ya no nos necesitarán.

Telamón le deseó buenas noches y caminó sin prisas a través del recinto real, Casandra se encontraba delante de la tienda, muy entretenida en su conversación con el centinela. Se detuvo unos momentos para observarlos y entonces escuchó gritos, voces de alarma, exclamaciones... Regresó apresuradamente a la tienda de Antígona. La mujer estaba arrodillada en el exterior. Se había rasgado la túnica y se echaba puñados de polvo sobre la cabeza. Telamón la apartó sin miramientos y entró en la tienda. Selena yacía en el suelo, con los ojos abiertos, el rostro pálido y un reguero de sangre que caía de la boca abierta. En su costado, clavada hasta la empuñadura, había una daga celta.

Capítulo X

«Alejandro cruzó el Helesponto y, en Troya, hizo un sacrificio en honor de Atenea y honró la memoria de los héroes enterrados allí, en particular la de Aquiles».

Plutarco, *Vidas*, «Alejandro».

«! **P**oseidón, todopoderoso, señor de los mares! ¡Amo de la tormenta! ¡Jinete de los vientos!». Telamón se sujetó para protegerse del balanceo de la nave de guerra y contempló los sesenta trirremes que escoltaban la nave capitana de Alejandro, *El León de Macedonia*. Habían recogido velas y las anclas de piedras se apilaban a proa. La fresca brisa marina soplaba cada vez más fuerte; los primeros rayos del sol que caían sobre la cubierta relucían en la dorada estatua de Atenea instalada a proa. La flota, o al menos aquellos trirremes al mando de Parmenio que estaban ocupados en el transporte del resto del ejército de Alejandro a Abidos, se agrupaban alrededor de la nave capitana. Negros, escurridizos como anguilas con el ojo rojo pintado apenas por encima de la línea de flotación, la flota de guerra parecía una manada de lobos al acecho, con las proas apuntando a las distantes costas de Asia. Telamón no se soltó del pasamanos.

—Un sacrificio detrás de otro, ¿eh? —le comentó Antígona al oído.

El físico asintió. Ayer Alejandro había dejado el cuerpo principal de su ejército para marchar hacia el sur hasta el promontorio de Elaeum, donde había ofrecido un sacrificio y rendido homenaje a Protesilao. Después se habían embarcado. Ahora, con la costa de Asia a la vista, Alejandro estaba decidido, mareado o no, a realizar otro sacrificio a los dioses. Telamón no disimuló su inquietud mientras guiaban al toro blanco como la nieve y muy sedado a través de la cubierta. Los sacerdotes se adelantaron, echaron el incienso, cortaron el mechón de pelo entre los cuernos del animal y lo echaron al brasero colocado en el altar erigido ante el castillo de proa. El toro se movió un poco. Telamón y los demás, que se encontraban a unos pocos pasos detrás de Alejandro, contuvieron el aliento.

—¡Por todos los dioses! —murmuró Ptolomeo—. ¡Lo que menos falta nos hace ahora es un toro corriendo por la cubierta!

Los sacerdotes echaron hacia atrás la cabeza del animal. Aristandro, armado con un *kopis*, el cuchillo corvo de los sacrificios, cortó de un tajo la garganta del toro. El bramido de agonía fue recibido con grandes gritos y exclamaciones de alegría mientras recogía el chorro de sangre caliente en un bol de plata. Alejandro, vestido con el uniforme de combate, la capa gris y roja sobre los hombros y una corona de laureles en la cabeza, acabó el sacrificio entre ráfagas de incienso y los dulces olores de la mirra y la canela. La sangre corrió por la cubierta. Los marineros y los soldados mojaban los dedos en la sangre y se pintaban líneas en la frente, ansiosos por tomar

parte en este bienaventurado sacrificio a los dioses. Los matarifes se ocupaban ahora de descuartizar el toro para aprovechar la carne mientras que los marineros comenzaban a baldear la cubierta. Alejandro se volvió para mirar a los miembros de su casa. Con una expresión solemne, levantó las manos.

—¡Hemos realizado el sacrificio y los dioses nos han respondido; la victoria será nuestra!

Sonó una corneta. En las entrañas del trirreme, un tambor comenzó a marcar el ritmo. Se bajaron los remos. Izaron el rojo gallardete de Alejandro a lo más alto del mástil. La flota de trirremes de guerra y las naves auxiliares emprendieron la navegación hacia la costa asiática.

—Tendría que haber sido actor —murmuró Casandra—. Es algo que le encanta, ¿no te parece?

Los demás comandantes se agrupaban alrededor de Alejandro para expresarle sus felicitaciones. Se cruzaron señales con las otras naves que ahora se acercaban. Los toques de corneta y los redobles de tambores iban en aumento. Se izaron los gallardetes y el entusiasmo era cada vez mayor. Los hombres se apiñaban en las bandas y en la proa, todos atentos a la aparición de la bahía de los aqueos, el lugar donde Agamenón y su ejército habían desembarcado para saquear e incendiar la fabulosa ciudad de Troya.

Casandra, que se encontraba detrás de Telamón, era incorregible.

—Me han contado una bella historia sobre el amante Leandro que cruzaba a nado desde Abidos para ver a su amada, Hero, en Sestos. Ella era una sacerdotisa de Afrodita y lo guiaba con una lámpara.

—¿Qué pasó? —preguntó Telamón sin volverse, observando a Alejandro, que estaba dando instrucciones al capitán.

—Una noche cayó la niebla. La lámpara no se veía. Leandro se ahogó y Hero se suicidó.

—¿Se puede cruzar a nado el Helesponto? —preguntó Telamón.

—No tiene más que unos veinte estadios de ancho, y ya se ha hecho. Los marineros lo consideran más como un río que como un mar. Dicen que abundan los peces, aunque no creo que Alejandro disponga de mucho tiempo para dedicarse a la pesca. ¡Mira allá! —exclamó la muchacha señalando un punto en la bruma matinal que el físico identificó con un promontorio que se adentraba en el mar.

—Sigeo —le explicó ella—. Los acantilados de Troya.

—¿El lugar donde están enterrados Aquiles y Patroclo?

—También es el lugar donde Agamenón encendió la primera hoguera para comunicar a su esposa Clitemnestra que Troya había caído. No sabía que ésta estaba planeando su asesinato. Por cierto —apuntó Casandra dejando ir un suspiro—, ¿crees que los persas nos estarán esperando al otro lado de los acantilados?

El físico sacudió la cabeza. Observó el movimiento de los remos al ritmo del tambor del cómitre. Se sujetó con fuerza mientras la nave ganaba velocidad.

—Los persas no saldrán a nuestro encuentro. Quieren que nos trague la inmensidad de su país, como un pájaro que se traga a un insecto.

—¿Será así?

—Quizá nos toque hacer como Jenofonte —contestó Telamón—. Marcharemos hacia atrás y adelante.

—¿Cómo lo haremos para regresar a casa?

Cassandra no estaba en absoluto preocupada, pero intentaba inquietar a este físico impertérrito. Se sentía fascinada por él. Un hombre que ocultaba sus sentimientos; un físico que salvaba vidas; un exiliado protegido y amigo de un rey, alguien que, a pesar de su aparente frialdad, demostraba en ocasiones una inmensa bondad.

—No creo que regresemos a casa nunca más.

Una gaviota cruzó la proa en vuelo rasante. Telamón recordó una historia que le había contado su padre sobre cómo las gaviotas eran las almas de los marineros muertos.

—Si Alejandro derrota a los persas, continuará la marcha hasta los confines del mundo —añadió.

—¿Y si es derrotado? —quiso saber la pelirroja.

—Las naves persas vigilarán estas aguas y aquellos de nosotros que hayan conseguido escapar tendrán que seguir el ejemplo de Leandro y cruzar a nado al otro lado para salvar sus vidas —declaró haciendo una pausa—. En cualquier caso, encontraremos que no hay persas en Troya y Alejandro podrá entretenerse a placer interpretando a Aquiles.

El físico se alejó. Antígona estaba sentada a la sombra de una toldilla de cuero instalada a popa. La sacerdotisa parecía tranquila y sosegada, un tanto pálida, con las manos cruzadas sobre el regazo y los ojos cerrados, al parecer ensimismada en sus plegarias. Telamón miró la nave más cercana, con la proa en forma de grifo, que hendía las olas a una velocidad considerable. Alejandro había montado en cólera cuando le comunicaron la muerte de Selena. El asesinato de una sierva de Atenea era un mal presagio; habían mantenido en secreto el crimen y habían incinerado el cadáver aquella misma noche. Tanto Aristandro como Telamón habían sido objeto de una muy severa reprimenda por su falta de progresos en las investigaciones.

Alejandro los había llamado y, con el entrecejo fruncido, había escuchado sus explicaciones. Ptolomeo, junto con los otros dos físicos, Perdicles y Nikias, acompañaban al rey. Los tres parecieron disfrutar con el mal trago de Telamón.

«¿Qué es esto? —había gritado el monarca, con el rostro rojo de furia—. ¿Este asesino es un agente de Némesis? ¿Es capaz de volar por mi campamento y tocar con sus negras alas a quien desee? ¿Estás tú detrás de estas muertes, Aristandro?».

Los había acusado y criticado hasta que su cólera se apaciguó. Luego había levantado las manos en una última muestra de reproche y se había marchado. Si su intención había sido la de espantar a Aristandro, lo había conseguido. El custodio de los secretos del rey había proclamado su inocencia a voz en cuello, pero, tal como

había confesado a Telamón en un aparte, no había encontrado ninguna lógica, ni la más mínima explicación, a la muerte de Selena. Antígona se había mostrado profundamente conmovida pero había recuperado la compostura. El centinela que había montado guardia a la entrada de la tienda aquella noche había negado vehementemente cualquier responsabilidad en los acontecimientos.

«La señora sacerdotisa se marchó —les había explicado—. De vez en cuando, levanté la solapa para asomar la cabeza. La joven doncella dormía profundamente de espaldas a mí. No aprecié nada que me llamara la atención. Nadie se acercó a la tienda».

Telamón había estudiado la escena del crimen. La tienda sólo tenía una entrada y, como había ocurrido en los otros asesinatos, era imposible que el asesino hubiese podido pasar por debajo o entre las piezas de la tienda. Selena había sido brutal y expertamente asesinada; la daga se había deslizado con gran exactitud a través de las costillas para atravesarle el corazón. El cadáver se había enfriado y la sangre se había coagulado. Telamón había calculado que la muchacha llevaba muerta al menos una hora, o incluso más, cuando la encontraron. El centinela había relatado el descubrimiento del cuerpo. La señora Antígona había llegado a la tienda. Él había levantado la tela de la entrada y ambos habían visto el cuerpo tumbado en el suelo. Las prendas de Selena estaban empapadas en sangre, lo mismo que las sábanas de lino y el jergón de paja. No había ninguna señal de lucha, de que la víctima hubiese ofrecido resistencia. Sólo el horror de la muerte, la boca abierta llena de sangre, los párpados entreabiertos, la daga y, debajo de la cama, el ya habitual trozo de pergamino con el mensaje con las palabras un tanto cambiadas: «El toro está preparado para el sacrificio, el matarife aguarda, todo está preparado».

Telamón, acompañado por Aristandro, había interrogado a fondo a Antígona y al centinela: sus declaraciones habían coincidido. Selena dormía cuando Antígona se marchó de la tienda. Nadie más se había acercado al lugar. Cuando regresó la sacerdotisa, había encontrado el cadáver tumbado en el suelo. El centinela había sido incapaz de recordar cuándo había mirado en el interior por última vez.

«Me daba reparo hacerlo —había manifestado sonriendo nervioso—. Quiero decir que ella era una doncella del templo. No quería que me acusaran de espiarla».

Telamón se frotó los ojos y salió de su ensimismamiento; se secó el rocío del mar que le empapaba el rostro. Ayer había visto algo que le tenía intrigado. No obstante, notaba un gran cansancio mental. Era incapaz de recordar los detalles. Era como mirar un manuscrito; leía las palabras, pero no conseguía entender el significado. Se sobresaltó al escuchar el grito de aviso del vigía a proa. Los acantilados de Roeteo estaban a la vista: allí se encontraba la famosa ensenada de los aqueos. Alejandro se puso al timón y la nave insignia se enfiló como una flecha hacia la costa. Los encargados de las sondas situados a proa lanzaron los cabos lastrados con piedras para saber a qué profundidad estaba el fondo; se dieron nuevas órdenes. Cesaron los golpes bajo cubierta. Ahora sólo se utilizaba una bancada de remeros y las otras

embarcaciones permanecían a la espera. Telamón percibió la excitación: esto era Asia, la fabulosa Troya, ¡el tesoro de Persia!

Alejandro, ayudado por el timonel, guió la nave. El cómitre Domenicus transmitió la orden del capitán y se levantaron los remos; cuando la quilla del trirreme rozó el fondo de arena y piedras, se produjo una sacudida y la nave comenzó a perder velocidad. El rey cedió el puesto al timonel y cruzó la cubierta a la carrera. Hefestión le esperaba en la proa, jabalina en mano. Alejandro cogió el venablo y lo lanzó con todas sus fuerzas. La jabalina trazó un arco muy alto y se clavó en la arena de la playa, en medio de las ovaciones de la tripulación, que fueron repetidas por las tripulaciones de las demás naves.

—¡Acepto Asia como un regalo de los dioses! —gritó Alejandro—. ¡La recompensa ganada con mi lanza!

Nuevos gritos rubricaron esta afirmación. Ahora la quilla se hundía cada vez más, y la proa salió del agua y abrió un profundo surco en la arena. La nave se detuvo completamente, con sólo la popa en el agua y las olas imprimiéndole un leve balanceo. Alejandro, vestido con su uniforme de batalla, desenvainó la espada, saltó desde la proa y caminó como un héroe en son de conquista a través de la playa para reclamar su jabalina. La recogió y emprendió el camino de regreso, con los brazos en alto, la jabalina en una mano, la espada en la otra y, en definitiva, con toda la apariencia de lo que quería ser: el nuevo Aquiles, el dios de la Guerra, el capitán general de Grecia, que había venido a reclamar lo que era suyo. Estos gestos tan teatrales provocaron nuevas manifestaciones de entusiasmo. El estrépito de las armas resonaba por toda la pequeña ensenada y ahuyentaba las aves marinas. Los capitanes de Alejandro observaban atentamente lo alto de los acantilados, pero nadie salió a su encuentro: ningún escuadrón de caballería ni compañía de infantería alguna, ni sombra del revuelo de una capa persa ni el resplandor de un estandarte. ¡La costa estaba desierta! El resto de la flota se acercó. Bajaron los mástiles y recogieron los remos. Dos barcos naufragaron cuando sus cascos se abrieron al chocar contra unos escollos sumergidos, pero no hubo pérdidas: los hombres, los animales y la carga fueron transportados a tierra sin problemas.

Se enviaron exploradores. Se trajeron los cuencos con el fuego y se encendieron las hogueras. Algunos soldados emprendedores habían aprovechado el viaje para pescar y ahora asaban el pescado en las brasas. Alejandro permitió a los hombres que se recuperaran del mareo mientras preparaban los trirremes para que se hicieran a la mar en cuanto cambiara el viento. Se escuchó un toque de corneta y los alguaciles recorrieron el campamento para comunicar que los exploradores habían regresado sin ver al enemigo.

—Ha sido una faena limpia —comentó Ptolomeo, que precedía a Alejandro en la subida por el sinuoso sendero que llevaba a lo alto de los acantilados—. ¡Los dioses sean alabados! ¡Hasta un grupo de mujeres, armadas con bastones, nos podría haber detenido!

Telamón se alegró de abandonar la playa. Se sintió mucho más tranquilo en cuanto vio los árboles en la llanura barrida por el viento donde se levantaba Troya. El paisaje se veía absolutamente desierto, como si todos los seres vivos aprovecharan para dormir la siesta y escapar del tórrido calor. No se veía otra cosa que campos de pastoreo, olivares y robles. Las plantas y las flores, algunas desconocidas para él, eran espectaculares con su brillante colorido primaveral. Ahora que estaba lejos del mar, veía la cumbre nevada del monte Ida, los espesos bosques a cada lado, los reflejos de un río y una débil columna de humo negro que debía proceder de la cocina de alguna granja invisible.

Alejandro estaba entusiasmado a más no poder, caminaba de aquí para allá, recitaba estrofas de la *Ilíada* de Hornero y señalaba diferentes lugares del entorno. Después de mucho bregar, Hefestión consiguió que se tranquilizara un poco y que se quitara la armadura. Trajeron los caballos y, protegidos por una compañía de exploradores desplegados en la vanguardia, Alejandro guió a su ejército por el blanco y polvoriento camino que avanzaba por entre los árboles, cruzaba la llanura, subía la colina y luego bajaba hasta las ruinas de Troya. A medida que se acercaban, fueron apareciendo los campesinos, cargados con cestas de pan y fruta o simplemente mirándolos con ojos donde se mezclaban la curiosidad y la incredulidad. Alejandro los saludó como si fuera su salvador y ellos le respondieron levantando las manos y algunos vítores de compromiso.

Por fin llegaron a los alrededores de las ruinas: los cimientos de los gruesos muros, las calles, las puertas rotas, los pilares y trozos de pavimento. En algunos lugares, las ruinas estaban ocultas por la maleza o cubiertos de un espeso musgo verde.

Alejandro seguía eufórico. Señaló a lo lejos donde estaba el río Escamandro y el lugar en el que se había librado un famoso duelo de la legendaria batalla. La propia Troya era una desilusión, poco más que una mísera aldea de casas mal hechas y chozas levantadas entre las ruinas. Telamón fue incapaz de ver nada que le pareciera ni remotamente heroico, homérico o excepcional, pero, como todos los demás, se guardó la opinión mientras Alejandro continuaba con las citas de la *Ilíada*.

Por fin llegaron a la plaza del pueblo, bordeada por las ruinas y casas desmoronadas. Algunos de los habitantes hablaban un griego macarrónico y estaban más interesados en lo que podían vender que en la llegada del ejército. Alejandro desmontó y luego ayudó a Antígona a apearse de su caballo. Levantó una mano para llamar a Telamón.

—¿Estás segura de encontrarte bien, mi señora?

Antígona, con los ojos ensombrecidos y el rostro pálido, con los labios tan apretados que parecían una línea exangüe, asintió en silencio y se cubrió la *cabeza* con la capucha de la capa.

—¿Hay algo que Telamón pueda hacer por ti? —añadió el rey, solícito.

Una vez más la sacerdotisa sacudió la cabeza. Alejandro hubiese continuado con las preguntas, pero un grupo apareció por una de las calles laterales, precedido por un

anciano sacerdote, que llevaba un bastón en una mano y un bol de humeante incienso envuelto en un trapo en la otra. Lo escoltaba un niño que hacía sonar una campana. El extraño cortejo cruzó la plaza mientras se escuchaban las primeras risas entre la comitiva de Alejandro, acalladas de inmediato por las furiosas miradas del rey. El jefe del pueblo se acercó cargado con un cojín raído donde descansaba una corona de laurel pintada de color dorado y saludó a Antígona con una reverencia. Con los ojos llorosos, intentó pronunciar un discurso, pero su lengua parecía no querer moverse. Telamón sospechó que el personaje se había preparado para la ocasión bebiendo todo el vino que su considerable barriga podía contener. Se balanceaba peligrosamente. Hefestión se abrió paso entre la concurrencia. Antígona dijo unas palabras con un tono severo. El hombre se apresuró a ofrecer el cojín con la corona a Hefestión. El compañero del rey cogió la corona dorada y la levantó como si fuese la sagrada diadema de Asia, antes de colocarla con mucha ceremonia en la cabeza de Alejandro. El rey se la encasquetó firmemente y volvió a montar en su caballo. Animados, los ciudadanos y los campesinos se acercaron. Alejandro desenvainó la espada y con voz sonora anunció que había venido para liberarlos de la tiranía de Persia, restaurar la democracia y defender a todos los griegos amantes de la paz. Los lugareños, dirigidos por su jefe, respondieron con una aclamación de circunstancias. Ptolomeo y los demás mantenían las cabezas gachas, aunque sus hombros temblaban de la risa mal contenida. Telamón tuvo que mirar con expresión de enfado a Casandra, que se mordía el labio inferior con verdadera desesperación para no soltar la carcajada. Incluso Antígona mostraba una sonrisa desdeñosa. Alejandro, sin embargo, sólo vivía para la gloria del momento.

—Mi señora, vamos a tu templo —solicitó señalando la angosta calle por la que había llegado la procesión—. ¡Allí rendiremos culto a la diosa!

Alejandro tiró de las riendas y, con Antígona a su lado, cabalgó por la angosta calle adoquinada. Aquí y allá había casas, así como los restos de paredes y palacios derruidos cubiertos de musgo. Resultaba difícil imaginar la gloria y el orgullo de la corte de Príamo o los carros dorados de Héctor circulando a gran velocidad a través de aquellas ruinas. La calle desembocaba en una plaza que albergaba un bullicioso mercado, donde los comerciantes negociaban frenéticamente con los campesinos y granjeros. El aire estaba cargado con los olores del estiércol de caballo, las especias, las comidas que se preparaban y la fruta podrida.

Alejandro hizo una señal; el heraldo levantó la corneta y tocó tres notas agudas. En el mercado se hizo el silencio. Todas las miradas se dirigieron a la entrada de la calle. El rey desmontó y, mientras los pajes se apresuraban a sujetar las riendas del caballo, encabezó solemnemente a su comitiva a través de la plaza hasta el templo de Atenea: un modesto edificio con una escalinata ruinosa que conducía a un pórtico con una columnata; encima, un tímpano donde aparecía Atenea como guerrera. Cuando se abrieron las puertas de este lugar sombrío, quedaron a la vista las ayudantes del templo, que continuaban con los preparativos. Tan rápida e inesperada había sido la

llegada de Alejandro que una de ellas todavía estaba barriendo los escalones.

Antígona precedió al monarca. Los ciudadanos saludaron a su sacerdotisa con vítores y aplausos; Alejandro interpretó las aclamaciones como una muestra de apoyo a su persona. Telamón y los demás lo siguieron en su paso por la antecámara y luego por el santuario rectangular, con una hilera de cruceros a cada lado y, al fondo, una estatua de Atenea armada con yelmo, lanza y escudo.

Alejandro se apresuró a quemar el incienso ante la estatua, más interesado en las voluminosas bolsas de tela embreada colgadas a cada lado de la peana. A una orden de Antígona, las ayudantes cogieron las bolsas, desataron los cordones y sacaron una impresionante armadura. Las armas ofrecían un tremendo contraste con el entorno miserable. Admiraron una coraza de oro que trazaba el contorno de los músculos pectorales con las correas con tachones de plata y asimismo provista de hombreras, espinilleras con los bordes de plata y oro forradas con un cuero muy suave y una falda de guerra roja sobre un forro de tela blanca, con discos de plata en cada una de las tiras de cuero. El escudo, hecho de cinco capas de oro batido, también estaba forrado con un cuero muy suave y tenía las correas de plata; en el centro de su bruñida superficie, había un medallón de plata que mostraba la cabeza decapitada y la cabellera ondulante de la Medusa. El espléndido yelmo era corintio, con un penacho trenzado con crin de caballo y sujeto en la base con un aro de plata; los protectores de la nariz y las orejas no eran metálicos, sino que estaban hechos de un cuero rojo oscuro.

—Las armas de Aquiles —anunció Antígona.

Telamón y los demás las contemplaron sin disimular el asombro. La armadura era preciosa, sin duda la obra de un extraordinario artesano. La sacerdotisa, muy a su pesar, advirtió las sospechas de la comitiva, aunque Alejandro parecía absolutamente convencido de su autenticidad. El físico recordó el poema homérico: de acuerdo con la *Ilíada*, el dios Hefesto había hecho estas armas, después de la muerte de Patroclo, mientras Aquiles se preparaba para librar el impresionante y vengativo duelo con Héctor.

Ptolomeo fue el primero en manifestar su escepticismo.

—¡Se supone que estas armas tienen una antigüedad de centenares de años! ¡Tienen todo el aspecto de haber sido hechas ayer!

Telamón agradeció para sus adentros que Casandra no estuviera presente: su risa estridente le hubiese costado la cabeza. Alejandro, absorto en la contemplación de las armas, al parecer no escuchó el comentario de Ptolomeo, mientras que Antígona optó por no hacer caso de los cínicos murmullos de los compañeros del monarca.

—Son tuyas, Alejandro —proclamó con voz baja, pero sonora—. ¡Capitán general de Grecia, descendiente de Aquiles! —exclamó volviéndose hacia los demás como si quisiera disipar las dudas—. Sólo puedo decir aquello que sé. Estas armas han permanecido ocultas, pasadas de una sacerdotisa a otra. Es muy cierto que han sido reparadas, reconstruidas, pero continúan siendo las armas de Aquiles —confesó

esbozando una sonrisa.

Alejandro ya se las estaba probando. El yelmo le venía un poco grande y murmuró algo de llevar una capucha debajo. La coraza le iba que ni pintada. El rey levantó el escudo y la pulida superficie reflejó la luz que entraba por los ventanucos como una moneda de plata. El rostro de Alejandro se veía arrebolado, los ojos brillantes, como si ya se viera a sí mismo convertido en el nuevo Aquiles. Abstraído en sus sueños, dio las gracias a la sacerdotisa y prometió dedicar sus propias armas a Atenea. También prometió edificar un nuevo templo y reconstruir Troya con todo su esplendor.

Seleuco disimuló la risa mientras Ptolomeo ponía los ojos en blanco. Antígona se retiró discretamente y Alejandro asumió el papel de rey sacerdote. Trajeron su antigua armadura y la colocaron a los pies de la estatua. Quemaron más incienso y luego, vestido con la nueva armadura, Alejandro abandonó el templo.

Insistió en visitar todos los santuarios de Troya. Se improvisó un altar en la plaza del mercado. Alejandro hizo un sacrificio a Zeus, dios de los cielos y los fenómenos celestes. Ofrendas similares se hicieron a Apolo, Atenea y Hércules. Visitó el lugar donde el hijo de Aquiles degolló a Príamo y realizó nuevas expiaciones. Se había olvidado del todo de las tropas que le acompañaban. Hefestión habló con Ptolomeo en un aparte y se envió al general Sócrates para que se ocupara de instalar el campamento. Guiada por Alejandro, la comitiva real dedicó la tarde a recorrer todos los sitios sagrados de la ciudad. Los mercaderes, los tenderos y los que decían ser guías se vieron arrastrados por el fervor de Alejandro. El entusiasmo creció ante su espléndida generosidad. Todos los cuentistas, juglares y tramposos de la pequeña ciudad acudieron como moscas a un trozo de carne cruda, cada uno ansioso por decir lo suyo.

—Mi señor, ésta es la puerta por la que Héctor condujo su carro.

—Mi señor rey, éste es el lugar donde murió Héctor.

—En este mismo lugar, mi señor, Áyax violó a Casandra y se suicidó.

Alejandro se lo tragaba todo como si fuese el más dulce de los vinos. Sin embargo, un emprendedor tendero fue demasiado lejos. Sin parar mientes, ofreció a Alejandro una lira destartada con las cuerdas rotas.

—Mi señor, éste es el instrumento que París tocó para la bella Helena. Recuerda —añadió el tendero— que París también se llamaba Alejandro.

El rey lo miró furioso y lo apartó sin contemplaciones.

Telamón tenía la boca seca y le dolían las piernas. Se hartó de tener que recordar estrofas de la *Ilíada*. Intentó escabullirse, pero Alejandro lo cogió por un brazo y lo arrastró con él como si sospechara secretamente que Ptolomeo y los demás se estuvieran burlando de él.

Con el físico a un lado y Hefestión al otro, Alejandro no se detuvo ni una sola vez a comer o beber. Parecía inmune al sol ardiente, al polvo, a las nubes de moscas o a la necesidad de descansar. Recitaba continuamente los versos de la *Ilíada*. Su única

concesión al agotamiento físico fue quitarse la armadura de Aquiles. Cargó con el escudo mientras las demás piezas se repartían entre los acompañantes, incluido Telamón. Dieron vueltas y más vueltas a la colina de Troya. Por fin llegaron al campo cubierto de tréboles que se extendía hasta el promontorio que daba al mar por el oeste. Aquí Alejandro hizo una pausa y, a insistencia de Ptolomeo, se sirvió vino aguado en copas desportilladas.

Telamón se limpió el polvo de la garganta y la boca y miró a su alrededor. Sólo quedaba un puñado de los compañeros del rey y los guardaespaldas reales, que los escoltaban fuertemente armados a una distancia prudencial. El físico sonrió disimuladamente al comprobar que Aristandro se había largado. Alejandro se enjugó el sudor que le bañaba el rostro.

—Creía que había más —murmuró mientras observaba a Telamón con sus extraños ojos un tanto saltones—. Siempre he soñado con este lugar. Durante la infancia, soñaba todas las noches que algún día marcharía cubierto de gloria por las calles de Troya. Ahora, sin embargo, estoy cansado —confesó tras dar un suspiro.

Ptolomeo dio gracias por lo bajo.

Alejandro entregó su copa a Telamón. Se despojó de la capa y la túnica, las sandalias y el taparrabos, y se quedó desnudo ante ellos. Tenía el cuerpo bañado en sudor y cubierto de polvo, pero no parecía avergonzado.

—¡Traedme aceite! ¡Una guirnalda de flores! —ordenó.

Uno de los guardias corrió a buscar lo pedido. Alejandro realizó unos ejercicios de calentamiento como si fuese un atleta. Nadie se atrevió a preguntarle el motivo. Ptolomeo miró fijamente a Telamón.

—Voy a correr —anunció Alejandro—. ¿No recordáis los versos de la *Ilíada*, aquellos donde se cuenta cómo Aquiles y Patroclo fueron desnudos a cazar lobos?

Señaló dos imponentes montículos separados por una corta distancia entre ellos que destacaban en el promontorio.

—Las tumbas de Aquiles y Patroclo —manifestó Alejandro—. Hefestión, ¿me acompañarás?

—Iremos todos —contestó Ptolomeo—. Vas a correr, ¿no?

—Sí, como un tributo a mi antepasado —asintió Alejandro—. Como hicieron los héroes en los tiempos de Hornero.

Cogió la botella de aceite de manos del guardia que había dejado la guirnalda de flores en el suelo. Los demás se quitaron las prendas como los atletas que se preparan para una prueba: Ptolomeo, bajo, fornido y nervudo; Hefestión, moreno y musculoso; Seleuco, delgado y fuerte.

—¡Será como en Mieza! —declaró Alejandro—. Correremos como solíamos hacer al alba. Demos gracias de que Cleito no esté aquí. Nos haría correr hasta la extenuación.

—Creía que estaban enterrados juntos —señaló Telamón.

En el rostro de Alejandro apareció una expresión de enfado.

—¿Quiénes?

—Aquiles y Patroclo. ¿No recuerdas el último canto de la *Ilíada*? «Por lo tanto, que un único recipiente, la dorada urna de dos asas, la que me dio tu madre, contenga nuestras cenizas» —recitó Telamón con los ojos cerrados—. ¿No son tales las palabras de Aquiles? ¿Qué dice la *Odisea*, cuando el errante visita a Agamenón en el Hades? ¿No le describe Agamenón cómo Aquiles y Patroclo fueron enterrados juntos? Por consiguiente, ¿por qué hay dos túmulos funerarios?

Alejandro cogió la muñeca de Telamón y le dio un pellizco en la piel.

—Quizás estén juntos y el otro túmulo se haya levantado como un homenaje. En cualquier caso —determinó Alejandro mirando de soslayo a sus compañeros—, correremos y yo seré el vencedor.

Telamón y el resto de la comitiva contemplaron divertidos como Alejandro, veloz como una liebre, corría entre la hierba alta, aplastando a su paso las brillantes amapolas. Ptolomeo y los demás le seguían, entre risas y gritos; agitaban los brazos y sus cabellos al viento. Hacían ver que corrían con todas sus fuerzas, pero se cuidaron mucho de adelantar al rey. Los corredores se perdieron en la distancia. Llegaron a los montículos y corrieron a su alrededor tres veces. Telamón vio a Alejandro subir a cada montículo para derramar el aceite y dejar las flores. Luego emprendieron la carrera de regreso. Los guardaespaldas vitorearon a su rey.

El físico decidió que ya había tenido más que suficiente y volvió a la ciudad. Cuando llegó a la plaza del mercado, se entretuvo curioseando por los tenderetes. Los furrieles habían comprado todos los alimentos. Telamón se detuvo delante de un tenderete donde el propietario, un tuerto, gritaba los precios de sus productos a voz en cuello. Telamón observó las jarras, las copas y las cajas que estaban a la venta.

—Todo está fabricado por los artesanos locales —le informó el tuerto—. ¿Eres un soldado, señor? No, no puedes ser...

—Soy físico. Siempre busco cajas para llevar los instrumentos, los frascos, las hierbas... —aclaró cogiendo una caja.

—Sólo vale unos pocos óbolos, señor; menos de una dracma —dijo el tendero.

Telamón observó la caja con mucha atención.

—¿Esta caja está hecha por un artesano local?

—Me gustaría responder que no, señor, pero veo que no se te puede engañar. Sí, las hace un carpintero que tiene su casa en los aledaños. Él me las vende a mí, y yo te las vendo a ti.

Telamón le pagó. Con la caja bajo el brazo, se dirigió hacia el templo. No vio a Antígona. El viejo que cuidaba la entrada dormitaba con la boca abierta y se despertó cuando el visitante se le acercó. Le dijo a Telamón que la casa de la sacerdotisa se encontraba en el pequeño jardín de detrás del edificio. El portero con ojos somnolientos se puso de pie. ¿El señor quería que lo acompañara?

El físico le dio las gracias y le respondió que no era necesario. Durante unos minutos, paseó por el interior del templo, que no se diferenciaba en nada de muchos

otros que había visitado. El aire aún olía al incienso que había quemado Alejandro. Habían retirado la armadura del rey y las bolsas embreadas. Se detuvo al pie de la estatua y echó una ojeada a su alrededor. Le resultaba difícil imaginarse a una mujer tan bella y digna como Antígona en un santuario como éste. Volvió a la antecámara. Antes de que se marchara, el portero abrió un pequeño cofre y sacó un grueso rollo de pergamino:

—Escribe tu nombre, señor. Escribe aquí tu nombre, señor, y tendrás el favor de Atenea.

Telamón conocía la costumbre. No quería ofender al viejo y le dio una moneda. El portero dejó el rollo en el suelo junto con un cuerno lleno de tinta y un estilo. El físico desenrolló el pergamino y escribió la fecha y su nombre. Dominado por la curiosidad desplegó todo el rollo. No habían sido muchos los visitantes durante los meses anteriores, pero un nombre no le pasó desapercibido: «Cleón». También vio el nombre de Filipo, el padre de Alejandro, y otro nombre, escrito por una mano torpe.

—¿Qué pasa, señor?

—Nada, nada —respondió Telamón levantándose.

El portero se encargó de guardar el rollo y el físico abandonó el templo. Comenzaba a ponerse el sol y la brisa soplaba un poco más fresca. Rodeó el edificio. La casa de la sacerdotisa se levantaba al otro lado de un muro que cerraba el jardín; desde donde estaba, se veía el tejado rojo. Llegó a la puerta y la abrió. Daba a un bonito jardín con una fuente con la estatua de una ninfa en el centro. Antígona estaba sentada en un banco de espaldas a él. Se disponía a llamarla cuando vio que se le sacudían los hombros y comprendió que la mujer lloraba a lágrima viva. No quería molestarla, así que cerró la puerta y se marchó por donde había venido.

Telamón cruzó la ciudad sin prisas, salió por la puerta en ruinas y bajó la colina cubierta de hierba. El pequeño ejército de Alejandro estaba acampado en la llanura, donde los soldados habían procurado instalarse lo más cómodos posible. Algunos habían instalado tiendas, mientras que otros, menos afortunados, habían cortado ramas de los árboles más cercanos para construirse una especie de choza muy rudimentaria. El general Sócrates había establecido una vigilancia muy estricta.

A Telamón le dieron el alto en varias ocasiones, pero le reconocieron y le dejaron continuar. Un tesalio que recordaba haberle visto en compañía de Casandra lo acompañó hasta el recinto real y encontró su tienda. La muchacha estaba sentada a la entrada, muy entretenida en su charla con el centinela. Levantó la cabeza al verle llegar.

—Creía que te habías vuelto. ¡Pasa!

Levantó la tela de entrada de la tienda. En el interior todo estaba muy limpio y ordenado. Casandra había convertido un cofre en una mesa. Había pan, queso, carne, dos jarras, una llena de agua y la otra de vino, y un pequeño bol de frutas.

—Te estaba esperando.

Colocó una lámpara en el centro de la mesa. Telamón se lavó la cara y las manos.

—Tenemos que comer juntos —comentó Casandra—. El físico y su ayudante.

Se había lavado e incluso maquillado un poco el rostro. Llevaba la abundante cabellera roja recogida en un moño sujeto con un pasador de bronce.

—¿Dónde has conseguido toda esta comida?

—Tú me diste dinero. Una parte la compré y el resto la robé, como han hecho todos los demás en el campamento. ¿Dónde está nuestro gran héroe conquistador? ¿Todavía se pasea por Troya con aquel ridículo yelmo en la mano?

Telamón sonrió mientras cogía un trozo de queso. Era muy fresco y sabroso.

—Tendrías que tener un poco más de cuidado con la lengua.

—Y tú tendrías que cuidar un poco más tu cabeza. Alejandro de Macedonia es voluble, y encima astuto. Te dijo que lo dejaras, ¿no? Me refiero a los asesinatos. Un centinela lo escuchó.

Casandra llenó una copa hasta la mitad con vino, la acabó de llenar con agua y se la dio. Telamón bebió un trago.

—No hay ni una pizca de lógica en todo este asunto. Aquí tenemos a Alejandro de Macedonia preparándose para invadir Asia. Ha leído todo y más sobre Troya. Sin embargo, necesitó contratar guías.

—A mí ya me pareció extraño —señaló Casandra—. ¿A ti no?

—No hasta hoy. Fue cuando embarrancaron el trirreme —precisó levantando una mano cuando vio que Casandra abría la boca—. ¿Te fijaste cómo Alejandro se lanzó a caballo tierra adentro sin esperar a los guías? Además, cuando llegamos a aquel lugar en ruinas... —el físico se interrumpió al escuchar un toque de corneta—. ¡Demos gracias a los dioses! —exclamó—. ¡El rey ha vuelto! La cuestión es que Alejandro llega a Troya y se pasea por las calles como si hubiese nacido aquí.

—Es lo que intentaba decirte. No he dejado de preguntarme sobre esos guías. Cuando presenciamos las maniobras militares, tú me señalaste a los exploradores, la caballería ligera. Ahora mismo vi a unos cuantos que volvían de recorrer la zona; los guías no les acompañaron. Ah, otra cosa, y muy importante. Me acerqué al pabellón real.

—¡Oh no! —gimió Telamón.

—Verás, me ofrecí a ayudarlos a levantar el pabellón, a cargar baúles y cofres. Me encontré con el secretario del ejército... ¿Cómo se llama?

—Eumenes.

—Estaba acomodando unos rollos. Tuve la oportunidad de echar una rápida ojeada a uno de ellos.

Telamón hizo girar la copa entre las palmas de las manos.

—Se trataba de un mapa. Vi la ciudad de Éfeso, y otro lugar, Mileto. Toda la costa occidental de Asia con las islas. El mapa era muy preciso. Eumenes lo guarda en un cofre. Fui muy astuta, ¿no te parece?

Telamón no salía de su incredulidad. Le irritaba un poco el brillo en los ojos de Casandra.

—Pero, pero... —comenzó.

—Lo que estás intentando decir, mi erudito físico, es que, si Alejandro tiene exploradores y mapas muy detallados, ¿para qué necesita a Critias y al resto de guías? ¿Por qué asesinaron a uno al borde del acantilado? ¿Y al otro mientras orinaba? ¿Quién los mató? ¿Quién asesinó a Critias? Sé que su muerte te preocupa. Me pregunto... —Casandra cruzó los brazos con las manos apretadas a las costillas—. Aquel tipejo que desapareció, Hércules, el enano de Aristandro, ¿descubrió algo?

Telamón la miró con una expresión estupefacta.

—¿Por el condenado Hades! —exclamó.

—Es todo una mentira, ¿no es así, Telamón?

—Fui al templo. Vi el nombre de Cleón, el físico...

—¿El traidor?

—Sí. Mientras regresaba, comencé a reflexionar —apuntó tendiendo la copa para que Casandra se la llenara—. Cleón era bajo y rechoncho. No era ningún gran jinete y, no obstante, consiguió abandonar el campamento de Alejandro sin que lo detuvieran. Me refiero a que, si Alejandro hubiese querido y si Aristandro vigilaba de cerca a los físicos...

—No crees que Cleón escapara, ¿verdad? ¿Sospechas que está muerto?

—Podría estarlo —murmuró Telamón—. Claro que bien podría ser que Alejandro esté llevando a cabo un juego muy sutil. Cleón es sencillamente una pieza más del juego, como lo somos todos.

Capítulo XI

«Los otros generales persas apenas consideraron las opiniones de Memnón. Dieron por terminada la discusión sin más».

Quinto Curcio Rufo, *Historia*, libro 2, capítulo 4.

Pascilio, la fortaleza de Arsites, sátrapa de Frigia, que se *alzaba*, junto al lago era un oasis de frescura. Los altos muros y sus torres estaban rodeados de fértiles prados y reservas de caza donde abundaban los animales y las aves exóticas. Era un auténtico paraíso, un parque pensado para el placer con las terrazas ajardinadas, los huertos de palmeras, los senderos umbríos, los cenadores y las rumorosas fuentes. Tanto dentro como fuera de los muros de la fortaleza, los estanques brillaban a la luz del sol, bien surtidos de carpas y muchas otras variedades de peces. Bosquecillos de robles, álamos, abetos y encinas servían como cotos de caza, donde el sátrapa practicaba su deporte preferido. Por lo común, Arsites y su corte pasaban muchas horas en el parque, dedicados a comer y beber, pero, en aquel fatídico día, no había nadie que pasara por los jardines y el silencio sólo lo rompían los chillidos de los pavos reales que cortejaban en los prados acabados de regar.

En el interior, en la mal iluminada sala de audiencias, Arsites y su corte recibieron a Memnón el griego. El mercenario rodio, vestido con una sencilla túnica, no hizo el menor caso de los magníficos tapices decorados con las fantásticas formas de pájaros y animales exóticos. Permaneció sentado, incómodo, en el diván dorado, con la mirada fija en la pequeña mesa de acacia que tenía delante, colmada de frutas y copas ornadas con tigres de plata y llenas hasta el borde con vino blanco helado. Memnón sólo tenía ojos para Arsites, ataviado con una exótica y lujosa túnica sobre una fina camisa de tela dorada y pantalones bombachos. Calzaba babuchas rojas y plateadas y se cubría la *cabeza* con un ajustado sombrero cónico, un *kulah*, con unas cintas que le caían sobre la nuca. Arsites llevaba el rostro maquillado, los labios y las uñas pintados de un color rojo brillante. Las trenzas, la barba y el bigote brillaban con los más finos aceites.

Memnón pensó que no eran más que unas mujerzuelas. Intentó controlar su irritación, consciente de que su juicio era injusto. Arsites y sus compañeros, tendidos en los divanes, podían vestir como unas cortesanas, pero todos eran valientes guerreros, ansiosos por enfrentarse a Alejandro. Esto era lo que preocupaba a Memnón por encima de todo lo demás. Miró a su derecha, donde Cleón, el rubio físico con cara de tonto, recién llegado del campamento de Alejandro al otro lado del Helesponto, bebía ruidosamente una copa de vino. Luego miró el rostro sonriente de su criado y hombre de confianza Diocles, quien le advirtió con la mirada, como había hecho antes del banquete, que contuviera su temperamento y no se comportara groseramente con Arsites, Mitrídates, Nifrates y los demás.

—¿Estás bien, general Memnón? —preguntó Arsites extendiendo una mano para coger un grano de uva del bol que tenía delante.

—Estoy bien, pero atareado.

La áspera respuesta de Memnón interrumpió la charla; se hizo el silencio ante esta falta de etiqueta. Arsites cogió otro grano de uva y se lo metió en la boca.

—Tengo noticias para ti —advirtió el sátrapa con una mirada hostil—. El macedonio está en Troya. ¡Ha cruzado desde Elaeum!

—¿Qué? —exclamó Memnón apoyando los pies en el suelo y mirando a su anfitrión con furia—. ¿Cuántos hombres ha traído?

—Sesenta trirremes; un pequeño ejército de tres mil soldados.

Memnón cogió la copa de vino.

—De haberlo sabido, podríamos haber enviado barcos, tener una fuerza esperándolos. Creí que cruzaría con los demás a Abidos y, desde allí, emprendería la marcha hacia el sur. ¿Para qué tenemos a un espía en su campamento? ¿No tendría que habernos avisado de sus intenciones?

—Al parecer, fue algo que lo pilló por sorpresa. Una decisión que Alejandro tomó repentinamente.

—¡Lástima de oportunidad desperdiciada! Estaba seguro de que cruzaría con los demás —lamentaba Memnón hablando casi para él mismo, con la mirada puesta en el tapiz detrás de Arsites—. Podríamos haberle tendido una trampa, podríamos haberlo matado.

—Lo atraparemos y lo mataremos —replicó el sátrapa con voz lánguida—. General Memnón, ¿quién dio las órdenes de desembarcar a un grupo de asesinos y enviarlos al campamento de Alejandro?

El mercenario miró de reojo a Cleón, que no apartaba la mirada de la copa.

—Sí, nuestro buen físico nos comunicó la información —añadió Arsites—. Alejandro mató a los asesinos y apiló sus armas como un trofeo delante de su pabellón.

Memnón murmuró una breve plegaria, una despedida a Droxenius y los demás.

—Eran hombres buenos. Murieron con honor en combate. ¿Qué más puede pedir un soldado? —preguntó mirando a su alrededor.

No le gustaba la atmósfera; sus anfitriones eran corteses pero reservados. «No confían en mí», pensó el rodio. Su inquietud fue en aumento y el recuerdo de Lisias encerrado en aquella jaula de hierro reapareció en su mente. En el patio le esperaban diez hoplitas. Ahora se arrepintió de no haber traído a más hombres de su ejército de quince mil mercenarios acampados al este, no muy lejos de la fortaleza.

—Alejandro será atrapado y matado —repitió Arsites, que lo miraba atentamente.

Memnón escuchó un ruido y miró por encima del hombro. Vio como se abría la puerta y entraban en la sala seis de los guardaespaldas de Arsites, armados con escudos y las espadas desenvainadas. Cleón dejó de masticar y también levantó la *cabeza*, con los ojos azules llorosos y la boca abierta. Su mirada se cruzó con la del

rodio y le guiñó un ojo.

—¿Puedo recordarte, Arsites, que disfruto del favor personal del Rey de Reyes?
—manifestó Memnón con un tono que disimulaba perfectamente su nerviosismo.

—Así es, desde luego.

—¿El tal Naihpat? —prosiguió Memnón—. ¿Sabes acaso quién es?

—No lo sabemos, ¿no es así, Cleón? —apuntó Arsites levantando la copa y brindando por el físico medio borracho.

—Busqué y busqué —farfulló Cleón, con lengua estropajosa—. Seguí buscando... Pero ¿quién es? —preguntó moviendo la cabeza atrás y adelante como si se tratara de un juego infantil—. No lo sé.

—Entonces, vales muy poco como espía —afirmó Memnón.

Arsites miró al general mercenario.

—Es útil para algunas cosas.

La inquietud de Memnón aumentó. Desde que había dejado Persépolis se había mantenido en contacto permanente con el sátrapa y sus generales. Antes de venir, ya se barruntaba que Droxenius y sus compañeros habían fracasado en su misión; de haber tenido éxito, la noticia se hubiera propagado con la rapidez del viento.

—¿Qué cosas?

—Quienquiera que sea Naihpat, cuya identidad sólo conoce el señor Mitra, ha hecho un buen trabajo. Tenemos informes de que Alejandro tiene dudas. Los guías que contrató —Arsites sonrió— han sufrido bajas.

—¿A qué te refieres?

—Algunos de ellos han sido asesinados, como también lo ha sido Critias, el dibujante de mapas. Alejandro podrá avanzar hacia el sur, pero caerá directamente en nuestra trampa. El hombre que ha matado a su propio padre...

—No tienes ninguna prueba de eso.

—Ni falta que nos hace —replicó el sátrapa—. Es un parásito, un tufo maloliente en la nariz del Ahura-Mazda, que lo hará caer en nuestras manos.

Memnón sacudió la cabeza, contrariado.

—No, no debes oponerte al macedonio.

—¿Qué nos recomiendas que hagamos? —preguntó Nifrates, el joven general sentado a la diestra de Arsites, hombre de piel más clara que el sátrapa y facciones delicadas, pero con una mirada feroz, implacable—. ¿Cuál es tu recomendación, general?

—Que nos retiremos. ¡Debemos quemar todas las casas, los graneros y los campos! ¡Matar el ganado o espantarlo! ¡Arrasar la tierra!

—¡Jamás!

La réplica de Arsites fue aplaudida por sus colegas.

Memnón los miró con una expresión de súplica. Se escucharon el grito de un pavo real y los trinos de las aves en las jaulas doradas. Arsites sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa.

—El divino —declaró Memnón— me ha otorgado el mando...

—Te otorgó el mando de quince mil mercenarios —le interrumpió Arsites— y el derecho a sentarte en este consejo de guerra. Tú no eres el Rey de Reyes, Memnón. No puedes...

—Manifestaré todas las opiniones que considere necesarias —replicó Memnón, con una expresión de cólera—. He combatido contra el macedonio. La sorpresa, la velocidad, el salvajismo: nunca te has enfrentado a nada ni siquiera remotamente parecido. Escucha —apuntó el rodio intentando razonar—. Alejandro marchará sin apartarse de la costa. Su flota es patética. Sólo dispone de ciento sesenta barcos y algunos de ellos sólo son embarcaciones de transporte. Una buena parte de la flota es ateniense, o de otras ciudades que sólo esperan el momento oportuno para rebelarse contra el control de los macedonios. Sería algo sencillo derrotarla, enviarla al fondo del mar...

—Estoy de acuerdo —manifestó el sátrapa—. El macedonio ha venido, pero no volverá a su patria.

—Entonces retírate —insistió Memnón—. ¡Arrasa la tierra y envenena los pozos! Sus hombres acabarán exhaustos, muertos de hambre. Su famosa caballería no ganará honores. Deja que ronde; fomenta la rebelión y el descontento. Permite que sus aliados deserten, que pidan condiciones. Después, destrúyelo —concluyó el rodio engarfiando los dedos.

—Por lo tanto, ¿quieres que incendiemos nuestros graneros? —replicó Arsites—. ¿Que envenenemos los pozos, matemos los peces y el ganador, que lo convirtamos todo en un desierto que se pudre al sol? ¿Es eso lo que quieres?

—Los pastos volverán a crecer —manifestó Memnón—. Se pueden plantar nuevos árboles, comprar más ganado...

—¿Qué pasará con nuestra gente? —preguntó Arsites.

—Deja que escape al este. Prométele compensaciones, la alegría de ver a Alejandro entre cadenas y a los supervivientes de su ejército engrillados, camino de tus minas. O, si quieres, crucifícalos a cada lado del camino real, como una advertencia para el resto de Grecia.

—¿Tanto le odias?

—Tanto le odio.

—Tú eres griego.

—Sí, y Alejandro es macedonio. Un bárbaro.

—¿Él te odia?

—Ha jurado —respondió Memnón después de beber apresuradamente un trago de su copa— que no tendrá piedad, que será inclemente con cualquier griego que empuñe las armas en su contra. Mi señor Arsites, estaré a tu lado, lucharé y, si es necesario, moriré contigo.

—Nuestras noticias hablan de otra cosa.

Con un movimiento brusco, Arsites despejó la mesa; los boles y las preciosas

copas rodaron por el suelo. Cleón dio un brinco. Diocles se sobresaltó. Memnón acercó la mano allí donde tenía que estar la daga, pero, por supuesto, habían tenido que dejar las armas antes de entrar en la sala.

—¿Estás muy furioso, mi señor Arsites?

—Estoy muy furioso.

El persa se agachó para sacar un pequeño cofre oculto debajo del diván y lo dejó encima de la mesa. Abrió la cerradura y levantó la tapa.

—Aquí están los informes enviados desde Abidos por nuestros espías en el puerto y las zonas vecinas.

Memnón notó un sudor frío que le corría por la espalda. Sospechaba lo que estaba a punto de ocurrir.

Miró rápidamente a los demás: los persas de piel morena y cabellos oscuros le devolvieron la mirada, implacables.

—¿Tienes fincas allí? —le preguntó el sátrapa.

—¡El Rey de Reyes ha sido muy generoso!

—¡Yo también tengo fincas allí! —manifestó uno de los comandantes persas.

—¡Y yo! —declaró otro.

—Muchos de nosotros teníamos fincas allí —señaló Arsites con voz calma—. Ahora las han incendiado, arrasado, saqueado... No quedan más que cenizas y restos calcinados. Sin embargo, general Memnón, no han tocado tus tierras.

—Sabes de sobra el motivo —replicó el mercenario—. El rey de reyes me dispensa su máxima confianza. Alejandro, aconsejado por ese astuto y taimado Aristandro, seguramente dio la orden de que no tocaran mis propiedades para así fomentar la desunión y la discordia entre nosotros.

—Tu lealtad, mi señor, no está en duda —afirmó Arsites—. ¿No es así, Cleón?

El físico se apresuró a mirar al persa; luego miró a Memnón y sacudió la cabeza con una expresión de pena.

—La verdad es que creo que Alejandro tiene tan elevada opinión de ti como la que tú tienes de él —apuntó Arsites—. Él, como nosotros, hace lo imposible por crear la discordia y fomentar la sospecha —añadió agitando la mano en un gesto displicente—. En cambio, tenemos pruebas de otros asuntos. Por favor, general Memnón, lee esto.

Le arrojó un rollo de pergamino atado con una cinta. Memnón se armó de valor, desató la cinta y desplegó la carta.

—Léela en voz alta, general.

Memnón descubrió que no podía. Le temblaban las manos. Reconoció la caligrafía personal de Alejandro y, al pie de la carta, el sello del rey. En la sala se hizo un silencio absoluto. En el exterior, el pavo real había dejado de oírse. Los pájaros revoloteaban inquietos en las jaulas doradas, como si la amenaza que se respiraba en la atmósfera hubiese apagado todo deseo de trinar.

—Estoy de acuerdo contigo, general Memnón —susurró Arsites—. Si

hubiésemos sabido que Alejandro iba a navegar directamente a Troya con una escolta tan pequeña, le hubiéramos estado esperando, ya fuese en el mar o en tierra. Es con la mayor sinceridad que te digo esto: si creyera que tu estrategia de quemar la tierra y envenenar los pozos diera resultado, mis colegas y yo estaríamos de acuerdo. Confiamos en ti, general Memnón, pero no confiamos en quienes te rodean. Lisias era un traidor. Quería reunirse con Alejandro en Troya. El divino, desde luego, dijo la verdad cuando afirmó que había otros involucrados en esta traición.

El rodio miró la carta una vez más, con lágrimas en los ojos.

—Pero, general Memnón, ¿cómo podemos confiar plenamente en ti? —susurró Arsites—. ¿Cuando incluso tu sirviente Diocles es un traidor?

Diocles se levantó con tanta violencia que tumbó la mesa. Tendió las manos, movió la boca en un inútil intento de pronunciar palabras y miró a su amo con una expresión de súplica.

—Es una carta de Alejandro de Macedonia, ¿no es así? —añadió el sátrapa—. ¡Está escrita de su puño y letra; lleva su sello! No es una falsificación. ¿Qué dice, general Memnón? Puedo citar cada una de las palabras: «Alejandro, rey de Macedonia, capitán general de toda Grecia, a Diocles, mi amigo, sirviente del traidor, saludos. La información que nos has enviado será de gran ayuda en nuestra marcha al este, como lo fue en la captura del espía persa, Leontes. Los dioses están con nosotros. Viajaré a Troya para ofrecer un sacrificio a los dioses y honrar a mis antepasados. Luego iremos en busca de tu amo. Déjalo que corra» —leyó Arsites antes de hacer una pausa—. Sí, eso es lo que dice, ¿verdad?

No hizo caso de Diocles, que en aquel momento había caído de rodillas con los brazos cruzados sobre el estómago.

—Sí —repitió Arsites—. ¿Cómo continúa? «Deja que tu amo corra. Deja que él haga nuestra tarea y lo arrase todo en la huida. Aun así, le seguiremos. Nuestro avance nos hará cada vez más fuertes. Las ciudades de Asia nos abrirán sus puertas y aclamarán al salvador que los librá de fuego y la espada. Muy pronto estaremos contigo. Hasta la vista».

—¿Dónde lo has conseguido? —preguntó Memnón con dificultades para hablar y la sensación de que el corazón le estallaría en cualquier momento—. ¿Cómo ha llegado a tus manos?

—Yo la traje —susurró Cleón.

—¿Vas a decirme que entraste sin más en el pabellón del rey, buscaste entre su correspondencia y te llevaste lo que quisiste?

—Nunca he dicho tal cosa —respondió el físico con una sonrisa vanidosa—. El día, general, que tus mercenarios intentaron matar a Alejandro de Macedonia, reinó en el campamento una gran confusión. Volví a mi tienda y me acosté un rato. Sólo entonces vi una pequeña bolsa con los pergaminos. Los cogí y los leí. La carta que mi señor Arsites te acaba de dar es una de ellas. Hay otras. Es probable que con toda la confusión en el campamento macedonio ni siquiera las hayan echado en falta.

—¿Cuántos más? —preguntó Memnón—. ¿Hay otros griegos en mi compañía?

—No —respondió Arsites sacudiendo la cabeza—. Están los nombres de los traidores en otras ciudades. No te preocupes; nos ocuparemos de ellos. Estas cartas nos ofrecen, amigo mío, una visión de lo que pasa por la mente del macedonio — proclamó el sátrapa agitando un dedo—. En ningún momento Alejandro expresa el ansia de enfrentarse con nosotros en combate. Confía en que nos retiremos. Cuenta con los traidores en nuestras ciudades para que le abran las puertas —observó Arsites antes de hacer una pausa que dejó oír los conmovedores gemidos de Diocles—. ¡No continuaré hablando hasta que no se lleven a este traidor de aquí y le den su merecido! —exclamó el persa levantándose ágilmente.

Diocles se hubiera arrastrado por el suelo, pero Arsites dio una palmada. Los guardaespaldas que estaban junto a la puerta se acercaron. Pasaron junto al diván de Cleón y levantaron sin más al criado mudo, que no dejaba de debatirse. Memnón no podía hacer otra cosa que presenciar la terrible escena con una expresión de la más absoluta incredulidad. Diocles llevaba por lo menos diez años a su servicio; había sido su hombre de confianza en la paz y en la guerra. ¿Podía dar fe a lo que decía la carta que tenía en la mano? Sacudió la cabeza.

—No es una falsificación —admitió mirando con furia a Cleón—. ¿Podría haber sido dejada en la tienda con toda intención?

El físico lo negó con vehemencia.

—El espía Naihpat las dejó en mi tienda —respondió dejando ir un suspiro—. Eso significa, mi señor, que también sabía que yo cobraba del oro de los persas. ¿Quizá me estaba dando un aviso? Después de todo, uno de mis colegas ya había sido ejecutado, probablemente traicionado por tu sirviente. Aristandro me vigilaba, y a los demás también. Si encontraban estas cartas en mi poder, me hubiese resultado muy difícil dar cualquier explicación. Así que decidí marcharme lo más rápido posible.

—¿Nadie intentó impedir que te marcharas?

—Tal como dije, en el campamento reinaba el caos después del ataque a Alejandro. Me resultó relativamente sencillo. Ensillé mi caballo y dije que tenía unos asuntos que atender en Sestos. En cambio, seguí el camino de la costa y contraté a un pescador para que me cruzara a este lado. Y aquí estoy —manifestó separando las manos.

Diocles intentó abalanzarse sobre el físico.

—¡Sacadlo de aquí! —ordenó Arsites.

Diocles se resistió con denuedo; una de las pequeñas mesas salió volando cuando la alcanzó con un puntapié. Uno de los guardaespaldas le golpeó en la cabeza con el plano de la espada y lo dejó inconsciente; la sangre que manaba de la herida corrió por el suelo de mármol. Las aves espantadas por los gritos se estrellaban contra los barrotes de las jaulas. Arsites gritó una orden y se llevaron a Diocles a rastras. Memnón seguía sin aceptar que la acusación pudiera ser verdad.

—Es demasiado sencillo —protestó—. ¡Un puñado de cartas dejadas sin más en

una tienda! Cleón las encuentra e inmediatamente decide escapar.

Arsites volvió a sentarse en su diván.

—Mi señor, te olvidas de un detalle importante. Nuestro querido físico Cleón ha sido durante muchos meses un visitante asiduo de nuestra corte. Está a nuestro servicio, y ha trabajado con muchos riesgos, como lo hizo Leontes hasta que lo traicionaron. Si lo capturaran, Cleón ya estaría crucificado. En cualquier caso, ¿por qué iba a mentirnos?

—Quizás el propio Alejandro dejara las cartas en la tienda.

—¿Por qué razón iba el macedonio a mencionar que viajaría a Troya directamente? ¿Por qué lo hizo? Sin duda sabía que la carta había desaparecido.

—Porque Alejandro es Alejandro —farfulló Cleón—. Es algo que le obsesiona. Ahora bien, incluso si lo hubieses sabido, general Memnón, que sólo hablas de una retirada, ¿hubieses ido a su encuentro?

—Te olvidas de las otras cartas —añadió Arsites, que palmeó el cofre—. Sabemos a cuántos hombres ha comprado Alejandro. Los suministros que necesita. La ruta que seguirá, y lo que es más importante, su estrategia. Le han recibido en Troya. No se puede permitir que las otras ciudades le cierren las puertas. Mira, mi señor, Diocles ya está muerto: su ejecución ha sido inmediata.

Memnón cerró los ojos.

—Una muerte rápida —le aseguró Arsites—. Su cabeza ya se ha separado de su cuerpo. Aceptó nuestro oro, partió el pan y comió nuestra sal. Nuestra confianza en ti, sin embargo, es inalterable. Estas mismas cartas hablan de ti de la forma más dura. Alejandro de Macedonia teme a Memnón de Rodas. Por lo tanto, le demostraremos que su miedo es acertado —proclamó el sátrapa levantando las manos—. Hemos enviado nuestras órdenes. Los ejércitos se reúnen. Nos enfrentaremos a los macedonios en el campo de batalla.

El rodio sólo le escuchaba a medias.

—General Memnón, te recomiendo que salgas unos minutos —añadió Arsites—. Recupera la calma. Supera el dolor. Luego vuelve y entre todos planearemos la venganza de la que toda Grecia será testigo.

Un grito que helaba la sangre espantó a los pastores a primera hora de la mañana. Un prolongado grito de terror que rompió el silencio de la noche y los hizo acurrucarse alrededor de la hoguera mientras los perros aullaban al cielo estrellado. El jefe de los pastores propuso que fueran a averiguar lo que había pasado, pero los demás se mostraron más cautos. Las llanuras barridas por el viento que rodeaban Troya estaban pobladas de fantasmas y la llegada de los macedonios había revivido antiguas memorias. Los pastores mantuvieron a los perros a su lado y vigilaron el cielo atentos a las primeras señales de la aurora. Se preguntaron cuál podía ser el origen de aquel horror. El ejército macedonio llevaba cinco días acampado a las puertas de Troya y nuevas tropas llegaban cada día. Para los pastores, era como ver un mar de hombres, manadas de caballos, una interminable caravana de carros

cargados con armas y máquinas de guerra; enormes catapultas, gigantescos mandrones, pesados arietes... Habían visto de lejos al rey macedonio. Habían escuchado rumores, la charla de buhonero o de un calderero que hablaba de un ejército todavía mayor, un auténtico mar de soldados de caballería que avanzaba hacia el oeste para atrapar al macedonio, para plantearle batalla y destruirlo.

Los pastores, que hablaban en el dialecto de la región, discutieron sobre quién podía ser la víctima. Después de todo, el campamento macedonio estaba rodeado por un anillo de acero y las patrullas de caballería recorrían los campos a todas horas. ¿Sería algún espía o explorador persa? ¿Podía ser que alguno de los jinetes se hubiera encontrado por casualidad con alguna muchacha campesina o con algún viajero que llevaba en la bolsa más monedas de lo que era prudente en estos tiempos? ¿No podía tratarse de algo más siniestro? ¿Un sacrificio a los dioses? El rey macedonio parecía muy aficionado a los sacrificios: levantaba altares aquí y allá vestido con la armadura sagrada que había cogido del templo. Los más ancianos hablaban de cómo, cuando Jerjes, el gran rey persa, había cruzado el Helesponto, había mandado sacrificar un millar de toros. ¿El macedonio haría lo mismo? ¿Quizá creía que la sangre humana era más del agrado de los dioses?

—El macedonio no ha podido salirse con la suya —declaró el jefe de los pastores—. Ha enviado a sus emisarios a las ciudades, pero todas se han negado a abrirle las puertas. Los jefes de Lampasco —añadió refiriéndose a una ciudad vecina— cerraron las puertas y despacharon a sus enviados con viento fresco.

—¿Emprenderá la marcha o se quedará en Troya? —preguntó uno.

—Dicen que está a punto de marchar —afirmó el líder con un tono seguro—; cuando lo haga, nos llevaremos los rebaños. Estarán escasos de carne y nuestros corderos primaverales podrían desaparecer como la nieve con el sol.

—¿Pasan hambre? —quiso saber un pastorcillo.

Solía entretener a sus compañeros con las melodías de su flauta, pero aquel grito lo había silenciado todo.

—Van escasos de comida —confirmó el jefe de los pastores—. Han comprado todas las vituallas. En el mercado no queda nada.

—¿Cómo es que todavía no se han llevado nuestras ovejas? —intervino otro que tenía las manos muy cerca del fuego.

—El macedonio ha dado órdenes estrictas: aquellos que se dediquen al pillaje serán severamente castigados. Según él somos sus súbditos y nuestra propiedad es sagrada —manifestó el jefe al tiempo que se reía sonoramente—. Pero no os engaños —añadió muy seguro de sí mismo—, en cuanto tengan hambre de verdad, nos darán un garrotazo en la cabeza y adiós a nuestras ovejas.

—¿Qué podemos hacer para impedirlo? —preguntó el pastorcillo.

—Escaparemos al bosque —respondió el jefe—. Nos llevaremos los rebaños, a los niños... todo lo que podamos. Enterraremos todo lo que no nos podamos llevar y esperaremos a que se marche toda esta banda de saqueadores.

Uno de los pastores miró por encima del hombro en dirección al camino, blanco a la luz de la luna, que llevaba al sur. Los pastores acampaban aquí todas las noches. Era más seguro. Los lobos y otros animales salvajes nunca se acercaban allí donde el olor de los humanos era fuerte.

—¿Sabe él donde va? ¿La sacerdotisa no le llevó unos guías? Dicen que han asesinado a algunos de ellos.

—No creo que los necesite —aseguró el jefe levantando las manos—. ¿Habéis visto a los jinetes?

Los pastores se arrebujaaron en sus pellejas y asintieron. Los exploradores macedonios recorrían incansablemente senderos y caminos montados en sus veloces caballos. Algunas veces se detenían para interrogar a los pastores y, cuando lo hacían, utilizaban el dialecto local. Las preguntas siempre eran las mismas: ¿habían escuchado rumores?; ¿habían visto a los persas?... Incluso habían cabalgado hacia el este, hasta el río Gránico, y se habían llevado con ellos a dos pastores para que les indicaran los vados y también el nivel máximo que alcanzaban las aguas. No satisfechos con aquello, habían vadeado el Gránico para explorar las zonas boscosas del otro lado.

—Creo que deberíamos ir a ver quién es —dijo uno de los pastores, que pasaba por ser el más valiente, cogiendo un tizón.

Aquel hombre se alejó de la hoguera con paso decidido, pero luego se dejó atrapar por las fantasías: el rumor del follaje sacudido por la brisa nocturna, el chillido de un animal, la llamada de algún pájaro nocturno...; y le falló el coraje.

—Me parece que lo mejor será esperar a que amanezca —murmuró mientras volvía a sentarse junto al fuego.

En el horizonte aparecieron las primeras pinceladas de color como anuncio de la salida del sol. Los pastores apagaron la hoguera y, armados con garrotes y cayados, echaron a andar por el camino. En ladera de la colina a su derecha, abundaban las cuevas y senderos, pero los pastores no les prestaron atención, porque el grito había venido del camino. Habían caminado casi un estadio cuando el líder, que tenía una visión muy aguda, distinguió una mota de color. Apresuraron el paso. El cadáver estaba tendido a la vera del camino; la túnica marrón, los cabellos y la barba negra estaban cubiertos de un fino polvo blanco. Una mirada a la expresión de terror en el rostro de la víctima les hizo comprender que había tenido una muerte horrible. Observaron con curiosidad la herida en el costado, la extraña daga con la empuñadura alada y el trozo de pergamino metido entre los dedos agarrotados. Cogieron el pergamino y lo desenrollaron. Ninguno de ellos sabía leer. Miraron hacia la ladera. ¿El hombre había venido desde allí?

¿Había estado oculto en alguna de las cuevas? ¿Era posible que hubiese venido del campamento? No llevaba armadura, la túnica aparecía llena de remiendos y las sandalias eran de mala calidad.

—¡Le conozco! —exclamó el jefe de los pastores chasqueando los dedos—. Es de

un pueblo que está al sur. Es uno de los guías contratados por la sacerdotisa para el ejército macedonio.

—¿Qué dice el pergamino? —preguntó uno de sus compañeros—. ¿Es una maldición?

El líder cogió la nota y la observó con mucha atención. Sólo fue capaz de identificar algunas letras sueltas; no sabía más. Se sobresaltaron cuando uno de los perros comenzó a aullar. Se quedaron inmóviles al escuchar después el tronar de los cascos. Se levantaron de un salto, pero ya era demasiado tarde para escapar. Los jinetes que aparecieron por un recodo del camino que quedaba oculto por un bosquecillo eran exploradores macedonios. Avanzaban a todo galope, con las afiladas lanzas en ristre; los rayos del sol hacían fulgurar los bruñidos escudos. Los pastores formaron un grupo muy apretado. Los exploradores los rodearon. Uno de los pastores, aterrorizado, intentó escapar, pero uno de los jinetes le hizo retroceder con un golpe de la lanza. Los pastores se sentaron junto al cadáver. El círculo de jinetes se estrechó, con las lanzas preparadas. «Soldados jóvenes —se dijo el jefe de los pastores, mientras miraba los rostros hoscos—, ansiosos por tener una excusa que les permita matarnos».

—¿Qué pasa aquí?

El jefe del escuadrón desmontó de un salto de su caballo negro cubierto de la cruz a la grupa con una piel de pantera. El hombre se quitó el yelmo de bronce y se enjugó el sudor de la frente con el antebrazo.

—¿Habéis intentado robarle y se resistió? —preguntó arrodillándose junto al cadáver—. ¿Sabéis cuál es la sentencia por asesinato?

El líder de los pastores comprendió que el soldado le estaba provocando.

—No sabemos quién es —manifestó uno de los pastores con un tono desafiante—. Escuchamos un alarido en mitad de la noche. Nos acercamos para averiguar lo que había pasado en cuanto amaneció. Esto es lo que nos encontramos.

—¿No sabéis quién es?

—Sí que lo sabemos —replicó el líder de los pastores, que a estas alturas ya había recuperado el coraje—. Creemos que uno de los guías de tu ejército.

El jefe del escuadrón ya no estaba interesado en sus explicaciones. Sacó la daga de la herida y, sin preocuparse de la sangre que manó, la observó detenidamente. El líder de los pastores le ofreció el pergamino. El oficial leyó la nota con cierta dificultad. Cambió de expresión en un abrir y cerrar de ojos, tragó saliva y se levantó de un salto.

—Es del campamento —declaró—. ¡Traed el cadáver! —ordenó a los pastores.

Cogió las riendas de su caballo y montó de un salto. Algunos de sus hombres se quedaron para escoltar a los pastores y a su macabra carga, y los demás siguieron a su jefe, que ya se alejaba a todo galope en dirección al campamento.

Telamón se encontraba con el rey cuando llegó el mensajero. Alejandro estaba de muy buen humor. Bromeaba con el barbero que intentaba afeitarlo y compartía las

bromas con el físico, que había solicitado la audiencia. Cuando Ptolomeo entró con el comandante del escuadrón y le enseñó la daga manchada de sangre y el trozo de pergamino, Alejandro cogió una toalla, se limpió la cara y despachó al barbero. Arrojó la daga al suelo, echó una ojeada a la nota y luego se la entregó a Telamón.

—¿La misma de las otras veces?

—Por supuesto —respondió el físico—. El mismo mensaje, como una cantinela demoníaca: «El toro está preparado para el sacrificio, el verdugo listo; todo está preparado».

—¿Qué me dices de las otras citas? ¿Las reconoces?

—Tiene la misma fuente que las anteriores —afirmó Telamón—. *Las bacantes* de Eurípides.

—¡Léelas en voz alta!

Telamón miró al rey por un segundo. Le pareció ver una expresión cínica y divertida en los ojos del monarca. «¿Estás disimulando? —se preguntó el físico—. ¿Sabes algo de esto que no nos quieres decir?». Miró las frases. Había dedicado los últimos días a repasar todas las pruebas que había conseguido reunir; sin embargo, cuanto más reflexionaba, más eran las dudas que le asaltaban.

—¡Lee los versos, Telamón!

—«Cuando te des cuenta de los horrores que has cometido, sufrirás terriblemente». Éste es el primero —aseguró a Alejandro mirándolo—. El segundo dice: «Contra lo inexpugnable te lanzas con obsesionada furia».

—¿Qué dice el tercero? —preguntó Alejandro secándose.

—«Te tenemos en nuestra red. Puede que seas veloz, pero ahora no podrás escapar de nosotros».

—¿Sabes cuál es mi respuesta, Telamón? —preguntó Alejandro secándose una vez más el rostro con el paño que tenía en la mano—. Si tuviese que contestar estos mensajes, lo haría con una cita tomada del canto siete de la *Ilíada*: «Volveremos a luchar, hasta que los dioses escojan entre nosotros y concedan la victoria a uno u otro».

—¿Quién es el otro? —preguntó Telamón—. Alejandro, ¿quién es el otro? ¿Quién es Naihpat?

El rey hizo un gesto a Aristandro, que rondaba por el extremo más alejado del pabellón, para que se marchara.

—¡Corre la tela de la entrada cuando salgas!

El nigromante se marchó con una expresión airada en el rostro.

—Han asesinado a otro de los guías —dijo Telamón.

—Sí, en el camino —murmuró Alejandro—. Nadie sabe cómo llegó allí. Podría hacer algunas averiguaciones, pero estoy seguro de que la historia será la misma de siempre. Lo vieron bebiendo en alguna taberna antes de que desapareciera. El asesino se las apañó para que cruzara nuestro anillo de hierro y lo mató brutalmente en plena noche con una daga idéntica a la que asesinó a mi padre. Y los versos de Eurípides...

Alejandro se sentó en un taburete sin acabar la frase y se frotó las manos.

—Tendrías que estar preocupado —señaló Telamón.

—Lo estoy —confesó el rey sonriendo—. Si esta noticia llega a conocimiento de los hombres —advirtió agitando una mano—. ¡Ese es el único peligro real de todo esto! Pero Aristandro no se lo dirá a nadie, el comandante del escuadrón mantendrá la boca cerrada y, por supuesto, Telamón no habla con nadie, excepto con su bárbara mujer pelirroja.

—No soy su dueño —replicó Telamón—, y no es una bárbara, sino tebana.

—Dentro de unas horas levantaremos el campamento —prosiguió Alejandro sin hacer caso del enfado de Telamón—. Parmenio ya está aquí. Marcharemos en dirección este, hacia el Gránico. Los dioses decidirán.

—¡Al este! ¡Creía que marcharíamos hacia el sur a lo largo de la costa!

—Tú y todos los demás —replicó Alejandro, que disfrutaba a más no poder con la más secreta de sus bromas.

—Lo tenías decidido desde hace tiempo, ¿no es así? —exclamó Telamón—. ¡Todo ha sido un gran engaño! Apuntas como una flecha al corazón de Darío: el primer movimiento se decidirá con una tirada de los dados.

—Te falta confianza, Telamón.

—¿Y Naihpat, mi señor?

—No lo sé.

—Pero sospechas de alguien.

Alejandro se cubrió el rostro con las manos y repicó con los dedos en las mejillas.

—Sospecho, Telamón. Sospecho de unos cuantos.

—Nada es lo que parece.

—¡Eres un físico! Tú sabes que es así.

—También lo era Cleón.

El rey se echó a reír a carcajadas.

Telamón enrojeció de ira.

—Cleón no es un traidor, ¿verdad? —preguntó—. Soy incapaz de imaginar a nuestro bajo y rechoncho físico ensillando un caballo y huir al galope. ¿Él es Naihpat?

—No, no lo es —respondió Alejandro recuperando la compostura—. Te contaré la verdad. Cleón es una de las criaturas de Aristandro. Cleón nació para ser espía, con la mirada apática, su expresión de tonto y sus modales relamidos. Nadie se cree que Cleón sea peligroso, pero lo es, y mucho. Se metió en la corte persa y les vendió su alma. Lo que ellos no saben es que Cleón me ama como una niña a su primer amor. ¡Es tan incapaz de traicionarme como de volar hasta el sol!

Alejandro no pudo contener la risa al ver la expresión del más absoluto asombro en el rostro de Telamón.

—Él es mi espía —continuó el rey—, dispuesto a engañar a los persas, y a Memnón en particular, a sembrar la confusión en las filas enemigas con las cartas que

le di. Por lo tanto, antes de que comience la batalla, déjame asegurarte que no tenemos más espías en el campamento de Memnón. Uno de sus comandantes de caballería, Lisias, quería entrevistarse conmigo en secreto en Troya. Cleón sospechó que no era porque tuviese la intención de traicionar a su general, sino que deseaba matarme. Lisias era tebano. Tenía una deuda de sangre. ¡No se hubiera arrodillado a besarme los pies más de lo que yo me hubiese mostrado dispuesto a besarle el culo! Creyó que Cleón estaba a su servicio y pidió a nuestro buen físico que preparara un encuentro. Sin embargo, Cleón sospechó la verdad y, en lugar de venderme a los persas...

—¿Les entregó a Lisias?

—Muy bien, Telamón. El odio tiene algunas debilidades, y ésta es una de ellas. Contrata a mercenarios que, por encima de todo lo demás, son fieles a sí mismos. Lisias nunca le mencionó lo que planeaba; sólo se confió en Cleón.

—¿Qué hay de Droxenius? —inquirió Telamón—. ¿El líder de los asesinos que a punto estuvieron de matarnos?

Alejandro sacudió la cabeza.

—Mi vida está en manos de los dioses. He dejado de ser mortal. ¡Droxenius tenía tantas probabilidades de matarme como de convertirse en rey de Atenas! —¿Sabías que vendría?

—No, no lo sabía, pero Cleón me advirtió de que tuviese cuidado.

—¿Ya te has cobrado tu venganza?

—Sí —respondió Alejandro palmeándose el muslo—. Los persas no enviaron a Droxenius y a sus asesinos; ellos quieren enfrentarse a mí en combate. Los tebanos eran hombres de Memnón, así que me propuse dar una lección al odio. Nunca vendas la piel del león antes de cazarlo, y menos cuando todavía es el rey de las bestias. Golpeé fuerte y sin demora. Escribí de mi puño y letra varias cartas, todas con mi sello personal, a los supuestos traidores en algunas ciudades persas. También escribí una para el mudo Diocles, el sirviente y lugarteniente de Memnón. Preparé la marcha de Cleón y me aseguré de que llegara sano y salvo a la fortaleza del sátrapa de Frigia, donde, estoy seguro, ahora está haciendo todo lo posible y más para provocar problemas.

—Ah, ¿así que fue él quien informó a Aristandro de que Leontes era un espía?

—Por supuesto, y Aristandro salió de cacería —respondió Alejandro inclinándose para coger la mano de Telamón—. También estoy enterado de las pequeñas tretas de Ptolomeo. Uno de estos días le daré una lección. ¡El problema con Ptolomeo es que cree que Filippo era su padre y que es mejor general y mejor soldado que yo! Ptolomeo no es malo, pero muy pronto aprenderá cuál es el lugar que le corresponde en el esquema de las cosas.

Telamón sostuvo la mirada de Alejandro y vio como cambiaba la luz en sus ojos. «Eres más de una persona —pensó—. Eres un actor. Interpretas el personaje que haga falta, usas las máscaras con la naturalidad de un actor profesional: Alejandro el

soldado fanfarrón; Alejandro el general; Alejandro el romántico; Alejandro el iluso; Alejandro el intrigante...».

—Me enseñaron muy bien —susurró el rey—. Con una madre como Olimpia y un padre como Filipo, ¿qué se podía esperar, Telamón?

—Cleón puede estar en peligro.

—Telamón, todos estamos en peligro. Cleón asume los riesgos.

—No le creerán.

—Oh, creo que sí. Ordené al viejo Parmenio que no tocara las propiedades de Memnón cerca de Abidos. Tampoco acepté la propuesta de Lisias. Ahora hundiré todavía más la cuña entre Memnón y sus amos persas. Nunca lo olvides, Telamón. A los persas no les gustan los griegos, y a los griegos no les gustan los persas. Los persas no confían en los griegos. Los griegos no confían en los persas. ¿Debo decirte quién es mi verdadero enemigo? ¡No lo es Darío ni Arsites, sino Memnón! El odio es un buen soldado. Ha luchado contra los macedonios. Ha estudiado los métodos de mi padre, y los míos. Lo único que me asusta es que los persas sigan los consejos de Memnón. Imagínatelo. Los campos incendiados y los pueblos arrasados. Los persas en retirada. Las ciudades con las puertas cerradas, que no las abrirán a menos que consiga una gran victoria. Debo ganar una batalla cuanto antes. Sólo disponemos de suministros para veinte días. Mi flota es pequeña y no confío en algunos de sus capitanes más de lo que confiaría la bolsa a un ladrón. Necesitamos comida. Necesitamos un botín. Necesitamos una victoria o el ejército se rebelará.

—¿Buscas una batalla?

—Telamón, ruego todos los días para tener una.

—¿Qué pasa con Naihpat?

—La victoria y tú os encargaréis de Naihpat. Sólo quiero estar seguro.

—No necesitabas a los guías, ¿verdad? —comentó Telamón—. Tú ya tienes los mapas. Sin duda, tu padre se encargó de que los confeccionaran.

—Todo forma parte del plan —aseguró Alejandro volviéndose a frotar las manos—. Cleón estará alborotando el avispero. Los persas creen que tengo miedo, que estoy desmoralizado. Vendrán a buscarme dispuestos a pelear. De una manera u otra, con una simple tirada, demostraré aquello que siempre he querido. ¡El resto te lo dejo a ti, Telamón, y a los dioses! —exclamó Alejandro palmeando el hombro de Telamón mientras se levantaba.

Capítulo XII

«El persa creyó que la oportunidad de mantener un combate singular era un regalo de los dioses. Confiaba en que, gracias a su coraje personal, Asia se liberaría de la terrible amenaza y que detendría la renombrada audacia de Alejandro».

Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, libro 17, capítulo 20.

A lo largo y ancho del valle del Gránico, los campesinos y pastores hablaron durante años de la gran carnicería, la sangrienta batalla que se libró mientras la nube de polvo se extendía sobre los campos de girasoles y trigo y la brisa del río aportaba el primer frescor del día que se acababa. Durante las décadas posteriores, sus hijos buscaron armas: dagas, espadas, escudos y lanzas. De vez en cuando, los más afortunados encontraban un alhaja, una daga con incrustaciones de oro, un anillo o alguna piedra preciosa que había decorado las hermosas prendas que habían vestido los comandantes y los sátrapas persas. Durante muchos días después de la batalla, hermosos caballos vagaron por los valles en busca de sus amos, mientras los halcones y los buitres y los carroñeros de los bosques se llenaban los buches y las barrigas con la carne de los cadáveres. Los pobladores de los valles asentían sabiamente. Habían sido testigos de todo desde el comienzo: los miles y miles de jinetes persas que bajaban de las colinas entre los bosques de abetos, robles, álamos y cipreses. Las tropas del rey de reyes que iban a enfrentarse a Alejandro, una imponente visión con sus capas bordadas con hilo de oro, las corazas tejidas con escamas de hierro, los pantalones bombachos de seda roja y verdes con las perneras metidas en las botas de tafilete de caña alta hasta las rodillas, los yelmos de hierro con largos penachos que les protegían las cabezas. Los bellos jóvenes, los hijos de los medos, con los rostros maquillados, con puntiagudos gorros de fieltro con orejeras y un barboquejo que les resguardaba los labios y la nariz de las nubes de polvo y las hordas de tábanos y moscas. En la cintura, llevaban los cinturones con tachones de plata que sujetaban las dagas y las cimitarras, mientras que, en una mano, sujetaban las rodela adornadas con todos los colores del arco iris y, en la otra, las jabalinas con las puntas con lengüetas, afiladas al máximo para atravesar la carne de los bárbaros llegados de Macedonia.

La caballería avanzaba sin prisas, con las riendas flojas, en caballos de todos los pelajes y razas, enjaezados con lujosos arneses y preciosas mantas. Procedían de todas las provincias del imperio: los persas de piel clara de occidente cabalgaban junto a los morenos jinetes con turbantes de las fabulosas tierras del Hindú Kush. Detrás de la caballería, marchaban los mercenarios griegos, con las cabezas afeitadas, las barbas y los bigotes recortados, los rostros atezados por el sol. Caminaban a buen paso, vestidos con túnicas y calzados con recias botas, y escoltados por los carros que

transportaban las armaduras, los arneses, las espadas, las lanzas y los escudos. Su líder Memnón cabalgaba en la vanguardia con los príncipes persas, pero el comandante de brigada Omerta, con el rostro enjuto marcado por mil cicatrices, caminaba con ellos. Los mercenarios estaban de buen humor. Bien pagados y mejor provistos, cada hombre cargaba su propio mochila. Los señores persas también habían cargado los carros de provisiones con el mejor pan, las más tiernas carnes y los mejores vinos y cervezas de su país. Todos y cada uno de ellos había recibido ya un puñado de daraicas de oro y les habían prometido más cuando se acabara la batalla. Los mercenarios marchaban al unísono: falanges de ocho hombres de frente y dieciséis de fondo, con un espacio entre cada batallón. Los cornetas caminaban en los flancos, los exploradores iban adelantados, dispuestos a dar la voz de alarma ante la posibilidad de un ataque por sorpresa. Los oficiales de los mercenarios les habían informado de que los macedonios estaban desorientados, confusos y mal aprovisionados. Memnón, Omerta y los demás comandantes nada habían dicho de su cada vez mayor inquietud, de la profunda desconfianza de que eran objeto por parte de los generales persas, de las acaloradas discusiones sobre cuál sería su lugar, su posición y su función en la línea de combate persa.

Memnón cabalgaba con Arsites. El sátrapa y sus comandantes vestían magníficas armaduras de oro y plata y capas teñidas de rojo. En las orejas, las gargantas y las muñecas, resplandecían las joyas de los mejores orfebres. El rodio, en cambio, vestía una sencilla túnica y una coraza de cuero; un paje cargaba con el yelmo y el escudo. Memnón pedía una y otra vez a Arsites que enviara más exploradores para descubrir dónde se encontraba Alejandro. Incluso había intentado reabrir el debate y había rogado al sátrapa que se retirara, que se llevara a las tropas, pero Arsites no había dado el brazo a torcer. La última sesión del consejo de guerra había tenido lugar en la ciudad de Zeluceia, donde se habían tomado las postreras decisiones. Marcharían a la puerta de Asia, el valle del Gránico, y tomarían posiciones en la ribera oriental. Memnón había preguntado la razón, y entonces se habían enterado de la terrible noticia: Alejandro no marchaba hacia el sur a lo largo de la costa tal como se había esperado, sino que avanzaba hacia el este dispuesto a trabar combate.

—Te lo dije —recordó Memnón a Arsites—. Alejandro es capaz de cambiar en menos de lo que canta un gallo. Lo que dice y lo que hace son dos cosas diferentes.

—También es otro tema lo que él planea y lo que sucederá —replicó el persa.

Memnón exhaló un suspiro con la mirada perdida en la distancia. En algún punto de la llanura de Adrestia, su mortal enemigo marchaba a su encuentro.

En realidad, Alejandro se movía mucho más deprisa de lo que Memnón podía imaginar. Algunos destacamentos se habían unido al rey en Troya. Luego había abandonado la legendaria ciudad para reunirse con Parmenio en la pequeña ciudad de Arasbio y emprender la marcha hacia el este. Alejandro abandonó todo disimulo. Despachó a los guías y despachó a veintenas de exploradores a recorrer los campos. Telamón los veía una y otra vez regresar a todo galope. Alejandro quería ser visto:

una inmensa nube de polvo cubría al ejército y las colinas devolvían el eco de los millares de botas, del traqueteo de los carros y los golpes de los cascos y los relinchos de los caballos. El sol arrancaba destellos de las armas, iluminaba los colores de los diferentes regimientos y los toques de corneta se sucedían sin solución de continuidad. El ejército macedonio marchaba en formación de combate: dos grandes columnas, de setecientos cincuenta hombres de frente y dieciséis de fondo, con un espacio entre la octava y novena fila de forma tal que las brigadas de atrás, si era necesario, pudieran volverse rápidamente para hacer frente a cualquier amenaza. La caballería se encargaba de la protección de los flancos y las caravanas de carros cerraban la marcha escoltadas por compañías de lanceros. Aquí y allá se escuchaban las canciones que cantaban los soldados para burlarse de las brigadas rivales. Alejandro galopaba a lo largo de las columnas e impartía las órdenes, que eran repetidas hasta que las recibieran todos los combatientes.

—¡Recordad la forma de combate macedonia! El ala derecha es el martillo, la falange central es el yunque y la izquierda es el fuego. ¡Cada hombre debe saber cuál es su lugar! ¡Estad atentos a las órdenes de vuestros comandantes! ¡Prestad atención a los toques de corneta, aprended bien las llamadas!

Telamón y Aristandro acompañaban al rey en estos recorridos, que tenían la intención de mantener bien alta la moral de las tropas. Alejandro hacía gala de un magnífico humor e intercambiaba burlas y chanzas con los oficiales y los soldados. De vez en cuando, sofrenaba el caballo, llamaba a un hombre de la columna, le comentaba que conocía a su padre o a sus parientes, le daba la mano y reanudaba la marcha. Todos discutían sobre cuál sería el lugar escogido por los persas para plantarles cara. Parmenio, comandante de brigada del flanco izquierdo, insistió en la precaución. Alejandro se rió.

—¿Si fueras persa, dónde te apostarías? —gritó Ptolomeo.

—¡Si fuera persa, no existiría Macedonia! —replicó Alejandro para gran diversión de sus compañeros.

Pasaban las horas y el calor era agobiante. Comenzaron a llegar los exploradores con noticias precisas: los persas estaban desplegando sus tropas en la ribera oriental del Gránico. Alejandro mandó parar. Acercaron los carros a toda prisa y se distribuyeron las armas. Los hombres de las falanges cogieron las largas sarisas y se ajustaron firmemente los cascos. Los escuderos se ciñeron las corazas, recogieron los escudos, las espadas y las lanzas, y se colocaron los yelmos frigios con los colores de sus unidades. Alejandro se vistió para la batalla e insistió en llevar el hermoso casco, la coraza, la falda, las espinilleras y el escudo que había tomado del templo de Atenea en Troya. El único cambio era que ahora el casco llevaba un penacho de plumas blancas. Cleito manifestó su ruidosa protesta.

—Los persas te verán. Tú mismo le señalarás su objetivo. ¿Mi señor, por qué tienes que exhibirte como un pavo real cuando el zorro está ausente?

—No sé de qué zorro me hablas —replicó Alejandro, que le guiñó un ojo a

Telamón, que no dejaba de mirar con curiosidad la espectacular armadura.

Durante los últimos días, las sospechas de Telamón sobre lo que se tramaba habían ido en aumento. Lo había discutido en varias ocasiones con Casandra y comenzaba a tener una teoría. Algunas veces, había sorprendido a Alejandro espiándole de soslayo. Telamón tenía la sospecha de que Alejandro se barruntaba la verdad, pero el monarca se mostraba tan impetuoso, audaz e imperioso como siempre, quizá todavía más. Con la armadura de oro y plata, la capa roja y el magnífico yelmo, Alejandro se convertiría en un objetivo claro para los persas. El rey se inclinó para sujetar a Telamón por un brazo.

—¿Cabalgarás conmigo, Telamón, como hiciste en Mieza?

—¿Por eso me has traído aquí?

—Te echaba de menos, Telamón, siempre te he echado de menos. Siempre has sido muy sincero. No eres ladino como Seleuco ni desdeñoso como Ptolomeo.

El rey no hizo caso de la agitación y el bullicio del entorno: los hombres se armaban, musitaban plegarias, se despedían de los amigos y se intercambiaban mensajes para sus familias por si caían en el combate.

—¿Qué le pasó a mi padre? —preguntó Telamón—. Siempre he querido saberlo. ¿Por qué cambió?

—¡Típico de ti preguntármelo ahora! —bromeó Alejandro—. Verás, Telamón, la respuesta la tienes en lo que está pasando ahora. Tu padre se hartó de la sangre derramada, de la carnicería, de la locura de la batalla.

—Pero tú no, ¿eh, mi señor?

Alejandro sacudió la cabeza. Empuñó las riendas en una mano y con la otra acarició la piel de leopardo que cubría los lomos del caballo. Las patas de la piel colgaban por los costados, con las garras al aire bien pulidas y afiladas.

—Yo no, Telamón —susurró Alejandro—. ¡Para mí, la gloria y el fuego!

El rey clavó los talones en los ijares del caballo. Aristandro había desaparecido. Con Cleito el Negro a su derecha y Telamón muy cerca por la izquierda, Alejandro recorrió las columnas para ordenarles que marcharan a paso redoblado. El ejército se había transformado. Escuadrones tras escuadrones de caballería: los Compañeros, los tesalios, los tracios, las diferentes brigadas y los regimientos de infantería, arqueros cretenses y honderos. En el corazón del ejército macedonio, los regimientos de escuderos y las falanges, con las enormes sarisas en alto. Todos marchaban a paso redoblado. En respuesta a los toques de corneta, los soldados se desplegaron para formar la línea de combate. Abandonaron el camino y comenzaron a cruzar los campos siempre en dirección al Gránico. Telamón miró atrás por un momento. Casandra viajaba en uno de los carros de la caravana. Le había dado órdenes estrictas de lo que debía hacer si las cosas iban mal. La suerte estaba echada: él estaba con Alejandro y con Alejandro se quedaría, para vivir o morir con el rey.

Los macedonios llegaron a los cañaverales de la orilla y ocuparon sus posiciones sin demoras. Parmenio, con algunos escuadrones de caballería y una brigada mixta de

escuderos y soldados de la falange, tenía a su mando el flanco izquierdo. Ptolomeo, Amintas y Sócrates dirigían a las falanges y los escuderos en el centro. Alejandro, con los escuadrones reales de los Compañeros, apoyado por dos batallones de escuderos y el mismo número de falangistas, mandaba el flanco derecho.

Alejandro observó el despliegue desde un otero, rodeado por los cornetas y los mensajeros.

—¡Recordad como es! —ordenó señalando la línea—. ¡A la izquierda, Parmenio! ¡En el centro, Ptolomeo, Amintas y Sócrates! ¡Yo a la derecha! ¡Nosotros somos el martillo, el centro es el yunque y la izquierda es el fuego! ¡Caballeros, es hora de ir a inspeccionar el río!

Alejandro, acompañado por los jefes de su estado mayor y su séquito, entre ellos Telamón, abandonó el otero y cabalgó entre los sauces y los matorrales hasta la orilla. El Gránico corría lentamente por su lecho de cantos rodados blancos y grises.

—¡Bien! ¡Bien! —murmuró Alejandro—. ¡No es muy profundo!

—¡Tiene treinta pasos de ancho! —exclamó uno de los generales.

Telamón echó un vistazo al río y el alma se le cayó a los pies. En el otro lado, la ribera de arcilla era muy empinada y, más atrás, había árboles y matorrales que impedirían cualquier asalto.

—¡Esperaremos! ¡Esperaremos! —ordenó Alejandro—. ¡Esperaremos a ver los errores que cometerá Arsites!

El alto mando persa estaba sumido en la confusión. Los exploradores habían vuelto con la noticia de la rápida marcha y desplegamiento de las tropas de Alejandro. Ellos carecían de dicha rapidez: Arsites todavía estaba dando sus órdenes, y éstas tardaban en llegar a las diferentes unidades debido a la mala comunicación. La caballería estaba formada en una larga línea de ocho en fondo, dirigida por los comandantes y jefes locales. La línea se extendía a lo largo de unos seis estadios: un arco multicolor de hombres, armas, estandartes y caballos. En el aire resonaban las órdenes y los toques de cornetas. De vez en cuando, el viento les traía el eco de las voces y las llamadas de corneta del enemigo desde el otro lado del río.

Memnón, montado en su caballo, miraba a Arsites con una expresión de absoluta incredulidad. El rostro del sátrapa estaba oculto por el yelmo con los gruesos protectores de las orejas y las mejillas.

—¡Mi señor, esto es una locura! —exclamó Memnón—. Alejandro se mueve a gran velocidad. Suponías que su intención era acampar aquí para pasar la noche y no lo ha hecho —apuntó señalando el sol, que comenzaba su descenso por el oeste—. Ahora estaremos totalmente...

—¡Ostento el mando supremo! —le interrumpió Arsites—. La caballería persa avanzará entre los árboles para controlar la margen oriental del Gránico. Alejandro tendrá que cruzarlo y fracasará en el intento.

—¡Pero hay que contar con mis griegos...! —protestó Memnón, al tiempo que cogía la brida del caballo del sátrapa.

El persa tiró furioso de las riendas y el caballo intentó recular. Los ayudantes del sátrapa miraron airados al rodio y acercaron las manos a las cimitarras.

—Es algo sin precedentes —suplicó Memnón—. Mis griegos tendrían que estar en el centro para formar una falange de lanceros. Ellos contendrán a los macedonios.

—Tienes mis órdenes —replicó Arsites fríamente—. Avanzaremos entre los árboles. Tú llevarás a tu brigada al terreno elevado detrás de la línea persa. ¡De ninguna manera ocuparán el lugar de honor!

—¡No es una cuestión de honor! —gritó Memnón—. Cuando los macedonios suban por la ribera...

—Se encontrarán con una lluvia de jabalinas —le cortó Arsites—. ¡Se acabó la discusión!

El sátrapa se alejó al trote. Se dieron las últimas órdenes. Sonaron las cornetas, los estandartes bajaron en respuesta a la llamada y la línea persa se adentró entre los árboles camino de la ribera.

Un oficial persa cabalgó de regreso hasta donde estaba Memnón, que seguía contemplando estupefacto a la falange de mercenarios griegos dispuestos en orden de combate, un cuadrado de lanzas, escudos y yelmos.

—Mi señor Arsites te envía sus saludos —dijo el oficial—. Te ruego que te unas a él en el lugar de honor, en el centro de la línea.

—Estaré allí.

El oficial se alejó al galope. Memnón tiró de las riendas de su caballo y fue al trote hasta donde Omerta y sus oficiales permanecían a la cabeza de sus hombres.

—¡Tienes tus órdenes!

Memnón miró a Omerta y su segundo le devolvió la mirada, con sus ojos como dos ascuas a través de las rendijas de yelmo corintio con un gran penacho.

—¡Esto es una locura! —comentó Omerta por lo bajo.

—Es porque no confían en nosotros —replicó el rodio—. Omerta, ten cuidado, mantén la posición. Si la línea persa se rompe, sólo retírate cuando te lo ordenen. No te muevas sin una orden directa del sátrapa; de lo contrario, podrían sospechar una traición.

Omerta levantó la lanza en un saludo a su general. Memnón le respondió estirando el brazo y miró la cerrada formación de los mercenarios.

—¡Tenéis vuestra posición! —gritó—. ¡Nos hemos enfrentado antes a los macedonios y los vencimos!

Una estruendosa ovación dio réplica a sus palabras mientras eran repetidas de fila en fila.

—¡Ocupad vuestros puestos y esperad nuevas órdenes! —añadió Memnón—. ¡No os mováis hacia adelante ni atrás!

Las lágrimas asomaron a sus ojos. Intentó dar a su voz un tono de firmeza, pero sus palabras de aliento sonaron huecas. Era consciente del sol abrasador, de la llamada de un pájaro que volaba tan bajo que parecía estar a punto de chocar con la

hierba alta, del zumbido de una abeja... Sus hombres lo miraban atentamente. Creían de verdad que hoy serían los vencedores. A Memnón se le hacía imposible decepcionarlos. Los latidos de su corazón y el nudo que tenía en la garganta le impidieron continuar con su discurso. Levantó la mano en un saludo y, escoltado por sus oficiales, cabalgó hacia la línea persa.

«No sabía que desconfiaran tanto de nosotros —murmuró para sus adentros—. De haberlo sabido...». Sofrenó a su caballo y miró por encima del hombro a la falange, que ahora avanzaba lentamente. Contuvo el deseo de volver atrás y de ordenar a sus hombres que dieran media vuelta y se marcharan lo más lejos posible, pero era lo que esperaba Arsites: la prueba de que no se podía fiar de los griegos y de que Memnón no se merecía el favor del Rey de Reyes. Memnón estaría acabado y sus mercenarios se verían atacados por los macedonios y los persas. La suerte estaba echada. El general rodio cogió el yelmo que le ofrecía un edecán.

—Mi señor —preguntó el oficial—, ¿qué podemos hacer?

—¡Luchar y rezar! —replicó Memnón. Se encasquetó el yelmo y, dando un golpe de talones en los costados del caballo, se alejó al galope.

La línea de batalla macedonia estaba formada ahora en la fangosa orilla del Gránico. Los hombres contemplaban el agua fresca, se relamían los labios resecos y miraban con desconfianza la orilla opuesta. Lo único que veían era la ribera de arcilla y los árboles que había detrás. Alejandro, rodeado de sus oficiales, observaba y esperaba. En algún lugar de la línea, un hombre comenzó a entonar un himno. El rey envió a un mensajero para que lo hiciera callar. Bebieron la última copa de vino. Alejandro ofreció una libación y contempló como el vino desaparecía en el fango. Miró a Telamón, que ahora también llevaba el yelmo y la coraza y en bandolera el cinturón de la espada.

—¡No hay nada tan magnífico como un ejército preparado para la batalla!

Telamón asintió. Alejandro, con los comandantes de la brigada real, ocupaba un pequeño montículo. A su izquierda, se extendía todo el ejército preparado para el combate: diez mil soldados de infantería y cinco mil jinetes.

—Los persas tienen aproximadamente el mismo número —le informó Alejandro como si hubiese leído los pensamientos del físico—. Unos doce mil soldados de caballería, y cinco mil mercenarios griegos. ¡Quiero ver como maniobran! —exclamó levantando un puño, dominado por la excitación.

Se escuchó un murmullo entre la tropa. Telamón miró al otro lado del río. El corazón le dio un brinco. La línea persa comenzaba a salir de entre los árboles, fila tras fila de jinetes vestidos de brillantes colores y con las armaduras iluminadas por los rayos del sol de finales de la tarde. La caballería persa se fue extendiendo por la ribera oriental alrededor de los macedonios. Alejandro apenas si podía contener la excitación.

—¡Mirad, mirad lo que hacen! —exclamó—. ¡Intentan rodearnos! Baja y dile a Amintas, Ptolomeo y Parmenio que deben alargar nuestra línea —ordenó a uno de

sus mensajeros—. Dile a Parmenio en particular que vigile a sus oponentes.

Se escuchó una tremenda ovación de las filas enemigas cuando un grupo de oficiales con una vestimenta multicolor hizo acto de presencia. Se abrieron paso entre las filas persas y galoparon a lo largo de la rivera. Se detuvieron cuando llegaron a la altura del lugar donde se encontraba el rey macedonio y miraron a Alejandro y su grupo.

—¡Es Arsites! —murmuró Alejandro—. Dicen que viste como una mujer, pero que lucha como un gato montes. Memnón está con ellos... —apuntó tras observar a los generales enemigos con sus ojos de águila— benditos sean los dioses —exclamó con sus ojos brillando de entusiasmo—. ¡No me lo puedo creer!

—¿Qué has visto? —preguntó Telamón.

—¡Oh, Cleón, te daría un beso! —exclamó Alejandro—. ¿No lo ves, Telamón? No se ve a los mercenarios griegos por ninguna parte. Los persas los han retenido en la retaguardia. Nunca sitúes a la infantería detrás de la caballería —advirtió levantando una mano como si estuviera aleccionando a unos reclutas—. ¡Tienen que estar en la vanguardia, apoyados por la caballería; nunca detrás!

Ahora todos los efectivos persas habían salido de entre los árboles: hileras tras hileras de hombres, un muro de color con los brillantes escudos, los relucientes yelmos y los caballos que caracoleaban como un reflejo de la excitación de los jinetes. Se escuchaban los gritos de los oficiales, las llamadas de cornetas, el tintineo de los arreos y el escalofriante deslizar de las armas al ser desenvainadas.

Telamón miró a las líneas macedonias, que rivalizaban en colorido con las persas, con los cascos de colores de los escuderos, la vestimenta de los hombres de las falanges, los tesalios y los tracios. Echó una ojeada por encima del hombro. Aristandro acababa de llegar a pie rodeado por el coro. Los celtas iban armados con grandes escudos ovales; algunos llevaban espadas, otros hachas de doble filo.

—¡Qué tranquilo está todo! —comentó uno de los oficiales de Alejandro en voz baja.

Los persas, desplegados en una larga línea de jinetes, miraban en silencio a los macedonios. El único movimiento que se percibía en la línea macedonia era el de las mulas en el extremo del flanco izquierdo, que arrastraban las siniestras máquinas de guerra: catapultas, hondas y mandrones.

La brisa procedente del río despejó las nubes de polvo. Era una serena tarde de primavera, alumbrada por el sol de poniente. Las aguas del Gránico corrían lentamente sobre el lecho de piedra. En lo alto, revoloteaban bandadas de pájaros. El olor de los girasoles y las flores silvestres pisoteadas por los cascos de los caballos y las recias sandalias de los combatientes inundaba con su perfume la ribera.

Ahora ya no había entusiasmo ni tensión: sólo una impresionante quietud, como si los ejércitos enfrentados se estuvieran preguntando si comenzaría o no el sangriento combate. De pronto se escucharon unos gritos, los insultos proferidos por algunos de los soldados de la falange de Alejandro situada en el centro. Al otro lado

del río, un jinete persa se acercó lentamente hasta que los cascos de su caballo se sumergieron en el agua.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó a voz en cuello—. ¿Por qué pretendéis entrar en los territorios del rey de reyes? ¿Tenéis su permiso? ¿Habéis traído los tributos? ¿Qué sois? ¿Hombres disfrazados de mujeres? Os traigo un mensaje. ¡Si deponéis las armas, os daremos un par de azotes en el culo y os dejaremos volver a casa!

El persa volvió ligeramente la cabeza como si quisiera escuchar mejor la respuesta. Uno de los hombres de la falange macedonia corrió hasta la orilla. Le volvió la espalda al enemigo, se levantó la falda y soltó una sonora ventosidad, para gran diversión de sus camaradas. Algunos cogieron piedras y las lanzaron a través del río.

—¡Ha llegado la hora! —anunció Alejandro—. ¡Seguidme!

Se encasquetó el yelmo, desenvainó la espada y bajó al galope hasta la orilla para después recorrer el frente macedonio. Telamón y los demás no pudieron hacer otra cosa que seguirlo. El físico se sintió más tranquilo al ponerse en movimiento y disfrutar del frescor de la brisa del río. Alejandro galopaba en la vanguardia, la espada en alto, resplandeciente como un dios en la soberbia armadura que había sido de Aquiles. No montaba a *Bucéfalo*, su precioso animal, sino un robusto corcel. Cuando pasaba por delante de una unidad, los soldados levantaban las lanzas, batían las espadas contra los escudos y le saludaban con el grito de batalla macedonio, en honor a su antiguo dios de la Guerra: «¡Enyalios! ¡Enyalios!».

El grito resonó en todo el valle. Telamón era consciente de los ojos que los miraban, de los rostros ocultos detrás de las viseras de los yelmos, del olor a cuero, a sudor agrio; del miedo y el coraje en tantos rostros y ojos. Pasaron por delante de los escuderos, que golpeaban las armas para saludar a su rey. Llegaron al centro de la línea y desfilaron delante de Ptolomeo, que los observó pasar con una expresión cínica y relajada. Sócrates casi no les hizo caso, ocupado como estaba en recuperar el control de su caballo. Amintas, jefe de la brigada de élite de los escuderos, vociferó el grito de guerra, ansioso por descargar la tensión y el entusiasmo acumulado. Finalmente, llegaron al ala izquierda del ejército macedonio, que estaba al mando de Parmenio, un veterano de muchas campañas. Él también estaba desconcertado por el error de los persas y afirmaba que era imposible ser tan estúpido.

—Los mercenarios tendrían que estar allí, mi señor —observó señalando el centro del frente persa—. ¿Quién sabe? ¿Quizá decidieron dejarles en casa para una mejor ocasión?

Alejandro, sin embargo, ahora sólo se interesaba en su plan de batalla. Sujetó la muñeca de Parmenio.

—Tienes mis órdenes. Mantén la formación —ordenó señalando la hilera de catapultas y mandrones—. Cuando comience el ataque, no las utilices. No fuerces a la derecha persa a que se mueva.

—¿Lo consideras prudente?

Alejandro, que ya estaba haciendo girar a su caballo, le respondió con un gesto. Galopó una vez más a lo largo de la línea y se detuvo en el centro.

—¡Sócrates, tú primero! Dos escuadrones de caballería. Diles que levanten toda la espuma que puedan. Lleva a una tropa de lanceros y auxiliares. Amintas, tú le seguirás con una brigada de escuderos: se encargarán de establecer la cabecera de puente. Detrás de vosotros irá la falange. ¡Ptolomeo, eso es cosa tuya!

—Mi señor —protestó Amintas—. Tenemos que cruzar un río. Es verdad que no es muy profundo y la corriente es débil, pero luego tendremos que escalar la ribera. Los persas nos lanzarán las jabalinas.

—¡Que las lancen! —exclamó Alejandro con una voz que sonó helada por la furia reprimida—. Si crees que eres incapaz de hacerlo...

—No, no —respondió Amintas sacudiendo la cabeza y volviéndose a calarse el yelmo.

Alejandro se inclinó para golpearle cariñosamente en la barbilla con el puño.

—Avanza hacia la derecha en línea oblicua —susurró—. No te desespere, ni cedas. Ya sabes lo que tienes que hacer. Sócrates irá primero, en línea recta. Amintas detrás, levemente desviado a la derecha. Amintas, cálmate un poco. Los persas no tienen soldados de infantería y cuentan con pocos arqueros, pero cada uno lleva dos jabalinas. Después de lanzarlas, tendrán que desenvainar las espadas y bajar a nuestro encuentro.

En el rostro de Amintas cubierto parcialmente por las protecciones del yelmo, apareció una sonrisa.

—No pueden cargar —añadió Alejandro—. Los caballos rodarán por la pendiente de fango. Los jinetes resbalarán. Esperad mi señal. Les haremos sentir todas las furias del infierno.

Alejandro cabalgó de regreso al pequeño altozano. Dio la señal al cornetín: un toque prolongado y agudo, que transmitía la orden de avanzar. El cornetín de Sócrates respondió a la llamada. Se escuchó el griterío salvaje de las huestes macedonias cuando Sócrates entró en el agua a la cabeza de sus escuadrones. Alejandro observó cómo los jinetes y los caballos luchaban contra la corriente. Algunos persas, incapaces de controlar la excitación, bajaron hasta el agua ansiosos por iniciar el combate con el enemigo. Los hombres de Sócrates se desplegaron. El movimiento de una fuerza tan grande levantó una gran nube de espuma. Sonó otra corneta. Amintas llevó a sus soldados de infantería al agua. No siguieron la estela de Sócrates, sino que formaron una cuña y avanzaron en línea oblicua hacia la derecha. El comandante persa advirtió la maniobra y comenzó a mover sus tropas para cerrarles el paso.

La línea de Sócrates llegó a la orilla opuesta, donde fue recibido por una lluvia de jabalinas. Cayeron caballos y jinetes; los animales relinchaban espantados y lanzaban coces en todas las direcciones, mientras los jinetes intentaban alejarse. Telamón vio cómo uno recibía el impacto de un casco. El hombre se desplomó en el agua, giró

sobre sí mismo y flotó boca abajo; arrastrado por la corriente pasó entre sus compañeros, que luchaban por ganar mejor posición.

Aquí y allá los hombres de Sócrates conseguían escalar la ribera, donde se veían atacados por los persas como un mar de brillantes cimitarras dispuestos a hacerlos retroceder. En el aire resonaba el estrépito de las armas al chocar, los relinchos de los caballos, los gritos y los alaridos de los hombres. Un caballo, con su jinete decapitado pero sujeto de algún modo por las riendas, pasó al galope por la orilla hasta que finalmente rodó por el fango, y la macabra carga salió disparada como un proyectil. Las aguas cristalinas del Gránico se tiñeron de rojo. Los cadáveres se alejaban llevados por la corriente. Los soldados, con los rostros bañados en sangre, pedían ayuda.

Alejandro observaba todo impasible. Las tropas de Amintas llegaron a la orilla opuesta, con los escudos unidos para formar una barrera en apariencia impenetrable. La caballería persa les salió al encuentro. La lluvia de jabalinas tuvo un efecto catastrófico. Las filas de Amintas se dispersaron; los hombres, heridos o no, olvidaron toda disciplina y escaparon del terror que se les venía encima.

El rey no cambió de expresión. Uno de los jinetes de Sócrates cruzó el río y se acercó con los brazos y las manos cubiertos de sangre.

—Mi señor —jadeó—. ¡No conseguimos alcanzar una posición segura!

—Di a Sócrates que se quede donde está —le ordenó Alejandro en voz baja.

La brigada de los escuderos combatía ahora en el borde del agua, en evidente desventaja, dado que no conseguían establecerse en tierra firme. Algunos resbalan y caían, con lo que morían pisoteados por sus compañeros. Otros se apartaban al ver que no prosperaban. Otros más emprendedores consiguieron subir la ribera. Un pequeño grupo de escuderos se encontró rodeado. Las cimitarras subieron y bajaron en brillantes arcos y los cuerpos despedazados rodaron por la ladera de fango hasta la orilla. Una vez más, Alejandro miró la línea de macedonios que aguardaba en silencio.

—¡Ahora el martillo! —murmuró.

Se sujetó el yelmo y con un chasquido de los dedos pidió su escudo. Un paje con el rostro muy pálido se lo alcanzó. Alejandro le dio las gracias, le dijo que no se preocupara y guió a sus escuadrones hasta la orilla.

Telamón lo siguió como en un sueño. El caballo que montaba había sido escogido por el rey en persona: un animal fuerte y de paso seguro. El físico se sentía incómodo con la coraza de cuero y el peso del escudo que aguantaba en el brazo izquierdo. Sólo iba armado con la espada; no llevaba una lanza porque era mal jinete y necesitaba de las dos manos para no caerse. A su alrededor se arremolinaba la fuerza atacante de Alejandro: la real brigada de caballería de los Compañeros, apoyada por los escuderos y los lanceros.

En cuanto entró en el agua, Alejandro se movió deprisa. Avanzó en diagonal hacia la derecha, alejado de la línea persa. En el aire resonaban el batir de los cascos,

los relinchos de los caballos y los gritos y los alaridos de los hombres. Alejandro cabalgaba como un hombre poseído. Cruzaron el río y subieron la pendiente de la ribera. Un grupo de caballería persa apareció en lo alto. El rey cabalgó directamente hacia ellos. Las lanzas apuntaron a los rostros y los pechos. Telamón lo siguió. Hefestión apareció repentinamente a la izquierda de Alejandro. A su derecha iba Cleito el Negro, una figura gigantesca e impresionante cubierta por una capa negra, con el escudo con la imagen de Medusa y su larga espada de hoja ancha.

El resto de la fuerza atacante se desplegó en abanico. Se aseguraron el control de la ribera. Telamón atisbo a la derecha a los mercenarios griegos en una zona elevada, con las lanzas en alto. Justo enfrente tenía la línea persa, con el flanco expuesto al ataque de Alejandro. Los macedonios corearon el grito de guerra y se lanzaron como una tromba sobre el enemigo. Los persas ya habían visto el peligro. Un grupo de caballería salió al encuentro de la amenaza macedonia.

Telamón se encontró de pronto metido en el corazón del combate. Apretó los muslos contra los flancos del caballo para no caer. Al estar tan cerca del rey, encontró muy poca oposición, pero vio las pruebas del sangriento trabajo de Alejandro: los jinetes persas tumbados de los caballos, arrollados por la carga, con los cuerpos aplastados y rotos por los cascos. Aquellos que se enfrentaron a Alejandro y sus compañeros en combates cuerpo a cuerpo fueron brutalmente aniquilados. La ferocidad y la energía de Alejandro y sus hombres acababan con cualquier resistencia. Atacaban a hombres y caballos por igual. Con un golpe de espada, Cleito decapitó limpiamente a un persa, mientras otro todavía sentado en la montura miraba incrédulo como los intestinos se le escapaban por el tajo abierto en el vientre. Otro jinete se le acercó. El caballo de Cleito lo rozó. El hombre pasó como una exhalación. Por su parte, el físico se preparó para defenderse, pero la mano del persa que empuñaba la espada había desaparecido y un chorro de sangre brotaba del muñón.

En cualquier caso, la superioridad numérica de la caballería persa fue conteniendo el asalto macedonio. Alejandro y los demás que había por delante de Telamón volvieron a trabarse en combates individuales; caballo y jinete contra caballo y jinete, que se empujaban y se golpeaban con verdadera desesperación. De vez en cuando, algún persa conseguía pasar la barrera macedonia. Telamón salió al encuentro de uno. Se escuchó el sonoro choque de los escudos, Telamón descargó un golpe con la espada y, más por obra de la fortuna que por habilidad, acertó en la carne del cuello expuesta por debajo del yelmo.

Por fin consiguieron abrirse paso. Alejandro no se preocupaba en absoluto por lo que estaba pasando en la orilla del río: su único objetivo era alcanzar el centro persa. A pesar de la dureza del combate, la táctica de Alejandro estaba dando resultados. Cada vez era mayor el número de jinetes persas que se alejaban del centro para atender a esta nueva amenaza y mayor también era el número de soldados de infantería macedonios que seguían apresuradamente los pasos de Alejandro. Un tremendo griterío llegó desde el río seguido por el grito de guerra macedonio: las

falanges habían cruzado y ahora hacían retroceder a la caballería persa con las terribles sarisas.

Telamón perdió toda noción del espacio y el tiempo, atrapado en una pesadilla de mandobles, maldiciones, gritos, cuerpos que caían y cadáveres pisoteados. Escuchó gritos de «¡Lanzas abajo!» y «¡Adelante!» acompañados por los toques de corneta. Cleito gritaba algo. Telamón miró al maestro de armas, se quitó el yelmo y se enjugó el sudor del rostro. Habían rechazado el primer asalto de la caballería persa, pero ahora una segunda oleada, dirigida por oficiales con regios atavíos, se dirigía directamente contra Alejandro. El rey lanzó su grito de guerra y salió al encuentro del enemigo escoltado por sus compañeros. Alejandro se enfrentó con el jefe persa: con un solo golpe de una jabalina que había cogido en alguna parte, atravesó al persa por el pecho, lo arrancó de la silla y soltó la jabalina cuando el cadáver cayó al suelo. Telamón repartía mandobles a diestro y siniestro. Cleito, dominado por la furia, luchaba para proteger la retaguardia de Alejandro. Miró a Telamón con los ojos desorbitados.

—¡Es la armadura! —gritó—. ¡Es la armadura!

Telamón vio los rostros morenos de los oficiales persas vestidos con preciosos yelmos y armaduras. Comprendió el miedo de Cleito. Ahora estaban siendo atacados por el alto mando persa. Los generales y comandantes habían reconocido a Alejandro y, con el apoyo de sus guardias personales, intentaban dar caza y matar al macedonio. La batalla se convirtió en una reñida lucha cuerpo a cuerpo; escudo contra espada, espada contra escudo. Telamón optó por atacar todo lo que se movía a su alrededor. El olor de la sangre, el barro, el sudor, los excrementos humanos y todo aquello propio del siniestro hedor de la batalla formaban una nube que lo encerraba. Un persa intentó sujetarle los brazos. Otro, desmontado, intentó tumbarlo del caballo. Telamón lo derribó de un puntapié. Alejandro libraba un duelo con un oficial persa. Lo mató atravesándole el pecho. Otro lo rodeó, con el brazo levantado y la cimitarra iluminada por el sol dispuesta a asestar el golpe mortal. Telamón gritó. Intentó avanzar. Apareció Cleito. Había pasado con su caballo por delante de Alejandro y ahora cabalgaba entre su rey y el persa: de un solo golpe cercenó el brazo del atacante a la altura del hombro. La sangre brotó como un surtidor, y el chorro salpicó a Alejandro y al caballo. El animal, enloquecido por el ardor de la batalla, se levantó sobre las patas traseras y Alejandro intentó mantenerse montado, pero resbaló. Se apartó del caballo en el preciso momento en que un jinete persa que había conseguido abrirse paso descargaba un golpe mortal contra la cabeza del rey. Alejandro vio el peligro y se movió. La espada golpeó contra el yelmo de refilón mientras Cleito y el resto de los guardaespaldas rodeaban al rey, que se desplomó de rodillas. Atraparon al atacante persa y lo derribaron del caballo. Cleito le echó la cabeza hacia atrás, le cortó la garganta como si fuera un pollo y lo apartó de un puntapié. La guardia macedonia formó un círculo de hierro alrededor de su rey caído. Telamón desmontó de un salto, se desprendió del yelmo y la espada y quitó el yelmo a Alejandro. Los

ojos del rey estaban desenfocados y la piel del rostro, blanca como la nieve, aparecía manchada de sangre. El físico buscó debajo de la cabellera rubia y palpó el chichón y el corte en el cuero cabelludo. Cleito estaba a su lado. El anillo alrededor de Alejandro se hacía cada vez mayor a medida que nuevas unidades de los Compañeros de a pie ocupaban sus posiciones. Alejandro, mareado, miró a su alrededor.

—¿Cómo va? —susurró.

—¿No te das cuenta? —replicó Cleito con una sonrisa—. ¿Mi señor, no lo escuchas?

Telamón controló el pulso de Alejandro y buscó alguna otra herida. Él también notaba un cambio. El peligro había desaparecido. Los macedonios avanzaban a paso redoblado.

—¡Hemos roto sus líneas! —gritó Cleito—. La falange de Ptolomeo cruzó el río. ¡Los persas están en plena retirada!

—¿Es posible? —susurró Telamón—. ¿Se ha acabado?

—¿Cómo está el rey? —preguntó Cleito vivamente.

—Maltrecho y dolorido —replicó Telamón—. Pero vivirá.

El rostro de Alejandro había recuperado un poco de color. Sonrió y, apoyándose en Cleito a modo de bastón, se puso de pie.

—¡Vamos a matar a todos! —dijo con una voz pastosa—. ¡Y deprisa, antes de que caiga la noche!

Capítulo XIII

«Después de ofrecer un sacrificio en el templo de Atenea, Alejandro depositó su propia armadura, y tomó a cambio las armas que habían estado colgadas allí desde la guerra de Troya... Se dice que las usó en la batalla del Gránico».

Quinto Curcio Rufo, *Historia*, libro 2, capítulo 4.

Memnón gritaba poseído por una furia tremenda. Sin el yelmo, con un profundo corte en el brazo de la espada, miraba a Arsites hecho un basilisco. No sentía ni la más mínima compasión por este arrogante comandante persa, que ahora no era más que una sombra de su antiguo ser. La magnífica armadura del sátrapa estaba abollada y rota. Tenía una herida en la mejilla izquierda y el rostro bañado en sangre.

—¿Qué haré? —gimió el persa—. ¡Han muerto los parientes de Darío!

—¡Muérete! —le gritó el rodio. Tiró salvajemente de las riendas y miró hacia el lugar donde había estado unos minutos antes. Anochecía. La brisa le refrescó el rostro. A su alrededor continuaban sonando los ruidos de la batalla. Las últimas unidades de élite de los persas se alejaban del frente a todo galope. Los caballos sin jinetes galopaban por todas partes y otros daban vueltas aterrorizados, con cadáveres ensangrentados tumbados sobre sus pescuezos. Un animal galopó en círculos hasta que el jinete muerto cayó al suelo y, después, se alejó al trote. Memnón se volvió. Arsites había desaparecido. Desde la orilla del río le llegó una ovación, tan estruendosa que fue como si el cielo se hubiera venido abajo.

—¡Enyalios! ¡Enyalios por Macedonia!

El general rodio cabalgó hasta la ribera y contempló el espectáculo con una expresión de horror. Todo el ejército macedonio, liderado por la brigada de Ptolomeo, había cruzado el río. La falange se había hecho con el control de la orilla y ahora avanzaba con las temibles sarisas bajadas: una terrible pared de puntas de hierro que avanzaba contra hombres y caballos. Los persas estaban exhaustos y ya no disponían de más jabalinas. No podían hacer otra cosa que blandir sus inútiles cimitarras y alfanjes contra aquellas terribles lanzas de madera y hierro.

El Gránico era como una enorme mancha roja alumbrada por los rayos del sol poniente. Los cadáveres se amontonaban en la superficie. En la orilla, los muertos formaban pilas y los heridos intentaban escapar como podían. Las primeras bajas macedonias habían quedado cubiertas por otros muertos, la mayoría de ellos vestidos con las lujosas capas de los persas. Mientras contemplaba la infernal escena, Memnón escuchó otro griterío río abajo. Se cerraba la trampa. Parmenio y sus tropas... Los persas que todavía luchaban en la orilla abandonaron el combate e intentaron escapar. Los caballos resbalaron en el talud de fango y sus jinetes acabaron pisoteados o cruelmente atravesados por las lanzas enemigas. La falange ganó

velocidad y subió la pendiente sin problemas. En las filas persas, desapareció todo rastro de disciplina; los jinetes en fuga comenzaron a pasar junto a Memnón. Uno de los oficiales del rodio se le acercó.

—¡Se ha acabado! —le dijo.

Memnón se había quedado mudo. Notaba la garganta seca y la lengua hinchada. No conseguía entenderlo. La rapidez del ataque. Cómo los persas habían caído tan ingenuamente en la trampa de Alejandro. Tan sencilla, tan mortal en su lucidez. La finta de Alejandro por el centro, el golpe brutal por la derecha y las tropas de Arsites que abandonaban las posiciones para hacer frente a la nueva amenaza. Así y todo, los persas no se habían dado cuenta de lo que pasaba. Memnón recordó cómo Arsites y sus generales, imbuidos de una falsa seguridad, habían discutido cómo se encargarían personalmente de acabar con Alejandro, a quien distinguirían sin problemas por su espectacular armadura. Los generales persas habían cargado contra el rey macedonio y todos, salvo un puñado, ahora estaban muertos. A Mitrídates le habían cortado un brazo a la altura del hombro; los demás habían sido segados como si fueran hierba seca.

—Mi señor.

El oficial se inclinó para sacudir a Memnón. El general salió de su ensimismamiento y miró a su subordinado. Los persas que habían resistido unos minutos más al avance de los macedonios eran aniquilados. El olor de la sangre impregnaba todo. Los gritos de ayuda y los alaridos de los moribundos sonaban por doquier. Memnón dejó que su oficial guiara su caballo de la brida. Era muy consciente de lo que pasaría a continuación. El movimiento de pinzas de los macedonios los rodearía en un círculo de hierro que se iría estrechando y luego comenzaría la matanza.

—¡He de ver a Omerta! —gritó Memnón.

Cruzaron el campo de batalla a todo galope. La falange mercenaria continuaba formada, con los escudos dispuestos como un muro de hierro por los cuatro costados y las lanzas bajadas, sin hacer el menor caso de la desbandada de los jinetes persas. Memnón se desesperó al verse impotente; sus hombres estaban atrapados. Si escapaban, la caballería macedonia los alcanzaría rápidamente y matarían a todos.

—¡La única oportunidad que tienen es mantenerse firmes y negociar la rendición! —afirmó el oficial empujando el caballo de su comandante con el suyo—. ¡Mi señor, si te capturan te crucificarán!

Memnón contempló el campo de batalla sin hacer caso de los persas que escapaban. Los mercenarios griegos, formados en un largo rectángulo erizado de lanzas, esperaban acontecimientos. Su oficial tenía razón. Eran mercenarios, combatían por una paga. Negociarían la rendición. Alejandro los acogería en su ejército y permitiría que aquellos que se negaran a entregar las armas prestaran juramento de que nunca más lucharían contra él y marcharan en libertad.

El rodio y sus oficiales se unieron a la retirada. Mientras cabalgaba, Memnón

comenzó a pensar con más claridad y la frustración y la cólera fueron reemplazadas por el deseo de venganza. Arsites había caído en la trampa. Sospechaba que aquel físico con cara de tonto, el tal Cleón, había tenido mucho que ver en todo esto. El macedonio le había suministrado información falsa al sátrapa de Frigia y a sus comandantes. Alejandro había hecho exactamente lo opuesto a lo que habían esperado: había marchado al este y no al sur, y había buscado una batalla cuanto antes, al tiempo que había hecho creer que su ejército estaba confuso y desmoralizado.

Llegaron a la caravana de abastecimientos persa. Memnón, como un hombre poseído por los demonios, fue de carro en carro con la espada en la mano en busca de Cleón, pero todos los seguidores del campamento habían escapado. Vio a Arsites y a su séquito junto a uno de los carros. Otro estruendoso griterío llegó desde el campo de batalla. Miró en aquella dirección. Comprendió lo que acababa de ocurrir. Las huestes macedonias habían coronado la ribera. La derrota persa era total. La furia dominó otra vez al rodio. Galopó hacia donde Arsites se despojaba rápidamente de sus atavíos de guerra al tiempo que llamaba para que le trajeran caballos frescos. Memnón desmontó. Se le unieron griegos que habían sobrevivido a la batalla. Algunos de ellos estaban irreconocibles, cubiertos de sangre de pies a cabeza. El sátrapa parecía un cervatillo asustado. El rodio se le acercó.

—¡Estúpido bastardo! ¡No sólo te han derrotado, sino que te has dejado engañar! ¿Dónde está Cleón? —preguntó sujetando por el hombro al persa, que intentaba apartarse sin lograrlo.

—¡Soy el representante del Rey de Reyes!

—¡Tú no eres nada! —gritó Memnón atravesándole el estómago con la espada y revolviéndole el arma en la herida con ferocidad.

El séquito de Arsites se apartó. Nadie abrió la boca ni levantó una mano para protestar. Memnón continuó girando la espada de un lado a otro hasta que la vida se extinguió en los ojos del persa. Sólo entonces retiró la espada. El cadáver cayó al suelo y el rodio lo apartó de un puntapié. Montó en su caballo.

—¡El día se ha acabado! —gritó—. ¡Rezad a los dioses para que haya otro!

La oscuridad se cernía rápidamente sobre el campo de batalla. El ejército persa había escapado. Alejandro se había hecho con otro caballo. Pálido y un tanto mareado, aceptó la ovación que le dedicaron sus compañeros y oficiales. Telamón, distraído, miró a la impresionante falange de mercenarios griegos que mantenían la formación a la espera de acontecimientos. Estaban completamente rodeados: los hombres de la falange macedonia al frente, los escuderos en los flancos, la caballería a la retaguardia. Por todas partes se escuchaban los gritos y las súplicas de los heridos y los moribundos. Algunos soldados de la caballería ligera ya habían comenzado a despojar a los muertos de sus pertenencias.

Alejandro se adelantó. Parecía haberse olvidado de los vítores y montaba con el cuerpo laso, mirando con los ojos hundidos a la tropa de Memnón.

—¡Alejandro de Macedonia! —gritó una voz clara y firme desde las filas mercenarias—. ¡Alejandro de Macedonia! ¡Pedimos condiciones!

El monarca levantó una mano para llamar a un corneta, al que susurró unas órdenes al oído. El hombre se llevó la corneta a los labios y tocó una nota aguda.

—¡Escuchadme! —gritó el corneta—. ¿Quién está al mando?

—¡Omerta!

—¡Omerta de Tebas! —murmuró Alejandro.

El corneta repitió la pregunta.

—¡Omerta de Tebas, macedonio!

—¿Dónde está Memnón? —preguntó el corneta.

—¡Muerto o prófugo! ¿Cuáles son los términos que ofrecéis?

—¡Ninguno! —respondió el corneta—. ¡Rendición incondicional!

Se escuchó la sonora protesta de las filas mercenarias.

Ptolomeo se acercó al rey.

—¡Mi señor, han pedido condiciones!

—¡Dadles mi respuesta! —replicó Alejandro con un tono que no admitía discusión, al tiempo que volvía la cabeza para que la brisa le refrescara el rostro.

—¡Sois griegos que lucháis contra los griegos, en abierto desafío a las leyes griegas! —gritó el corneta—. ¡Deponed las armas!

Molen labe! —contestó una voz, con la misma respuesta que habían dado los espartanos cuando el rey de Persa les exigió la sumisión—. ¡Venid a buscarlas!

Alejandro dio la señal. Se escuchó un toque de corneta que fue repetido por las demás. Telamón observó, con la boca seca, cómo avanzaba la falange macedonia con las sarisas en posición. El propio Alejandro dirigió la carga de caballería contra las filas enemigas. Los macedonios acortaron distancias y comenzó la masacre.

Telamón, paralizado por el miedo, permaneció sentado en su caballo mientras, una vez más, en el frío aire del ocaso resonaban el estrépito del combate y los espantosos ayes de los hombres que morían. Las filas de mercenarios griegos iban cayendo poco a poco.

—Ya he visto suficiente —susurró Telamón dando media vuelta y regresando al río.

Las consecuencias de la batalla se veían por todas partes. En algunos lugares, los muertos se apilaban, mezclados los persas con los macedonios. La sangre formaba charcos. En el fango aparecían dispersos una multitud de miembros amputados. Una cabeza, con los ojos abiertos y la lengua sujeta entre los dientes, estaba enganchada como una pelota entre las ramas de un arbusto. Los caballos heridos se revolcaban en el fango, en un intento inútil por levantarse. Los heridos que aún podían caminar se alejaban tambaleantes, cubiertos de sangre de pies a cabeza. Un persa estaba sentado con la espalda apoyada en el tronco de un árbol; tenía abierto el tronco desde el cuello hasta las ingles, con todas las vísceras fuera. Sin embargo, sus ojos todavía parpadeaban y movía los labios; un extraño sonido como un gorgoteo salía del fondo

de su garganta. Un arquero cretense en busca de botín se acercó, degolló al moribundo y comenzó a robarle todo lo que tenía, sin preocuparse en lo más mínimo de la presencia de Telamón. Aquí y allá se veían puntos de luz en movimiento; eran las antorchas que llevaban los soldados que recorrían el campo de batalla en busca de los compañeros caídos o sencillamente dedicados al pillaje. Los mercenarios de Alejandro se entregaban a su sangriento negocio. Habían comenzado el traslado de los heridos griegos; los curanderos y los seguidores del ejército se ocupaban de ellos. En cambio, a los heridos persas sólo les quedaba esperar que los remataran de una puñalada misericordiosa.

Telamón escuchó un grito que procedía de un grupo de arbustos en lo alto de la ribera. Desmontó y caminó hacia el lugar con el caballo sujeto de las riendas. Un grupo de jinetes tesalios había capturado a un joven persa; lo habían desnudado y ahora lo tenían boca abajo en el suelo, con las piernas separadas, dispuestos a sodomizarlo y a cometer otras muchas obscenidades. El persa se resistía mientras uno de los tesalios se arrodillaba delante de su rostro, con la falda levantada y el pene erecto.

—¡Alto! —gritó.

Los tesalios se levantaron de un salto y desenvainaron las espadas.

—¡Soy Telamón! ¡Físico de Alejandro! —exclamó mostrando el sello real.

Los tesalios se alejaron. El persa se levantó. Era un adolescente que no podía tener más de dieciséis veranos. El físico cogió una capa y se la arrojó.

—¡Vístete! —le ordenó señalando el caballo—. ¡Monta mi caballo y escapa de este lugar abominable!

No esperó la respuesta del muchacho. Se alejó otra vez hacia el río y bajó el talud. Se encontró con un grupo de escuderos. Le pidieron ayuda. Telamón se ocupó de limpiar y vendar las heridas, pero estaba tan agotado que ni siquiera le quedaban fuerzas para hacer un nudo. Uno de los escuderos lo cogió de un brazo y le ayudó a vadear la corriente. Llegó a la otra orilla y vio las luces de las antorchas. A su alrededor se reunió una multitud; un coro de voces le hizo mil y una preguntas. Casandra, con el rostro pálido y ojeroso, le ofreció un vaso de vino. Cogió a Telamón de una mano y le hizo beber hasta la última gota. Se dejó llevar en medio de la oscuridad hasta un carro, se tumbó en el suelo debajo del carro y se quedó dormido con Casandra a su lado.

Los puntapiés que le propinaba un soldado despertaron a Telamón. Entonces escuchó las airadas protestas de Casandra, a las que el hombre respondía con gestos obscenos.

—¡Está bien! ¡Está bien! —protestaba Telamón saliendo de debajo del carro.

Miró al cielo y se dio cuenta de que la mañana estaba muy avanzada. Reinaba una gran actividad en el campamento de las caravanas. Se llevaban a los prisioneros fuertemente custodiados. Una cadena de hombres trasladaba de mano en mano a través del río los bultos con el botín cogido a los persas. Otros transportaban en unas

improvisadas camillas a los macedonios heridos hasta un bosquecillo donde se había instalado un hospital de campaña.

—¿Necesitas ayuda? —murmuró el físico.

El soldado, borracho y sin afeitar, con las manos cubiertas de sangre hasta las muñecas, sacudió la cabeza.

—¡Por favor, señor, di a tu ramera pelirroja que se calle! ¡El rey quiere verte!

Calló al oír un griterío donde destacaban los insultos y burlas. Una larga columna de hombres, sólo vestidos con los taparrabos y encadenados los unos a los otros por las muñecas y los tobillos, avanzaba desde el río. A cada lado caminaban los escuderos, que trataban a los prisioneros con gran brutalidad. Desfilaron junto a los carros: una larga columna de seres reducidos a una condición abyecta, sucios de barro y sangre.

—¡Pobres diablos! —murmuró el soldado—. ¡Son todos los que quedan de los mercenarios de Memnón!

—¿A cuántos mataron? —preguntó Telamón.

—A unos tres mil; los demás se rindieron. Los envían a las minas de plata de Macedonia.

La noticia de la llegada de los mercenarios prisioneros corrió por todo el campamento. Soldados y civiles se amontonaban para verlos pasar. Hubo muchos que comenzaron a tirarles piedras mientras los insultaban a voz en cuello.

—Hay tebanos entre ellos —observó Casandra—. Me quedé aquí noche y día para vigilar nuestras pertenencias —añadió mirando a Telamón—. Por aquí hay más ladrones que moscas y la mayoría de ellos son macedonios.

El soldado se adelantó con una expresión amenazadora en el rostro.

—Ahora veré al rey —dijo Telamón apresuradamente.

Habían instalado el pabellón de Alejandro muy cerca del lugar donde el día anterior había estado Parmenio con el ala izquierda del ejército. El rey estaba sentado en un taburete fuera del pabellón. No había dormido y mostraba un rostro pálido y sin afeitar. Iba vestido con la túnica que había llevado debajo de la armadura durante la batalla. Manchas de sangre seca salpicaban los brazos y las piernas y un vendaje improvisado cubría la herida en la cabeza. Los escribas estaban sentados en el suelo formando un semicírculo. Alejandro vigilaba atentamente a los soldados que apilaban las valiosas armaduras persas recogidas en el escenario de los combates.

—¡Quiero que envíen nueve de éstos a Atenas! —ordenó Alejandro a voz en cuello—. Con el siguiente mensaje: «Alejandro, hijo de Filipo y los griegos, a Atenas y a todas las ciudades de Grecia excepto Esparta...». —El resto del mensaje era breve y muy claro y consistía en la descripción de una aplastante victoria. Telamón vio detrás de Alejandro a un grupo de comandantes sentados alrededor de una mesa en el interior de la tienda, acompañados por unos cuantos escribas muy atareados en el estudio de los mapas de campaña. El rey dictó más cartas. Hablaba deprisa, impartía órdenes y escuchaba los informes. Luego se volvió para mirar al físico con una mano

por encima de los ojos a modo de visera para protegerlos del resplandor del sol.

—Una gran victoria, ¿eh, Telamón? Los dioses han dado a conocer su voluntad. ¿Has visto a Cleón? —preguntó dejando de sonreír.

Telamón sacudió la cabeza.

—Probablemente escapó lo más lejos que pudo —comentó Alejandro con un tono seco— y ahora se dirige hacia aquí sin prisas. Tú y yo tenemos asuntos pendientes, ¿no es así? ¡Se tiene que revelar la verdad! ¡Hazlo rápido! —ordenó agitando la mano—. En secreto. Después, házmelo saber. Ah, no te llevarás a la pelirroja contigo —le comunicó haciéndole venir a su lado con un ademán—. Un grupo de lanceros se encargará de llevarte sano y salvo hasta Troya.

Fingió una expresión de inocencia al ver el desconsuelo que se reflejaba en el rostro de Telamón.

—¿Qué pasa, físico?

—¡Troya! —protestó Telamón enfadado—. ¿Tengo que regresar a Troya precisamente ahora?

—Tal como predicaría nuestro gran y amado maestro Aristóteles —replicó Alejandro en voz baja—, hay que ser lógico en todas las cosas. Tú sabes quién es Naihpat, ¿no es verdad, Telamón? ¿Conoces la verdadera identidad del criminal y cómo se cometieron los asesinatos, la traición?

Telamón sintió que le faltaban las piernas y se sentó en un taburete sin esperar la invitación.

—¡Lo has sospechado desde el primer momento! —susurró Telamón—. Nos has hecho interpretar una farsa. Ahora tenemos a Alejandro el general victorioso, el astuto político. ¿Qué personaje desempeñabas cuando estuvimos acampados en Sestos?

El rey puso los ojos en blanco.

—E... e... el de un soldado un tanto confuso, sin ninguna experiencia.

—¡Mucho más que eso! —replicó Telamón—. ¡Todas aquellas pamplinas de ofrecer sacrificios a este dios y a aquel otro! Preocupado por la ruta que seguirías; los mapas, los guías, las celebraciones en Troya...

Todo aquello sólo fueron añagazas. Ya tenías planeado todo lo que iba a pasar, dónde irías y cómo conseguir tus sueños. ¡Todo era un puro juego! Me engañaste a mí; engañaste a todos. Durante estos últimos días, llegué a mi conclusión a través de la lógica, la reflexión y las pruebas. ¡Tú, en cambio, lo sabías desde el principio!

—Por supuesto que sí —respondió Alejandro con una sonora risa—. No, miento. No lo sabía, pero lo sospechaba. Necesitaba engañar a todo el mundo. ¿Recuerdas cuando nos batimos contra Droxenius? Lo derroté, no porque fuéramos más fuertes o más hábiles en el manejo de las espadas, sino a través del engaño. Lo mismo se aplica a este caso. Engañé a Arsites y a sus comandantes. Ahora el juego se ha acabado. Es hora de dejarlo todo limpio, de barrer la porquería, de desenmascarar al traidor.

—¿Cómo sabes que estoy preparado para hacerlo?

—Oh, Telamón, es posible que tú me estudies, pero no te quepa duda de que yo lo haga contigo. Me fijé en tu rostro durante nuestra marcha hacia el Gránico, en lo ensimismado que estabas. Ahora es el momento...

—¿De aplicar la justicia del rey?

—Precisamente —respondió Alejandro despidiéndole con un gesto—. Nos veremos esta noche, ¿verdad? ¿O quizá mañana? Me contarás todo lo que ocurra.

Ya era de noche cuando Telamón llegó a Troya. La guarnición que Alejandro había dejado para vigilar las ruinas y el pueblo estaba ansiosa de noticias. Rodearon al físico y lo acibillaron a preguntas. Telamón no les hizo caso. Se sentía tan cansado como inquieto. Lamentó no haber traído con él a Casandra, o al menos tener la oportunidad de despedirse, pero el oficial al mando de los lanceros tenía órdenes estrictas.

«Debo llevarte directamente a Troya, señor. Protegerte y traerte de regreso», le había comunicado el oficial.

La multitud se dispersó. El oficial llevó a Telamón por las serpenteantes calles hasta el patio ante el templo de Atenea. El portero que dormía en la escalinata se despertó bruscamente. Unos minutos más tarde, acompañó al físico hasta la pequeña habitación al fondo del templo donde Antígona se encontraba trabajando. Estaba sentada ante la mesa, donde había cuatro lámparas encendidas; otras iluminaban la estancia desde los nichos construidos en las paredes. La sacerdotisa leía con mucha atención un pergamino, con un estilo en la mano y un pequeño tintero a un lado. Apenas se molestó en mirar a Telamón cuando entró. Con un gesto distraído, se rascó la mejilla con el cabo del estilo.

—¿Has venido solo, físico?

—Hay una escolta que me espera en el exterior.

Antígona apoyó la espalda en la pared. La cabellera suelta le caía sobre los hombros y enmarcaba su hermoso rostro.

—¡Cierra la puerta, Telamón! ¡Echa los cerrojos y pon la tranca!

—¿Me esperabas?

—Desde hace años —replicó la mujer—. He estado esperando tu llegada, o la de alguien como tú, desde hace más años de los que quiero recordar.

Antígona se levantó para acercarse a un estante y coger una copa. La llenó de vino y la llevó donde estaba Telamón, que, después de cerrar la puerta con los cerrojos y la tranca, se había sentado en un banco de piedra que recorría toda la pared. El físico rechazó la copa. Antígona sonrió. Bebió un buen trago y a continuación se la entregó para que la sostuviera.

—Has viajado desde muy lejos. Traes noticias de la gran victoria de Alejandro. Ya estoy enterada. Arsites fue muy torpe. El macedonio ha conseguido lo que deseaba. ¡Ha venido para abrasar a los persas con el fuego divino! ¡Todo esto se convertirá en un infierno! —exclamó regresando a su silla y apartando el pergamino—. El templo es lo único que cuenta. Tienes noticias más urgentes, ¿no es verdad,

Telamón?

—Naihpat.

Antígona sonrió.

—Olvidé cosas que había aprendido —confesó Telamón—. En cambio, tú eres sacerdotisa de Atenea. Tú lo sabes todo al respecto. En una historia, Atenea adopta la forma humana, la de un rey llamado Taphian. Si le das la vuelta al nombre, un juego infantil muy popular, tienes Naihpat.

—¿Es tuya la deducción?

—No, es de Hércules, el enano de Aristandro. Era un juego que le encantaba. No dejaba de invertir los nombres de las personas. Hizo lo mismo con Naihpat y se encontró con Taphian. ¿Qué pasó después? ¿Vino a verte y te lo preguntó? ¿Qué hiciste tú, Antígona, Naihpat, Taphian? ¿Lo sedujiste para llevarlo a uno de aquellos bosquecillos aislados en las llanuras de Sestos? ¿Un rápido golpe en la cabeza seguido de un entierro en un pantano?

—¿Si lo hubiese hecho, su cuerpo no hubiese reaparecido en la superficie?

—No si lastraron el cuerpo con piedras. Estoy seguro de que yace en el fondo de una de aquellas ciénagas, con piedras en los bolsillos y atadas al cuerpo. ¡Yacerá y se pudrirá allí durante años! Las preguntas del enano, su infinita curiosidad, silenciadas de una vez para siempre... ¿Quién lo mató? ¿Tú o Selena? ¿Quizá fue Aspasia? Aquel día, Hércules rondaba por el campamento; tú tienes que haberlo seguido, o mandaste que lo siguieran.

—¿Te ha enviado Alejandro?

—Él lo sospecha.

Antígona se volvió en la silla para mirarle a la cara y bebió con elegancia un trago de vino.

—Es una historia muy curiosa. Son muy pocas las personas que conocen el nombre de Taphian o la leyenda ligada a él. Tienes razón, Hércules era un mono parlanchín. Vino a preguntarme si yo sabía quién era Taphian. Lo mandé con viento fresco; le respondí que nunca había escuchado ese nombre.

—Por supuesto. Si Hércules alguna vez se enterase de la leyenda, se habría preguntado cómo era que una sacerdotisa de Atenea no había reconocido el nombre.

—¡Muy bien!

—¿Cómo empezó todo? —preguntó Telamón.

—Yo era una parienta lejana de la casa real de Macedonia, aunque nací en Atenas y me crié como tal. Mi padre trabajaba en el teatro.

—¿Dónde leíste las obras de Eurípides?

—Ah, sí —respondió sonriendo—. ¡Las citas! Entré al servicio de Atenea en un templo cercano a Corinto. Allí fue donde conocí a Filipo. Tenía el aspecto de un macho cabrío. ¡Desde luego, olía como si lo fuera! —exclamó soltando una carcajada—. También era igual de libidinoso. Sin embargo, me enamoré de él enloquecidamente. Él me mintió, por supuesto. Dijo que estaba cansado de Olimpia.

Quería que viniera a Troya para convertirme en sacerdotisa de este templo, lo bastante lejos de Pella como para disfrutar de sus placeres sin problemas. Añadió que tenía un trabajo para mí, que podría venir a visitarme mientras planeaba la conquista de Persia. Troya sería su nuevo hogar. Yo sería su esposa. Todo era mentira, por supuesto —lamentó mientras las lágrimas acudían a sus ojos—. Yo le amaba de verdad. Vine a Troya. Para todos, la virginal sacerdotisa de Atenea; en verdad, la amante de Filipo de Macedonia, o una de sus muchas queridas. Una vez aquí, me di cuenta de los verdaderos propósitos de Filipo. Troya está muy cerca del Helesponto, la encrucijada entre Grecia y Asia.

—¿Te convertiste en su espía?

—Me convertí en su espía. La pasión de Filipo comenzó a menguar. La mía se hizo todavía más fuerte, pero la dura realidad también resultaba cada vez más clara: las visitas resultaban cada vez más espaciadas y dejaron de llegar cartas, aunque siempre insistía en que le enviara noticias. Entonces una mañana, un joven con la mirada extraviada, medio loco, se presentó en el templo.

—¿Pausanias, el asesino de Filipo?

—Sí. Tendría que haber borrado su nombre de la lista de visitantes, pero eso hubiera despertado sospechas —apuntó Antígona echando una ojeada a la pequeña habitación—. Hubiese estado dispuesta a quedarme encerrada aquí, en un lugar como éste, durante un millón de años mientras Filipo me amara. Pausanias estaba loco de remate. Me lo contó todo, y no sólo lo referente a la lascivia de Filipo —precisó volviendo a reír con una risa aguda—. Eso era algo que sabía todo el mundo. Has de saber que Pausanias también había visitado a la madre de Alejandro —apuntó antes de hacer una pausa—. Olimpia dio rienda suelta a toda su bilis. Hizo una lista de las conquistas de Filipo: mi nombre figuraba en primer lugar y, por ser la más reciente, fui el objeto de su desprecio. Informó a Pausanias de cómo Filipo se había vanagloriado de sus amoríos conmigo. También envenenó la mente de Pausanias contra Filipo y le reveló un secreto: Filipo iba a divorciarse de ella para casarse con alguna otra.

Antígona sujetó la copa contra su pecho: sus bellos ojos miraban a lo lejos. Telamón sospechó que la mujer había repetido esta misma historia para sus adentros ininidad de veces, hasta que se la había aprendido de memoria.

—Entonces comprendí que no sólo había sido seducida sino también engañada.

—¿Animaste a Pausanias para que asesinara a Filipo?

—No, no. Fue Olimpia quien encendió el fuego —aclaró Antígona desviando la mirada—. Pero, los dioses me perdonen, fui yo quien avivó las llamas: un momento de odio que después lamenté. También decidí volver el juego en contra de Filipo. Todo el mundo viene a Troya. El rey de reyes, Darío, tiene a un hombre muy cerca de su mano derecha.

—¿Quién? —preguntó Telamón, llevado por la curiosidad.

—Darío lo llama Mitra y lo mantiene bien oculto. Le escribí a Darío para

ofrecerle compartir secretos. Le di el nombre de Naihpat y dije que me encontraría en Troya. Luego me senté a esperar. A su debido tiempo, bueno, ya te puedes imaginar lo que pasó. Apareció Mitra, disfrazado como un mercader. Preguntó en el mercado. Los vendedores, por supuesto, lo enviaron al templo. ¿Sabía yo quién era Naihpat? Me prometió protección, talentos de oro y, cuando lo deseara, un lugar de honor en la corte persa. Pero, mientras tanto —continuó apartándose un mechón de pelo que le caía sobre el rostro—, estaría a su servicio y al de su amo. Sólo ellos dos conocerían mi existencia. A cambio, le prometí que le daría toda la información posible sobre el rey Filipo, la corte macedonia y, sobre todo, la proyectada invasión a Asia. En cuanto Filipo envió a Parmenio con la orden de establecer una cabeza de puente, mi utilidad aumentó proporcionalmente. Los macedonios venían a visitarme con frecuencia. Yo, como era de recibo, visitaba su campamento. Me trataban con la consideración debida a una pariente de Filipo, una sacerdotisa de Atenea, una griega. Me dieron su confianza y me revelaron secretos.

—¿Todo eso se lo comunicaste a Mitra?

—¡Por supuesto!

—¿Cómo lo hacías? ¿Por carta?

—Algunas veces. Otras, él venía a visitarme.

—¿Cómo es posible? —preguntó Telamón—. Parmenio tenía sus espías. Sin duda el templo estaba vigilado.

—Troya es una ciudad muy antigua. Hay un pasadizo subterráneo que sale del templo y se comunica con las cuevas que están mucho más allá de los muros de la ciudad.

Telamón entrecerró los párpados.

—Enseñé a Mitra las entradas. El pasadizo, muy antiguo y construido en la roca viva, es un camino seguro. Podía ir y venir a su antojo. Siempre se mostraba complacido con la información suministrada. Las intenciones de Filipo, las intrigas en la corte macedonia, el número y la preparación de las tropas, los movimientos y los suministros —manifestó encogiéndose de hombros—. Por encima de todo lo demás, las intrigas de Olimpia contra su marido, el asesinato de Filipo y mi valoración de Alejandro.

—¿Qué me dices de las doncellas tesalias? —preguntó el físico—. Las ofrendas al espíritu de Casandra.

—Una de las ideas más extravagantes y locas de Filipo. Quería que fundara un colegio de sacerdotisas y las utilizara como espías.

—Claro que, a ti, eso no te interesaba en lo más mínimo, ¿no es así?

—Tuve suerte. Selena y Aspasia fueron las primeras en llegar. No sabía qué hacer. Se amaban con locura. Eran lo que tú llamarías elegantemente «seguidoras de Safo de Lesbos» —aclaró echándose a reír—. Ambas se enamoraron de mí. Fue un amor a primera vista. Pronto me las hice mías. Estaban más que dispuestas. Hacían todo lo que yo les pedía, y les advertí del peligro que significaba que otras se nos

unieran. Al segundo año, no vino nadie, pero, al año siguiente, vinieron dos...

—¿Y este año?

—Las estábamos esperando. Delante de las cuevas, en aquel camino solitario que conduce a Troya. La leyenda dice que las doncellas deben hacer el trayecto solas.

—¿No tuviste reparos?

—Al principio, sí. Pero, después del primer asesinato, ninguno. Teníamos que matarlas o seríamos traicionadas. Las invitamos a entrar en la cueva. La apariencia de Selena y Aspasia las engañaron. Eran dos asesinas natas. Matamos a las doncellas. Encontrarás sus cuerpos enterrados en el túnel. Hay una fosa un poco más allá de la entrada.

—Sin embargo, este año, una de ellas escapó, ¿no es así?

—Sí. Alejandro continuó con la costumbre. Una vez más las cien familias locrenses eligieron dos doncellas para enviarlas a nuestro templo. Naturalmente, estábamos avisadas. Les salimos al paso, sólo que esta vez, por pura casualidad, una consiguió escapar. El resto ya lo sabes. La encontraron y la trajeron al templo. Si algo le ocurría aquí, se habrían despertado las sospechas. La verdad es que la muchacha estaba confusa, desorientada.

—Supongo que el uso de vino drogado hizo que la confusión fuera todavía mayor.

—Efectivamente —admitió Antígona—. Aspasia y Selena querían matarla sin más, pero, tal como he dicho, había que evitar cualquier sospecha. Al mismo tiempo, Alejandro hacía notar cada vez más su presencia. Había masacrado a los tebanos, se había autoproclamado capitán general de Grecia y mantenía una comunicación regular con Parmenio y conmigo. Achacó la falta de éxito de Parmenio al escaso conocimiento del terreno. Me dijo que estaba reuniendo su ejército en Sestos y me indicó que contratara guías que conocieran bien la costa occidental de Asia. Dijo que necesitaba a alguien que supiera confeccionar mapas; me ordenó que los reuniera y los llevara a su campamento en Sestos. Me equivoqué al juzgar a Alejandro, ¿verdad? —advirtió haciendo girar el vino en la copa y sonriendo—. Supongo que todos se equivocaron. Tiene más caras que un dado. Un hombre de máscaras. Me escribió a menudo, siempre interpretando el personaje del rey joven e inexperto. Ansioso por iniciar la invasión de Asia, pero asustado por los problemas prácticos y la manera de asegurarse el favor de los dioses.

—Así que fuiste a Sestos. Te llevaste contigo a la doncella, junto con Critias y los demás.

—Sí. Había hablado con Mitra. Me dijo que hiciera todo lo posible por confundir a Alejandro, propagar la inquietud y poner las cosas difíciles. Una de las cosas con las que no había contado —su rostro mostró una expresión desagradable— fue con aquella estúpida muchacha tesalia. Alejandro me ordenó llevarla conmigo; de lo contrario, la hubiese dejado en Troya. Selena y Aspasia estaban muy inquietas —apuntó volviendo a llenar la copa de vino y sonriendo a Telamón—. No estuve de

acuerdo con ellas hasta que te conocí. Me dije: «Aquí tenemos a un físico que sumirá a esta muchacha en un sueño profunda, calmará sus humores, tranquilizará su mente, aplacará su alma y despertará recuerdos». —Antígona hizo una pausa—. Incluso en su confusión, desconfiaba de mí. ¿Sospechabas que la había matado?

—No hasta más tarde, cuando reuní más pruebas. Recordé aquella noche en tu tienda —advirtió señalando la copa de vino que no había tocado—. Había tazas y copas en un pequeño cofre. Sin embargo, tú fuiste a buscar una copa al fondo de la tienda y la llenaste con el vino.

La sonrisa de Antígona se ensanchó.

—Sin embargo, tú y yo bebimos de la copa.

—Así es, y quizás otros la tocaron. Era un copa envenenada. Me han hablado y he visto esa clase de copas; tienen un falso fondo, un pequeño disco que se puede abrir y cerrar con un mecanismo secreto, cosa que permite que cualquier polvo colocado debajo se mezcle con la bebida. Eso fue lo que hiciste antes de que bebiera la doncella. Nunca pensé que la respuesta pudiese estar en la propia copa. —Telamón cogió su copa y derramó el vino en el suelo de piedra negra—. En realidad, tú tienes dos copas, ¿no es así? Ambas idénticas. La envenenada, la escondiste o la tiraste. La segunda, sin el mecanismo, fue la que ofreciste para que la inspeccionáramos.

—¡Muy agudo!

—No es verdad —replicó Telamón haciendo una mueca intentando vencer el profundo cansancio que le dominaba—. Más que nada, una cuestión de pura lógica y sentido común: no se me ocurrió hasta mucho después.

Telamón apoyó la cabeza en la pared. La joven mujer sentada con tanta elegancia delante suyo se había transformado en una asesina por la fuerza de una pasión que se había convertido en odio. Se maravilló para sus adentros ante el caos y la destrucción causados por Filipo, Olimpia y Alejandro.

—El asesinato de los guías —añadió el físico— fue algo relativamente sencillo. El primero murió al borde del acantilado. Probablemente sentía nostalgia de su tierra. Se encontró con Selena o Aspasia. La que fuese de las dos atacó en el acto, rápida como una serpiente. Tendrían que haber encontrado el cadáver en la cima, pero supongo que en la agonía resbaló y fue a estrellarse contra las piedras. ¿Quién podía sospechar de una de tus muchachas con su rostro angelical?

—¿Qué me dices del segundo guía?

—Pues lo mismo. Él y los demás estaban comiendo a cuatro carrillos y emborrachándose alrededor de la hoguera. Tú estabas ocupada conmigo en el pabellón de Alejandro. Selena y Aspasia seguramente no tuvieron problemas para escabullirse. Lo hizo una de las dos.

—¿Cómo? —le provocó Antígona.

—¿Tu curiosidad es cierta? —replicó Telamón.

—¡Los centinelas afirmaron que ambas estaban dormidas!

—¡Ah! Ahora llegamos al tema de las tiendas —apuntó Telamón antes de hacer

una pausa—. No hacía ni un par de horas que había llegado al campamento de Alejandro cuando me enteré de que mi tienda se había incendiado. Las tiendas no son nada baratas; las cubiertas de cuero, las cuerdas y las estructuras valen dinero. Tú, o una de tus ayudantes, originó aquel incendio. En la confusión, tú robaste nueve o diez trozos del cordel que se utiliza para sujetar los trozos de cuero a los postes. Necesitabas conseguirlos allí porque, como en cualquier otro ejército, los furrieles guardan celosamente el material que administran. Necesitabas un cordel del mismo color y textura que los empleados en las otras tiendas del campamento. Para montar una tienda, hay que ser muy hábil y experto. Cuando se colocan las piezas de cuero sobre la estructura, hay que atarlas de una cierta manera para mantenerlas tensas y, por supuesto, evitar que vuelen.

Antígona se mordía el labio inferior al tiempo que lo miraba con una expresión sardónica.

—Tú, Selena o Aspasia robasteis los trozos de cordel, pegasteis fuego a mi tienda para ocultar vuestro robo y, a continuación, comenzasteis vuestra campaña. No sé exactamente lo que sucedió la noche que asesinaron al primer guía, pero tuvo que ser un trabajo sencillo. Nadie vigilaba. Después del asesinato, tuvisteis que ir con más cuidado. Fuiste al pabellón de Alejandro mientras Selena y Aspasia simulaban estar dormidas. Tenían bajada la tela de entrada de la tienda y el centinela se cuidó mucho de que no le acusaran de espiar a las doncellas del templo. Una de tus ayudantes se levantó, se calzó las sandalias y se vistió con la capa y la capucha. Cortó el cordel que unía dos pies al poste y se escabulló al amparo de la oscuridad. La otra se quedó de guardia. Utilizó el cordel robado para sujetar las dos piezas sueltas. Los guías continuaban bebiendo y compartiendo sus cuitas alrededor de la hoguera. Uno de ellos se apartó para hacer sus necesidades. Tu cómplice lo siguió. El hombre estaba borracho: de pie en la oscuridad, atontado y medio dormido de tanto vino, apenas se aguantaba. Selena, o Aspasia, no perdió la oportunidad y actuó rápida y silenciosa como una sombra fugaz en la noche. La daga celta le llegó al corazón y la muerte fue instantánea. La asesina dejó el mensaje y se coló entre los centinelas para regresar al campamento. Las calles entre las tiendas son oscuras. ¿Quién se iba a fijar? ¿A quién le importaría? Regresó a la tienda, aflojó el cordel que había colocado la otra, se deslizó por el agujero y lo ató con un nudo idéntico. Sospecho que fue Aspasia, ya que parecía la más fuerte de las dos —sugirió antes de hacer una pausa al escuchar un sonido que venía del interior del templo.

—No es más que el portero —precisó Antígona sonriendo—. No tendrás miedo, ¿verdad Telamón? No llevo armas. Tu vino no contenía ni una gota de veneno y los hombres del macedonio no están muy lejos. ¿Por qué sospechaste de Aspasia?

—Fui a visitarte a su tienda después de su muerte. Tenía empaquetadas sus pertenencias. Me fijé que había utilizado el mismo nudo que se utiliza en los cordeles de las tiendas. Me pareció una extraña coincidencia: es de una clase muy particular, con una doble vuelta muy apretada, y resulta muy difícil de deshacer. Por lo común,

tienes que utilizar un cuchillo. Estoy seguro de que las tres estudiasteis a fondo el arte de hacer nudos.

—¿Qué me dices de Critias?

—Una vez más, tu asesino se escabulló en la noche. Cortó el cordel de la tienda de Critias y entró. El dibujante de mapas estaba cansado, borracho; es probable que a esa hora siempre lo estuviese. Después de todo, tú le contrataste —apuntó extendiendo las manos—. Conocías sus costumbres. Fue sencillo cortarle la garganta, clavarle la daga entre las costillas y marcharse de la tienda. Una vez en el exterior, Aspasia, si era ella, se arrodilló. Seguramente sólo había cortado dos o tres trozos de cordel para entrar; los reemplazó y luego se fue tan silenciosamente como había venido. Para todos, la muerte de Critias, aparentemente, había sido causado por alguna fuerza malévola o la furia de los dioses.

—¿Cómo explicas la destrucción de los mapas?

El físico sonrió.

—Un detalle muy astuto. Aspasia llevó con ella un pequeño cofre lleno de ceniza que era idéntico al de Critias. No tuvo más que reemplazar uno por otro.

—¿Cómo sabes que era idéntico?

—Porque vi que los vendían en uno de los tenderetes del mercado que está aquí mismo, delante del templo. Compraste dos y le diste uno a Critias para que guardara sus mapas.

Antígona se dio unos golpecitos en los labios con las puntas de los dedos. Miraba un punto por encima de la cabeza de Telamón.

—¿Alejandro está enterado de todo esto?

—Se enterará. Las cosas comenzaron a ir mal, ¿no es así? Aspasia era la verdadera asesina. Ágil y letal con una daga. Siguió a Hércules cuando salió del campamento y lo mató. Un rápido golpe en la cabeza. Lo cargó con piedras y lo arrojó a la ciénaga para que muriera ahogado. Regresó allí una mañana...

—¿Por qué?

—Tenía que deshacerse del pequeño cofre de Critias. Lo ocultó en un cesto y se dirigió al campo con la excusa de que iba a recolectar flores y hierbas medicinales. Las Furias no estaban muy lejos. Aspasia estaría desesperada, inquieta, ansiosa por desprenderse de la prueba que podía condenarla. Cometió un error. Dejó el cesto en el suelo, sacó el cofre y se resbaló o quizá se le quedaron enganchados los dedos en el asa del cofre. Perdió el equilibrio y cayó en la ciénaga. Esto explicaría las marcas en la piel de los dedos, mientras que el chichón probablemente se lo hizo cuando se golpeó la cabeza contra el cofre que intentaba ocultar. Entonces se aturdió. El cofre se deslizó de sus manos y se hundió hasta el fondo. Aspasia luchó para salir del fango que se la tragaba y, cuanto más luchaba, peor era el resultado. El fango le tapó la nariz y la boca. Murió en cuestión de minutos y su cadáver quedó flotando en la superficie de la ciénaga.

—No era más que una muchacha tonta —afirmó Antígona—. Cometió un error

estúpido y nos puso en peligro a todas.

—Estabas muy preocupada. Aspasia se había librado del cofre, pero Selena no tenía consuelo: era la más débil de vosotras tres. Sólo los dioses saben lo que hubiese podido hacer llevada por la histeria. Eres una zorra con un corazón de hielo, Antígona. Decidiste utilizar a tu propia doncella para que hubiese más derramamiento de sangre y aumentar la inquietud. Distes a Selena una copa de vino bien cargado con una pócima somnífera. Se acostó en su cama, en el extremo más alejado de la tienda y junto a la pared, de espaldas a la entrada. Antes de marcharte a la fiesta de Alejandro, te inclinaste sobre ella para darle un beso de buenas noches y, mientras lo hacías, le clavaste entre las costillas una de aquellas dagas celtas compradas a un vendedor ambulante. Profundamente dormida, con la boca cerrada por tus labios traidores, Selena no opuso casi resistencia y luego yació inmóvil. Dejaste el mensaje y te marchaste. Para todos los demás, Selena, la doncella del templo, estaba profundamente dormida en su cama, de espaldas al centinela.

—La encontraron tumbada en el suelo.

—Eres una sacerdotisa. Llevas un cayado de pastor a modo de bastón, un símbolo de tu cargo. Antes de marcharte, sospecho que enganchaste el mango de tu cayado en la pata de la cama de Selena y dejaste el otro extremo al alcance de la mano junto al borde inferior de la pared de la tienda. Aquella noche te acompañé en el camino de regreso; fue la gran ocasión para utilizarme de testigo. Me distes las buenas noches y te escabulliste para ir por el exterior hasta el punto donde asomaba la punta del cayado, lo sujetaste y te bastó con tirar para hacer que la cama se inclinara. El cadáver de Selena cayó al suelo. Luego volviste a la cama y comenzó todo aquel espectáculo.

Antígona aplaudió la explicación del físico con una expresión de burla en el rostro.

—Tienes muy pocas pruebas, Telamón. Como dirían los sofistas: «No son más que suposiciones e hipótesis no demostrables».

—Los ingenieros de Alejandro podrían vaciar la ciénaga. Los hombres de Aristandro podrían interrogar al vendedor del mercado. Podríamos realizar una búsqueda a fondo. Pero no creo que sea necesario llegar a tanto —apuntó inclinándose hacia adelante—. Alejandro abandonó Sestos. Tú habías hecho todo el daño posible y regresado a Troya. El asesinato del tercer guía resultó la mar de sencillo. Él y sus compañeros seguramente estaban aterrorizados. Sólo pensaban en regresar a sus casas, abandonar el ejército de Alejandro. ¿Te pusiste de acuerdo con él para encontrarle en el templo? ¿Estaba borracho y lloroso y acudió a ti en busca de consejo, a pedirte ayuda? Tuvo que ser así —se respondió a sí mismo—. Te ofreciste a enseñarle el camino a través de tu pasadizo secreto para sacarle de la ciudad. En cuanto llegasteis a campo abierto, no tardaste ni un segundo en apuñalarlo en medio del camino. Dejaste el mensaje en su mano y regresaste por donde habías venido.

Telamón se levantó. Le dolía todo el cuerpo. Se acercó hasta la puerta y la abrió

para observar la nave del templo. Sus escoltas se encontraban en la antecámara; mantenían una animada conversación con el viejo portero. El físico cerró la puerta y volvió. Antígona había vuelto a llenar las copas.

—¿Por qué no mataste sin más a Alejandro?

—Vamos, tú ya sabes la respuesta, Telamón —contestó la sacerdotisa, decidida a abandonar cualquier farsa—. Los persas insistieron. Si asesinaban a Alejandro en Grecia, todos lo verían como a un mártir. Les preocupaba el poder del macedonio sobre los Estados griegos. Había que buscar la manera de alejar a Alejandro de allí. En cuanto él desapareciera, los griegos volverían a practicar aquello que mejor saben hacer: reñir entre ellos.

—¿Qué pasaría con Alejandro?

—Le hubieran dejado vagar con su ridículo ejército, hasta que se presentara el momento oportuno de plantearle batalla, derrotarlo y matarlo o retenerlo prisionero. Para aquel entonces, la flota persa ya habría regresado al mar Medio. Ni un solo macedonio hubiese regresado a su patria. Grecia volvería a estar desunida. Macedonia hubiese desaparecido como potencia y Persia hubiese dado al mundo una lección. Los persas fueron muy claros: Alejandro tenía que morir o ser capturado en combate.

—¿Por esa razón le diste la armadura?

Antígona rió de buena gana al escuchar la pregunta.

—Estudí la mente de Alejandro. Sus supersticiones, sus miedos, la culpa que le atormentaba respecto a la muerte de su padre... Pero, por encima de todo, me centré en su pasión por ser un segundo Aquiles. Las armas que se llevó de aquí fueron hechas a medida. La coraza, el yelmo y el escudo de un brillo cegador. Así era cómo los persas lo querían ver en la batalla, para poder identificarlo rápidamente y matarlo. Alejandro las aceptó con un entusiasmo verdaderamente infantil. Como un niño que invitan a participar de un juego, quería presentarse en el campo de batalla como el gran héroe.

—A punto estuvieron de salirse con la suya —reconoció Telamón—. Los persas no le mataron por muy poco en el Gránico. Todos los parientes de Darío intentaron darle muerte en cuanto lo distinguieron en el campo de batalla.

—Todo ocurrió tal como lo has explicado, pero cometimos un error —murmuró Antígona—. Nos olvidamos de los dioses: Alejandro es su favorito. Memnón estaba en lo cierto, Darío estaba equivocado y yo, Telamón, estoy condenada a la oscuridad. La cicuta, lo mismo que bebió Sócrates —proclamó levantando la copa en un último brindis.

Antígona vació la copa, se echó hacia atrás y comenzó a cantar con voz muy dulce. Telamón conocía la canción de amor. La sacerdotisa se movió un poco cuando comenzó a perder la sensación en las piernas. La copa se le escapó de la mano y se estrelló contra el suelo. Miró al físico, aturdida, como una persona que se queda dormida. Sonrió, apoyó los brazos en la mesa y agachó la cabeza. Durante un par de

minutos, se estremeció mientras luchaba por respirar, hasta que uno de los brazos se resbaló de la mesa y el silencio reinó en la habitación.

—¿Te marchaste inmediatamente? —preguntó Alejandro cogiendo el bol de carne estofada para servir personalmente a Telamón.

Se encontraban solos en la antecámara del pabellón real. El monarca, después de bañarse y afeitarse, se había vestido con una túnica con los hilos de oro que había sido cogida del campamento persa. Calzaba sandalias con tachones de plata y llevaba una tiara verde y dorada que le servía para mantener sujeto el vendaje. Aparte de los cortes, un morado en el pómulo y una leve rigidez cuando caminaba, se había recuperado rápidamente de los efectos del combate.

—Estaba muerta —respondió Telamón—. Lo comprobé y luego encargué al portero que se ocupara del ritual funerario.

Telamón había dejado Troya para regresar inmediatamente al campamento de Alejandro. Todo el ejército estaba celebrando la gran victoria conseguida en el Gránico. Todavía estaban trayendo a los prisioneros junto con carros cargados con el botín sacado de la caravana persa y del campo de batalla. Por todas partes, se elevaban las columnas de humo negro de las piras funerarias.

Cassandra le había recibido efusivamente y también con desparpajo. Se había hecho con parte del botín y abundantes provisiones. «Si estás con los macedonios, tienes que comportarte como ellos», había manifestado como justificación de sus actos. También había conseguido un mejor alojamiento y lo tenía todo muy limpio y ordenado.

Telamón, a su regreso, se había comportado como si estuviese viviendo un sueño. Los rostros iban y venían: la mirada malévola de Aristandro; Ptolomeo envanecido de su coraje; incluso Cleón, con el rostro enrojecido y un tanto magullado, que, acabada su tarea, había conseguido regresar al campamento macedonio después de dar un largo rodeo.

Telamón se había echado a dormir, pero cuando ya oscurecía se habían presentado dos guardaespaldas para llevarle a la presencia del rey. Alejandro se había mostrado reservado pero cortés. Ya no era el impetuoso general, sino el político astuto dispuesto a obtener el máximo beneficio posible de su extraordinaria victoria. Se habían enviado cartas a los jefes de las provincias vecinas para reclamarles su adhesión y se habían cursado proclamas a todas las ciudades de Grecia. Telamón se sobresaltó al sentir que le tocaban la mano.

—¿Estás cansado, físico? —preguntó Alejandro en un tono burlón—. ¿Te entristece la muerte de Antígona? Yo la hubiese mandado crucificar. Se le permitió escoger la salida menos dolorosa.

Telamón pensó en los muertos apilados en el campo de batalla.

—¿Eres como tu padre, físico? —prosiguió el rey—. ¿El olor de la sangre te asquea? —quiso saber Alejandro, inclinando la cabeza un poco hacia la izquierda como si viese a Telamón por primera vez—. Entre nosotros dos hay una brecha —

murmuró—. Desearía que no fuese así. Sólo estoy cumpliendo mi destino.

—¿Eso incluye la masacre de aquellos mercenarios?

Alejandro le dio a Telamón una palmada juguetona en la muñeca.

—Aquello fue un error, algo provocado por la ceguera del combate, y es algo que ya no puedo remediar. Pero ¿Antígona? —preguntó mirando la copa de vino antes de cogerla, haber bebido un trago y pasársela a Telamón.

—¿Tú lo sospechabas? —preguntó el físico.

—Me gustaría decir... —Alejandro vaciló y se acomodó mejor en la silla acolchada que alguien le había traído del campamento persa—. Me gustaría decir que lo sabía todo, pero faltaría a la verdad.

—¿Estabas enterado de la relación de Filipo y Antígona? —quiso saber Telamón.

—¡Por supuesto! Mi padre relataba a mi madre todas sus conquistas sin olvidar ni un detalle; ésa es una de las razones por las que ella está medio loca. Olimpia me lo dijo. Antígona me tenía intrigado. Estaba muy bien situada para pasar información. Aristandro mandó vigilar el templo, pero nunca descubrimos nada —manifestó extendiendo las manos—. Había un espía que nos traicionaba, aunque, hasta cierto punto, no tenía demasiada importancia. Deseaba confundir a los persas. Cleón realizó un extraordinario trabajo, pero eso no fue nada...

—¿Comparado con engañar a los persas?

—Naturalmente —respondió Alejandro riéndose—. Darío me tenía por un joven inexperto. Quería confirmarle ese juicio. Hice todo lo posible por mostrarle que estaba confuso, que carecía de la confianza de mi padre, que me sentía culpable de su muerte.

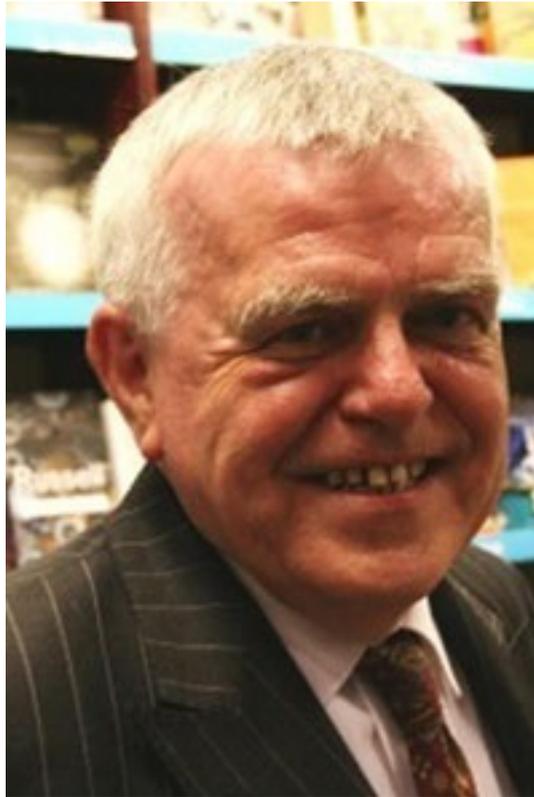
—¿Lo estás?

—No, no lo estoy —respondió al tiempo que su mirada se helaba—. Nunca lo he estado. ¡Nunca lo estaré!

—¿Antígona tuvo algo que ver con su muerte?

—Es posible, pero lo mismo se podría decir de mi madre. Yo sospechaba de Antígona, pero no podía demostrarlo: por eso te necesitaba. Telamón con su mente aguda y la mirada de águila. ¡El observador de la causa y efecto! La traición es una enfermedad, Telamón. También tiene sus síntomas —afirmó dejando ir un suspiro y pellizcándose la tela de la túnica que vestía—. Esta prenda perteneció a Arsites. He enviado un mensaje a Darío. Cuando termine esta campaña, todo el vestuario imperial me pertenecerá. Utilicé a Cleón. Utilicé a Aristandro. Por encima de todo lo demás, utilicé a Antígona. Le dije que necesitaba los servicios de los guías, que no tenía mapas. Ella transmitió toda esta información a los persas. Envié a aquellas doncellas de Tesalia, con la esperanza de que alguna de ellas pudiera descubrir alguna cosa. Antígona se encargó de asesinarlas. Por lo tanto, invité a nuestra querida sacerdotisa a que se uniera a nosotros en Sestos y viniera con los guías y el dibujante de mapas. Removí el avispero para ver lo que pasaba —aseguró trazando un círculo en el aire—. Antígona sabía muy bien lo que hacía: la muerte de los guías, los

misteriosos asesinatos, las sombrías advertencias, las referencias a mi padre... Aunque parecía ser la persona más sospechosa, no había ninguna prueba en su contra. Yo tenía que obrar con mucho cuidado. No quería dar pie a ninguna ofensa, ni provocar la cólera de los dioses con la ejecución de una sacerdotisa de Atenas. Necesitaba pruebas: te necesitaba. Los persas creyeron siempre que estaban tratando con alguien confuso y dominado por la culpa. Bueno —Alejandro sonrió, complacido—, les he demostrado que estaban en un error. El verdadero peligro era Memnón. Si hubiesen aceptado su estrategia, aún estaría marchando por un territorio donde ni una sola de las ciudades me hubiese abierto las puertas, desprovisto de batallas, de victoria, de gloria y el favor divino. Ahora lo tengo todo. Por lo tanto, Telamón, brindemos —proclamó cogiendo la copa de vino—. ¡Por mi gloria y porque lleguemos hasta los confines del mundo!



PAUL C. DOHERTY. (Middlesbrough, Inglaterra, 1946). Durante 3 años estuvo en un seminario católico en Durham pero finalmente no se ordenó. Estudió Historia en las universidades de Liverpool y Oxford donde obtuvo el doctorado con una tesis sobre Eduardo II e Isabel I. Trabajó como profesor de secundaria en varias ciudades de Inglaterra. Durante 25 años, ha sido director de la Trinity Catholic High School de Essex, una de las más prestigiosas escuelas de Inglaterra, y compagina su faceta de profesor con la de escritor. Es autor de aproximadamente 60 libros. Actualmente vive con su mujer Carla, 6 hijos y 2 caballos en un pueblo entre Essex y Londres.

Ha escrito con varios seudónimos (Michael Clynes, Paul Harding, C. L. Grace...), utilizando últimamente su nombre original.

En 1987 empezó a publicar series de novela histórica de misterio: la Edad Media, el Antiguo Egipto, Roma y Grecia. En total ha superado las 12 series de novela histórica, 11 novelas y 7 libros de historia. Sus obras están bien ambientadas y documentadas, con desenlaces imprevistos. Paul Doherty utiliza un lenguaje sencillo y comprensible que hace de la lectura un ejercicio placentero.